UNIVERSITAT DE BARCELONA

La identidad y su relación con el territorio en cinco novelas colombianas contemporáneas a partir de los conceptos de migración, desplazamiento forzado y desarraigo

Julián Mauricio Pérez Gutiérrez

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (**www.tdx.cat**) i a través del Dipòsit Digital de la UB (**diposit.ub.edu**) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (**www.tdx.cat**) y a través del Repositorio Digital de la UB (**diposit.ub.edu**) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (**www.tdx.cat**) service and by the UB Digital Repository (**diposit.ub.edu**) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

FACULTAD DE FILOLOGÍA Y COMUNICACIÓN

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, TEORÍA DE LA LITERATURA Y COMUNICACIÓN

La identidad y su relación con el territorio en cinco novelas colombianas contemporáneas a partir de los conceptos de migración, desplazamiento forzado y desarraigo

Julián Mauricio Pérez Gutiérrez

TESIS DOCTORAL

Director:

Dr. Bernat Garí Barceló

Tutor:

Dr. Bernat Castany Prado

PROGRAMA DE DOCTORADO EN ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS, LITERARIOS Y CULTURALES

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN EN LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

2024

Nada mejor que la ficción para explicar la realidad.

(Fernando Aínsa, *Palabras nómadas*)

Considero que la pertenencia a un grupo o una comunidad, por ejemplo, la nación o una confesión religiosa, tiene capacidad de ofrecer una perspectiva desde la que los seres humanos pueden trascender su limitada existencia al compartir intereses, objetivos y características comunes con los demás miembros.

(Monserrat Guibernau, *Identidad*)

Mi vida de escritor me ha enseñado a desconfiar de las palabras. Las que parecen más claras suelen ser las más traicioneras. Uno de esos falsos amigos es precisamente "identidad". Todos nos creemos que sabemos lo que significa esta palabra y seguimos fiándonos de ella incluso cuando, insidiosamente, empieza a significar lo contrario.

(Amin Maalouf, *Identidades asesinas*)

Agradecimientos

A ti, por estar.

A ti, mi Lolita, por todo.

A mi familia, por cada momento.

A mis amigos, por la otra cara de la vida.

A mi director, Bernat Garí, por cada palabra compartida.

Índice

Resumen ... 6

Abstract ... 7

Introducción ... 8

1. **Estado de la cuestión** ... 15

1.1. El movimiento en la literatura: viajar para huir ... **15**

1.2. La identidad ... **21**

1.3. El desplazamiento forzado y la migración ... **36**

1.4. El desarraigo ... **45**

2. Marco contextual histórico: acercamiento a la novela sobre la violencia en Colombia y el territorio ... 50

2.1. Novela y violencia socio-política en la historia de Colombia ... **50**

2.1.2. Panorama de la narrativa novelística y la violencia socio-política en Colombia ... **52**

3. Identidad y migración: personajes en busca de mejorar su ser y su estar en el mundo ... 112

3.1. Migración: entre el entrañamiento y la pérdida de la identidad después de migrar en *Tiempo muerto* de Margarita García Robayo ... **117**

3.1.1. Migrar para huir de la violencia ... 120

3.1.2. Migrar para buscar un futuro mejor ... 124

3.1.3. Ser migrante y sentirse, o no, extranjero ... 128

3.1.4. Lucía, la mujer migrante y la profesionalización ... 131

3.1.5. Lucía y la escritura como mecanismo de representación identitaria ... 139

3.1.6. Pablo: el migrante que desea regresar a su lugar de origen ... 142

3.1.7. La escritura como pertenencia subjetiva del yo extranjero ... 147

3.2. El deseo y la desesperanza de migrar en *Hasta que pase un huracán* de Margarita García Robayo ... **154**

3.2.1. El núcleo familiar como grupo indeseado ... 158

3.2.2. El barrio como territorio del caos identitario ... 161

3.2.3. La ciudad y el mar: la frontera entre el estar acá y el desear allá ... 166

3.2.4. La inmovilidad de la pobreza en la globalización ... 172

3.3. La migración: salir del país para alejarse de sus violencias en *Volver al oscuro valle* de Santiago Gamboa ... **179**

3.3.1. El odio y la venganza como rasgos identitarios ... 180

3.3.2. La violencia como influencia identitaria 191

3.3.3. La configuración de la identidad: antes y después del Tratado de paz 201

3.3.4. Después de la firma del Tratado de paz 210

4. Desplazamiento forzado e identidad 217

4.1. El destierro en *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira 221

4.1.1 La identidad colectiva de los desplazados 221

4.1.2. La huelga como ejercicio de identidad colectiva y política 231

4.2. La violencia cotidiana y la cotidianidad de la violencia en *Río muerto* de Ricardo Silva Romero 250

4.2.1 La identidad estatal: el sinsentido identitario 255

4.2.2. La identidad cultural de la violencia: la muerte como parte de la cotidianidad ... 261

4.2.3. La identidad subjetiva en medio del conflicto armado 271

5. El desarraigo y el arraigo en la construcción de la identidad: estudio de cinco novelas colombianas 299

5.1. *Tiempo muerto*: el desarraigo y el arraigo frente al lugar de origen..... 300

5.2. Sin desarraigo por la memoria en *Hasta que pase un huracán* de Margarita García Robayo..... 310

5.3. La lucha por el territorio: el desarraigo en *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira 313

5.4. El arraigo en medio del conflicto interno armado en *Río muerto* de Ricardo Silva Romero 321

5.5. El desarraigo perdido: el lazo territorial y la violencia en *Volver al oscuro vall*e de Santiago Gamboa 330

Conclusiones 338

Referencias 351

Resumen

La identidad es un concepto que atraviesa la literatura colombiana del siglo XXI. Autores de diversas latitudes se han aproximado a este tema con el deseo de mostrar y representar, desde la ficción, la construcción identitaria de personajes literarios en sus respectivos territorios. En este sentido, la presente investigación analiza la relación entre la identidad y tres fenómenos sociales derivados de la violencia: la migración, el desplazamiento forzado y el desarraigo. El propósito es estudiar el modo en que estos influyen en las filiaciones identitarias de los personajes principales en cinco novelas colombianas contemporáneas: *Hasta que pase un huracán* (2015) y *Tiempo muerto* (2017), de Margarita García Robayo; *Volver al oscuro valle* (2017), de Santiago Gamboa; *Rebelión de los oficios inútiles* (2015), de Daniel Ferreira, y *Río muerto* (2020), de Ricardo Silva. Para esto, se realiza un acercamiento entre el análisis literario y la sociología, y se incluyen algunos aspectos históricos. Así mismo, el abordaje teórico presenta a autores y autoras como Tzvetan Todorov, Jean Paul Sartre, Daniel Pécaut, Monserrat Guibernau, Amin Maalouf, Amartya Sen, Margarita Quezada, Erick Hobsbawm, Zygmunt Bauman, Stuart Hall, Augusto Escobar, entre otros. Finalmente, el estudio de las obras y la discusión interdisciplinar evidencian que los vínculos que existen entre la identidad y los tres fenómenos nombrados están determinados por las condiciones sociales y el universo simbólico en que habitan los personajes. De este modo, cuando los lazos raigales con el lugar de origen se desvanecen y el sentido de pertenencia se interesa en lo foráneo, surge el deseo y la necesidad de migrar y de desplazarse para buscar resguardo y bienestar en otros territorios.

Palabras clave: Margarita García Robayo, Santiago Gamboa, Daniel Ferreira y Ricardo Silva, Identidad, Migración, Desplazamiento forzado y Desarraigo.

Abstract

Identity is a concept that runs through Colombian literature in the 21st century. Authors from different latitudes have approached this topic with the desire to show and represent, from fiction, the construction of identity of literary characters in their respective territories. In this sense, the present research analyzes the relationship between identity and three social phenomena derived from violence: migration, forced displacement and uprooting. The purpose is to study the way in which these influence the identity affiliations of the main characters in five contemporary Colombian novels: *Hasta que pase un huracán* (2015) and *Tiempo muerto* (2017), by Margarita García Robayo; *Volver al oscuro valle* (2017), by Santiago Gamboa; *Rebelión de los oficios inútiles* (2015), by Daniel Ferreira, and *Río muerto* (2020), by Ricardo Silva. For this, an approach is made between literary analysis and sociology, and some historical aspects are included. Likewise, the theoretical approach presents authors such as Tzvetan Todorov, Jean Paul Sartre, Daniel Pécaut, Monserrat Guibernau, Amin Maalouf, Amartya Sen, Margarita Quezada, Erick Hobsbawm, Zygmunt Bauman, Stuart Hall, Augusto Escobar, among others. Finally, the study of the works and the interdisciplinary discussion show that the links between identity and the three named phenomena are determined by the social conditions and the symbolic universe in which the characters live. In this way, when the root ties with the place of origin fade and the sense of belonging becomes interested in the foreign, the desire to migrate and move to seek shelter and welfare in other territories arises.

Key words: Margarita García Robayo, Santiago Gamboa, Daniel Ferreira y Ricardo Silva, Identity, Migration, Forced Displacement and Uprooting.

Introducción

> La verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción, y que cuando optamos por la práctica de la ficción no lo hacemos con el propósito turbio de tergiversar la verdad. En cuanto a la dependencia jerárquica entre verdad y ficción, según la cual la primera poseería una positividad mayor que la segunda, es desde luego, en el plano que nos interesa, una mera fantasía moral.
>
> **(Saer. *El concepto de ficción*)**

La identidad es un concepto tan complejo como la realidad misma. Pensar, debatir y asumir una postura radical o una visión unificada sobre qué es la identidad y los factores que intervienen en su construcción es una tarea inacabada. La identidad parece estar en todas partes, depende de un sujeto y de su contexto social, de su presente y del pasado. Por eso, definirla es, en realidad, plantear una aproximación teórica que conduce a nuevas dudas, a más preguntas. Por ejemplo, al acercamos a la afirmación de la socióloga Monserrat Guibernau (2017), la cual expresa que "todas las identidades surgen dentro de un sistema de representaciones y relaciones sociales" (p. 29), entendemos que sus palabras nos inducen a reflexionar sobre todas las dinámicas sociales que intervienen cuando pensamos en la construcción performativa de un sujeto: las interacciones sociales, el universo simbólico, la interpretación del presente y del pasado, la subjetividad y otros factores que abarcan lo individual y lo social, lo histórico y lo cultural.

Tales caracterizaciones suponen retos. Sin embargo, pese a ello, ha sido indispensable ahondar en la comprensión de este concepto para intentar dilucidar un poco más lo que significa el ser humano y su vida en sociedad. Por este motivo, disciplinas como la sociología, la psicología y la antropología, desde el siglo anterior, se han interesado en profundizar y escudriñar cómo se establecen los procesos identitarios.

Del mismo modo, el campo de la literatura ha reconocido y demostrado la importancia de reflexionar y pensar la identidad. Tanto escritores como académicos han llevado a cabo obras y estudios que han aportado a su descripción y análisis. La literatura colombiana no ha sido la excepción. El tema se ha representado, directa o indirectamente, con la construcción de personajes que viven experiencias relacionadas con el sentimiento de identidad en un territorio específico y en circunstancias que, generalmente, yacen subordinadas a la violencia.

Al respecto, es importante destacar que no se trata de creer que la ficción representa la realidad de manera fidedigna y precisa. Se trata de entender que los autores postulan una realidad paralela y figurada que intenta conducir a los lectores a la crítica o, por lo menos, a la reflexión social pues, como escribe Saer (1997), "no se escribe ficciones para eludir por inmadurez o por irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la 'verdad', sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación" (p. 11). En otras palabras, más allá de cualquier fin estético, político, social, moral o financiero, la literatura imagina, representa, muestra, confronta, cuestiona, refleja o sirve como testimonio de toda manifestación humana. Por este motivo, estudiar una obra literaria se presenta como una

forma plausible de observar y examinar un fenómeno social tan heterogéneo en sus manifestaciones como la identidad. Con base a estas consideraciones, es oportuno el análisis que la presente tesis doctoral realiza sobre la identidad y su relación con el territorio desde cinco novelas colombianas contemporáneas.

El objetivo es identificar y estudiar cómo los personajes principales confrontan y construyen sus pertenencias identitarias durante y después de experimentar fenómenos de migración, desplazamiento forzado y desarraigo en cinco novelas colombianas contemporáneas: *Hasta que pase un huracán* (2015) y *Tiempo muerto* (2017), de Margarita García Robayo; *Volver al oscuro valle* (2017), de Santiago Gamboa; *Rebelión de los oficios inútiles* (2015), de Daniel Ferreira, y *Río muerto* (2020), de Ricardo Silva.

Para alcanzar este cometido, el proceso analítico es interdisciplinar, ya que tiene en cuenta el análisis literario y la interpretación textual, los avances teóricos que ha establecido el estudio sociológico sobre el tema de la identidad y, además, algunas investigaciones sociohistóricas que serán relevantes para la comprensión de los contextos de las cinco obras analizadas. Por consiguiente, se describe, a continuación, la estructura general de esta tesis:

En primer lugar, se presenta un estado de la cuestión que explica los principales conceptos y planteamientos de la investigación. Este marco incluye algunas consideraciones conceptuales sobre el movimiento o viaje en la literatura, principalmente, desde Fernando Aínsa y Ottmar Ette. Enseguida, las ideas de sociólogos como Eric Hobsbawm, Amin Maalouf, Monserrat

Guibernau, Ian Chambers, Zygmunt Bauman, Stuart Hall, entre otros expertos que han desarrollado teorías y postulados, principalmente, sobre la relación de la identidad con los fenómenos mencionados. Así mismo, se incluyen propuestas teóricas desde la economía social de Amartya Sen. También se tienen en cuenta definiciones y descripciones elaboradas por la ONU y el Observatorio sobre el Desplazamiento Interno. Igualmente, se consideran algunas obras del Centro Nacional de Memoria Histórica[1] de Colombia, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, para hacer referencia, específicamente, a los conceptos de migración, desplazamiento forzado y desarraigo.

En segundo lugar, se aborda una panorámica sociohistórica que pretende mostrar la relación que ha establecido la novela colombiana con la violencia y el territorio. En ella, se rastrean y analizan algunas de las principales novelas que desde los inicios de la república han mostrado la violencia (y los tipos de violencia) como un tema transversal en la narrativa nacional. El propósito es que el lector tenga un contexto histórico y una visión literaria de la novela colombiana y su relación con las distintas manifestaciones de violencia que han aquejado al país.

[1] De ahora en adelante, para hacer referencia al Centro Nacional de Memoria Histórica, se utilizarán las siglas CNMH.

En tercer lugar, se estudia la construcción identitaria en las novelas *Hasta que pase un huracán* (2015) y *Tiempo muerto* (2017), de Margarita García Robayo, a partir del fenómeno de la migración. En este caso, se analiza la configuración de la identidad en los personajes principales desde tres puntos de vista: 1) la mirada de quien desea migrar; 2) la perspectiva de quien migra y desea regresar a su lugar de origen, y 3) el posicionamiento de quien, luego de migrar, desea permanecer en el lugar de destino.

En cuarto lugar, se analiza la influencia del desplazamiento forzado en los procesos identitarios en las novelas *Rebelión de los oficios inútiles* (2015), de Daniel Ferreira, *Río muerto*, de Ricardo Silva, y *Volver al oscuro valle* (2017), de Santiago Gamboa. Al respecto, el desplazamiento está mediado por causas económicas en medio de una huelga, por razones de violencia extrema, ocasionada por grupos armados al margen de la ley, y por causas personales y sociales, determinadas por la inseguridad social y la violencia intrafamiliar.

En quinto lugar, se compara la relevancia del sentimiento de arraigo y desarraigo en los movimientos de migración y desplazamiento forzado en las cinco novelas. Se analiza la influencia de algunos rasgos territoriales, históricos y familiares en las decisiones que toman los personajes al huir de su lugar de residencia y, en algún momento, decidir la viabilidad del regreso.

Finalmente, se presentan algunas conclusiones que permiten determinar un panorama general de los análisis desarrollados sobre las relaciones e influencias de la migración, el

desplazamiento forzado y el desarraigo en la construcción identitaria de los personajes de las cinco novelas colombianas que conforman el corpus de estudio.

Para concluir, es importante señalar que, en el caso de la literatura colombiana, y específicamente del corpus de las novelas que analizaremos, la construcción de historias está caracterizada por manifestaciones de violencia que conducen a efectos colaterales como la pobreza, la inseguridad, la desigualdad social y, por tanto, conflictos internos que producen movilidades humanas. La violencia, en estos efectos, es un fenómeno que ha acompañado la realidad y la ficción en Colombia, y no debe considerarse uniforme y homogénea, pues a lo largo de la historia del país se ha manifestado de diferentes maneras y en distintas condiciones. Al respecto, el CNMH (2013), una institución que se ha interesado en recopilar y analizar las distintas violencias relacionadas con el conflicto armado en Colombia, afirma que el "carácter invasivo de la violencia y su larga duración han actuado paradójicamente en detrimento del reconocimiento de las particularidades de sus actores y sus lógicas específicas, así como de sus víctimas" (p. 13).

Lo anterior ocasiona la configuración de una identidad particular colombiana relacionada con la violencia y el territorio, este último asumido como un espacio de intercambio cultural donde se adquiere un valor personal y colectivo, individual y social. Así, entonces, Colombia es uno de los países con más índices de violencia y con más población desplazada y migrante del mundo y, por consiguiente, sus habitantes deben cambiar continuamente su lugar de origen por un nuevo destino, generalmente, adverso y desconocido. De este modo,

desplazados y migrantes poseen problemas con sus lazos identitarios, consecuencia de la ausencia de un territorio seguro, físico y simbólicamente.

1. Estado de la cuestión

1.1. El movimiento en la literatura: viajar para huir

Los procesos migratorios y los desplazamientos forzados forman parte de la literatura de viajes. En la ficción, el viaje va más allá de un cambio de espacio, es un fenómeno que trasciende el recorrido físico de un camino. En este sentido, pensar en quien migra "supone necesariamente evocar la movilidad del cuerpo" (Quintana, 2018, p. 17). Dentro de ese cuerpo que se moviliza van incluidas las experiencias sensibles, la historia y los imaginarios personales y colectivos de un ser humano. El viajero lleva consigo todo aquello que su memoria corporal, intelectual y emocional transporta, debe enfrentarse a las exigencias del tiempo y del olvido, pues con el paso de los días, los lazos se van desgarrando y los vínculos se van rompiendo.

Por esto, las historias de quienes desean o son obligados a trasladar su lugar de residencia proporcionan las evidencias necesarias para comprender que el viajero-migrante se encuentra a la deriva cuando arriba a su nuevo destino. Aunque el migrante sea un sujeto que decide irse y el desplazado un sujeto que debe huir, en ambos casos el lugar de destino y sus habitantes son parte de una cultura desconocida que posee sus propias historias, hábitos y modos de relacionamiento social. De esta manera, en palabras de Aínsa (2012), para un viajero su cambio de residencia es una "metáfora y síntesis de empezar desde cero" (p. 86).

Esta es una realidad que la literatura ha ficcionalizado desde sus inicios. Desde las historias de los héroes clásicos hasta la actualidad, han existido personajes que evidencian que el viaje es una de las estrategias literarias más eficaces y flexibles para contar un relato y, así, dar cuenta de la complejidad humana. A comienzos del siglo XX, Constantino Cavafis (1985) lo planteó poéticamente en unos de sus versos más conocidos: "Cuando emprendas tu viaje a Ítaca / pide que el camino sea largo, / lleno de aventuras, / lleno de experiencias" (p. 60). Aunque los versos toman como referencia al Ulises de Homero, esta afirmación puede expandirse a muchos otros personajes de la literatura universal. Personajes como Gilgamesh, Jason, Don Quijote, Jean Valjean, Aureliano Buendía, Martín Fierro, Frodo Bolsón, entre muchos otros, por ejemplo, han convertido la trashumancia en una manera de vivir y dejan ver que, sin duda, la literatura deviene un espacio para pensar, debatir, conocer y criticar la realidad. En suma, como expresa Ottmar Ette (2008), "el movimiento del viaje está inscrito en la literatura misma" (p. 36) y este viaje trae consigo opiniones, costumbres y modos de vida de una sociedad en un momento histórico determinado por la obra misma.

Con estos atributos, la literatura se ha posicionado como una estrategia de comunicación, atemporal que puede ir más allá del entretenimiento, del placer que produce acercarse a una lectura afable y divertida. La ficción ha posibilitado que, en medio de sus historias, se cuestione un acto, se ponga en controversia lo políticamente correcto, se exponga una ideología o un personaje dominante y represor, o se critique un imaginario social. Por estos motivos, en varios momentos de la historia de la humanidad, han tratado de silenciarla, de ocultar y quemar todo aquello que ella puede mostrar, simbolizar y representar.

En este sentido, una obra literaria puede aportar al cuestionamiento y resquebrajamiento de una realidad social o personal gracias a su maleabilidad artística, la cual permite que el uso de la ironía, de la broma, del chisme, de la ignorancia, de la exageración (y de otras estrategias narrativas) visualicen problemáticas donde los derechos humanos se perciban vulnerados.

En coherencia con lo anterior, cabe señalar que la literatura tiene la capacidad de ser atemporal, de no quedarse fija en un mismo espacio y en un único periodo. Personajes de antaño aún tienen influencia en el presente, bien sea por sus actos o sus palabras; historias de hoy continúan reflexionando y analizando el pasado o proyectando, en mundos utópicos y distópicos, el futuro. En otras palabras, "la literatura contribuye, tal vez lo ha hecho siempre, a suprimir y desactivar fronteras aparentemente eternas" (Aínsa, 2012, p. 121), especialmente, aquellas fronteras simbólicas que parecían inquebrantables e incuestionables.

En este sentido, desde hace unas décadas, los escritores, consciente o inconscientemente, han creado obras que no solo reflejan su tiempo y su contexto histórico, también son irreverentes y desafiantes con aquellos pensamientos totalizadores que buscaban exhibir el relato oficial como única versión narrativa. Con estos fines, para Aínsa (2012,) este tipo de literatura no ha escatimado en construir "descarnados relatos sobre las 'asimetrías' que caracteriza a la sociedad y sigue reflejando una polarizada visión de la realidad" (p. 16). En otras palabras, las obras incluyen nuevos matices y focalizaciones de las realidades particulares y colectivas. Así, el narrador ya no solo es aquella figura omnipresente y omnisciente, ni tampoco la

historia se centra, únicamente, en hombres ilustres y de distinguida prosapia. Considerando esto, se incluyen, y son relevantes, las voces de aquellos que antes permanecían en el anonimato, quienes eran asumidos como seres inferiores y subalternos o quienes hacían parte de grupos minoritarios, excluidos y silenciados.

Por consiguiente, estas nuevas formas de narrar y estos intereses narrativos producen otras reflexiones, cuestionamientos y visiones sobre el ser humano. Esto quiere decir que, a lo largo del tiempo, como expresa Garí Barceló (2021) "reaprendemos la realidad a través de la literatura" (p. 109). Este aprendizaje continuo implica la transgresión de esos límites "estáticos", de esas fronteras cerradas y, generalmente, conservadoras de la historia y del lenguaje, lo cual permite el conocimiento y el reconocimiento de comunidades marginadas y de sus cosmovisiones. En esencia, esta literatura del movimiento puede pensarse desde los planteamientos centrales de Ottmar Ette (2008), para quien los viajes son "concebidos como movimientos del comprender en el espacio, que concretiza espacialmente la dinámica entre el saber y el actuar humanos, entre lo no-sabido y lo pre-sabido, entre los lugares del leer, del escribir y de lo relatado" (p. 26).

De este modo, en la literatura se produce un movimiento humano que puede llevar por senderos desconocidos, inesperados o incomprensibles. Señala Bourriaud (2009) que , así como el en el arte, la dimensión ficcional en la literatura

> viene a agujerear el encadenamiento de la realidad, la remite a su índole precaria, a la mezcla inestable de lo real, de lo imaginario y de lo simbólico que contiene: esta ficción aumenta la realidad, nos permite mantenerla en un movimiento perpetuo, introducir en ella la utopía y la alternativa (pp. 114-115)

La ficción asume otras realidades posibles que, aunque sean distintas y creadas por la mano de un escritor, son capaces de motivar la reflexión social y permitir el análisis académico desde nuevos horizontes. La aparente homogeneidad de la realidad es asumida por la literatura con perspicacia y recelo. De este modo, la literatura moviliza sus perspectivas narrativas fuera de las fronteras nacionales y tradicionales para alcanzar una visión heterogénea y universal de la realidad. Se piensa, entonces, en aquello que Fernando Aínsa (2012) denomina Literatura transfronteriza, es decir, aquella literatura que "multiplica escenarios y puntos de vista desasida de la nación unívoca de identidad y de patria, incluso proyectando una mirada extranjera sobre el propio solar nativo" (p. 68). Surgen, por consiguiente, personajes de vida errante y nomádica que parecen no encontrar la vida deseada en su lugar de origen.

Esta es la misma situación de aquellos que salen de su lugar de origen con el propósito de salvar su vida o de mejorar su realidad socio-económica. Quienes migran o se desplazan se han acostumbrado a su lugar de origen, en tanto que el lugar proyectado y deseado no es más que un espacio de probabilidades, incertidumbres y dudas. Aunque el viajero haya adquirido información sobre el lugar de destino, dicha información solo es un reflejo somero de lo que

implica habitar y convivir dentro de esa sociedad, las dificultades surgen en el mismo momento en que la interacción humana se lleva a cabo.

Precisamente estas dificultades son inesperadas e inéditas, ocasionadas por las rupturas identitarias que produce el abandono y la separación, se han convertido en el *leitmotiv* de las novelas que se estudian en el presente documento. Se trata de una literatura colombiana, representada por las novelas de Margarita García Robayo, Daniel Ferreira, Ricardo Silva Romero y Santiago Gamboa, que ha interpelado en ilustrar, por medio de la ficción, una realidad social conflictiva y carente de esperanza que motiva a sus ciudadanos a salir de su vivienda, de su pueblo, de su región y hasta de su país; en algunos casos sin el deseo de regresar, pues el sentimiento de desarraigo desvanece.

Estas narraciones abogan por una literatura en movimiento que se dinamiza en tanto reflexiona, refleja, representa y critica una cotidianidad constantemente incómoda, adversa y dolorosa. Adentrarse en sus historias es descubrir que todo viaje, todo proceso migratorio, como afirman Reig y Norum (2021), "es en sí mismo, un acto de cambio, de movimiento, de renovación, de creación (p. 10) y esto ocurre mientras se transita el camino, mientras se viven experiencias que conducen a la evasión o asimilación de lazos identitarios.

En suma, en los relatos de las novelas colombianas analizadas, las transformaciones identitarias no siempre acontecen de manera placentera, pues, en muchas ocasiones, se han dado violentamente y han derivado en agresiones contundentes a los rasgos identitarios y a

las pertenencias de los personajes principales, quienes, generalmente, yacen en condiciones desfavorables y marginales. Así, la ficción demuestra que quienes más padecen las problemáticas de la desigualdad, la exclusión y la xenofobia son quienes menos han tenido oportunidades en los distintos campos de la realidad social. De este modo, la literatura en movimiento, aquella que no esconde las vicisitudes de los personajes que se movilizan con el propósito de buscar su Ítaca, es una literatura que, además de contar, indaga; además de narrar, cuestiona al ser humano. Por esto, en palabras de Ottmar Ette (2008), esta "es una literatura que sin cesar pone por delante de los ojos el movimiento del comprender" (p. 53), lo cual implica que permite un estudio y comprensión de las odiseas de esos personajes que intentan construir una nueva vida en una nueva sociedad. En definitiva, el sentido de sus vidas yace en la realización misma de un viaje en que el intercambio cultural es inevitable y la esperanza está puesta en una cotidianidad mejor y pacífica.

1.2. La identidad

Si bien el concepto de *identidad* no es reciente, solo desde la última década del siglo XX empieza a estudiarse con profundidad y metodología analítica.[2] Especialmente, las ciencias sociales y humanas demuestran un marcado interés en analizar los comportamientos humanos y aquellos factores que intervienen en la construcción personal y social de un individuo. Aparecen, entonces, estudios, desde la psicología (Erikson, 1980), la economía

[2] Pensadores como Platón, Descartes y Kant ya se habían interesado en analizar los comportamientos y los rasgos propios de un ser humano. Al respecto, véase el artículo: "Otra vez la identidad. Un concepto necesario pero imposible", de Zaira Navarrete-Cazales.

(Akerlof, 2000; Sen, 2007), la historia (Hobsbawm, 1992) y la sociología (Bauman, 1994; Maalouf, 1999; Guibernau, 2017), que toman como problema de investigación la construcción identitaria y sus pertenencias.

Para la presente tesis, es relevante analizar la identidad dentro del marco epistemológico de la sociología. Sin embargo, también se incluirán algunos aportes a la comprensión del concepto desde la historia y la economía, pues el propósito es presentar un marco de referencia conceptual desde el cual se puedan escrutar las obras literarias que hacen parte del corpus de investigación.

A finales del siglo XX, los estudios sociológicos centraron su atención en el análisis de la identidad, un concepto que por sus cualidades no cuenta con una definición unívoca y aceptada. En consecuencia, los expertos en el tema optaron por mostrar y analizar los factores que intervienen en las construcciones identitarias de un individuo en un contexto social determinado. No se intentó definirlos, sino identificar cómo están compuestos y cómo se construyen. De acuerdo con esta línea conceptual, la presente investigación entiende la identidad desde los planteamientos sociológicos de Guibernau (2017), quien se refiere a este concepto como

> un conjunto de atributos que hacen de cada persona una persona única, y estos atributos son, a su vez, el resultado de una compleja red de intercambios y relaciones que implican una serie de personas, situaciones, valores, ideologías y objetivos. (p. 31)

Con esto, se debe comprender que la identidad está determinada por las interacciones humanas y múltiples espacios culturales. Los seres humanos se desarrollan constantemente en distintos ámbitos de una misma cultura y cada uno de ellos tiene sus propias normas. Por este motivo, Bauman (1994) expresa que, "pocos de nosotros (en el caso de que haya alguien) podemos dejar de pasar por más de una 'comunidad de ideas y principios' auténtica o putativa, bien integrada o efímera" (p. 34).

Desde los primeros años de vida, el individuo hace parte de grupos sociales diversos y, en ocasiones, contrarios a sus intereses. Entre ellos, existen grupos políticos, sociales, laborales, deportivos, musicales, religiosos, etcétera. La circulación en medio de estas colectividades permite que una persona posea una identidad particular y diferenciadora. No obstante, es importante entender que cuando se habla de una identidad particular o individual, según Guibernau (2017), estas

> no son nítidas, sino que son objeto de transformaciones derivadas de su naturaleza intrínsecamente dinámica. Distintas identidades suelen coexistir al mismo tiempo y su relevancia se mueve y cambia en función de las necesidades individuales y las demandas externas. (p. 13)

De este modo, la identidad no solo se forma con base en la inclusión a ciertos grupos; también, es necesario determinar que la exclusión produce rasgos que afectan o influyen en las pertenencias identitarias, es decir, en aquellas experiencias sociales o particulares que un individuo asimila, acepta e interioriza, de manera consciente o no, en sus prácticas sociales. Si en un mismo espacio y tiempo se dan "distintas identidades", algunos de sus rasgos pueden

ser asumidos de manera obligatoria (forzada) y otros, voluntariamente o por inmersión cultural. Así

> la identidad se construye tanto a través de la pertenencia como de la exclusión —sea por elección o por imposición de los demás— (…) en ambos casos, sugiere un fuerte vínculo emocional con una serie de comunidades y grupos. (2017: p. 39)

Este vínculo emocional puede ocasionar que las interacciones humanas ocurran de manera pacífica o que sean el resultado de confrontaciones sociales. Pertenecer a un grupo puede ser una decisión tranquila y aceptada o una decisión mediada por la represión. En muchos casos, ocurren tensiones individuales y sociales entre la libertad y el absolutismo. Para Guibernau (2017) implica aceptar que los individuos contemporáneos están sujetos a factores externos y que, por tanto, sus identidades

> no son fijas, ni inmutables, ni primordiales, más bien tienen un origen sociocultural y son objeto de transformaciones causadas por la interacción. La semejanza y la diferencia son los principios dinámicos de la identificación. (p. 29)

Ese "yo" se construye en interacción, reacción y oposición a las identidades de otros miembros de una comunidad. Cada persona adquiere sus propios atributos y estos son puestos en acción en el contexto en el que pertenece; de este modo, el individuo reconoce sus propios rasgos y aquellos de su prójimo. Así, el ser humano asume o no características propias de un grupo particular y siente que es similar a "unos" y diferente a "otros". Entonces, las identidades particulares pasan a convertirse en lo que Hobsbawm (2000) llama "identidades

colectivas"; esto es, identidades que "se definen negativamente, es decir, contra otros. 'Nosotros' nos reconocemos como 'nosotros' porque somos diferentes a 'ellos'" (p. 89). Por consiguiente, el contexto no solo contribuye a la construcción de una identidad particular sino, además, aporta a la consolidación de "identidades colectivas" que en esencia pueden ser inclusivas o exclusivas.

Se observa, entonces, que el contexto es un factor relevante para la consolidación de una identidad. Pertenecer a un contexto y a un grupo determinado influye considerablemente en la construcción identitaria. Esto no implica que todos los individuos mantengan los rasgos históricos y tradicionales de una cultura o grupo social. Mientras algunos abogan por la perdurabilidad de una identidad conservadora, por ejemplo, desde el punto de vista religioso, político y moral, otros pueden decidir oponerse a algunos de estos rasgos. Seguramente, en una sociedad realmente democrática e incluyente, ambos tipos de individuos deberían poder socializar e interactuar.

Sin embargo, en el momento en que se intenten supeditar, opacar y desaparecer rasgos identitarios o posturas que yacen fuera de las tradiciones de un grupo, empiezan a surgir situaciones conflictivas que pueden acarrear violaciones a los DDHH. Estas empeoran cuando los conflictos son asumidos por grupos extremistas y partidos políticos que desean favorecer sus intereses particulares. Con fines de manipulación, tales grupos consideran que la pluralidad y la heterogeneidad pervierten la identidad única de un grupo establecido históricamente. En este punto, Amartya Sen (2017) señala que

> la incitación a ignorar toda filiación y toda lealtad distintas de las que emanan de una identidad restrictiva puede ser profundamente engañosa y también contribuir a la tensión y a la violencia sociales (p. 45).

En este contexto, los individuos no poseen total libertad para mostrar su identidad. La posibilidad de hacer parte o no de cierto grupo social está determinada por el acatamiento de normas implícitas o explícitas que pueden implicar consideraciones racistas, nacionalistas, machistas o clasistas. Y esto puede ocurrir de manera tan radical que, en muchas ocasiones, hacer parte o no de un grupo identitario puede ser una decisión de vida o muerte para quien trata de pertenecer a una nueva comunidad. En este orden de ideas, para Sen (2017),

> muchos problemas políticos y sociales contemporáneos giran en torno de reclamos opuestos provenientes de identidades diferentes que involucran a grupos distintos, puesto que la concepción de la identidad influye, de modos muy diversos, sobre nuestros pensamientos y nuestras acciones. (p. 10)

Uno de los ejemplos más relevantes cuando se piensa en la identidad sesgada por consideraciones excluyentes tiene que ver con el nacionalismo. Desde un punto de vista tradicionalista, hacer parte de una nación guarda una relación estrecha con la tierra, la sangre y la historia. Antes de existir diversidad conceptual sobre el estudio de la identidad, las nociones sobre dicho término eran limitadas y sesgadas. Desde esta perspectiva, hablar de identidad nacional, afirma Hobsbawm (1998), era ser compatible con un

> Estado territorial, es decir, una institución que establece un principio de autoridad sobre cada uno de los habitantes de un trozo del mapa. Si esa persona es un «ciudadano», el Estado reivindica el derecho a obtener —por encima de cualquier otro tipo de exigencias individuales— su lealtad, su amor (i.e. el «patriotismo») y, en tiempos de guerra, hasta su propia vida. (p. 48)

En esta idea, se advierte el establecimiento de un Estado maniqueísta que pretende una sociedad homogénea y uniforme: quienes poseen (o aceptan) ciertos atributos orientados por el principio de autoridad institucional hacen parte del Estado, de sus implicaciones y sus privilegios; y quienes no se rijan por esa lógica pueden ser considerados apátridas y personas no gratas. Para algunos de estos últimos, el castigo puede ser la pena capital, la prisión o el exilio. Así, es indispensable para el Estado demostrar y mantener el dominio y el control de sus ciudadanos dentro de sus fronteras.

En este sentido, es indispensable advertir que las fronteras no solo son geográficas, también son simbólicas. Tanto la inclusión como la exclusión intervienen en la construcción identitaria de un individuo desde el valor simbólico que una sociedad y un Estado otorgan a su territorio y a su historia.

Al respecto, se destaca la relevancia que tiene el aspecto territorial como rasgo identitario. Nacer y ser de un espacio geográfico ha convertido al individuo en un ciudadano de este territorio, pues, en palabras de Hobsbawm (1992): “la ‘nación’ o ‘pueblo’ político puede ser definido territorialmente, al menos en la era histórica de los Estados-nación” (p. 10). La

nación era pensada como un espacio organizado donde sus habitantes se identifican con un Estado, cuyo territorio es "monoétnico, monolingüístico y monocultural" (p. 14).

En este punto, no se tiene en cuenta la pluriculturalidad que ha intervenido (e interviene) una sociedad, principalmente, contemporánea, en la cual las migraciones han llevado a repensar las relaciones humanas y sus consecuencias. Los pueblos que migran traen consigo sus propias costumbres, hábitos, gustos y percepciones. Por consiguiente, cuando un Estado mantiene su percepción singular de la identidad nacional, es decir, solo se identifica con unas características particulares, la convivencia estará mediada por confrontaciones individuales o masivas. En la opinión de Hobsbawm (1992), "un Estado territorial multinacional que se identifique con una sola de sus 'naciones' étnico-lingüísticas debe privilegiar esta sobre las otras y por tanto crea problemas" (p. 13).

En cuanto al aspecto simbólico, las fronteras son muy difusas. Miembros de un mismo grupo pueden asumir los símbolos sociales de distinta manera. Por tanto, las relaciones pueden expresarse en manifestaciones violentas que obligan, sobre todo a las minorías, a someterse al sentido y a las representaciones simbólicas más aceptadas.

De acuerdo con lo anterior, la realidad se comprende mediante el uso de diferentes símbolos, los cuales dependen del tipo de relaciones humanas: políticas, religiosas, económicas, disciplinares, sociales, etc. Al respecto, Maalouf (1999) explica que:

> En la Historia todo se explica con símbolos. La grandeza y la sumisión, la victoria y la derrota, la felicidad, la prosperidad, la miseria. Y, más que ninguna otra cosa, la identidad. Para que

> se acepte un cambio no basta con que éste se ajuste al espíritu de la época. Es necesario también no herir en el plano simbólico, no darles a quienes se quiere hacer cambiar la impresión de que reniegan de sí mismos. (p. 82)

Por tanto, en un primer plano podría comprenderse que los símbolos y el modo en que estos se entienden pueden ser un hecho diferenciador e incluso discriminador en cualquier grupo social. En él, se hallan quienes entienden y validan una representación simbólica, generalmente tradicional, y quienes no logran captar y comprender su sentido. Estos últimos se encuentran sujetos a la posibilidad de que el grupo les explique el sentido simbólico con miras a integrarlos o que el grupo se indisponga ante el desconocimiento y prefiera deshacerse de ellos. También, existe la posibilidad de que un nuevo miembro no esté interesado en reconocer esos significados simbólicos, pues escoge continuar con los que ha adquirido desde sus propias tradiciones, lo cual, como ya se dijo, puede desembocar en la discriminación y uso de la violencia.

Tanto lo territorial como lo simbólico acentúan el sentimiento de comunidad y, al mismo tiempo, pueden determinar lo extranjero. De ahí que Guibernau (2017) aclare que

> los símbolos solo tienen valor y significado para quien los reconocen. (…) Los símbolos son un recurso revelador para distinguir a los miembros de los "foráneos" e intensifican la conciencia y la sensibilidad de las personas hacia su comunidad. (p. 51)

Pero cuando esta conciencia y sensibilidad son tergiversadas y manipuladas para favorecer unos ideales, las personas tienden a revelarse y a luchar por la inclusión y aceptación de sus rasgos identitarios. Por consiguiente, el uso de la fuerza emana como una estrategia para

defender la libertad de las creencias frente a las políticas y visiones opresoras, ocasionando, sobre todo en el siglo XX, que los sociólogos como Guibernau (2017) otorgaran, "una significación especial a la "singularidad" de cada individuo" y de este modo se fomentara "un interés particular por la identidad que reflejaba el deseo individual y colectivo (de grupo) de ser "diferente" (p. 28).

En suma, los especialistas en el tema (Hobsbawm, 1992; Guibernau, 2017; Maalouf, 1999) han establecido que el interés en la identidad aumenta cuando se llevan a cabo migraciones humanas que pretenden mejorar su calidad de vida o mantener su vida. Cambiar de espacio significa, de algún modo, modificar poco a poco (o rápidamente) los rasgos identitarios. Quien migra no solo alcanza un nuevo destino, también, y al mismo tiempo, deja atrás parte de su pasado real o simbólico. En estas circunstancias Maalouf (1999) explica:

> El migrante es la víctima primera de la concepción "tribal" de la identidad. Si sólo cuenta con una pertenencia, si es absolutamente necesario elegir, entonces el migrante se encuentra escindido, enfrentado a dos caminos opuestos, condenado a traicionar a su patria de origen o a su patria de acogida, traición que inevitablemente vivirá con amargura, con rabia. (p. 46).

No obstante, estas "traiciones" a la identidad no deben considerarse en una sola dirección, pues si por un lado las pertenencias de los migrantes se veían influenciadas por las identidades de los lugareños, estas, también, se ven impactadas por los migrantes. El proceso de aculturación es mutuo, aunque no recíproco. Cada grupo toma lo necesario o conveniente del otro; aquello que considere innecesario lo evita o trata de eliminarlo. En otras palabras,

la identidad no es estática sino dinámica, y su dinamismo yace dentro de un marco de control y poder.

Al respecto, Bernat Castany y Bernat Garí, en sendos artículos, han mostrado el carácter fluido, dinámico e inestable que la identidad puede adquirir para desmarcarse de la construcción identitaria del sujeto por los intereses nacionales o económicos. Castany (2016) habla de "libertinismo identitario", Garí Barceló (2015, 2019) retoma el concepto transculturación para observar procesos de subjetivación desde las mixturas, mezclas y recodificaciones que se producen en el espacio de lo musical.

Es innegable que la identidad dominante en una comunidad jerarquiza las pertenencias de un grupo. Para esto, usa los estereotipos como una fachada para ocultar sus razonamientos excluyentes y xenofóbicos. Se interesa por conservar una frontera en que se privilegian las consignas, las tradiciones y representaciones que siempre le han favorecido para controlar y dominar. En suma, las identidades se establecen dentro una limitación fronteriza que dispone aquello que debe mantenerse o eliminar. De ahí que, en palabras de Guibernau (2017)

> La continuidad de un grupo depende de la capacidad para mantener la frontera, la distinción entre los que pertenecen a él y están dentro de la frontera y los de "fuera", los "ajenos", los "extranjeros". Generalmente la frontera se concibe como porosa, sujeta a transformaciones y movible. (p. 49)

Esta continuidad, como se ha determinado, no siempre se alcanza con estrategias pacíficas e integradoras. A lo largo del siglo XX, la historia puede dar cuenta de Estados que se consolidaron por medio de identidades restrictivas que produjeron conflictos locales e internacionales. Como ejemplos universales pueden destacarse las dos guerras mundiales, la guerra de Vietnam, la Guerra civil española, la Revolución cubana, las dictaduras en Chile y en Argentina, la Crisis del Congo, entre muchas otras. Y como ejemplos locales están la Guerra de los Mil Días, las confrontaciones entre obreros y Estados, la Época de la Violencia y el conflicto armado interno. En todos ellos, el dominio de una identidad, marcadamente política, parece haber sido el motivo esencial de las luchas armadas.

El propósito de estas confrontaciones ha sido el control de las otredades y de sus bienes, sean estos materiales o simbólicos. Es así que la represión se agudizó cuando el problema que inducía a la disputa bélica se trataba de temas políticos, religiosos y económicos. Por esto, cuando Amin Maalouf (1999) examina lo sucedido, el siglo anterior expresa de manera contundente que

> las peores calamidades del siglo XX en materia de despotismo, persecución, anulación de toda libertad y de toda la dignidad humana no son imputables al fanatismo religioso, sino a otros fanatismos muy distintos que se las daban de enemigos acérrimos de la religión -caso de estalinismo- o que le daban la espalda -caso del nazismo y de algunas otras doctrinas nacionalistas. (p. 30)

Como se ha visto, la violencia ha intervenido en las construcciones identitarias y, por consiguiente, alcanzar una definición totalizadora de identidad, que abarque los distintos

fenómenos que intervienen en cualquier sociedad, es casi imposible. Es cierto que desde las últimas décadas es un concepto que interesa cada día más a especialistas y académicos. Sin embargo, los cambios acaecidos por confrontaciones sociales y la globalización han aportado a la diversificación e inconstancias del concepto. Una globalización que, en palabras de Mac Gregor (2004), "rompe límites nacionales —cualquiera sea el grado de desarrollo del país en cuestión— echa sus raíces en todos los lugares, y ahonda las diferencias de clase" (p. 112).

Las naciones intentan descifrarse e identificarse a sí mismas con base en las pertenencias de las naciones dominantes y poderosas; al mismo tiempo procuran, gestionar el respeto por sus tradiciones y costumbres. En este sentido, por una parte, algunos ciudadanos de los países dominados abogan por ideas —o prácticas— foráneas y minoran las propias. Mientras, otros ciudadanos entran en desconfianza con la nueva colonización, principalmente, estadounidense y europea, y prefieren gestionar el resurgimiento del patrimonio cultural propio. Desde la incredulidad, estos últimos desconfían de las "maravillas" del primer mundo. Según Maalouf (1999):

> Se desconfía de las ideologías, de ese futuro cuyas virtudes cantan; se desconfía de la política, de la ciencia, de la razón, de la modernidad. Se desconfía de la idea de progreso, de prácticamente todo aquello en que hemos podido creer a lo largo del siglo XX —siglo de grandes logros, sin precedente alguno desde el inicio de los tiempos, pero también de crímenes imperdonables y de esperanzas frustradas—. Se desconfía, también, de todo lo que se presenta como global, mundial o planetario. (p. 57)

No obstante, no todos asumen una posición de desconfianza frente a la modernidad y frente a la tenencia de la cultura extranjera como modelo deseado. Algunos sienten aversión y desasosiego por las pertenencias de la cultura propia y añoran vivir en un país del primer mundo. En otras palabras, en el mismo contexto hay quienes abogan por las identidades de origen y otros que prefieren las foráneas. Para Hobsbawm (2000) esto sucede porque

> los hombres y las mujeres buscan grupos a los que poder pertenecer, con seguridad y para siempre, en un mundo en el que todo lo demás resulta movedizo y cambiante, en el que ya nada es seguro. Y encuentran lo que buscan en los grupos de identidad. (p. 116)

En muchos momentos los parámetros de selección están determinados por el bienestar individual o familiar. Estos parámetros incluyen la seguridad social, la calidad de vida, la posibilidad de progreso económico, laboral y, especialmente, el resguardo de la vida. Dejar el lugar de origen significa buscar un mejor futuro. Si bien el contexto influye en las construcciones identitarias, también lo hacen las interacciones e intereses personales y la percepción que cada quien tenga de su realidad social.

Por consiguiente, cuando la realidad se ve afectada por conflictos económicos, políticos, bélicos, civiles, morales, étnicos, etc., el individuo es quien, después de evaluar sus condiciones y proyectar su vida, decide si es mejor huir o permanecer en el lugar. Hacer parte de un grupo es aceptar o alejarse de las pertenencias de todos los miembros y de las manipulaciones y opresiones que llevan a cabo gobiernos y grupos con poder. En este marco, la violencia es un modo de operar las identidades de una sociedad y de someter a sus ciudadanos. Por eso, pensadores como Amartya Sen (2007) aseguran que “el cultivo de la

violencia asociada con los conflictos de identidad parece repetirse en todo el mundo cada vez con mayor persistencia" (p. 25).

Evidentemente, en la sociedad colombiana los conflictos sociales han marcado la identidad de sus habitantes. Como se analizó en el acápite anterior, la nación ha estado constantemente supeditada a acciones violentas y delictivas. Las múltiples confrontaciones ideológicas han constituido las distintas pertenencias locales y foráneas.

Finalmente, con todo lo anterior, es evidente que definir o presentar una explicación unívoca sobre qué es la identidad se hace inoportuno. No hay identidades infranqueables, pues una identidad está en constante proceso de construcción. En el día a día, las personas toman decisiones que las conducen a estar a favor o en contra de ciertas costumbres, hábitos o ideas. En muchos casos, como se ha advertido, estas decisiones pueden tomarse de manera pacífica o como consecuencia de acciones violentas.

Por eso, se hace necesario continuar el presente marco teórico con el análisis de otros fenómenos que han sido relevantes para reflexionar la identidad y, específicamente, la identidad colombiana. Entre estos se destacan las nociones del desplazamiento forzado, la migración y el desarraigo. La propuesta teórica de estos conceptos orientará la comprensión sobre la forma en la cual las novelas seleccionadas para la presente investigación representan las dificultades que ha tenido el colombiano para construir su identidad en medio de la violencia de finales del siglo XX.

1.3. El desplazamiento forzado y la migración

Tanto los desplazados como los migrantes son grupos de seres humanos que han tenido que moverse, obligatoriamente, de un lugar a otro. En medio de difíciles circunstancias sociales, políticas y económicas se prefiere abandonar el lugar de origen y aquello que esto representa cuando se busca salir de la pobreza, huir de la violencia y proteger la vida. Para esto, ambos grupos deben dejar atrás parte de sus raíces identitarias, costumbres e historias.

Es importante aclarar que, aunque las causas son similares, no son exactamente las mismas. Es evidente que los desplazados y los migrantes se mueven por factores que tienen que ver con la violencia. Esta puede ser visible mediáticamente, como un enfrentamiento entre grupos armados, o menos perceptible, como el atraco a mano armada, la represión a la libre expresión y el abandono del Estado. Por este motivo, se explicarán, a continuación, cada uno de los dos fenómenos nombrados: el desplazamiento interno y la migración.

Por un lado, quien se desplaza, generalmente, siente que su vida está en riesgo, pues se encuentra en el centro de los enfrentamientos armados entre grupos al margen de la ley y las instituciones militares del Estado colombiano. El desplazado ha intentado sobrevivir en medio del fuego armado, de constantes amenazas o asesinatos y del control social y político de uno u otro bando por medio de la intimidación. Las Naciones Unidas define el desplazamiento de la siguiente manera:

> Se entiende por personas desplazadas internamente (también denominadas “IDP” por sus siglas en inglés) a “las personas o grupos de personas que se han visto forzadas u obligadas

> a escapar o huir de su hogar o de su lugar de residencia habitual, en particular como resultado o para evitar los efectos de un conflicto armado, de situaciones de violencia generalizada, de violaciones de derechos humanos o de catástrofes naturales o provocadas por el ser humano, y que no han cruzado ninguna frontera estatal internacionalmente reconocida". (párr. 1)

Se percibe con esto un cambio forzado de territorio. Cambiar de territorio implica modificar las estructuras y conductas sociales que estaban arraigadas a una historia y unas costumbres. Desplazarse significa dejar, abandonar, huir de un territorio conocido para adentrarse en un nuevo espacio, donde el ciudadano solo es un extranjero, un extraño, un sujeto no deseado.

Según el Observatorio sobre el Desplazamiento Interno del Consejo Noruego para Refugiados (IDMC), para finales del 2021 "53,2 millones de personas estaban desplazadas dentro de su país, debido a conflictos armados, violencia generalizada y violaciones de derechos humanos" (2021). Estos desplazamientos se han dado en 59 países, de los cuales los más afectados están en África, Asia y Latinoamérica.

En el caso colombiano, el desplazamiento forzado es una constante histórica. Desde los eventos de la conquista y la colonización hasta la actualidad, muchos habitantes han tenido que moverse de sus tierras. Colombia es uno de los países con mayor número de desplazados por año. Según los datos publicados por el RUV (Registro Único de Víctimas), el número total de víctimas desde 1985 hasta el febrero de 2023 ascendía a más de 9.000.000. El éxodo más importante se dio durante la segunda mitad del siglo XX como consecuencia de la violencia bipartidista y, especialmente, del surgimiento del conflicto armado interno. Como se observó en la contextualización presentada sobre literatura y violencia en Colombia, las

confrontaciones civiles y militares fueron cruentas y devastadoras. Por ende, cuando se analiza ese fenómeno el CNMH (2015) afirma que

> el desplazamiento, por lo tanto, no puede ser considerado un fenómeno reciente sino un elemento estructural que caracteriza transversalmente la historia colombiana, partiendo de diferentes procesos de despojo y expulsión de población. (p. 35)

Durante las dos décadas finales del siglo pasado, los enfrentamientos entre las Fuerzas Militares de Colombia, la Policía Nacional y los grupos subversivos se recrudecieron, especialmente, en las zonas rurales. Esto ocasionó que millares de grupos de campesinos y pueblerinos huyeran de sus territorios y buscaran resguardo en las principales ciudades del país. A modo de ilustración el CNMH (2003) explica:

> Mientras que, en los departamentos de Antioquia, Chocó y Córdoba, por ejemplo, son los municipios de Urabá, los que concentran los mayores índices de expulsión, las ciudades de Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Cartagena, Montería y Cúcuta ocupan los primeros lugares de llegada de personas y familias desplazadas de diversas regiones del país. (p. 232)

Estos desplazamientos no han dejado de ocurrir. Si se compara con lo sucedido hace algunas décadas, en la actualidad las confrontaciones y los movimientos masivos han minorado paulatinamente. No obstante, esto no quiere decir que el problema haya terminado y las personas no tengan la obligación de abandonar, por fuerza mayor, sus tierras. Acciones del Estado, tales como reforzar las fuerzas militares, firmar tratados de ayuda bilateral con países como Estados Unidos, crear leyes para penalizar, con más determinación, a quienes

intervienen en procesos de cultivo y tráfico de estupefacientes, han sido insuficientes para erradicar los desplazamientos.

Colombia sigue siendo un país donde las problemáticas sociales de las zonas rurales no son consideradas importantes o bien no se les presta la atención necesaria. En esencia, los enfrentamientos armados suceden en el campo y sus habitantes más pobres son quienes deben buscar la manera de defender su vida y su territorio, o tomar la decisión de huir. En consecuencia, el problema persiste con cifras alarmantes. Solo en 2021, según el IDMC (2021), se presentaron más de 134.000 desplazados procesados, número que pone al país en el puesto 19 de esta problemática mundial.

Estas cifras actuales indican que este fenómeno, causado por las acciones violentas, de diferentes grupos armados, continúa vigente en territorio colombiano. Los estudios realizados por la CNMH (2015) concluyen que la gran mayoría de los municipios del país han sido afectados por el desplazamiento forzado, en algunos de ellos de forma masiva. Por consiguiente, para el CNMH es válido afirmar que "a la luz de las cifras precedentes, no es excesivo caracterizar a Colombia como una *nación desplazada*" (p. 16).

Por otro lado, cuando se habla de migración se hace alusión a movimientos externos o internacionales. Quienes migran son personas que buscan mejorar su calidad de vida económica, social y personal en otro país. El migrante rechaza la realidad que le ha tocado vivir, pues siente que en su lugar de origen no encuentra las oportunidades que requiere para progresar o sentirse protegido.

En la presente investigación, se tiene en cuenta el concepto propuesto por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2019), esta entidad considera migrante a

> cualquier persona que se encuentre fuera de un Estado del que sea ciudadano o nacional o, en el caso de los apátridas, de su país de nacimiento o residencia habitual. El término incluye a los migrantes que tienen la intención de trasladarse de forma permanente o temporal, a los que se trasladan de forma regular o con la documentación requerida, y a aquellos que se encuentran en situación irregular."[3] (párr. 75).

Se trata, en esencia, de aquellas personas que abocadas por la idea de encontrar un mejor futuro por fuera del territorio nacional se alejan de los conflictos y carencias individuales y sociales de su país. Este movimiento territorial conlleva un alejamiento profundo de las raíces, costumbres y aspectos culturales. Según Jaime Alberto Gómez (2010), el migrante

> traspasa las fronteras internacionales por motivos económicos, políticos, jurídicos, demográficos, etnológicos, geográficos, históricos, sociológicos, psicológicos, culturales, educativos, científicos, etc. (párr. 15).

En el ámbito mundial, los motivos tienden a tener características muy similares y consecuencias diversas. Al llegar a otro lugar, el migrante debe empezar a acomodarse a las características propias de la cultura de su nuevo destino. Además, empieza a comparar y discernir si los imaginarios que había construido de esa cultura son reales o no. En otras

[3] Esta definición de la OIM excluye los viajes al exterior "con fines de ocio, vacaciones, visitas a parientes y amigos, negocios, tratamiento médico o peregrinación religiosa" (párr. 76).

palabras, según Maalouf (1999), se podrían pensar dos concepciones esenciales que ocurren en el migrante que ingresa en un nuevo territorio:

> La primera de esas dos concepciones extremas es que ve el país de acogida como una página en blanco en la que cada cual puede escribir lo que quiera, o, peor aún, como un solar desocupado en el que cada cual puede instalarse con armas y bagajes, sin cambiar lo más mínimo sus gestos ni sus costumbres. En la otra concepción extrema, el país de acogida es una página ya escrita e impresa, una tierra cuyas leyes, valores, creencias y características culturales y humanas ya se habrían fijado para siempre, de manera que los inmigrantes no tienen más remedio que ajustarse a ellas. (p. 24)

En ambas concepciones se deduce que el migrante prefiere asumir estos riesgos que continuar en su país de origen. Considera que cualquier cambio, por desconocido que sea, puede ser favorable. Bien que la cultura de destino lo incluya con respeto o que sufra exclusiones constantes de orden identitario y xenofóbico, el sujeto que migra asume el riesgo y sus consecuencias. De este modo, Ian Chambers (1994) sostiene que "la migración implica un movimiento en el que el lugar de partida y el punto de llegada no son inmutables ni seguros. Exige vivir en lenguas, historias e identidades que están sometidas a una constante mutación" (p. 19).

Así, quien migra ¿debería haber pensado y analizado los perjuicios y beneficios de su desplazamiento? La respuesta debe meditarse bajo la claridad de que migrar es una acción que no puede controlarse completamente. Por ejemplo, el cambio de lugar está mediado por el desespero que implica permanecer en una sociedad conflictiva, carente de oportunidades

e insegura. Se reflexiona bajo presión y se indagan soluciones conocidas. Aparece, entonces, el "sueño americano"[4] o el "paraíso occidental"[5] como el lugar deseado.

Si se contextualizan estos factores, en Colombia la migración internacional se ha dado con más fuerza desde los años 80, cuando los problemas de orden público aumentaron y los enfrentamientos entre las fuerzas militares y los grupos ilegales se adentraron en las grandes ciudades. Este proceso migratorio hacia el exterior se da especialmente hacia tres destinos: Venezuela, Ecuador y Estados Unidos. En los tres casos, las causas son diversas. Según el Ministerio de Relaciones Exteriores (2005),

> Entre los principales motivos [de la migración] están la búsqueda de oportunidades laborales, teniendo en cuenta la demanda de fuerza de trabajo poco calificada en los países desarrollados y el efecto de la globalización sobre el aumento de fuerza de trabajo que busca una mayor remuneración en los países desarrollados. Así mismo, se encuentran causas como la reunificación familiar, la mejora de los niveles de calidad de vida y la oferta de estudios en educación superior de otros estados. (párr. 5)

Si bien la afirmación del Ministerio es pertinente, los motivos deben ampliarse. Sobre todo, debe tenerse en cuenta que después del surgimiento de grupos armados y del apogeo del

[4] Para el historiador James Truslow Adams, el sueño americano es "el sueño de un lugar en el que la vida debe ser mejor, más rica y plena para todos, con oportunidades para cada uno de acuerdo a habilidades y hazañas". Se agrega que no se trata de un "sueño meramente de automóviles o altos salarios, sino de un sueño de orden social en el que cada hombre y cada mujer pueden alcanzar su máxima categoría de la que son capaces de manera innata (…)" (Truslow, 1931, como se citó en Farias, 2008, p. 12).

[5] El economista indio Amartya Sen utiliza el concepto de "paraíso occidental" en su libro *Identidades asesinas* para hacer referencia al espacio deseado por los ciudadanos árabes, específicamente los jóvenes. Este espacio se encuentra centralizado en algunos países desarrollados de Europa y en los EEUU. Al respecto, se recomienda particularmente el acápite III del libro *La época de las tribus planetarias* (pp. 51-69).

narcotráfico, la violencia permeó todas las clases sociales del territorio nacional y produjo la impresión de inseguridad y desazón permanentes.

Se originó, por ende, la impresión de pensar que la ciudad ya no era un espacio confiable y seguro. Migrar del campo a la ciudad disminuía el riesgo de morir por causas de la guerra interna; sin embargo, las ciudades comenzaron a convertirse en centros de interés para los grupos insurgentes. Para los años 90, ciudades como Medellín, Bogotá y Cali se habían transformado, ante la mirada local e internacional, en escenarios apocalípticos donde el homicidio, las masacres y los atentados terroristas se perpetraron sobre objetivos militares y civiles. Narcotraficantes, guerrillas y paramilitares instauraron sus milicias urbanas para controlar los barrios periféricos. De este modo, la violencia y la inseguridad continuó en las zonas rurales e invadió las ciudades del país.

Entre 1996 y 2005, los grupos armados ilegales combatieron entre ellos y con las Fuerzas Militares del Estado, esto acaecía en el campo colombiano. El objetivo de tales grupos, mediados por la crueldad y el desafuero, era ganar poder local y de territorio. Para el CNMH (2013), este tiempo

> trata de un periodo en el que la relación de los actores armados con la población civil se transformó. En lugar de la persuasión, se instalaron la intimidación y la agresión, la muerte y el destierro. Para este periodo, la violencia adquirió un carácter masivo. Las masacres se convirtieron en el signo característico. (p. 156)

En las ciudades colombianas la violencia urbana incrementó durante las últimas décadas. El conflicto armado no era la única razón del miedo y la inseguridad. Los delitos a mano armada, los homicidios, las extorsiones, la violencia doméstica y las lesiones con arma blanca se incrustaron en la realidad citadina como manifestaciones preocupantes de los problemas sociales. Por ejemplo, Bergman (2021) afirma que, a finales del siglo XX, la tasa de homicidios urbanos llegó al 40,76 por cada 100.000 habitantes (p. 9); una de las tasas más altas de Latinoamérica en este aspecto.

A partir de estos datos y estudios, se puede considerar la relevancia de estos factores en la migración colombiana. Emigrar es una manera de proteger la vida y de alejarse de la cruenta violencia que ha vivido el país. También significa no conservar, de manera directa y cercana, lazos familiares y fraternales con los seres queridos. Migrar en este caso es huir y resistirse a las violencias cotidianas del país. También significa abandonar o alejarse de hábitos culturales con los cuales se ha construido una identidad.

Sin duda, estos mismos motivos pueden asociarse a los desplazamientos forzados. Desplazados y migrantes tienen propósitos similares cuando deciden dejar su lugar de origen. Ellos sienten que en su territorio carecen de las condiciones fundamentales para tener la vida deseada. Para algunos, se trata de una decisión de vida o muerte; para otros, puede ser una decisión determinada por factores socio-económicos. Para Giraldo (2008), ambos se muestran como sujetos que se perciben "fuera de lugar, inestables, con una identidad fracturada; pudiéramos decir, en la sin salida" (p. 14).

El carácter endémico de la violencia social y armada ha hecho que el sujeto migrante colombiano no solo cambie de territorio, también está sujeto a cambiar sus maneras de estar en el mundo. Cambiar de territorio es modificar forzosamente las estructuras y conductas sociales que estaban arraigadas a una historia y unas costumbres. Desplazarse significa dejar, abandonar, huir de un territorio conocido para adentrarse en las incertidumbres de un nuevo espacio, donde el ciudadano solo es un extranjero, un migrante que no ha sido invitado a ser parte de una comunidad.

1.4. El desarraigo

Separarse de la tierra donde se ha construido una vida, una historia y un pasado no es una decisión fácil de tomar. Sea un migrante o un desplazado interno, abandonar el territorio habituado lleva al desprendimiento de pertenencias identitarias que se han configurado como vitales y que se han alcanzado con el paso de los años. Para ambos, huir de su espacio conocido y comprendido produce un conflicto interno, puesto que, según Silva (2000), en ellos se origina un

> extrañamiento, sentimiento de no pertenencia, que hemos llamado desarraigo y que puede tener diversos grados y combinaciones, de manera que una persona puede estar integrada a un trabajo productivo, o a un grupo social, pero tener comportamientos de desarraigo, afectivos, culturales, políticos etc. (448)

En vista de que el alejamiento de la tierra acontece por las circunstancias violentas del contexto, la huida imposibilita un proceso de adaptación. Se produce una ruptura inesperada

con algunas de sus pertenencias más importantes, arraigadas al territorio, tanto en lo simbólico como en lo físico. Esta adaptación está determinada por dos escenarios: el lugar de salida y el lugar de llegada.

El primero tiene que ver con el éxodo, es decir, con aquello que se ha dejado atrás en el momento de la salida. Estar durante mucho tiempo en un mismo lugar, y especialmente desde los primeros años de vida, produce en el ser humano sentimientos, emociones y pensamientos arraigados a este lugar. Las personas se sienten parte del territorio y muchas de las pertenencias sociales comunes las asumen como suyas. De este modo, afirma Guibernau (2017), ellas "construyen la comunidad de una manera simbólica y la convierten en un referente de su identidad" (p. 52).

No quiere decir esto que, durante su estadía, siempre posean un sentimiento de arraigo homogéneo. Tanto las circunstancias sociales como las decisiones individuales influyen en la posibilidad de tener múltiples pertenencias y que estas vayan cambiando con el día a día. En este sentido, dentro del espacio conocido, el sujeto no posee completa libertad frente a sus rasgos identitarios, pues "sería ingenuo creer que nuestras elecciones están exentas de coacciones, principalmente de las que provienen de la clase social, el género, la etnicidad y la religión (p. 45).

El proceso de arraigo lleva consigo condicionamientos sociales y familiares que hacen parte de la convivencia. Por ende, es habitual que, por una parte, el sujeto sienta arraigo por algunas prácticas identitarias de su lugar de origen; por otra parte, es posible que sienta aversión y

desapego por otras pertenencias. De esto se concluye que el desarraigo puede producirse por causas y consecuencias muy diversas e individuales.

En cuanto al lugar de llegada, las afectaciones de los individuos tienen que ver con las disyuntivas entre el arraigo a su lugar de origen y la necesidad de adaptarse a las costumbres y al valor simbólico y cultural del nuevo territorio. Ingresar y ser aceptado en el nuevo espacio puede implicar la marginalización o la exclusión total. En muchos casos, los habitantes originarios de un lugar pueden asumir supuestos colectivos negativos contra aquellos que huyen de la violencia y tratan de hacer parte de una nueva comunidad. En palabras de Pizarro (1999):

> Justa o injustamente, en el imaginario colectivo los desplazados son percibidos como una fuente de criminalidad, invasión ilegal de tierras, extensión de suburbios desprovistos de servicios públicos, desempleo y economía informal. Como consecuencia de esta visión, los desplazados no sólo son víctimas de la expulsión de sus tierras y de sus comunidades de origen, sino de un grave rechazo social en los centros urbanos en donde buscan asiento. (párr. 4)

El desplazado es señalado como un criminal en potencia y, por tanto, es discriminado. El doble impacto generado por el éxodo y el rechazo es la fuente de una profunda "cultura del desarraigo". Sin raíces, sin vínculos comunitarios, lejos de sus regiones de origen, el desplazado constituye uno de los problemas más graves de la sociedad colombiana a finales del milenio.

Del mismo modo, el migrante vive la experiencia de la exclusión y el maltrato social en el país de llegada. Para Arizpe (2007),

> La exclusión de los inmigrantes en distintas regiones del mundo es una de las críticas más importantes a la globalización. La abierta contradicción en un mundo altamente interconectado que privilegia el fin de las barreras y protecciones financieras a los flujos de capital y comercio, en tanto que frena la movilidad de las personas, es una de las grandes paradojas de la globalización. (p. 13)

Aunque las fronteras parecen estar abiertas para que se lleve a cabo la movilización internacional, los migrantes generalmente son percibidos como personas indeseadas o ajenas a la cultura. Y esta circunstancia implica la no participación de manera igualitaria en aspectos políticos, económicos, educativos, etc. Esto quiere decir que, si bien habitan en el espacio compartido, no cuentan con todas las posibilidades y beneficios sociales, pues algunos de estos son exclusivos para los habitantes "originarios" de la comunidad. Tales situaciones conllevan que los inmigrantes "se enfrenten a situaciones de precariedad laboral y de vivienda" (Ruiz, 2004, p. 19).

Por tanto, los problemas de inclusión social pueden conducir a un mayor sentimiento de desarraigo por parte del migrante y, claro está, del desplazado. Para los dos, sentir arraigo por algunos aspectos sociales de la nueva cultura es, por un lado, validar las pertenencias de la comunidad opresora y excluyente; y, por otro, desarraigarse o no de las pertenencias que traen de su propio territorio.

En suma, migrante y desplazado establecen relaciones de arraigo y desarraigo con su territorio y con el lugar de llegada. Al mismo tiempo, se puede sentir añoranza y desapego por el espacio abandonado o por el espacio a donde se migra. De lo que se puede concluir, citando a Brieño Álvarez (2010), que

> el desarraigo, las presiones por la aculturación, el choque de culturas y la construcción de nuevos hábitos e identidades personales y colectivas implican un proceso difícil que si bien puede resultar enriquecedor no está exento de conflictos y pérdidas. (p. 22)

En este choque de culturas, se producen, en esencia, diversos tipos de conflictos que yacen supeditados al espacio, a las relaciones sociales y a los factores culturales. El desarraigo se trata, entonces, de un proceso cultural complejo y diverso. Movilizarse implica la transformación de pertenencias interiorizadas durante mucho tiempo y la confrontación, validación y aceptación de aquellas tradicionales y propias del nuevo territorio. Para quien huye de la violencia, este cambio consiste en estar dispuesto a considerar y sopesar factores sociales e históricos entre una cultura que lo vio formarse y otra que lo desconoce como miembro.

En virtud de esto, en uno de los siguientes capítulos se analizará el desarraigo y sus dimensiones sociales, culturales y espaciales en las novelas que son parte del corpus de investigación, con el propósito de analizar cómo la ficción logra representar los sentimientos y experiencias de desarraigo que producen movimientos humanos como la migración y el desplazamiento interno; ambos, ocasionados por la violencia.

2. Marco contextual histórico: acercamiento a la novela sobre la violencia en Colombia y el territorio

2.1. Novela y violencia socio-política en la historia de Colombia

Después del marco teórico de los principales conceptos de esta investigación, se presenta el siguiente panorama que relaciona algunos momentos de la historia de Colombia con las representaciones narrativas que han construido diferentes novelistas en sus respectivas épocas. Se considera que esta perspectiva es pertinente para reflexionar y analizar los conflictos identitarios y otros fenómenos como el desplazamiento, la migración y el desarraigo, los cuales se examinarán en otros capítulos de esta tesis.

Específicamente, se abordarán momentos históricos en donde la literatura participó del pensamiento colectivo a través de narraciones históricas y ficcionales que hacían los escritores sobre acontecimientos relacionados, principalmente, con la violencia socio-política. Al respecto, es importante aclarar que cualquier tipo de violencia depende y se desarrolla junto a otras, pues como afirma Martínez (2012): "la violencia no es una sustancia o un hecho aislado, totalmente terminado y asible en sí mismo, sino que se trata de relaciones sociales o, mejor dicho, del tinte que asumen ciertas relaciones sociales" (p. 15). En consecuencia, si bien el núcleo del recorrido histórico es la violencia política, también se examinarán otros tipos de violencia.

Por ende, se prefiere el concepto de violencia socio-política para dar cuenta de algunos actos que han marcado la historia del país desde sus inicios; actos que, generalmente, dependen o

han sido motivados por causas políticas y sociales. En un país cuyo pasado ha estado determinado por el control de pequeños, pero hegemónicos, grupos económicos y políticos, la violencia ha sido usada como arma de control y poder. Así, desde este punto de vista, la presente investigación entiende la violencia socio-política como los estipula la Comisión Colombiana de Juristas (2007):

> aquellos hechos que configuran atentados contra la vida, la integridad y la libertad personal, producidos por abuso de autoridad de agentes del Estado, los originados en motivaciones políticas, los derivados de la discriminación hacia personas socialmente marginadas, o los causados por el conflicto armado interno. (p. 2)

Finalmente, se analizarán brevemente algunas obras representativas de distintas épocas de la historia colombiana con el fin de mostrar cómo la literatura logra describir o poner en tela de juicio los conflictos sociales, las violencias extremas y la vulneración de los Derechos Humanos. En este sentido, leer la violencia desde la visión literaria aporta una visión no-oficial a la construcción de sentido social tanto del presente como del pasado de la sociedad colombiana, pues como expresa Lanzuela (1992): "la obra literaria no es un hecho aislado, es un reflejo, consciente o inconsciente, de la situación social, económica y política de un determinado momento histórico" (p. 259).

Además, es indispensable resaltar que este vínculo historia-ficción influye notablemente en las cinco novelas del siglo XXI que serán objeto de estudio de la presente tesis doctoral. En cada una de estas obras también aparece la violencia como un fenómeno recurrente y devastador. En ellas, los conflictos son ocasionados por el clasismo, el racismo, el sectarismo

partidista y las confrontaciones internas del Estado con grupos al margen de la ley. De este modo, el siguiente panorama brindará bases contextuales para comprender algunos aspectos relacionados con las formas de violencia y las identidades sociales que se configuran en el corpus de esta investigación.

2.1.2. Panorama de la narrativa novelística y la violencia socio-política en Colombia

Para algunos teóricos y pensadores colombianos, (Palacios, 1995; Williams, 1991; Guerrieri, 2004), la violencia ha sido uno de los factores más influyentes y relevantes en el devenir de la historia de Colombia, pues no desconocen que como fenómeno social siempre ha surgido acompañada y derivada de otros factores como la desigualdad social, el abandono estatal y la corrupción política.

Estos mismos problemas han existido en otros países como Argentina, Chile y Perú,[6] pero en Colombia la violencia ha desencadenado hechos y fenómenos tan hostiles, cruentos y perdurables como la Guerra de los Mil Días, la época de la Violencia, el conflicto con varios grupos revolucionarios armados y la vigente contienda con diversos grupos ilegales a causa del narcotráfico. Hechos que dan cuenta de la perdurabilidad de la violencia en la historia del país. Con relación a esto Mejía Vallejo (1997) expresa:

[6] Sobre la violencia en Latinoamérica y su relación con la literatura se recomienda la lectura de*: Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente* (2015), cuya compilación de textos es realizado por Teresa Basile, de la Universidad de La Plata. “Novela y fin de siglo en América Latina, (2022), de Julio Ortega. "Imaginación y violencia en América”, (1970), de Ariel Dorfman.

> La violencia en Colombia es consecuencia del fanatismo y de la ambición desordenada que se da desde los mismos comienzos de la nacionalidad y desde la conquista misma. Es una violencia inhumana sin el menor asomo de justicia social. (p. 406)

En otras palabras, la historia de Colombia implica una alusión ineludible al concepto de violencia, a sus múltiples representaciones o expresiones a lo largo y ancho de la nación; las cuales, la novela ha plasmado, a veces de manera simbólica, a veces intencionadamente realista, descarnada y sangrienta. Para conocer y comprender dicha relación, a continuación, se construirá un panorama condensado de estas representaciones literarias de la historia del país.

Cuando se piensa en la violencia de Colombia es indispensable retroceder hasta el denominado descubrimiento de América y específicamente la llegada de los primeros colonos españoles a territorio colombiano. Para historiadores como Palacios (1995) o Dorfman (1970), la violencia masiva, aquella que intentaba conquistar o destruir comunidades numerosas, invadía territorios con el fin de modificar estructuras ideológicas y culturales, debe pensarse desde finales del siglo XV y no solo desde los sucesos del siglo XX. Al respecto, Dorfman (1970) señala:

> La agresión ha comenzado hace mucho tiempo: América es fruto de una violencia prolongada, de un saqueo continuo, de la guerra civil y fratricida en toda su geografía. El mundo está dado con ciertas dimensiones evidentes. Cuando encontramos al personaje por primera vez, cuando lo sentimos ir naciendo en los ojos-vientre del lector, ya un mundo concreto rodeándolo, lleno de sombras y puños y rifles, que él acata y crea de nuevo con sus

> decisiones, pero que lo envuelve desde antes, desde un lejano, intangible antes, casi como un pecado original, la estructura que nuestros padres nos han legado y que ellos a su vez recibieron de sus padres, de generación en generación cambiando y siendo determinados, esta herencia temprana muerte posible, nuestro patrimonio, nuestra condena, tal vez nuestra salvación. (p. 11)

Afirma Dorfman que el ingreso, poco pacífico, de los españoles ha originado en el hombre americano una manera particular y agresiva de interactuar, centrada en la violencia como mecanismo de sumisión y orden. En la búsqueda para preservar la libertad, el territorio y la historia, el ser americano ha aprendido que la violencia puede convertirse en un dispositivo poderoso y muy útil para sus intereses. Desde entonces, su conducta centra sus energías en luchar por aquello que le pertenece, en otras palabras, tanto los fines como los medios son justificables. Al respecto, Dorfman (1970) ha concluido que las relaciones desarrolladas desde la violencia como mecanismo de defensa o ataque produjeron

> una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar; cómo el hombre americano ha enfrentado el problema de su muerte y su libertad, y cómo, derrotado o vencedor, ha sabido buscar en la violencia su ser más íntimo, su vínculo ambiguo o inmediato con los demás. (p. 9)

Es por esto que en la novela muchos de los personajes centrales de la literatura hispanoamericana tienden a desarrollar sus vidas en medio de la violencia. Los personajes novelescos nacen y mueren en ambientes donde día a día se juega la vida, son personajes en donde la violencia “lo escoge a uno desde que nace” (p. 17). Se plantea, por consiguiente,

una narrativa en donde la violencia siempre es el *modus operandi* que debe aparecer y que, además, es parte necesaria de la estructura y trama de la obra. Los novelistas, sentencia el crítico, "buscan las diferentes caras que el hombre americano se ha ido poniendo en su desesperada lucha con la muerte, en su intento por salir de esta violencia que es nuestro destino" (p. 17). Para ejemplificar, el autor cita y analiza personajes de obras como *Cien años de Soledad,* de Gabriel García Márquez; *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *Hombres de maíz*, de Miguel Ángel Asturias, y algunos cuentos de Jorge Luis Borges.

En la misma línea, Escobar Mesa (1997) y Vanessa Solano (2020) han asumido la idea de la violencia como núcleo del actuar americano ficcionalizado en las novelas. Para ellos, el novelista asume la realidad social desde un punto de vista personal y propio, pero la describe desde la óptica particular y singular de los personajes que la viven en la historia construida. Como estas vivencias están supeditadas por problemas sociales, determinados por el hambre, la pobreza, el desempleo, el abandono estatal, el caos legal y gubernamental que envuelve a la sociedad colombiana, los personajes terminan aceptando, por un lado, que la ilegalidad, la anomia y la despreocupación por el bienestar ajeno hacen parte de su cotidianidad y, por otro lado, asumen que es necesario y justo luchar por sus derechos de cualquier modo.

En estas dos perspectivas, los personajes son parte activa y reactiva de la violencia y de sus múltiples manifestaciones. En palabras de Augusto Escobar (1997): “la característica fundamental de nuestra literatura es la preocupación social” (p. 45) que han demostrado los escritores colombianos. Ellos han sido capaces de asumir, directa o indirectamente, un compromiso con la historia del país desde las construcciones ficcionales que realizan. Cabe

aclarar, como veremos en las siguientes páginas, que dicha preocupación puede radicar puramente en la descripción de una época desde un punto de vista sesgado por la política.

Esto se videncia con más claridad en las primeras obras noveladas que se escribieron desde el siglo XVII hasta el siglo XIX. El siglo XX, con avances en disciplinas como la lingüística, la filosofía, la sociología y la psicología, produjo en el escritor latinoamericano una reflexión más radical sobre su importancia social y, por tanto, la manera en que su literatura puede contar, sin ataduras políticas e ideológicas, una realidad social. No obstante, en las primeras experiencias novelescas la ficción estaba muy sujeta a la realidad política, pues escribían quienes sabían y podían hacerlo. En este sentido, los primeros escritores cuentan con beneficios económicos y sociales que les permitían dedicar tiempo y esfuerzo a la construcción literaria.

Desde las primeras obras de la época colonial -como la crónica novelesca *El Carnero* (1795), de Juan Rodríguez Freyre, y la primera novela hispanoamericana *El desierto prodigioso y el prodigio del desierto* (siglo XVII)-,[7] de Pedro de Solís y Valenzuela-, la literatura ha presentado descripciones de actos donde la violencia es evidente. Por ejemplo, Freyre narra los duelos entre hombres que luchan por su honor o por alguna venganza personal; Solís refiere la violencia de género, narrada por uno de los jóvenes personajes de la novela: Leoncio ha sido ejecutado por asesinar por celos a su esposa. En ambas obras, la moralidad religiosa es un tema que atraviesa el relato e interesa a los autores. Allí, se habla sobre el bien y el mal

[7] No se dispone de un documento que certifique el año de publicación de esta obra. Especialistas, como Rubén Pérez Patino afirman que fue publicada a mediados del siglo XVII.

desde el punto de vista religioso (católico) y, por consiguiente, los discursos morales y tradicionales del siglo XVII son relevantes.

En este sentido, los autores tratan de describir y narrar historias de sus propios contextos. Buscan reflejar aquello que les rodea y de lo que forman parte. Si la cultura privilegia la moral, sus personajes tendrán acciones y pensamientos fundamentados en la moral de turno. En *El carnero* de Freyre (2015), la crítica moral aparece en medio de escenas que deploran y culpan a la mujer por su hermosura, ya que es el detonante de actos ominosos y despreciables para las normas religiosas:

> El caso fue que el fraile y el uno de los oidores, que ambos eran mozos, se encontraron en casa de una mujer hermosa, que hacía rostro a entrambos, donde tuvieron su enfado. ¡Oh hermosura, causadora de tantos males!, ¡oh mujeres! No quiero decir mal de ellas, ni tampoco de los hombres; pero estoy por decir que hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crió. (p. 105)

De este modo, en la literatura colombiana, los escritores son seres que intervienen en el imaginario colectivo desde la literatura, desde la capacidad de imaginar mundos ficcionales con base en la época a la cual pertenecen; y si esa época tiende a la violencia, esta violencia formará parte de sus historias. Para sintetizar cómo la violencia yace como representación recurrente en obras de la época como *El carnero*, es pertinente mostrar las palabras iniciales de quien elabora la presentación de una de las ediciones de esta obra:

> ¿Qué encontramos cuando leemos El carnero? Encontramos la historia de Juana García, una bruja negra que «era un poco voladora» (ix), la historia de Jorge Voto, un profesor de danza asesinado por un encomendero (x), la historia de una estafa hecha falsificando monedas (xi), la historia del asesinato de Juan de los Ríos a quien mataron de cuatro estocadas y luego le sacaron el corazón, le cortaron las narices, las orejas y los miembros genitales, y todo esto echaron en un pañuelo (xii). (Freyre, 2015: p. 5)

Con esto, se considera muy acertado pensar que, como expresa Mejía (1997): "el hombre, por más reaccionario que sea o se crea, es, quiéralo o no, testigo de su medio; y a un medio violento, a un medio político, debe corresponder una literatura violenta (p. 433). La literatura ofrece una mirada sanguinaria de un momento histórico convulso y sangriento. El colono español intentaba afianzar su dominio y apoderarse de nuevas tierras y bienes deseados por medio de la fuerza militar y de leyes irracionales, mientras la sociedad vivía en condiciones precarias. El siglo XVI, representado en *El carnero*, describe las incertidumbre y tormentos de una sociedad que según Rodríguez (2015) "padecía de los quebrantos de poderes no afirmados, siempre en conflicto, tanto entre los mismos conquistadores, como entre ellos y el Estado español" (párr. 7).

De acuerdo con esto, la violencia se ha establecido en Colombia debido a su relación directa con el poder, es decir, la violencia se ha posesionado como una condición de implementación, mantenimiento y control del poder a lo largo de los años. Esto quiere decir que todas las clases sociales se han acomodado, de cierta manera, a una realidad social desigual, inestable y violenta. De ahí que, según Vanessa Solano, la literatura colombiana se ha desarrollado como una "práctica social" que ha permitido manifestar, imaginar y visualizar

simbólicamente el diálogo entre las practicas violentas y su cotidianidad. En palabras de Solano (2020), se estima que "la literatura, como práctica social, reconstruye el diálogo de las ideologías, visibilizando cómo producen significados" (p. 22).

Se sugiere, de este modo, que la literatura, como representación de la realidad, ha sabido plasmar la violencia como un fenómeno social recurrente y "autorizado". Se empieza, entonces, a edificar un constructo social que tendrá como resultado la anomia social. De esta manera, es posible reafirmar el planteamiento que pone a la violencia como un elemento permanente y relevante en la literatura y en la vida misma de la sociedad colombiana.

Ahora bien, durante los siglos XVII y XIX la literatura colombiana tuvo como gran baluarte la poesía. Este fue el género aclamado y practicado por excelencia, con ejemplos como *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellano, los poemas de Sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara, los versos de Luis Vargas Tejada, el lirismo de José Eusebio Caro hasta el romanticismo de Rafel Pombo en Colombia. Aún en el siglo XX, cuando la novela ganaba en prestigio y algo de popularidad, Colombia era considerada un país de poetas. También la poesía ha puesto en sus versos el tema de la violencia en Colombia. En relación con esto, el ensayista y poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda (1995) afirma que "la poesía, como la violencia colombiana, son dos de nuestros rostros que aún no asumimos del todo. Violencia y poesía: allí se origina nuestra imagen más significativa" (p. 5).

Si bien en los anteriores siglos la poesía sobresalía en la cultura colombiana, durante el siglo XIX la novela empieza a ganar reconocimiento. Con el paso del tiempo se acepta

socialmente, sobre todo porque es capaz de acercarse a los modelos literarios europeos, aunque, generalmente, desde un posicionamiento político y clasista; posicionamiento validado por la élite intelectual y que daba cuenta de los tipos de violencia culturalmente aceptados.

La literatura enaltecía la patria, exaltaba la naturaleza de las regiones, añoraba la cultura europea y aplaudía los "buenos modales" de la clase alta colombiana, mientras el centralismo político y administrativo, por un lado, privilegiaba la educación católica y la fragmentación social y, por otro lado, se mostraba indiferente ante el analfabetismo y la pobreza que azotaban la nación. De este modo, la aparición de la Constitución de 1863 no fue tan influyente en la construcción de un mejor país para todos. Aunque este nuevo documento nacional

> recogía iniciativas liberales como, "una libertad absoluta, justicia humanitaria, separación de la Iglesia y el Estado, abolición total de la esclavitud, libertad de prensa y expresión, educación pública secularizada, libre comercio, y un sistema federado de estados independientes. (Williams, 1991: p. 29)

Lo cierto es que el sectarismo socio-político, surgido desde los albores de la independencia, continuaba afectando marginalmente a las clases bajas y a la rezagada industria de la sociedad colombiana. De acuerdo con Palacios (2003), sin importar el tipo de ideología que gobernaba, el país deambulaba por

> un bajísimo nivel del ingreso por habitante y la pobreza e ignorancia consiguientes; la dispersión de la población en bolsillos aislados entre sí y con el interior; la precariedad de las infraestructuras; el carácter primitivo de las técnicas y de las organizaciones empresariales y financieras; la escasez de capital. A todo esto, se agregaban las rivalidades entre municipios, comarcas, regiones y partidos. (pp. 25-26)

En este contexto, las obras no dieron cuenta de esta realidad de manera explícita, pues sus historias abordaron la realidad desde un lugar privilegiado y con pretensiones europeístas. Las novelas procuraban imitar a escritores franceses como Víctor Hugo, Alexandre Dumas o François-René de Chateaubriand, pero enalteciendo la belleza de la naturaleza colombiana y mostrando únicamente los problemas de hacendados y otras personalidades de la clase alta. Para la época, la literatura narra desde la mirada del hombre blanco y rico y, en consecuencia, la violencia sufrida por los otros (esclavos y pobres) no es relevante para ser contada.

Para el caso, se postulan tres ejemplos relevantes en las letras nacionales: *María* (1867), de Jorge Isaacs, considerada una de las mejores novelas del romanticismo hispanoamericano; *Manuela* (1858), de Eugenio Díaz Castro, y *El alférez real* (1886), de Eustaquio Palacios. Estas obras están enmarcadas dentro del costumbrismo latinoamericano[8].

En *María*, Issacs se centra en la relación amorosa e idílica entre Efraín y María, y evita profundizar en el contexto socioeconómico que se vislumbra superficialmente en la historia.

[8] Durante el siglo XIX, aparecieron otras novelas que también hicieron parte de movimientos literarios como el romanticismo y el costumbrismo en Colombia. Se rescatan algunas como *El oidor*, *romance del siglo XVI* (1850), de José Antonio de Plaza, las novelas cortas *Laura, Constancia* y *Una venganza*, de Soledad Acosta de Samper y *Juana la bruja: novela histórica* (1894), de Caicedo Rojas.

Por ejemplo, en varios momentos se describen o se comentan situaciones que demuestran que las relaciones sociales eran igualitarias y permitidas solo entre personas o grupos de la misma clase social; de lo contrario, dichas relaciones eran desacreditadas y malmiradas. Efraín se siente superior a Braulio, el sobrino de un campesino o montañero, al aseverar: "Braulio se había atrevido a llamarme padrino" (Isaacs, 2001: p 64). Al respecto, Salvador Bueno (1980) propone un análisis de la novela, revisa las muestras de clasismo y racismo que se pueden encontrar. Cuando analiza varias frases, como la anteriormente citada, plantea: "Existen en todas estas observaciones hechas por el autor-protagonista la paternal actitud con que se relaciona con los que están situados por debajo de su clase, pero siempre indicando sutilmente la diferencia existente entre ellos" (p. 7).

De la novela de José Eugenio Díaz emanan importantes alusiones a las diferencias sociales y económicas entre los habitantes de la ciudad (Bogotá) y de las zonas rurales (pueblo cálido, situado en las estribaciones del río Magdalena). Desde el inicio de la historia, los personajes destacan el aislamiento y olvido estatal, el atraso tecnológico y agrario de la zona, los problemas de cultivo y propiedad de la tierra. Los habitantes del pueblo reconocen que en esas tierras "fértiles y exuberantes" podrían sembrar y obtener réditos financieros. No obstante, no es posible porque, como dice uno de ellos:

> la pobreza no nos deja hacer nada, y que como no hay caminos, ahí se quedaría todo botado; y no es eso sólo, sitio que los dueños de tierras nos perseguirían. Es bueno que con lo poco que alcanzamos a tener, a medio descuido ya nos están echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo. (Díaz, 1985: p. 77)

Así mismo, en la obra se aprecian discrepancias producidas por el radicalismo político y los discursos radicales. En medio de las disputas ideológicas que anteceden a las elecciones, donde solo pueden votar los hombres, las conversaciones y el ambiente en el pueblo empieza a tornarse reacio y violento. Las posiciones fundamentalistas a favor del Partido Conservador y, sobre todo, los agravios entre las dos variantes del Partido Liberal, los gólgotas y los draconianos radicales, desencadenan un enfrentamiento armado y violento que termina con el regreso del joven citadino (Demóstenes) a la capital y con la muerte de la joven pueblerina (Manuela), quien ha sido acosada y violentada por el draconiaco Tadeo Forero. Este hombre controla el pueblo, de principio a fin, con sus artimañas políticas.

En cuanto a *El alférez real*, puede hallarse con más nitidez el clasismo y el racismo. Desde las primeras páginas es posible encontrar alusiones directas o indirectas. Las reflexiones del narrador son muy superficiales con respecto a la esclavitud y aquello que esa condición implica para el esclavo:

> Había un buen yegüerizo, buenos potros y muletos, un trapiche, un cacaotal, una labranza a orillas del río Cauca con platanar y marranos y en toda la hacienda como veinte esclavos. Estos se pasan una vida agradable y lo tienen todo, menos la libertad; trabajan poco y tienen permiso para hacer sus labranzas, crían marranos. (Palacios, 2009: p. 11)

Como se observa, para el narrador parece que la carencia de libertad es un evento vacuo e insignificante, pues los esclavos poseen lo que requieren para vivir de manera "agradable". También aparecen menciones sobre la ínfima inteligencia de los subalternos: "En medio de ella, el Padre explicó el evangelio del día, con la mayor claridad, acomodando su lenguaje a

la limitada inteligencia de los esclavos" (Palacios, 2009: p. 44). O se cuenta, sin aspavientos, que para 1793 el número de esclavos en la ciudad de Cali era de 1106 de una población total de 6458 habitantes, es decir por cada seis habitante había aproximadamente un esclavo. Y finalmente todo esto, para el narrador y otros de los personajes amigos y familiares, está aceptado y dispuesto por la gracia de Dios. De este modo no siente culpa o vergüenza:

> La iniquidad, si la hay, no es obra mía; esclavos eran los que tengo y los compré a sus amos, o los compró mi padre; ni su merced ni yo los redujimos a la esclavitud; y el mismo Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) autoriza ese comercio. (p. 143)

En consecuencia, el narrador y otros personajes de la historia como el padre no asumen responsabilidades sobre actos que claramente son discriminativos. Ellos forman parte de una sociedad privilegiada que se considera inocente de su destino y del destino de los habitantes del pueblo y del campo, pues ha sido mandato de Dios que algunos sean amos y otros esclavos, algunos civilizados y otros bárbaros. Para personajes centrales masculinos como Efraín, en *María*, y don Manuel, en *El alférez real*, el deseo de Dios ha sido darles el beneficio de nacer en una familia adinerada y, por tanto, considerarles superiores a sus subalternos.

En estas tres obras, la violencia aparece de manera sutil y es determinada por el contexto de la narración. Los narradores describen acciones sin incluir críticas directas a aspectos sociales y culturales que podrían ser considerados, desde hace algunas décadas, clasismo y esclavismo. También, los autores privilegian la poetización del amor, la descripción de las costumbres propias de la región, la contemplación del paisaje que brinda una naturaleza

deslumbrante; no presentan cavilaciones que logren señalar y criticar las desigualdades sociales de la época.

Evidentemente, la literatura de esta época está marcada por el pensamiento político que desde los años de la Independencia ha aumentado su influencia en la vida social y en el devenir cultural del país. Los dirigentes políticos intentaron moldear el pensamiento colectivo a su conveniencia con el propósito de establecer conductas y tendencias sociales que favorecieran intereses propios o de grupo.

En este marco, la literatura también estuvo permeada por la ideología de los escritores, y operó, en algunas ocasiones, como un mecanismo de control y disciplinamiento. Estos, principalmente desde la poesía y el ensayo,[9] apoyaron sus cartas políticas; es decir, contaron historias en favor del grupo social al cual pertenecían. Todos formaban parte de grupos sociales privilegiados, pues como afirma Williams (1991):

> Los grupos de presión hacia mediados del siglo XIX eran básicamente cuatro: la élite, la clase media urbana, los campesinos y las comunidades indígenas. La élite y la clase media urbana lideraban la expresión política y literaria y eran protagonistas del conflicto ideológico. (p. 28)

En este sentido, en *María* y en *El alférez real*, es más visible la posición de Isaacs y de Palacios, en los que se acentúa una posición social privilegiada desde la cual se retrata una realidad social. Mientras que, en *Manuela*, el narrador no solo retrata las costumbres de la

[9] Y en menor medida desde la novela.

sociedad colombiana de su época, sino que, además, parece tener como propósito demostrar las consecuencias de las filiaciones políticas radicales. Dichas consecuencias terminan afectando con crudeza a minorías aisladas, excluidas y abandonadas como las mujeres, los campesinos y los grupos étnicos. Estas serían las mismas filiaciones políticas radicales que desde los años finiseculares del siglo XIX conducirán al país a una época de destrucción masiva e intensamente sangrienta.

Para hablar del siglo XX, cabe destacar que inició en medio de uno de los hechos más violentos de la historia del país: La Guerra de los Mil Días, este evento determinaría el acontecer de los siguientes cien años. La guerra inició el 17 de octubre de 1899 y finalizó el 21 de noviembre de 1902. Actualmente, sus consecuencias sociales, económicas y políticas aún no se han desvanecido.

El sociólogo colombiano Alfredo Molano da apertura a la obra *Memorias de la Guerra de los Mil Días* (2015) con la siguiente opinión de lo ocurrido:

> La Guerra de los Mil Días fue una de las más bárbaras y sangrientas del siglo XIX en Colombia. Las cargas a machete del Negro Marín y de Tulio Varón, los guerrilleros liberales del Tolima, no eran inferiores a las del guerrillero conservador Evaristo Villamizar y menos aún a las que organizaba el general Díaz en Barbacoas y Tumaco. Estas últimas comenzaron a escribir la historia negra de la violencia oficial, los fusilamientos en masa y los asesinatos selectivos ordenados por Arístides Fernández, el ministro de Guerra del señor Marroquín. Pero sobre todas las acciones militares descuella la terrible batalla de Palonegro, donde

> quince mil conservadores se enfrentaron a ocho mil liberales durante quince días consecutivos con sus respectivas noches. (p. 14)

De acuerdo con la cita, puede notarse que esta guerra surgió debido a las oposiciones seculares entre los dos partidos políticos tradicionales del país: por una parte, se encontraba el Partido Conservador o de Regeneración o Centralista y, por otra, el Partido Liberal o Federalista. El primero, había marginado al partido oponente "del poder político desde comienzos de 1880" (Meisel, 2017: p. 1) y pretendía retomar las ideas del catolicismo y de la tradición española, pues algunos de sus miembros eran descendientes de españoles y privilegiaban la cultura española y europea; esto incluía, por supuesto, la tradición literaria española del llamado Siglo de Oro.

Algunas de las figuras más importantes del centralismo, desde la política y la literatura, fueron Rafael Núñez, exliberal y cuatro veces presidente en 1880, 1884, 1886 y 1892; Miguel Antonio Caro, presidente desde 1891 hasta 1898; y José Manuel Marroquín, novelista y, también, presidente en 1900. Los tres participaron en la redacción de la Constitución de 1886 que tenía como propósito deponer la Constitución de 1863, la cual representaba los intereses propios del Partido Liberal. Este nuevo documento nacional retomaba firmemente las relaciones de la Iglesia católica y el Estado, centralizaba el poder político y económico en la capital del país y pretendía la descentralización administrativa, principalmente.

En este mismo sentido, intelectuales y escritores aportaron al fortalecimiento de una ideología literaria conservadora, patriótica, católica y moralista. Surgieron, entonces, novelas que continuaron la labor ideológica de enaltecer las acciones de su partido político y, al

mismo tiempo, reprochaban y tildaban a la oposición de ser la culpable del atraso social, tecnológico y económico del país.

En aquel momento, aparecieron obras como *A flor de tierra* (1904), una novela breve de estilo realista, del escritor antioqueño Saturnino Restrepo; *Pax* (1907), una novela política, costumbrista y paródica, escrita por los bogotanos Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot; e *Inés* (1908), una novela de tinte romántico y realista escrita por el antioqueño Jesús Arenas.

La primera de estas obras salió a la luz en una edición facsimilar de la *Revista Lectura y Arte* de Medellín y ha aparecido en la Colección de Autores Antioqueños o en novelas sobre la Guerra de los Mil Días. En ella, el personaje debe sufrir las consecuencias de ser un cobarde durante la guerra, esconderse y tratar de huir. Su nombre es Manuel y es un soldado que no soporta la sevicia y la crueldad de sus oponentes y de su propio ejército: el ejército del gobierno conservador. Ha sido herido de bala y no puede moverse. Por eso sus superiores lo injurian y lo amenazan, en tanto él solo extraña volver a la vida que tenía:

> —¡Ajá! ¿Qué tiene usted? – preguntó el Coronel.
>
> —Yo… yo… Pues yo estoy aquí herido.
>
> — ¿Dónde?
>
> —Pues… en la pierna derecha.
>
> — ¡Eso no vale nada, hombre! En el resto del cuerpo le caben a usted doce balas todavía— concluyó el jefe despectivamente, comprendiéndole el miedo. Y se fue.

> Manuel creyó desfallecer del todo. Sintió deseos de llorar. Recordó su casa, su pueblo. Él no servía para soldado. Era tímido, débil de alma, débil de músculos, aunque gordo. Jamás había pensado en guerra. Preferiría haber sido cura, o sacristán, como su tío materno, o marido de Antonia, una de sus primas, blanca y rosada, que vivía frente a su casa y con la cual había jugado a las muñecas cuando niño. (Restrepo, 2003: pp. 134-135)

En esta novela la violencia brota del odio entre los dos bandos, pero, sobre todo, del odio de los oficiales y de la burla de los demás soldados contra Manuel. El machismo y la rudeza violenta de los militares brota para oprimir, humillar y, finalmente, castigar "con la muerte". El narrador describe lo que hizo el capitán con Manuel: "—Mi Capitán… — tartamudeó Manuel. Pero aquél, sin dejarle continuar descargó un golpe con la espada sobre el rostro y la cabeza" (p. 154).

Ahora bien, mientras que el personaje central de *A flor de tierra* es obligado a participar de la guerra, el personaje central de *Inés* ha decidido valientemente enlistarse en "uno de los cuerpos que aquí se formaban a favor del Gobierno" (Arenas, 2003: pp. 163-164). Juan Manuel Rodríguez es un joven que vive con su familia en Ibagué, está enamorado de Inés y defiende la lucha por las buenas tradiciones católicas, morales y la continuidad del gobierno conservador en el poder. Su brío y seguridad por estas causas se va desvaneciendo en la medida en que la guerra muestra la barbarie de sus compatriotas, sean estos opositores o compañeros de lucha.

En uno de los enfrentamientos con grupos “revolucionarios”, Rodríguez y dos soldados más son capturados por sus enemigos. El castigo proporcionado a sus compañeros habla por sí mismo sobre los niveles de violencia descarnada de la guerra:

> Y en medio de un grito acervo y espantoso, la primera cabeza de esos infelices rodó por tierra. El segundo trató de incorporarse, y al tender sus manos calmando misericordia, éstas volaron de un solo tajo; y así con sus brazos mutilados y con sus piernas heridas por las balas recibió una lluvia de acerbos machetazos que sonaban como los golpes que se descargan en un banco de madera. (Arenas, 2003: p. 176)

Después de salvarse de ser asesinado y de mostrar valentía durante otros enfrentamientos, el personaje logra alcanzar el rango de coronel. No obstante, al mismo tiempo en que asumía roles militares relevantes, Rodríguez empieza a reconocer la sordidez y maldad de la batalla; cuando regresa a su tierra como un héroe y es recibido con “vivas esténtores” y aclamados como “salvadores de la Patria y de la Constitución”, se pregunta: “¿Aquello qué me importaba a mí?” (p. 208). Además, en él yace la desazón de haber perdido su tiempo en la guerra y la aflicción por el riesgo de muerte que padece su amada Inés, quien fallece al final de la historia.

La obra muestra la crueldad de una guerra que se desarrolla en medio de la miseria, la pobreza, el abandono social y la muerte de quienes la disputan y de quienes, como los campesinos o pueblerinos, la deben soportar y padecer. Quizá, la violencia presente en esta novela podría resumirse con las palabras que uno de los personajes secundarios de la obra dice a Juan Manuel Rodríguez:

> —¿No es verdad – me decía mi amigo— que es angustioso contemplar un campo donde haya tenido lugar algún combate? Surgen allí muchas concepciones tristes, muchas memorias amargas… ¡Cuántas veces me tocó cruzar por aquí con el arma al brazo para… ¡y no pudo continuar! (Restrepo, 2003: p. 238)

La tercera obra, *Pax*, publicada por la Imprenta de La Luz, es la primera novela reeditada en Colombia. Su auge estuvo motivado por la presencia de personajes de la sociedad política conservadora y liberal de la época.

Como conservadores, los dos autores se centraron en "retratar la situación desastrosa en que quedó el país a raíz de la Guerra de los Mil días" (Curcio, 1957: p. 111). Según ellos, esta guerra fue organizada sin justa causa por los dirigentes del partido liberal. Al respecto, Eduardo Santa (1990) expresa:

> lejos de ser *Pax* una novela objetiva e imparcial, es un soterrado ataque, una crítica bastante unilateral a una sola de nuestras agrupaciones políticas, a la cual presenta como causante de la guerra, y a sus jefes políticos y militares más conocidos, que en la novela están representados por los generales Floro Landáburo y Tubalcaín Cardozo, que toda la opinión pública señaló, de inmediato, como grotescas caricaturas de los generales Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, los dos jefes más connotados de la revolución liberal. (p. 445)

Indudablemente, desde las primeras páginas de la novela se observa el sesgo político de los autores. El narrador presta la voz a los personajes y dirigentes conservadores para que

halaguen su postura frente a la guerra y se muestren como pacifistas, mientras se incluyen comentarios negativos sobre los miembros del partido opositor:

> Y entregó el telegrama al general, quien se acercó a un candelabro, sacó los anteojos, leyó con lentitud, hasta que de pronto frunció las cejas y estrujó el papel.
>
> —¿Qué es? dijeron todos. El general devolvió el telegrama, que pasó de mano en mano: Alejandro anunciaba que Floro Landáburo volvía del extranjero y que a su tránsito por las poblaciones organizaba juntas y hacía mítines políticos.
>
> —Es el eterno agitador, dijo Roberto a Bellegarde, para explicarle lo que sucedía. (Marroquín, 1946: p. 13)

En la cita se describe una confrontación bipartidista y la destrucción ocasionada por el ataque de los progresistas (liberales), los cuales son caracterizados como hombres que prefieren la guerra a la paz y la barbarie a la vida civilizada. La novela retrata, desde una mirada conservadora, la destrucción que deja a su paso en el país la revolución liberal. Por eso, uno de los personajes centrales es el general Landáburo, quien caricaturiza a Rafael Uribe Uribe como un militar capaz de dirigir una guerra, pero no de lucharla, falso hombre brioso y valiente que "dictaba su proclama recostado en el lecho, con abandono, con gran descuido" (Marroquín, 1946: p 135). Además, este se presenta como un ser hipócrita y egocéntrico que "deslizaba frases malignas contra los otros jefes; entre subalternos investigaba detalles íntimos" (p 135) de la conducta de su amigo de batalla, Polanco, para desprestigiarlo. Y, sobre todo, lo presentan como un hombre parcializado, intransigente y fanático, incapaz de pensar en la paz y el bienestar de su nación. Al final de la novela, en un discurso ofrecido a un campamento de hombres liberales o revolucionarios, el general Landáburo sentencia: "La

revolución representa la única legitimidad, el único derecho real posible y admisible en este libre país. ¡Maldición sobre el que hable de reconciliación, de paz, de desarme y componendas!" (p. 190).

Así, se puede afirmar que además de la visión unilateral que presenta la novela sobre las causas y consecuencias de la guerra, se otorga una mirada novelada de Colombia y destaca aspectos como el clasismo, característico de la élite, la ambigua moralidad de civiles y militares, y la idiosincrasia política y violenta de la nación. En suma, *Pax* gustó considerablemente en su época y aún es de interés para la crítica colombiana porque los lectores, según Curcio (1957) "en ella encuentran su época y su mundo" (p. 113).

Por consiguiente, es indispensable destacar que, en las novelas de Restrepo,[10] Arenas, Marroquín y Groot, se presenta la construcción ficcional de un momento histórico con causas diversas, de distinta índole social y con consecuencias variopintas en todas las esferas de la realidad colombiana. La literatura de la Guerra de los Mil Días encontró y mostró otra manera de contar las disputas políticas, las querellas internas y externas entre los dos partidos políticos tradicionales: el Liberal y el Conservador.

Por lo anterior, se observa que en estas narrativas ficcionales aparecen (nombrados o realizando acciones) personajes que fueron reconocidos protagonistas de la época. Sin embargo, es preciso señalar que las obras también inventan escenas y tramas para darle

[10] Para Atehortúa, España y Palencia varias de las novelas de esta época, incluyendo la analizadas anteriormente, "son novelas históricas, pues logran desaparecer la frontera entre lo ficcional (fábula, personajes, trama, clímax, desenlace, estructura espaciotemporal) y la historia (hechos o parodia exacta sin otra alteración o artificio)" (2003, p. 63).

verosimilitud al relato. Por supuesto, todas ellas están determinadas por el contexto histórico que las envuelve.

De este modo, por ejemplo, *Inés*, de Jesús Arenas, y *A flor de tierra*, de Restrepo, centran sus historias en acontecimientos como la *Batalla de Palonegro* en Santander, mientras que *Pax*, de Marroquín y Groot, presenta personajes que deambulan entre los enfrentamientos sucedidos, principalmente, en el Tolima y la vida citadina de la capital colombiana. Las dos primeras obras describen la crudeza de la guerra, asumen una posición filial más conservadora que liberal. Sin embargo, muestran los vejámenes y las violencias usadas por cada bando. Estas novelas narran violencias desmedidas, "dramas de los combatientes, secuelas de la guerra, ambiciones de los jefes militares, costos económicos y morales, debacles de las instituciones y del Estado, etcétera" (Atehortúa, 2003: pp. 75-76).

En *Pax*, los autores proponen claramente una posición más radical, unilateral y paródica contra el Partido Liberal y sus miembros representativos. Como miembros del Partido Conservador o de Regeneración, Marroquín y Groot construyen una novela que ponderaba las ventajas de la Constitución de 1886, la cual fue encabezada por Miguel Antonio Caro y luego apoyada, parcialmente, por Rafael Núñez. En este sentido, la novela se muestra como un panfleto sarcástico de las decisiones erradas del Partido Liberal, de su actos deshonestos y violentos durante el desarrollo de la guerra. También critican las consecuencias de una guerra "motivada y sin justa causa" por los liberales. Así, *Pax* es la obra más polémica de todas las piezas referidas a la guerra, ya que

> fue usada en buena medida para sacarse espinas y devolver viejas ofensas. No sorprende que uno de los personajes identificados e ironizados en ella sea Marco Fidel Suárez, el mismo en funciones que renunció ante la deposición de Sanclemente. Otra figura fácilmente identificable es Uribe Uribe. (Atehortúa, 2003: pp. 56—57)

En conclusión, puede decirse que, si pensamos en la literatura que se ha escrito en el siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX, la novela se muestra como un discurso testimonial indispensable para comprender las costumbres y las maneras de pensar de una sociedad que tuvo que vivir y padecer las secuelas de una guerra civil que duró más de tres años. En esta sociedad, el contexto estaba liderado por un gremio elitista y burgués que dominaba las esferas políticas y sociales, establecía los valores capitalistas, privilegiaba el pensamiento eurocentrista, defendía los valores morales y tradicionales sustentados en los dogmas de la religión católica.

Estas ideas conservadoras fueron determinantes para el surgimiento de conflictos como la Guerra de los Mil Días y para otros que acaecieron durante el siglo XX. Esa guerra, en esencia, dejó como triunfador al Partido Conservador, pues durante las primeras tres décadas de ese siglo dirigió el país e impuso sus ideologías, por supuesto, causando otros conflictos. Es por esto que se puede consignar que la violencia que narra la literatura del siglo XX continúa siendo influenciada por las disputas políticas y las confrontaciones partidistas y fundamentalistas del siglo anterior. Por ende, como afirma Raymond Leslie Williams (1991) en “Colombia, literatura es ideología, especialmente en la época crucial de paso del siglo XIX al XX, cuando las prácticas literatura y políticas estuvieron tan íntimamente relacionadas” (p. 20).

Así, en el ámbito específicamente literario, las novelas de esta época mezclan estéticas del romanticismo y del realismo y, en pocos casos, presentan algunos rasgos de la literatura modernista. En general, los intelectuales-escritores, partidarios de la causa conservadora, se encuentran arraigados a las concepciones morales y a los planteamientos políticos que protege su partido. Se trata, entonces, de validar y legitimar el *statu quo*. Este pensamiento podría establecerse como una sociedad al estilo de la ciudad letrada que plantea Ángel Rama (1998), en la cual los escritores eran parte de una "supremacía intelectual, en una sociedad considerablemente analfabeta que considera la escritura "una suerte de religión secundaria" (p. 37).

Además, la novela fue considerada un género que permitía contar, de un modo "realista" lo que sucedía en el país y, por eso, este género alcanza cierta fortuna en la cultura colombiana. Ernesto Porras Collantes afirma, en su *Bibliografía de la novela en Colombia* (1976), que entre 1898 y 1908 se escribieron 105 novelas de autores colombianos. En gran número, muchas de esas obras se no se pueden conseguir en la actualidad, ya que de estas, la crítica literaria ha considerado como aceptables muy pocas. No obstante, es preciso anotar que, como expresa David Jiménez Panesso (1992), la labor crítica del siglo XIX y comienzo del XX estaba

> indisolublemente ligada a la religión y a la política. Los periódicos y revistas se fundaban con una mezcla de intenciones literarias y partidistas. La publicación aparecía como un medio de difusión "doctrinaria". El componente literario y crítico, destacado siempre, se ponía al servicio de la causa política, como si se tratara de una servidumbre natural (p. 11)

Solo hasta la publicación de obras como *De sobremesa* (1925), de José Asunción Silva, y *La vorágine* (1927), de José Eustasio Rivera, el modernismo literario ofrece sus mejores ejemplares. Con estas dos novelas, la literatura colombiana se muestra crítica ante las problemáticas sociales y culturales del país. Especialmente, *La vorágine* es una obra que, alejándose de las posturas políticas, centra su interés en el clasismo, el esclavismo, el centralismo político y el abandono estatal. Por esto, para el caso del presente trabajo sobre la relación entre literatura y violencia, se tomará como ejemplo y análisis la novela de Rivera y luego se estudiarán tres momentos que Atehortúa, España y Palencia (2005) han considerado parte de la narrativa de la Violencia en Colombia: el momento bipartidista, el momento de enfrentamiento entre política y guerrilla (1970-1985) y la época del narcotráfico, paramilitarismo y narcoguerrilla (1985-2004).

Considerada una de las novelas más importante de la literatura colombiana, *La vorágine* podría considerarse una novela que se encuentra entre el realismo y el modernismo colombiano. Por una parte, aún retrata hábitos de la sociedad colombiana. En este caso, la obra refiere a la cotidianidad de regiones como la selva amazónica o municipios como Cáqueza, Arauca, Villavicencio, aislados y olvidados por el Estado colombiano. Por otra parte, la novela posee características propias del modernismo latinoamericano que se alejan de la ciudad letrada de Ángel Rama (1998), en la cual los escritores, al estilo colonial, impulsaron sus obras "tanto como una escritura de compra-venta como una oda religiosa o patriótica" (p. 35).

En el prólogo realizado para la publicación del Ministerio de Cultura, en su Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, el escritor Antonio Caballero presenta algunas de las riquezas literarias que ofrece la obra de Rivera:

> Todo cabe en ella, empezando por varias novelas: la épica romántica del aventurero Arturo Cova, y el folletín lacrimoso del viejo cauchero Clemente Silva (…). Y caben muchos tonos, muchos lenguajes: el de la denuncia periodística de los horrores del genocidio de los indios y la explotación de los caucheros (…). El lenguaje transido del poeta modernista que era Rivera: a ratos, la novela parece escrita en verso. Y a ratos también alcanza cimas de cursilería. (…). (Rivera, 2015: p. 8)

Estos aspectos permiten pensar que Rivera es uno de los grandes escritores de la novelística del país. Para Caballero, *La vorágine* es la novela más emblemática de la literatura colombiana.

En lo que se refiere a la historia de la obra, esta centra la atención en mostrar y denunciar los altos niveles de violencia que sufrían las clases menos favorecidas de algunas regiones del sur de Colombia que limitaban con Perú y Brasil. Campesinos, negros y, principalmente, indígenas eran engañados, raptados y obligados a trabajar de manera cruel en las caucherías. Uno de los personajes secundarios de la novela, un maipureño venido de Vichada, suplica al narrador que no lo acerque a él y a sus acompañantes a una de las tierras donde se plantan árboles de caucho: “Déjanos regresar al Orinoco. No remontes estas aguas, que son malditas. Arriba, caucherías y guarniciones. Trabajo duro, gente maluca, matan los indios” (Rivera, 2015: p. 173).

Como se ha visto desde las anteriores obras analizadas en esta investigación, la esclavitud es una de las formas de violencia más comunes y aceptadas en Colombia. Si bien, en obras como *María*, *Manuela* y *El alférez real*, la esclavitud se nombra o se percibe de manera soslayada, en *La vorágine* este fenómeno se hace completamente explícito y, además, se hace masivamente. Desde que los personajes centrales huyen de Bogotá para esconderse en tierras selváticas, empiezan a oírse las voces lastimeras de aquellos que saben del maltrato de quienes trabajan en las caucherías de Brasil y de Perú o de aquellos que lo han vivido en carne propia. Helí Mesa, un personaje que aparece en la segunda parte de la novela y que toma a veces la voz narrativa, cuenta lo siguiente:

> Aprovechando la borrachera que nos vencía, nos filiaba el Palomo y nos amarraba de dos en dos. Desde ese día fuimos esclavos y en ninguna parte nos dejaban desembarcar. Tirábannos el mañoco en unas coyabras, y, arrodillados, lo comíamos por parejas, como perros en yunta, metiendo la cara en las vasijas, porque nuestras manos iban atadas. (Rivera, 2015: p. 161)

No obstante, la violencia no solo está representada en la pérdida de la libertad por parte de esos personajes. Se presentan acciones que dan cuenta de la inhumanización de aquellos que iban a ser esclavizados en la caucherías. Indígenas u otros grupos afectados debían padecer las circunstancias adversas de la selva, la maldad de sus "dueños" y la agresividad de la naturaleza. Enfermarse en el camino de ida significaba arriesgarse a perder la vida, bien sea por causas naturales o por la perversidad humana. El mismo Helí Mesa continúa su relato y agrega:

> El día que salimos al Orinoco, un niño de pechos lloraba de hambre. El Matacano, al verlo lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y, tomándolo de los pies, volteólo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo atravesó en la jeta, y, poniéndose a flote, buscó la ribera para tragárselo. La enloquecida madre se lanzó al agua y tuvo igual suerte que la criaturilla (Rivera, 2015: p. 162)

Desde la primera frase de la obra, el narrador advierte el ambiente en el cual se desarrollará la historia: "Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar, y me lo ganó la Violencia" (2015, p. 19). Las palabras del narrador presagian una lucha cruel y despiada entre un hombre que debe enfrentarse a la naturaleza agreste y sobrevivir a la avaricia e impiedad humana; la naturaleza y la avaricia son capaces de acabar con la vida y la esperanza. En este sentido, Rivera no solo usa el tono y el estilo románticos, semejante al que se evidencia en María, de Jorge Issacs. Aunque la narración se mezcle con pasajes de exacerbado lirismo, lo cierto es que la historia se encamina por la crítica social para narrarnos "la bárbara realidad vital de los caucheros, colocados entre la ambición diabólica de los explotadores de la goma y la soledad febricitante de la naturaleza virgen y sádica" (Curcio, 1957: p. 124).

En esencia, la obra no asume solo un estilo característico del realismo y romanticismo colombianos. Si se siguen las ideas de Rafael Gutiérrez Girardot sobre el "artista" moderno, aquel que es capaz de construir una obra alejada de los cánones de su época, desinteresada en actuar en favor de una postura ideológica y representando un mundo único e innovador, la obra de Rivera alcanza algunos de estos rasgos. Para Rafael Gutiérrez (2004), el artista

"genio" y "moderno" es quien "rompe con las convenciones sociales como reacción contra sus presiones" (p. 42).

Esto lleva a pensar que la literatura colombiana tiene, en *La vorágine*, la expresión del modernismo novelado representado en Arturo Cova, el personaje primordial de la obra, un poeta nihilista capaz de incrustarse en la indómita naturaleza y miseria humana para mostrar algunos de los problemas propios de la "modernidad" de su país; una modernidad centralizada en la capital del país que, por tanto, deja los demás territorios a la deriva de la violencia. Por eso Gutiérrez Girardot (2017) afirma:

> La novela de Rivera es *modernista*, es decir, forma de expresar la compleja modernidad, no solamente por la "prosa artística" de cuño claramente "rubendariano" (…), sino porque en ella se presentan algunos problemas esenciales de esa modernidad. (p. 203)

Entonces la novela analizada se entiende como una obra de arte que va más allá de su calidad literaria, pues sabe presentar, desde el discurso ficcional, una denuncia social. Por eso su horizonte histórico-social es ilimitado y su influencia literaria continúa. Sin ser un texto histórico, ni sociológico, la obra describe cómo una sociedad colombiana muere o sobrevive al terror de su propia barbarie; terror que seguirá siendo esencia de la literatura de las siguientes décadas, en las cuales el sectarismo político recrudece, la desigualdad y desencanto social aumentan y las hordas de partidarios se enfrentan cuerpo a cuerpo hasta la muerte. Esto enmarcado en la llamada época de La Violencia.

En Colombia La Violencia, con mayúscula inicial, es una palabra con sentido propio. Manifiesta, al mismo tiempo, el uso desmedido de la violencia y encarna una época de la historia del país. Como en otras ocasiones, el término refiere a un enfrentamiento armado civil entre partidarios del conservadurismo y del liberalismo por control legal, administrativo y territorial. No obstante, este suceso llevó a la participación en el conflicto de fuerzas militares como la policía y el ejército y a la intervención directa y exacerbada del campesinado colombiano que produjo el surgimiento de los primeros grupos guerrilleros.

Para el historiador colombiano Marco Palacios, las causas incluyen un sinnúmero de factores, nacionales e internacionales, que afectaron el desarrollo económico, político y social. Durante las tres primeras décadas, el país habría sufrido las consecuencias de la Guerra de los Mil Días, de la Primera Guerra Mundial, de la Gran Depresión, la pérdida de Panamá, el asesinato de Rafael Uribe Uribe en 1914, el surgimiento de un capitalismo colombiano centralizado y parcializado por las élites sociales, el levantamiento de sindicatos obreros y el asesinato de sus miembros, el lento desarrollo de la industria nacional y las luchas internas y externas entre partidos políticos. Esto llevó a una crisis económica generalizada en todas las esferas y todos los estratos sociales. Para la segunda década, el panorama económico se tornaba sombrío:

> en 1921 el comercio exterior se desplomó a una tercera parte del valor de 1920. Así, no bien empezaba a asimilarse la prosperidad de la posguerra, llegó aguda crisis financiera de 1921 que golpeó con particular fuerza a los intermediarios del comercio exterior y tuvo un efecto deflacionario. Se imponía crear mecanismos de regulación monetaria, aunque de hecho entre 1919 y 1923 las cédulas hipotecarias, recibidas en pago de impuestos y las cédulas bancarias,

> los vales de tesorería, junto a una pasajera asimilación de libras esterlinas al circulante interno, fueron recursos idóneos para mantener la oferta de dinero. Para mantener el equilibrio de la balanza fiscal se debía recortar el gasto, despedir empleados y atrasar el pago de los sueldos incluidos los del ejército y la policía. Este anticipo de la "danza de los millones" y de la crisis de 1930 afectó el clima partidista; agudizó la división conservadora por la sucesión presidencial". (Palacios, 1995: p. 105)

Estos años empezaron a desencadenar el desencanto social y las confrontaciones partidistas que llevaron a la finalización de la hegemonía conservadora, la cual había estado en el poder desde 1886. Así, cuando el representante del partido liberal Enrique Olaya Herrera asume la presidencia en 1930, la política colombiana se mostraba esperanzadora para aquellos que habían sido excluidos. Este nuevo gobierno mostró interés en una sociedad democrática e incluyente y propuso un frente bipartidista con el propósito de establecer igualdad de condiciones para todos los partidos y evitar la hegemonía del poder. Además, intervino en favor de la clase obrera y trabajadora, garantizando, por medios legales, sus derechos básicos.

Estas acciones fueron bien recibidas por las clases populares, las cuales serían fundamentales para que, desde entonces y en los siguiente 15 años, el Partido Liberal pusiera en la presidencia a sus copartidarios. Se destaca la figura de Alfonso López Pumarejo, quien asumió dos mandatos presidenciales: el primero de 1934 a 1938 y el segundo de 1942 a 1945. Durante sus primeros cuatro años, impulsó la debatida Reforma agraria de 1936 que pretendía ampliar la intervención del Estado en la industria nacional, la legalización y "expropiación"

de tierras, y defendió la participación y derechos de los trabajadores.[11] En su segundo mandato, se destaca la Reforma laboral (Ley 6ª de 1945), la cual ofreció las bases para lo que sería el Código Laboral en Colombia. Si bien esta ley amparaba el establecimiento de sindicatos como el CTC, también

> intentaba reforzar la tutela y regulación del Estado sobre los sindicatos. De esta forma limitaba aún más el derecho de huelga. Igualmente favorecía el desarrollo del sindicalismo de base o de empresa en lugar de los sindicatos del sector industrial y las confederaciones sindicales (Archila, 1991: p. 347).

Un año más tarde, López Pumarejo renunció a la presidencia en medio de una crisis social, económica y política. Para las elecciones de 1946, el Partido Liberal presentó divisiones internas y, por tanto, participó con dos candidatos: Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, mientras que el Partido Conservador decidió candidatizar a Mariano Ospina Pérez. Este último ganó las elecciones y el Partido Conservador, después de 15 años, retomó el poder.

Así, entonces, el sectarismo político empezó a convertirse en violencia extrema. Por un lado, en pequeñas ciudades y zonas rurales, los gregarios conservadores se lanzaron a recuperar el dominio territorial y gubernamental. De este modo, en muchos lugares "los partidos encubrían la criminalidad común y fomentaban la impunidad. Los jurados de conciencia en los procesos penales y los jueces en todos los negocios favorecían a sus copartidarios

[11] Esta reforma fue dirigida por el presidente López Pumarejo en agradecimiento, principalmente, a la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC). En 1944, mientras estaba fuera de la capital del país, el presidente sufrió un golpe de estado liderado por un grupo de conservadores tradicionalistas, sin embargo, el CTC y algunos militares y ministros, se interpusieron y lograron devolverle sus funciones y su cargo.

(Palacios, 1995: p. 198). Esto condujo a un estado de impunidad tan relevante que fácilmente se amenazaba, atentaba y asesinaba a líderes y partidarios liberales.

Por otro lado, después de las elecciones de 1946, el candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán empezó a acercarse más a las masas populares con un discurso con tintes comunistas que denunció la violencia política, la desigualdad social, la pobreza en que vivía la mayoría de los ciudadanos. Con el lema central "El pueblo es superior a sus dirigentes", este caudillo social-liberal ganó el fervor de sus seguidores, empezó a tornarse como una figura importante para el liberalismo progresista y los llamados "gaitanistas", y se convierte en un líder temerario para los flancos conservadores.

Sin embargo, la violencia empezaría con su máximo apogeo el 9 de abril de 1948, cuando en una de las principales calles de la capital colombiana, el candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán es asesinado. Como venganza, las masas gaitanistas invaden la ciudad y desean tomarse la ley por sus propias manos:

> Turbas ebrias y soliviantadas, que luego serían llamadas los nueve abrileños, incendiaron templos, tranvías, edificios públicos civiles y religiosos; abrieron las cárceles y saquearon almacenes y ferreterías. Esto fue el Bogotazo, en el que cayeron miles de personas, abrumadoramente civiles anónimos, replicado por levantamientos espontáneos en otras ciudades y en un centenar de cabeceras municipales. (Palacios, 1995: p. 199)

Desde entonces, la violencia bipartidista se recrudece y la nación comienza a llenar sus territorios con sangre y terror. Hasta finales de los años 70 el país se sumerge en un estado

de barbarie civil generalizada y aceptada por las mayorías e impulsada, inicialmente, por el partido del gobierno. Aunque se intentó remediar la situación con el gobierno militar del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) y luego con la consolidación del Frente Nacional (1958- 1974), el odio y la violencia no dejaron de instaurarse como fórmula de compensación y venganza. Las fuerzas militares del Estado participaron directamente contra la población civil y aparecieron otros bandos que engendraron el horror colectivo:

> La lucha armada y la coacción hacen surgir prácticamente diversos grupos bélicos ofensivo-defensivos que constituyen el núcleo de la dinámica de la violencia (…). Son ellos: la comunidad desplazada, la guerrilla, el comando, la cuadrilla y los "pájaros". Además, se toma nota de otros grupos de coacción como el del bloqueo al intelectual, el del fletero y el de la cofradía de mayordomos. (Guzmán, 1962: p. 143)

Estos grupos, que en los años sesenta se formaron sólidamente como grupos guerrilleros y paramilitares, se mostraron como las "organizaciones" más sanguinarias en las regiones donde el conflicto fue más atroz. [12] En medio un ambiente hostil y caótico, donde se debía ser liberal o conservador, "cachiporro" o "godo", no se permitía la neutralidad política, pues a los que se oponen al conflicto también los aplanchan: "La "aplanchada" es un bárbaro proceder que consiste en golpes a la espalda y el pecho, torturas, suspensión por los brazos atados atrás, flagelación, puntapiés, culatazos hasta dejar exánime a la víctima" (Guzmán, 1962: p. 258).

[12] Para mayor información, es indispensable leer *Las guerrillas en Colombia: una historia desde los orígenes hasta los confines*, del exmilitante y político Darío Villamizar, quien presenta una mirada empírica. Y, además, el libro *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*, del Centro Nacional de Memoria Histórica, (CNMH) un informe que reconstruye la trayectoria de este grupo armado al margen de la ley.

En el caso de que fueran partidarios del otro partido político, los castigos que debían soportar eran las torturas, los fusilamientos, las violaciones sexuales de niños y mujeres, incendios, despojos, genocidios, entre otros actos de horror. Sin duda, para Rueda (2008) ambos partidos promovieron "la anexión de grandes territorios, mediante métodos de exterminio que buscaban la expulsión de los miembros del partido contrario, quienes huían de sus tierras acosados por el miedo" (p. 352).

Las zonas rurales fueron, por consiguiente, los sitios más afectados por la violencia. En estos lugares, el conflicto se volvió parte de la vida cotidiana. Campesinos y pueblerinos lucharon por salvaguardar su vida y defender su tierra ante miembros poderosos del partido opositor. Al respecto, el sociólogo Alfredo Molano, en su libro *Desterrados. Crónicas del Desarraigo* (2001), escribe una sinopsis de aquello que representa la experiencia de vivir una guerra política y territorial para el campesinado:

> En Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas. Es la diabólica inercia de la violencia, que, desde antes de 1948, año del asesinato de Gaitán, ha dejado más de un millón de muertos. (p. 13)

No es posible determinar el número exacto de ciudadanos que perdieron la vida. En uno de los primeros y más completos análisis que se han realizado de la Violencia en Colombia, Guzmán, Borda y Umaña (1962) afirman que el número de muertos asciende, aproximadamente, a 200.000 (p. 292). Este mismo cálculo es aceptado por el historiador

Marcos Palacios (1995: p. 356) y por el sociólogo francés Daniel Pécaut (2001: p. 28), experto en la violencia en Latinoamérica.

Es inevitable pensar que la Violencia fue un momento histórico marcado por la ira y la atrocidad. Los cuerpos violentados se mostraron como trofeos y el asesinato de opositores se adjudicó como un triunfo político y, por tanto, un beneficio para la patria. La patria estaba dividida en dos bandos que buscaban el exterminio del otro bando. Dado que el ambiente social y bélico era partidista, la literatura asumió el partidismo con cierta naturalidad.

En uno de los estudios más completos sobre la novela de la violencia, Augusto Escobar identifica y analiza un total de 67 novelas que traten el tema de la violencia entre 1946 y 1967. Al respecto, el investigador ofrece un panorama que permite reconocer dos tipos de novelas. Por un lado, las que se podrían enunciar como "Literatura de la violencia" y, por otro, las que se podrían nombrar como "Literatura sobre la violencia". Las primeras tienen características propias de un panfleto o una denuncia social, pues en ellas, según Escobar (1997),

> hay un predominio del testimonio, de la anécdota sobre el hecho estético. En esta novelística no importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es la defensa de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura; hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de la denuncia. (p. 116)

Los autores centran su atención en defender una ideología y atacar enemigos políticos. Por este motivo, principalmente, en los años 40 y 50, los novelistas describieron la violencia vivida con una mirada parcializada que solo pretendía mostrar, con detalles grotescos y descripciones soeces, las barbaridades cometidas por el partido contrario. Novelar era poner en evidencia las maldades y el salvajismo de los otros:

> prácticamente todas las novelas de este ciclo son brutales en su descripción de los horrores, se declaran basadas en hechos reales, y presentan a los autores de los crímenes como bárbaros y a sus opositores como víctimas inocentes, que si acaso incurren en la violencia es sólo por un afán justificado de venganza. (Rueda, 2008: p. 353)

En otras palabras, las obras se muestran como textos periodísticos que describen de manera explícita una realidad. De este modo, si el escritor piensa que el gobierno y sus partidarios conservadores son atacados injustamente, su obra denunciará de manera cruenta y directa las arbitrariedades y monstruosidades de los seguidores liberales. Así mismo, si el escritor es adepto al Partido Liberal, su obra contará las injusticias y el uso sanguinario de la fuerza gubernamental, religioso y militar de los discípulos conservadores.

En esencia, la "literatura de la violencia" no trata la violencia como un fenómeno diverso y con múltiples variantes sino solo como un hecho reaccionario y unilateral que posee una causa y una consecuencia. La causa está sujeta a las injusticias y violencias acometidas por el partido contrario y las consecuencias se decantan en un solo hecho: la muerte de los enemigos. Por este motivo, en 1959, Gabriel García Márquez escribió en la Revista *Eco (1978)* que

> quienes han leído todas las novelas de violencia que se escribieron en Colombia, parecen de acuerdo en que todas son malas, y hay que confiar en que estén secretamente de acuerdo con ellos algunos de sus propios autores. No es asombroso que el material literario y político más desgarrador del presente siglo en Colombia no haya producido ni un escritor. (p. 105)

Cuando García Márquez afirma que "no es asombroso" que la novela no haya sabido afrontar artísticamente el tema de la violencia, lo justifica en tres aspectos. Inicialmente, y como se ha visto en páginas anteriores, la novela ha tenido un lugar secundario en la cultura colombiana, pues la élite y la sociedad literaria ha preferido la poesía. Por tanto, para la época no había desarrollo de una tradición novelística. Por otra parte, los escritores se dejaron llevar por la premura de publicar sus historias como verdades y testimonios reales, y descuidaron el aspecto estético y creativo de la novelística. Por último, los escritores centraron su atención en proporcionar una visión sesgada de los hechos y privilegiaron a uno de los dos partidos en disputa.

En este sentido, se puede tomar como ejemplo la obra *El cristo de espaldas* (1952), del escritor bogotano Eduardo Caballero Calderón. Esta novela cuenta la historia de un joven sacerdote que debe asumir la parroquia de un pueblo antioqueño durante la época de la Violencia. Desde su llegada, el sacerdote encuentra una población determinada por un sectarismo político, dirigido por el partido conservador, capaz de usar todo tipo de violencia para mantenerse en el poder y apropiarse de uno de los terrenos más importantes de la región: la finca de Agua Bonita. En consecuencia, los partidarios conservadores, dirigidos por el

terrateniente Don Roque y su hijo Anacarsis, el alcalde y el notario pretenden exterminar o echar del pueblo a cualquier liberal, pues "hay que limpiar el pueblo de rojos" (1952: p. 98).

Contra este tipo de pensamientos beligerantes debe enfrentarse el nuevo sacerdote. Un sacerdote que es llamado por el narrador "el buen cura" y que intenta poner por encima de la violencia la fe y la paz expresadas, según él, en las Sagradas Escrituras, principalmente en el Nuevo Testamento. Sin embargo, a pesar de sus intentos por llevar la disputa solo al plano discursivo, por inducir al perdón y la piedad, los personajes de tendencias políticas liberales o neutrales son "ajusticiados" por medio de la tortura, el flagelo o la muerte. Por ejemplo, en una de las escenas centrales de la novela, el narrador describe a una muchedumbre conservadora que se ha tomado la ley por sus propias manos y que ha maltratado a un preso liberal:

> El Anacleto, desencajado por el terror, abofeteado por cien manos, escupido por un centenar de bocas, injuriado por todos, se hallaba en el centro del patio, amarrado al botalón y cara a cara a sus enemigos. (Caballero, 1952: p. 59)

Se observa, entonces, que la ley se maneja con base en la ideología y el poder. En esta obra, los presos políticos no se enfrentan a un juicio justo fundamentado en las leyes colombianas, sino que deben afrontar su castigo (merecido o no) en base a las decisiones que tome la muchedumbre, enardecida y ebria, y los dirigentes, quienes consideran sus propios intereses.

La obra termina con la muerte de varios líderes y partidarios liberales. No obstante, se rescata como elemento singular que el "cura bueno" sea despedido por la congregación católica, pues

la Iglesia no debe intervenir en los problemas sociales ni favorecer a los liberales. El obispo escribe una carta al sacerdote para ordenarle que debe regresar de nuevo a la ciudad y, particularmente, para dejarle claro el propósito de la Iglesia y sus inclinaciones políticas. Por eso, recordando lo que ha dicho el notario, el obispo reafirma lo siguiente: "los curas de pueblo no deben ocuparse de política, pero que si lo hacen debe ser por lo alto, es decir, con los buenos y no con los malos 'no con los liberales sino con los conservadores'". (Caballero, 1952: pp. 146-147)

Con lo anterior, deja claro el escritor que su denuncia apunta a las arbitrariedades cometidas por el partido conservador y a la complicidad explícita de la Iglesia ante estos hechos. Este tipo de uniones entre conservadores y el clero forman parte de una estrategia por controlar el gobierno y mantener la religión católica como la única oficialmente aceptada. Además, la Iglesia está en desacuerdo con las políticas liberales que fomentan la secularización, la educación laica, las relaciones del partido con el comunismo de la época y la disminución del intervencionismo eclesiástico en las decisiones del Estado. En palabras de Pécaut (2012):

> La Iglesia católica entra aquí en escena para avalar con su autoridad la condena del liberalismo. Sirviéndose de un lenguaje erudito, la jerarquía recalca la incompatibilidad de principio entre el liberalismo y el catolicismo; utilizando un lenguaje común, deplora que la inmensa masa que todavía se llama liberal "esté completamente influenciada por ideas y jefes comunistas" (p. 546).

Por esto, el obispo de la novela apoya al partido conservador en sus luchas sociales, en sus modos de operar el poder y, en consecuencia, decide castigar al joven sacerdote. Para el

partido conservador y la Iglesia, las tradiciones políticas y religiosas deben prevalecer y respetarse como poderes soberanos en el país. Para ambas instituciones no importa la manera en que esto se logre.

Cabe destacar que los extensos fragmentos de cavilación religiosa que sostiene el joven sacerdote frente a la lectura de algunos evangelios de la Biblia podrían tener la intención de llevar al lector a la reflexión sobre valores cristianos como la piedad, la caridad, el perdón y el amor. Sin embargo, para el lector estos fragmentos fácilmente atosigan la lectura y desvían la atención de la trama central. Además, los valores que prevalecen en la historia son los determinados por los dirigentes y terratenientes, quienes se contradicen moralmente con sus actos. Van a misa y están de acuerdo con el sermón siempre y cuando este favorezca su partido político o hable negativamente de la "chusma liberal".

Finalmente, desde el punto de vista literario, *El cristo de espaldas* (1952) es una novela con pocos giros narrativos. En tanto se avanza con la lectura, el lector puede construir inferencias y suposiciones que se van cumpliendo, pues desde el inicio es evidente que el partido que controla el pueblo y la región mantiene su poder.

También es posible afirmar que las acciones se dan superpuestas una sobre otra como un conjunto, no tan fluido, de hechos. Los personajes débiles terminan siendo débiles y los poderosos terminan al mando. Es indispensable aclarar que la trama política mantiene la atención de un lector interesado en el contexto histórico, en las representaciones socio-históricas que yacen en el núcleo de la obra. La novela permite una mirada parcializada y unilateral de la época de la violencia bipartidista.

Ahora bien, solo después de los años 60, la novela deja atrás esta mirada sesgada de la violencia para consolidar aquello que Escobar Mesa llama "la literatura sobre la violencia". En este tipo de novelas, aparecen *La casa grande* (1962), de Álvaro Cepeda Samudio; *Cien años de soledad* (1967), de Gabriel García Márquez; *Marea de ratas* (1960), de Arturo Echeverri Mejía; *El día señalado* (1964), de Manuel Mejía Vallejo, entre otras. En estas obras, expresa Escobar (1997), "lentamente, los escritores se despojan de los estereotipos, del anecdotismo, superan el maniqueísmo y tornan hacia una reflexión más crítica de los hechos, vislumbrando una nueva opción estética y, en consecuencia, una nueva manera de aprehender la realidad" (p. 114).

Seguramente, gracias a la distancia temporal frente a los hechos ocurridos en las décadas anteriores, a la posibilidad de leer y aprender de escritores como William Faulkner, Ernest Hemingway James Joyce, Frank Kafka, Virginia Woolf y otros autores, y a la creación de grupos literarios como el Grupo de Barranquilla desde los años 50, algunos escritores comprendieron que debían asumir una mirada distinta de la creación novelística.[13] Respecto a la violencia, la literatura debía alejarse de la homogeneidad temática y política, de los discursos oficiales y manipulados, de la reflexión sectarista, de la creación netamente descriptiva y el pensamiento maniqueísta.

Esta nueva generación de escritores representó los problemas socio-políticos desde distintas ópticas e interpretaciones. Escribir se convirtió en una labor que preponderaba la libre

[13] Véase al respecto el artículo: "El grupo de Barranquilla" (1984) del investigador francés Jacques Gilard.

expresión literaria en que la literatura valoraba la expresión estética y, sobre todo, la manera de contar una historia:

> En esta novelística, la experiencia vivida o contada por otros, el drama histórico queda sujeto a la reflexión que se realice sobre él mismo, a la mirada crítica sobre la violencia que actúa como reguladora y a la vez como factor dinámico. Aquí no importa tanto lo narrado como la manera de narrar. (Escobar, 1997: p. 126)

Para esta literatura, la complejidad de la violencia, de sus causas y consecuencias, es innegable. No se trata de una causa y un efecto. Se trata de narrar desde distintas voces, sobre todo desde aquellas que tradicionalmente han sido silenciadas o relegadas. Se trata de la posibilidad de que un mismo hecho pueda ser interpretado y narrado de diferentes maneras, ya que se critica la versión oficial de una historia, la cual se consideraba la única válida. Estos autores ponen a sus personajes, sobre todo de clases más necesitadas, a luchar para sobrevivir en medio de las desigualdades sociales y a dar cuenta del drama humano que se vive en todas las regiones del país en donde la violencia es una forma de vida.

En este sentido, se podría ejemplificar lo anterior con *La casa grande* del escritor barranquillero Álvaro Cepeda Samudio. Desde su publicación en 1964, su novela ha sido considerada una obra maestra de las letras colombianas, pues el autor trató de contar una historia de la violencia dándole importancia tanto a la forma como al contenido del relato.

La historia tiene como motivo histórico la huelga de los trabajadores de la United Fruit Company y su consecuencia: la denominada Masacre de las bananeras de 1928, realizada por

el Ejército Nacional de Colombia entre el 5 y 6 de diciembre. El autor parte de este hecho para representar la evidente violencia que implica una masacre.

No obstante, para hacerlo, Cepeda Samudio cuenta la violencia sin describirla. Sus personajes la nombran, pero, muy pocos, desean vivirla. La obra está dividida en once partes que narran dos historias paralelas que terminan uniéndose en la muerte: por una parte, el asesinato de los huelguistas a manos del ejército y, por otra, la muerte del padre. Se destaca, entonces, para la presente investigación la figura de los soldados, como representantes del poder militar del Estado colombiano, un Estado que está a favor de la compañía estadounidense y no de sus ciudadanos huelguistas:

> -He estado pensando por qué nos mandaron.
>
> -No oíste lo que dijo el teniente: no quieren trabajar, se fueron de las fincas y están saqueando los pueblos.
>
> -Es una huelga.
>
> -Sí, pero no tienen derecho. También quieren que les aumenten los jornales.
>
> -Están en huelga.
>
> -Claro: y por eso nos mandaron: para acabar con la huelga.
>
> -Eso es lo que no me gusta. Nosotros no estamos para eso. (Cepeda, 1985: p. 12)

Se perciben desde este breve diálogo dos voces que tienen distintos puntos de vista sobre su labor como militares y sobre el derecho de los huelguistas. Este recurso permite mostrar que al autor le interesa desenfocar la historia desde una sola óptica y permitir que cada personaje reflexione y opine sobre su lugar en el enfrentamiento. Sin embargo, para ambos, el destino

que les espera es el de la confrontación, pues deben actuar como soldados de la patria. Al respecto, el narrador incluye una reflexión al ver a los soldados marchar, una reflexión que podría tomarse como un presagio funesto:

> Todavía no eran la muerte: pero llevaban ya la muerte en las yemas de los dedos: marchaban con la muerte pegada a las piernas: la muerte les golpeaba una nalga a cada trance: les pesaba la muerte sobre la clavícula izquierda; una muerte de metal y madera que habían limpiado con dedicación. (Cepeda, 1985: p. 33)

Así, pues, la violencia se empieza a dilucidar en la novela. Desde las primeras páginas, el final se ha presentado como inevitable. Aunque no lo deseen, los soldados deben hacer aquello que indique su rol como representantes del Gobierno y de la compañía. Ellos deben evitar la huelga y obligar a los trabajadores a regresar a sus puestos. Sin embargo, el uso de la violencia es el único modo de operar esas responsabilidades, las cuales no terminan de comprender ni de aceptar. Uno de los dos soldados, desconcertado y desbordado de miedo, expone el siguiente recuento de lo sucedido cuando los huelguistas llegan en el tren:

> Estaban sentados sobre el techo del vagón. Yo me acerqué. Uno bajó los brazos. No sé si iba asaltar. Cuando alcé el fusil el cañón casi le tocaba la barriga. No sé si iba a saltar, pero yo lo vi bajar los brazos. Con el cañón casi tocándole la barriga disparé. Quedó colgando en el aire como una cometa. Enganchado en la punta de mi fusil. Se cayó de pronto. Oí el disparo. Se desenganchó de la punta del fusil y me cayó sobre la cara sobre los hombros sobre mis botas. Y entonces comenzó el olor. Olía a mierda. Y el olor me ha cubierto como una manta gruesa y pegajosa. He olido el cañón de mi fusil, me he olido las mangas y el pecho de la camisa,

me he olido los pantalones y las botas: y no es sangre: no estoy cubierto de sangre sino de mierda.

-No es culpa tuya tenías que hacerlo.

-No, no tenía que hacerlo.

Dieron la orden de disparar.

Sí. (Cepeda, 1985: p. 35)

Al escritor le interesa contar los padecimientos que produce el uso de la violencia. Muestra a sus personajes como seres humanos que se alejan de la heroicidad tradicional y penetran en el desconcierto de convertirse en asesinos y de quitar la vida a alguien desarmado. El soldado que narra cuenta su propia versión de los hechos. Cepeda se aleja de la historia oficial para incurrir en una polifonía de recuerdos y de hechos sobre actos de violencia que no se explicitan en su totalidad, solo se narran de manera indirecta. Este es, precisamente, uno de los principales valores literarios de la obra en las letras colombianas, pues como confirma Raymond Leslie Williams (1991): "La historia y la ficción sobre la masacre se expresan sin narrar el evento principal. Tal estrategia es una innovación radical frente a la típica novela de La Violencia, que usualmente detalla las escenas de violencia y de sangre" (p. 145).

Interesa, en suma, ofrecer literariamente una nueva significación a la violencia como un aspecto esencial para comprender la realidad del país. Autores como Cepeda Samudio, García Márquez, Mejía Vallejo, entre otros, crean historias que giran en torno a la violencia sin caer en la descripción cruenta ni en la posición partidista. No narran la violencia sino la manera en que los personajes terminan siendo parte de ella, de un modo directo o indirecto,

ya sea porque deseen hacerlo o quisieran evitarlo. Por consiguiente, la violencia narrada por estos autores de la "literatura de la violencia" se construye

> desde el punto de vista de los actores sociales, recreando la heteroglosia, la diversidad, la hibridez, la dialogicidad de los hechos históricos, reflexionando más sobre el dolor de aquellos que se quedan, que en los muertos en sí; y construyendo narrativamente las metáforas de la violencia. (Solano, 2020: p. 35)

Teniendo en cuenta las dos categorías creadas sobre cómo se narró la violencia durante varias décadas del siglo XX en Colombia, se podría continuar la idea del establecimiento de la violencia, generalmente política, como un fenómeno de relevancia indiscutible para la literatura y la vida colombianas. La novela denuncia y narra la violencia desde distintas voces. También la resignifica desde el uso del lenguaje simbólico y literario. De modo que, siguiendo la consideración de Pablo González (2003), se entiende que la literatura "participa de la historia en cuanto es producto de su tiempo, testimonio de él, no importando su grado de realidad o de encubrimiento, simbolización o alegorización" (p. 62).

Estas obras hacen parte de la memoria del país por su valor social, histórico y literario. A su manera, contribuyen a la reevaluación de un pasado. En definitiva, para estos escritores

> la violencia, más que una serie de sucesos sangrientos inspirados inicialmente en el odio y la rivalidad política, pasó a ser un estado de conmoción continua ante el cual el novelista tomó una actitud auténtica, consciente de que indagando lo propio se alcanza la universalidad. (Solano, 2003: p. 25)

Esta actitud literaria influyó en la creación novelística de los siguientes años. Los nuevos escritores mantuvieron la idea de una escritura libre de ataduras políticas y con gran capacidad de creación estética. También empezaron a descubrir sus propios intereses y a usarlos en los personajes, las historias y en sus maneras de narrar. Aunque, es evidente que el contexto social colombiano era su principal influencia.

Desde los años 70, la violencia en el país se constituyó en tres conflictos esenciales. El primero refiere al conflicto entre el Estado y las guerrillas, las cuales empezaron a tener poder y control con el surgimiento del narcotráfico. En este punto, también se debe incluir el paramilitarismo. Los paramilitares se fortalecieron en estos años, pues fueron patrocinados y organizados por terratenientes que deseaban acabar con los grupos guerrilleros. Además, fueron apoyados por las Fuerzas Militares de Colombia, particularmente por el Ejército Nacional. El segundo conflicto concierne a la disputa entre el Estado y los carteles de la droga, principalmente el Cartel de Medellín y el Cartel de Cali. El tercero implica el enfrentamiento de los gobiernos citadinos con las milicias urbanas, lideradas y apoyadas por los carteles.

En todos estos casos, las pretensiones giraban en torno a asumir poder político, control territorial y social. Estos intereses, pretendidos por medio de la violencia, llevaron al país a ser reconocido durante los años 80 y 90 como uno de los países más violentos del mundo. A estos años, se les ha denominado el conflicto armado en Colombia.

La situación social en Colombia se torna compleja y peligrosa, ya no solo en el campo. La ciudad también se convierte en un espacio de lucha, sangre y muerte. Las garantías a la libertad, a la seguridad y a la vida misma se difuminan casi por completo. El fenómeno de la violencia

> no se deja sentir solo sobre una parte del territorio; con pocas excepciones, afectan a todos los municipios grandes, medianos y pequeños. No afectan únicamente algunas capas específicas de la población, sino que pesan sobre la vida cotidiana de todos o casi todos. No conciernen únicamente a las zonas que se sustraen a la autoridad de las instituciones, sino que afectan a las regiones centrales y a las instituciones mismas al alterar o paralizar su funcionamiento. (Pécaut, 2012: p. 892)

Por un lado, la violencia en el campo colombiano se vuelve sangrienta y devastadora. Sin embargo, ahora no se trata de un conflicto emanado desde las consignas políticas, sino del establecimiento y participación de nuevos actores, pero, en términos generales, con los mismos afectados: los campesinos y los grupos minoritarios como indígenas y campesinos.

Los grupos guerrilleros como las FARC[14] (1964), el ELN[15] (1964), el EPL[16] (1967) y el M-19[17] (1970), organizados y consolidados, comenzaron una escalada de terror en algunas

[14] Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.
[15] Ejército de Liberación Nacional.
[16] Ejército Popular de Liberación.
[17] Movimiento del 19 de Abril.

regiones rurales. Para esto, cada grupo armado creó diferentes frentes guerrilleros con el fin de posibilitar el triunfo sobre el Estado colombiano. El propósito de cada frente era

> controlar la población circundante y de contribuir al desmoronamiento de la presencia estatal mediante emboscadas, sabotajes, extracción de recursos en diversas formas (la extorsión, el secuestro y la producción y comercialización de cultivos de coca), homicidios selectivos y ofertas de justicia guerrillera. (CNMH, 2016: pp. 13-14)

Estos grupos armados anunciaban pretensiones ideológicas a favor de las clases pobres y aisladas, por ello, en sus filas pueden contarse campesinos, intelectuales, estudiantes universitarios. En la mayoría de los casos, las bases ideológicas se fundamentaban en el pensamiento comunista, por este motivo, entre sus eslóganes siempre permaneció la idea de "ejércitos populares" o "del pueblo". Quizá, el único grupo sin influencia comunistas arraigada fue las FARC, ya que, "venían de la violencia y de los movimientos agraristas e indigenistas de los años veinte y treinta" (Palacios, 2003: p. 264).

No obstante, en los años 80 empezaron a relacionarse con el Partido Comunista y asumir algunos de sus postulados como propios. A partir de este momento, la lucha con el Estado colombiano se agudizó y provocó años de sosegada violencia. Además, al mismo tiempo, el paramilitarismo también se formó y se consolidó como un grupo armado que intervenía de manera constante y radical en el conflicto. Por ejemplo, el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) resume lo sucedido en varias décadas de la siguiente manera:

> Entre 1996 y 2005, la guerra alcanzó su máxima expresión, extensión y niveles de victimización. El conflicto armado se transformó en una disputa a sangre y fuego por las tierras, el territorio y el poder local. Se trata de un periodo en el que la relación de los actores armados con la población civil se transformó. En lugar de la persuasión, se instalaron la intimidación y la agresión, la muerte y el destierro.
>
> Para este periodo, la violencia adquirió un carácter masivo. Las masacres se convirtieron en el signo característico. El desplazamiento forzado escaló hasta llevar a Colombia a ser el segundo país en el mundo, después de Sudán, con mayor éxodo de personas. Los repertorios de violencia de los actores armados registraron su mayor grado de expansión en la historia del conflicto armado colombiano. (2013: p. 158)

Tanto las guerrillas como el paramilitarismo, junto con las fuerzas armadas de Colombia, participaron activamente en un sinnúmero de combates que marcaron la historia del país. Como lo expresa el CNMH, la violencia se usó como estrategia y arma para intimidar, agredir, desterrar o asesinar al otro. Cada uno de estos autores armados contribuyeron a que los datos sobre las acciones violentas llegaran a puntos asombrosos y lamentables. Por ejemplo, entre 1965 y 2013,

> se registró un total de 1.755 incursiones guerrilleras en centros poblados y cabeceras municipales entre 1965 y 2013, de las cuales 609 fueron tomas y 1.146 correspondieron a ataques a puestos de policía. Las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) fueron quienes realizaron la mayor cantidad de acciones, con un acumulado de 1.106 que representa el 63 por ciento del total general. El ELN (Ejército de Liberación Nacional) se ubicó segundo en la lista con 323 acciones (18,4 por ciento), seguido del EPL (Ejército

> Popular de Liberación) con 88 (5 por ciento) y del M-19 (Movimiento 19 de Abril) con un total de 48 (2,7 por ciento). (CNMH, 2016: p. 59)

Estos datos, y sus víctimas, aumentan cuando se incluyen los daños ocasionados por las acciones de los frentes paramilitares y cuando en los años 80 el narcotráfico empieza a ser parte sustancial y económica del conflicto. Los grupos paramilitares, inicialmente denominados "las Convivir", se convirtieron en el arma de defensa de los terratenientes, hacendados o narcotraficantes para las acciones de la guerrilla. Su propósito era suprimir cualquier acción de un frente guerrillero en las distintas zonas del país, apoyados por el ejército y las comandancias de policía local. Es así que

> en estas circunstancias, cualquier mínima simpatía o reticencia hacia una presunta conexión con la guerrilla o con el paramilitarismo, se traduce en terror para la población civil. Población que, en forma de secuestros, extorsiones, masacres, violaciones a los Derechos Humanos (DDHH) y despojo de tierras, se convierte en destinataria de una violencia de dosis inconmensurables. (Ríos, 2020: p. 182).

Del mismo modo, la producción y el tráfico de estupefacientes proporcionó los medios necesarios para ampliar las filas de los grupos insurgentes, adquirir armamento y posicionarse en distintas regiones del país. Además, los beneficios de la droga impulsaron el poderío político y social de los carteles en zonas rurales y, principalmente, en las grandes ciudades. El narcotráfico logró ingresar a la política al poner a sus miembros en cargos públicos, amenazó o "silenció" a los medios masivos de comunicación, produjo alianzas entre grupos

ilegales y motivó el aumento de la violencia y de la corrupción en todas las esferas sociales. Al respecto, Pécaut afirma que

> la expansión del narcotráfico es el punto de partida de la caída de Colombia en una situación de violencia generalizada, con efectos sobre la lucha armada, la crisis institucional (cuyo indicador más manifiesto es la corrupción), la desorganización del tejido social. Esta expansión no ha producido la aparición de un punto de referencia central de división, como sería el caso en una guerra civil, sino más bien una amplia desorganización social que favorece toda clase de violencias. (2001: pp. 13-14)

En suma, desde las tres últimas décadas del siglo XX hasta la actualidad, la violencia ha irrumpido de manera generalizada en la vida cotidiana del ciudadano colombiano. Tanto en el campo como en la ciudad, el conflicto entre el Estado, las guerrillas, los paramilitares y grupos relacionados con el narcotráfico se agudiza. Trae consigo las viejas estrategias de control y poder y, conjuntamente, incluye el surgimiento de las milicias urbanas de los grupos guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes, cuyo propósito es controlar territorios periféricos favorables para el tráfico de estupefacientes. Asimismo, se producen acciones delictivas como el estallido de "carros bombas", el secuestro y la extorsión, el microtráfico organizado y el sicariato. Todos estos son males que no han cesado.

Si bien, el gobierno ha logrado desarmar, de cierta manera, estructuras ilegales como los carteles de la droga y ha logrado conversar y alcanzar algunos diálogos de paz con grupos ilegales, continúan las manifestaciones de violencia política. Los carteles han perdido a sus líderes icónicos, pero las redes nacionales e internacionales de narcotráfico se han mantenido

vigentes. El Tratado de paz (2010), firmado entre el gobierno del expresidente Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC, no se ha logrado concretar, pues, muchos de sus miembros formaron disidencias que siguen delinquiendo. El gobierno de Iván Duque no mantuvo los acuerdos firmados y, en general, un gran porcentaje de la población colombiana se ha opuesto, desde el inicio, a este tratado.

Sin duda, esto demuestra el arraigo cultural que existe en la sociedad colombiana con respecto a la violencia. Esta última no solo se ha convertido en una manifestación sino en un modo de vida que ha sido reflejado por la literatura de finales del siglo XX; una literatura que se interesó en retratar la vida de los colombianos en medio de una barbarie mordaz.

En este contexto, la literatura colombiana ha tratado de contar su versión de los hechos. Entre las obras más representativas de la violencia, sobre todo política, de esta época, se destacan novelas como *La virgen de los sicarios* (2002), de Fernando Vallejo; Rosario *Tijeras* (1999), de Jorge Franco; *Al diablo la maldita primavera* (2003), de Alonso Sánchez Baute, y *El ruido de las cosas al* caer (2011), de Juan Gabriel Vásquez.

Para tomar un ejemplo de los niveles de violencia de estas décadas, la novela de Vallejo es un buen modelo. La obra relata la historia de un joven sicario y su relación homosexual con un hombre mayor que regresa a Medellín después de varias décadas de vivir en el extranjero. El joven de 17 años se ha criado en uno de los barrios más pobres y peligrosos de la ciudad, controlado por el cartel de Pablo Escobar Gaviria. El narrador de la novela es el hombre mayor, llamado Antonio, quien desde el comienzo de la historia relata el estado social del país y de la ciudad a la que ha regresado: “Éramos, y de lejos, el país más criminal de la

tierra, y Medellín la capital del odio. Pero estas cosas no se dicen, se saben" (Vallejo, 2002: p. 10).

Podría decirse que la obra se centra en dos aspectos: la criminalidad de la ciudad (y del país) y en el "trabajo" como sicario que tiene el joven Alexis. La percepción de los lugares descritos es muy negativa. Para el narrador, la violencia está tan arraigada en la cotidianidad colombiana que los habitantes se han acostumbrado a vivir en medio de cualquier tipo de violencia. Diferentes actos ilícitos e inhumanos se viven a diario en una ciudad controlada por la ilegalidad y destinada a la muerte:

> Ya no nos queda en Medellín ni un solo oasis de paz. Dicen que atracan los bautizos, las bodas, los velorios, los entierros. Que matan en plena misa o llegando al cementerio a los que van vivos acompañando al muerto. Que si se cae un avión saquean los cadáveres. Que si te atropella un carro, manos caritativas te sacan la billetera mientras te hacen el favor de subirte a un taxi que te lleve al hospital. Que hay treinta y cinco mil taxis en Medellín desocupados atracando. Uno por cada carro particular. Que lo mejor es viajar en bus, aunque también tampoco: tampoco conviene, también los atracan. Que en el hospital a uno que tirotearon no sé dónde lo remataron. Que lo único seguro aquí es la muerte. (2002: p. 12)

El sicario, como personaje literario,[18] es una de las figuras más relevantes y simbólicas del contexto histórico analizado. Este parece representar a las sociedades excluidas, abandonadas y desprestigiadas por el Estado colombiano. En consecuencia, para sobrevivir, el personaje

[18] Para mayor información véase, al respecto, los textos *El sicario en la novela colombiana* (2008), de Óscar Osorio; *La novela sicaresca* (2009), de Margarita Jácome; *La religiosidad en la novela sicaresca en Colombia: una aproximación crítica a la virgen de los sicarios de Fernando Vallejo* (2014), de Luis Fernando Burgos.

del sicariato decide llevar su vida por fuera de la legalidad. Siempre aparece caracterizado como un ser que tarde o temprano debe asumir las consecuencias de habitar en un contexto donde las normas son individuales y cambian según sea necesario.

Así, pues, los sicarios de esta novela son los mismos que durante los años 80 y 90 fueron conocidos como un grupo de jóvenes que se atribuían la capacidad de quitarle la vida a alguien sin ningún resentimiento. Por eso, para Walde (2001) eran considerados: "los ejecutores por excelencia de actos de violencia por encargo, asesinando a políticos y sindicalistas, jueces y policías o actuando en las vendettas de las mafias del narcotráfico" (p. 27).

Para el narrador, este fenómeno parece establecer el nimio valor de la vida en el país y manifiesta las huellas que han permeado a la sociedad colombiana después de tantas décadas de violencia desmedida y, generalmente, incontrolada. En la novela de Vallejo, todos los personajes padecen las consecuencias de sus decisiones. El sicario muere en los brazos del narrador, asesinado por otros sicarios, los cuales posiblemente también tendrán el mismo destino.

Básicamente, el narrador asume, desde un punto de vista determinista, que la violencia hace parte de la cultura colombiana y, por tanto, solo queda esperar lo peor de ella. Así, la sociedad colombiana se muestra inmersa en una anomia social que conduce a sus habitantes a preferir sus propias leyes sobre las normas estatales o constitucionales. Esta anomia está representada en novelas como las que hemos nombrado en la página anterior.

Es preciso destacar que, en Colombia, Gustavo Forero Quintero se ha interesado por analizar ese fenómeno en la novela de crímenes. Forero, investigador y profesor de la Universidad de Antioquia, ha desarrollado el concepto de anomia, en varias obras publicadas entre 1990 y 2005, y su relación con el crimen. Al respecto, manifiesta que

> existen novelas de crímenes en Colombia en que se da cuenta de una situación generalizada de desorden en la organización social, al punto que el mundo novelesco parece el mundo del caos o el mundo de la anarquía. Allí ni autor ni protagonista ni personajes creen en un orden legítimo y la situación generalizada de anomia se impone sobre los individuos como situación de ilegitimidad. (Forero, 2011: p. 47)

La ilegitimidad, o el incumplimiento de las normas sociales oficiales, se muestra como uno de los *modus operandi* de los personajes de las novelas analizadas por Forero. El sujeto afectado por una acción ilegal o inmoral se toma la ley por sus propias manos y pasa a convertirse en un sujeto ilegal. Así, las estructuras jurídicas caen en desuso, no son aceptadas ni, al menos, respetadas. En estas novelas, según Forero, acontece una

> degradación de los procesos jurídicos y, por tanto, de las normas sancionatorias; y es esta degradación la que lleva a los personajes a considerar la violencia como un mecanismo de justicia. Concluye Forero que en este tipo de novela la anomia es el "fruto conflictivo del proceso de urbanización y modernización". (2011: p. 56)

Se observa, entonces que, tanto en la literatura como en la realidad social colombiana, la violencia se ha convertido en una forma de ser y de estar en sociedad. La ficción construye

relatos que piensan y describen las relaciones humanas, relaciones de poder, de sumisión y de inequidad. Por este motivo, desde los años 70, los escritores han puesto su mira en narrar una sociedad envuelta en sus propios errores y sus consecuencias.

Los escritores colombianos han expresado el caos social que, con el pasar de los años, asume nuevas caras y se representa de nuevas maneras. No se trata de afirmar que la sociedad colombiana nace con el "síndrome de la violencia" y que, por tanto, es natural e inevitable; se trata de construir ficciones que muestren y critiquen la aceptación de la violencia y sus múltiples expresiones en la realidad del país. Sin duda, estas obras intentan retratar una realidad desde el punto de vista de personajes y acciones que representen el accionar general. Tanto el sicario como el colombiano que regresa al país, como Rosario en la obra de Jorge Franco, son asumidos como seres que simbolizan y representan una cultura permeada por la agresividad, el odio y la venganza, el maltrato y la miseria.

Solo hasta el siglo XXI, las novelas se interesan por otras perspectivas para narrar una historia. No solo se sienten cautivadas por los personajes que representan una época, sino que tratan de ingresar y descubrir el interior de los sujetos. Para esto aluden a la construcción identitaria que cada personaje va formando a partir de experiencias favorables o perjudiciales.

Muchos de los personajes de los contextos narrativos mencionados padecen las consecuencias de la violencia. Por este motivo, estos personajes son seres que han sido desplazados, que han cambiado de manera obligatoria su lugar de origen, que deben huir para salvar su vida y la de sus familiares, que sienten el dolor del desarraigo de perder y dejar todo: su pasado, su historia, su tranquilidad.

La literatura novelada ha escenificado el dolor de quedarse en un presente incierto y a la deriva de cualquier reconocimiento. Desplazarse es ingresar en un espacio donde se es al mismo tiempo un intruso y un desconocido. Por eso, estos sujetos sobrellevan las irrupciones esenciales en sus rasgos identitarios y sienten que se vuelven "peregrinos o exiliados, cuya condición migrante les fractura, cuando no les desintegra las identidades, mientras transitan por un mundo globalizado cada vez más hostil, ajeno e indiferente" (Giraldo, 2008: p. 12).

La novela actual colombiana piensa la identidad del colombiano que duda de sí mismo y de su memoria. El ciudadano actual parece siempre venir huyendo de algún lugar en que la violencia o la pobreza han llegado con toda su fuerza y ferocidad. En este sentido, como señala Giraldo (2008),

> la ficción le habla al sujeto de sí mismo, del mundo, del pensamiento, de la creación y de la historia, con un lenguaje que es expresión del pensamiento que habla desde su tiempo y al hacerlo, a veces replegándose sobre sí misma, pone los hechos como consecuencia de un pasado o como condición del presente. (p. 20)

Es esta ficción la que es objeto de análisis para el presente trabajo de investigación. Por eso se abordarán cinco novelas que, desde lugares distintos, retratan el conflicto identitario de personajes que viven en contextos violentos y, por esto, se ven obligados a desplazarse. No obstante, antes de analizar las obras, se presentará un marco teórico que permitirá una aproximación conceptual sobre los términos de identidad, desplazamiento, migración y desarraigo.

3. Identidad y migración: personajes en busca de mejorar su ser y su estar en el mundo

Vivir en un territorio ajeno, lejos de las costumbres, las gentes y las historias del lugar nativo, en ocasiones resulta una confrontación personal con una nueva vida. Partir de un sitio de origen es intentar un cambio en alguna realidad social. Los migrantes pretenden mejorar aspectos económicos, profesionales, sociales y culturales que ellos consideran trascendentales para su devenir. Abandonan su lugar para asistir al encuentro con una cultura que posee estructuras sociales particulares y, generalmente, se torna exigente o excluyente al momento de abrir sus límites para permitir el ingreso. En este sentido, quien migra debe enfrentarse, al mismo tiempo, a la posibilidad de perder, adaptar o aceptar algunas de sus pertenencias identitarias. En palabras de Quesada-Magoud (2018), lo anterior implica una confrontación humana de "aprendizajes, transformaciones, conflictos y fracturas emocionales" (p.15).

Quien migra pretende, de cierta manera, recontar su historia, reconstruir lo incierto, incompleto, temible o peligroso. Así, la decisión de migrar permanece ligada a parámetros personales que miden y cuestionan el mundo de un modo íntimo y singular. Cada migrante ha tenido experiencias de vida que ha asumido según sus consideraciones y motivaciones del mundo, las cuales poseen una única y paradójica similitud: son distintas y diversas. En este sentido, se podría pensar en el migrante que se desplaza a un nuevo destino como

> un sujeto que huye y que solo puede ser definido desde una ontología del desplazamiento: el refugiado es y no es, su ser es devenir, porque no pertenece a ningún territorio concreto, no

> hay ley que le otorgue derechos, privilegios o, menos aún, un relato de pertenencia. (Garí Barceló, 2012: 355)

Dichas motivaciones pueden organizarse a partir de aquello que Hugo Greame y Chan Kwok (1990) entienden como categorías migratorias. Para ellos, las migraciones están vinculadas a tres tipos de categorías migratorias que están determinadas por la voluntad u obligatoriedad del migrante en el instante en que decide salir de su lugar de origen.

La primera categoría obedece a consideraciones voluntarias del migrante, es decir, la compulsión que lleva a la movilización no está sujeta a condiciones donde la vida está en riesgo. Esta categoría es llamada *movilidad libre* o *migrante voluntario*; allí, el migrante se muda con el propósito de mejorar su calidad de vida, generalmente en ámbitos económicos, sociales, laborales o educativos.

Al respecto, la anterior categoría presenta similitudes con el concepto de "migrantes económicos" (Sutcliffe, 1995; Bauman, 2016; Ferreira, 2018). Este concepto apunta a aquellos ciudadanos cuyas pretensiones migratorias están sustentadas en arribar a un destino que brinde mejores salarios. Así, migrar es un anhelo fundamentalmente monetario, pues como expresa metafóricamente Bauman (2016), el migrante desea "cambiar tierras estériles por otras donde verdea la hierba: países empobrecidos y sin perspectiva por lugares de ensueño donde abundan las oportunidades" (p. 13). De esta manera, según (Greame y Kwok, 1990), "el proceso migratorio no se produce como un resultado forzado o repentino en condiciones que amenacen la vida" (p. 22).

En la segunda categoría, el movimiento es obligatorio, pero el migrante tiene cierto poder de decisión, aunque su bienestar esté expuesto. Para este caso, se incluyen dos motivaciones. Por un lado, migrar debido a un fenómeno natural y, por otro lado, migrar a causa de algunas de las llamadas tres violencias silenciosas (Greame y Kwok, 1990): "la sequía, el hambre y la escasez de alimentos" (p. 22). Desde esta perspectiva, los habitantes de las zonas afectadas se ven en la obligación de decidir si permanecer en sus lugares de origen y sufrir condiciones miserables o cambiar de residencia en beneficio propio o familiar.

En la última categoría, las circunstancias son más severas y radicales. El migrante se ve forzado a retirarse de su zona para salvaguardar la vida. Las circunstancias sociales transcurren con tal nivel de violencia, agresión y amenaza que la posibilidad de morir es incesante, diaria. Las presiones, en este caso, son políticas y militares. El migrante debe buscar refugio en un nuevo territorio. En este sentido, según Greame y Kwok, (1990) "el conflicto o lo que se considera amenaza de conflicto es la condición clave que conduce a la migración" (p.23). En estas condiciones, la migración suele darse de manera desorganizada y caótica, pues las víctimas están presionadas a tomar decisiones en situaciones enmarcadas en el conflicto armado o, directamente, por las amenazas de alguno de los bandos que se enfrentan en su territorio. En esencia, la vida del migrante no está en sus propias manos sino en aquellas de quienes tienen las armas y pretenden apoderarse y controlar una manera de pensar o un territorio.

En cualquiera de estas tres categorías, los escenarios sociales, políticos, militares y naturales llevan a los nativos a convertirse en sujetos que migran, que se ven expuestos a cambios culturales y, por tanto, a cambios identitarios. En estos últimos, los migrantes empiezan a

mostrar sentimientos ambiguos hacia el país de llegada y a confrontar sus nuevas percepciones con las que han construido y traído de su país nativo. Estas reacciones son fuente de debate en la opinión pública de ambos espacios. Tanto en el espacio de salida como en el espacio de llegada las opiniones sobre las personas que migran son diversas, generalizadas, estereotipadas y, especialmente, surgen del desconocimiento de los contextos y de las situaciones propias de la migración. Por esto, como lo refiere Amin Maalouf (1999), "el migrante es la víctima primera de la concepción "tribal" de la identidad" (p. 5).

Desde ese tribalismo se postula que las acciones, actitudes y costumbres de un migrante están determinadas por su lugar de origen. Se piensa socialmente que todos los migrantes de un mismo país, por ejemplo, comparten los mismos rasgos identitarios, las mismas pertenencias. Esta falacia desconoce la complejidad de las relaciones sociales y de las asimilaciones subjetivas y a veces contradictorias de una persona. A juicio de Hall (1996), las identidades "nunca están unificadas y, en los últimos tiempos modernos, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca singulares, sino múltiplemente construidas a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo interseccionales y antagónicos" (p. 4).

Por consiguiente, la identidad del migrante no puede ser reducida a un único aspecto o a un conjunto homogéneo de sus pertenencias. Los procesos de autoidentificación se llevan a cabo de manera independiente y yacen sujetos a procesos identitarios que pueden ser el resultado de un forcejeo social, en el cual, el sujeto migrante lidia por adaptarse o no a las costumbres propias del nuevo espacio, tratando de defender algunas de sus antiguas pertenencias. En este aspecto, las personas adoptan diversas designaciones de identidad social. Sin embargo, este no siempre es el caso. La identificación no es un proceso singular, sino que tiene lugar tanto

interna como externamente. En consecuencia, nuestras identidades son algo que podemos sentir o expresar, pero también algo que, en algunos casos, nos pueden imponer.

En esencia, el migrante se enfrenta a situaciones que motivan u ocasionan cambios en sus percepciones culturales; situaciones que surgen por los intereses que ocasionaron la movilización de un lugar a otro. El individuo compara las características socio-culturales del hogar que ha abandonado con las propias del espacio donde se convierte en un extranjero. Efectivamente, los migrantes poseen motivaciones diversas relacionadas con el territorio, estas llevan a tomar decisiones: no migrar y permanecer en su territorio, migrar y algún día regresar a su territorio o migrar y no regresar nunca a su patria. En todos los casos, la identidad interactúa y se ve afectada por las acciones sociales del contexto.

Por esta razón, como un fenómeno cultural, los procesos identitarios en las situaciones migratorias pueden revisarse y analizarse dado que, generalmente, se construyen (Hall, 1996) "dentro de ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas" (p. 18). Desde esta perspectiva, el presente trabajo de investigación asume la literatura como un lugar específico de enunciación que posibilita una ampliación interpretativa de procesos identitarios en sujetos migrantes. Lo anterior es pertinente si se tiene en cuenta que, por un lado, "a lo largo de su historia, Colombia ha arrojado fuera de sus fronteras a muchos de sus habitantes", (Coudassot citado por Quintana, 2018, p. 25.) y, por otro lado, la literatura colombiana, desde la construcción de universos o espacios ficcionales, ha expuesto una realidad social que siempre ha estado en constante diálogo con la historia. La literatura

resemantiza la realidad colombiana para poner a disposición nuevas maneras de leer la historia, se presenta como un lugar donde la memoria se cuenta desde nuevas perspectivas.

En consecuencia, el presente capítulo aborda tres novelas colombianas del siglo XXI. En ellas se analizan las causas, consecuencias y contradicciones propias de la migración en algunos personajes centrales, también se explica cómo las movilizaciones territoriales influyen en sus construcciones identitarias. En la primera obra, *Tiempo muerto*, se plantea la disyuntiva entre el migrante que desea regresar y aquel que se siente cómodo en el nuevo destino. En la segunda, *Hasta que pase un huracán*, se estudia la figura de la mujer migrante, las causas y consecuencias de su migración. En la tercera, *Volver al oscuro valle*, se analiza la configuración del migrante que huye y regresa a su lugar de origen por motivos relacionados con la violencia social.

3.1. Migración: entre el entrañamiento y la pérdida de la identidad después de migrar en *Tiempo muerto* de Margarita García Robayo

Migrar puede ocasionar en el sujeto el sentimiento de pérdida o entrañamiento de algunos rasgos identitarios que son más relevantes que los beneficios obtenidos en el lugar de destino. De este modo, encontrarse en un nuevo espacio implica confrontar las estructuras identitarias que yacen arraigadas con aquellas son desconocidas. Por este motivo, según Faret (2004) "para el migrante, el espacio del desplazamiento muy pocas veces es un espacio sencillo.

Hecho de lugares de implantación, de nudos de redifusión y recorridos que articulan lo local y lo internacional, muchas veces es un espacio reticular" (p. 178).

Así, entonces, para unos migrantes el movimiento puede acaecer procesos de choque con la nueva cultura y sus habitantes, mientras que para otros este puede ser una cuestión de cordial aceptación. En otras palabras, existen migrantes que se aferran a sus rasgos identitarios nativos, en tanto, otros prefieren los rasgos propios de la nueva cultura. No obstante, lo cierto es que unos y otros intentan pertenecer a un espacio desconocido después de realizar movimientos de gran extensión territorial, llevando consigo un conjunto de valoraciones culturales y experiencias vitales que determinan las decisiones que toman y asumen cuando llegan al lugar deseado. Y dichas valoraciones pueden ser manifestadas de manera externa o bien mantenidas internamente por el migrante.

En este sentido, la novela *Tiempo muerto* (2017) de Margarita García Robayo ficcionaliza este tipo de fenómenos relacionados con la migración. Sus personajes principales, Pablo y Lucía, asumen posiciones en relación a estar fuera de su lugar de origen, las cuales están determinadas por los rasgos identitarios que cada uno de ellos ha adquirido a lo largo de su experiencia. Ellos son un matrimonio de colombianos que viven en New Haven, una pequeña ciudad de los Estados Unidos. Ella es profesora de la Universidad de Yale y columnista en una revista de corte feminista, es independiente, siente que su vida es mejor en los Estados Unidos y, por eso, no desea regresar a Colombia. Él es profesor en un colegio, tiene aspiraciones de ser escritor y problemas con el alcohol; es un colombiano que no se siente cómodo siendo extranjero y anhela su país de origen.

Estas posiciones surgen cuando ambos, como pareja, se instalan en los Estados Unidos y empiezan a asumir su rol de extranjeros. Este "distintivo" marca el modo en que los dos personajes se perciben o son recibidos por los ciudadanos nativos, pues como expresa Bauböck, (citado por Valle, 2020), "la identificación de inmigrantes, turistas y delincuentes internacionales bajo el título de extranjeros (...) corresponde a un reino de etiquetamiento" (p.69). En tal contexto, ser extranjero conlleva la posibilidad de sufrir xenofobia o de ser recibido con prejuicios y estereotipos sociales y nacionales. Por esta razón, ser y sentirse extranjero depende de las percepciones y asimilaciones que se tengan del entorno y de las interacciones sociales en el mismo. Por un lado, como explica Fernando Aínsa (2012), "un individuo con mayor capacidad de movimiento y motivaciones (móviles) diversificadas, cuando no plurales, emerge lentamente y rompe el modelo clásico de pertenencia" (p. 79). Por otro lado, se encuentran otros que atan lazos de pertenencia casi irrompibles con las construcciones identitarias relacionadas con su lugar de origen. Para este tipo de individuos, vivir en el extranjero es "vivir en la fragilidad, la relatividad y la metamorfosis permanente" (p. 113), lo que lo induce al extrañamiento de sus orígenes.

Los personajes analizan algunos factores socio-culturales con el propósito de comprender el contexto y adaptarse o no al mismo. Estos factores, como lo expresa Carrasco (1999), deben permitir a los ciudadanos comprender

> las características globales del desarrollo cultural de la sociedad en su conjunto e identificar sus disparidades; deben ayudar en la clasificación de los sectores culturales y deben indicar rasgos comparables; deben identificar las causas del desarrollo cultural, así será más fácil decidir qué variables influyen en el desarrollo para lograr los objetivos propuestos. (p. 7)

Estas son las experiencias de los dos personajes centrales de la novela de García Robayo. Ambos tomaron la decisión de salir de su país para buscar mejores condiciones de vida, salidas profesionales, estabilidad económica y mayor seguridad. No obstante, cada uno asimila la extranjería de manera particular. Aunque los motivos del éxodo son similares, sus pertenencias son distintas.

De este modo, los personajes llevan a cabo un proceso comparativo entre dos culturas con base en los factores de cada espacio de interés: el abandonado y el alcanzado. Sus motivaciones para realizar un cambio de territorio internacional son múltiples. Por eso, para el caso de la obra analizada, el presente capítulo se centrará en cuatro factores que inciden activamente en los dos personajes centrales.

3.1.1. Migrar para huir de la violencia

Como se observó en el primer apartado, la violencia ha sido una temática recurrente en la literatura colombiana. En cada una de las épocas de la historia del país, los escritores han novelado distintas violencias que han aquejado a la sociedad. En la novela de García Robayo, por ejemplo, la violencia no es explícita, es decir, no se manifiesta directamente sobre alguno de los personajes. No obstante, es claro que las manifestaciones históricas y actuales del país relacionadas a este fenómeno condicionan sus acciones y decisiones. En otras palabras, si bien los personajes no han sufrido ataques relacionados con el conflicto armado colombiano, la búsqueda de un espacio más seguro los ha conducido a huir del país. El propósito es

mejorar su calidad de vida y, por tanto, alejarse de las conductas violentas con las que han convivido durante muchas décadas en su lugar de origen.

Al respecto, se distinguen experiencias representativas para los personajes. Allí, el narrador relata que, al regresar al sepelio de la madre de Pablo, él y sus familiares fueron embestidos en el pacífico colombiano por un grupo armado ilegal que les cobraba un dinero por pasar por esa zona:

> Debían ser cinco o seis negros, pero parecían un tropel preparado para embestir. Tenían mazos en las manos y las camisetas amarradas en la cabeza, como turbantes para cubrirse del sol. Uno de ellos —el líder— tenía el maxilar superior adelantado varios centímetros, en una especie de gran trompa que le sobresalía como un toldo sobre la bar- billa; tenía los ojos oscuros y hundidos entre los huesos de la cara, como atrapados en un pozo.
>
> —Dicen que hay que pagar un peaje —el marido de Meredith se había bajado del taxi para averiguar por qué estaban cortando la ruta. Ahora volvía enjugándose la cara con un pañuelo. (García, 2017: p. 89)

Este tipo de dinámicas ilegales inciden en las decisiones que tomaron los personajes para salir del país y buscar mejores condiciones en los Estados Unidos. Al final de este episodio, los implicados pagan la extorsión para poder continuar su viaje. Esta experiencia se une con otras (propias y ajenas) que determinan los altos niveles de inseguridad que se vive en el país.

Cabe destacar que el espacio en el cual se narran los hechos se encuentra dentro de zonas abandonadas por el Estado, por lo cual el control de este tipo de espacios es tomado por

grupos ilegales. Además, la narración se sitúa a comienzos del siglo XX, un momento en que el país disminuye el conflicto relacionado con los carteles de la droga, pero permanecen y se afianzan otros problemas sociales relacionados con la seguridad y la calidad de vida. Un estudio del Centro de Seguridad y Democracia de Colombia resaltó que del 2003 al 2014 se denunciaron más de 25.000 casos de extorsión, esto conlleva determinar "un promedio de 2.153 casos por año" (p. 8). Además, el estudio destaca que "del total de extorsiones de los once años analizados, la delincuencia común fue la responsable del 74 % de los casos, con un total de 18.827" (p. 10). Este último dato es relevante, pues en la obra señalada, el grupo de personas que detiene y extorsiona no se describe como miembro de algún grupo al margen de la ley.

Esta problemática social influye en las consideraciones que un sujeto construye de su contexto y que van edificando una identidad singular, identidad que puede determinar la inconformidad con la realidad y, en consecuencia, el cuestionamiento sobre la permanencia en el grupo social al cual se pertenece. Cuando Álvarez-Benavides (2020) afirma que "la condición de inmigrante es una construcción social" (p. 101), es necesario precisar que dicha condición puede iniciarse cuando las circunstancias negativas llevan a un ciudadano a reflexionar sobre la calidad de vida que lleva en su propio país y, al mismo tiempo, a pensar que sería mejor cambiar de territorio para mejorarla. Así, el sujeto empieza a sentir antipatía por su realidad social y a privilegiar la realidad extranjera.

En el caso de Lucía, las consideraciones sobre su entorno son similares, mas no iguales. No son iguales porque es posible que las pertenencias de Lucía con Colombia sean menos arraigadas, ya que, por cuestiones laborales su familia vivió en varios lugares y eso no le

permite tener raíces sólidas con un mismo espacio. Al respecto, el narrador de la novela cuenta que Lucía y su familia "pasaron de Bogotá a Caracas y de Caracas a México. De La Calera a La Castellana y a Coyoacán. La trasplantaron como un árbol, varias veces, sin darle tiempo de enraizarse" (García, 2017: p. 46).

Son similares porque ella, pese a vivir solamente algunos años en Colombia, también conoce la violenta realidad de su país. Si bien en la novela no aparece algún acto de violencia en su contra en tierra colombianas, cuando conversa o discute con Pablo, ella tiene opiniones como la siguiente: "[Colombia] es un país con una larga tradición de tullidos. Mucha guerra, o sea, mucho amputado" (p. 123). Se muestra, entonces, el conocimiento que posee Lucía de los problemas sociales, de la crueldad de los mismos y, especialmente, de la existencia de una tradición conflictiva e inhumana. No se trata, por tanto, de los problemas que aquejan al país, sino de sus condiciones históricas de agresión y violencia desacerbada.

En consecuencia, ambos ven en la violencia un motivo suficiente para salir del país y buscar seguridad social en el extranjero. En este sentido, el apego a su territorio se ve interrumpido cuando determinan que la pertenencia del movimiento es escasa. En otras palabras, dadas las condiciones del país, ellos no pueden moverse con tranquilidad por su territorio, sea este local, regional o nacional. Moverse con seguridad implica no sentir que se pone la vida en riesgo cuando se va de un lugar a otro. Si hay ausencia o limitaciones de movimiento se crean pertenencias negativas sobre el contexto social, sobre sus habitantes y su realidad. En este sentido, el territorio y la patria (constituyentes identitarios) dejan de asumirse como propios, ya que se consideran inseguros y peligrosos.

Como se observará y analizará en los siguientes acápites, estos elementos empiezan a ser relevantes antes de que el ciudadano huya de su país y se convierta en un migrante o extranjero. *A posteriori*, algunos personajes elaboran identificaciones negativas de un espacio y, al mismo tiempo, se construyen valoraciones positivas de un espacio foráneo. No obstante, estas percepciones pueden transformarse cuando el ciudadano llega al destino deseado y comienza a convivir y reconocer las características sociales de la nueva cultura. Al convertirse en extranjeros, los personajes parecen adquirir un nuevo estatus social que determina el modo en que se identifican a sí mismos y en cómo son identificados por los demás.

3.1.2. Migrar para buscar un futuro mejor

Las motivaciones de una migración no solo están definidas por un factor identitario. Si bien es cierto que, para los dos personajes centrales de la novela, la seguridad social es relevante para su bienestar, existen otros elementos relacionados con la calidad de vida, con la esperanza de encontrar en el extranjero un futuro mejor. En este sentido, los dos personajes realizan procesos de comparación interna y externa de las pertenencias identitarias de su lugar de origen con el lugar de destino, en el cual se encuentran después de migrar. Allí, no solo es importante el factor de seguridad social, otros factores como el trabajo, la educación, el estilo de vida, la interacción social, la protección legal, etc., juegan un papel especial.

Todos estos factores sociales son fundamentales para sentirse parte de la nueva comunidad o, por el contrario, para sentirse incapaz de asimilar y aceptar la nueva cultura y ser excluidos

socialmente de las distintas colectividades laborales, escolares, legales, musicales, etc. La inclusión o la exclusión a estas colectividades serán transcendentales para que cada sujeto logre adaptarse socialmente. No obstante, cada migrante otorga un valor identitario particular a cada colectividad, pues como afirma Amartya Sen (2007) "ninguna [de las colectividades] puede ser considerada la única identidad o categoría de pertenencia de la persona" (p. 27).

Por ejemplo, para ambos personajes, ser parte de quienes se escolarizan y se profesionalizan es un factor sustancial para migrar. Las expectativas otorgadas a la educación superior colombiana son bajas y poco productivas, mientras que las otorgadas a la educación en los Estados Unidos son altas y productivas. El estudio en el exterior era primordial sobre todo para Pablo, pues su familia era de estrato medio-bajo y sus proyecciones de bienestar económico y estatus social dependían de la preparación profesional. En una charla con su tía Lety, ella le recuerda lo siguiente: "Tu mamá estaba muy orgullosa de que vinieras a estudiar acá. Tus hermanas no tuvieron esa oportunidad" (García, 2017: p. 53).

La situación de Pablo es similar a la de otros migrantes que buscan en la educación en el exterior un modo de mejorar algunos problemas económicos de sus familias. Aunque no existen estudios concretos sobre los porcentajes de colombianos que salen del país para escolarizarse, es posible afirmar que el número porcentual es bajo en comparación con el número de colombianos que migran con el propósito de encontrar un mejor trabajo. De todas maneras, en ambos casos el fin es mejorar la calidad de vida y, si es posible, ayudar económicamente a las familias que se quedan en Colombia. Al respecto, Tovar y Paredes (2009) concluyen que las remesas financieras que envían los colombianos desde países extranjeros tienen los siguientes efectos positivos:

> 1. Disminuyen los indicadores de pobreza e indigencia en ciertas regiones del país (Garay y Rodríguez, 2005; Cardona y Medina, 2006).
> 2. Mejoran las condiciones de vida en los hogares que tienen familiares en el exterior (Tovar y Vélez, 2006).
> 3. Suavizan las restricciones financieras de los hogares, estimulando la demanda interna, al mismo tiempo que favorece la formación de capital humano, puesto que las remesas son utilizadas para financiar la educación, la salud y la alimentación en los hogares (Banco de la República, 2003; Garay y Rodríguez, 2005). (p. 177)

Sin duda, la posibilidad de prepararse académicamente en Estados Unidos y de trabajar como profesional mejoran la calidad de vida de Pablo, en consecuencia, se beneficia su estatus social y, por tanto, el personaje se favorece de los servicios que otorga el Estado. Después de terminar sus estudios de maestría, consigue un trabajo como profesor en un colegio estatal, adquiere derechos legales y sociales. En este sentido, su estadía como extranjero difiere de la de aquellos colombianos que migran y deben realizar trabajos indeseados o con remuneraciones económicas bajas, los cuales, generalmente, se desarrollan de manera ilegal y sin privilegios legales y laborales. Es importante aclarar que la mano de obra calificada es heterogénea y, por tanto, no toda logra insertarse en un campo laboral cualificado. Este fenómeno, según Martínez (2018) "impacta negativamente en sus condiciones laborales; es decir, en sus ingresos y en el acceso a prestaciones laborales, así como en el trazo de sus trayectorias laborales y profesionales" (párr. 15).

En cuanto a Lucía, dadas sus condiciones económicas-familiares, su experiencia con la escolarización es diferente. Para ella, estudiar en el extranjero ha sido parte de su vida, pues ha vivido en Venezuela, México y Estados Unidos. Además, su familia hace parte de un estrato socioeconómico medio-alto, y sus padres viven en Estados Unidos con ciertos privilegios. Por ejemplo, el narrador describe un apartamento vacacional de los padres de Lucía que permite reconocer su bienestar económico:

> Queda en un hotel moderno, pero discreto, y está equipado con todo lo que una familia latinoamericana más o menos acomodada precisa en sus vacaciones —incluido el servicio diario de limpieza y la facilidad de alquilarse una mucama del *staff* para que les haga algunos extras: cocinar, lavar, planchar, hacer compras, cuidar a los niños—. (García Robayo, 2017: p.11)

Esto muestra los beneficios con los que ha contado la protagonista de la novela, beneficios que le permitieron aprender inglés mientras vivía en el exterior y, posteriormente, ingresar en una universidad prestigiosa como la Universidad de Yale, primero como estudiante y luego como profesora.

Como puede observarse, en ambos personajes los procesos migratorios se condujeron por caminos distintos y, en consecuencia, su adaptación e integración también fueron diferentes. Así, la identificación que cada uno de ellos tiene con su nuevo entorno incluye o excluye diferentes rasgos identitarios, y esto los hace sentir cómodos o incómodos en dicho contexto. Lo anterior conlleva reflexionar aquello que en la novela significa ser migrante y sentirse, o no, extranjero.

3.1.3. Ser migrante y sentirse, o no, extranjero

Para Fernando Aínsa (2012), "la condición de extranjero no es una condición *per se*, son los demás los que nos hacen extranjeros, porque no se nace extranjero, se llega a serlo" (p. 73). En este sentido, las comunidades surgen o se amplían desde las individualidades que se van uniendo por medio de aceptaciones o recusaciones sociales y culturales. Del mismo modo, cuando un individuo llega a un nuevo destino para establecerse como miembro de su estructura social, en este proceso intervienen los rasgos identitarios propios (ya adquiridos) y los rasgos identitarios heterogéneos de esa nueva cultura.

La interacción entre el *ser* y el *deber ser* transformará la identidad del sujeto. Se trata, entonces, de desarrollos adaptativos en los cuales el sujeto se relaciona con los aspectos sociales que le interesan, mientras, al mismo tiempo, permanece alejado de aquellos que le son irrelevantes o innecesarios. Adaptarse implica, de cierta manera, desarrollar procesos sociales contradictorios. Por esto, Guibernau (2017) considera la semejanza o la diferencia como principios dinámicos de la identificación de un individuo y su entorno.

Esto quiere decir que el sujeto se identifica a sí mismo estableciendo valoraciones, no siempre lógicas y claras, de las pertenencias que le son afines y de otras que le son adversas o incluso hostiles o desagradables. La identidad se transforma en la medida en que se ve influenciada por cada experiencia de vida. Desde esta afirmación, se puede entender el siguiente pensamiento de Fernando Aínsa (2012): "Venimos a este mundo por accidente y desde el comienzo de la vida hemos tenido que adaptarnos al medio. Si no, no podríamos sobrevivir" (p. 73).

Para los dos personajes de la novela, los procesos de adaptación e identificación parecen estar influenciados por la manera en que cada uno de ellos se siente en los Estados Unidos, lejos de su lugar de origen. En otras palabras, como lo expresa Aínsa (2012), la cultura pone a prueba la capacidad de asimilación de un extranjero.

Desde los planteamientos de Simmel (1977) y Santamaría (1994), se asume la idea de dos tipos básicos de extranjerismos: jurídico y social. El primero de estos, que no es relevante para la presente investigación, pues en la novela no se narran hechos relacionados con las situaciones legales de los personajes, refiere a las condiciones institucionales y legales dispuestas por una nación, las cuales el extranjero debe respetar para permanecer dentro del marco legal de las mismas. Al respecto, Santamaría (1994) manifiesta que

> cada estado es el que determina, a través de su aparato sociojurídico, a través de esos agentes y agencias que tienen como función definir y regular los límites de las personas y actividades, quienes son (y qué no son) sus miembros, sus «nacionales» —es más, sus ciudadanos—(p. 64)

El segundo tipo de extranjerismos es muy relevante para estudiar la obra de García Robayo. Para Santamaría (1994), la extranjería social "se formaliza, se condensa, coagula, en el plano de la vida cotidiana y en los espacios relativos a ésta" (p. 64). Por eso, el extranjero debe pensarse como alguien que llega a un lugar con el propósito de quedarse en él durante un tiempo considerable y no aquel que va de paso, que prácticamente atraviesa un espacio con propósitos efímeros, como es el caso de un turista o de un trabajador casual. Las

consideraciones sobre cuánto sería un "tiempo considerable" para que el sujeto se convierta en un extranjero son complejas, casi inconmensurables. Sin embargo, afirma Santamaría que

> no es ni el nómada (en cuanto significa la no vinculación a un punto del espacio, la movilidad absoluta) ni el sedentario (en cuanto significa el asentamiento social, la inmovilidad), es una forma transversal a ambos: para Simmel, «el extranjero») en una comunidad «no es el que viene hoy y se va mañana; es, por decirlo así, el emigrante en potencia que, aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente». (p. 65)

Pese a que la afirmación podría ser ambigua, lo cierto es que su sentido maleable se sustenta en la inconsecuencia e inestabilidad del ser humano y en la dificultad que radica en determinar un tiempo preciso para declarar a una persona completamente asentada en un lugar. Cada persona tiene pertenencias particulares y las pone a interactuar con las pertenencias sociales, dado que en palabras de Hall (1996), las identidades "nunca están unificadas y, en los últimos tiempos modernos, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca singular, sino múltiplemente construido a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo interseccionales y antagónicos" (p. 4).

Desde este marco cognitivo, empezaremos a analizar el caso de Pablo, Lucía y la asimilación cultural aprehendida desde sus ámbitos sociales, la cual los pone en lugares y experiencias distintas: mientras uno de ellos no logra asimilar positivamente las características de su nueva vida en el exterior, el otro se integra (o así lo desea) a la cultura estadounidense.

3.1.4. Lucía, la mujer migrante y la profesionalización

Lucía es una colombiana de 47 años que ha migrado de su país a los Estados Unidos después de haber vivido en algunos países latinoamericanos. Su infancia y adolescencia mudaron de lugar debido al trabajo de su padre: un comerciante que vendía tubería para la explotación petrolífera. Lucía vivió 19 años en Estados Unidos, allí logró progreso laboral y económico y cierto reconocimiento social como docente universitaria y escritora, también devino esposa y madre. Por ejemplo, la editora de la revista donde Lucía ha publicado sus artículos sobre la maternidad y el feminismo le comenta sobre "una carta elogiosa de una profesora de la Universidad de Boston, cuyo nombre Lucía conoce perfectamente. Leyó sus libros. La admira y la desprecia por las mismas razones" (García Robayo, 2017: p. 14).

Todos estos hechos la llevan a identificarse con la cultura estadounidense y sus formas de vida. En este sentido, podría entenderse que sus pertenecías con el lugar de origen son distantes y poco arraigadas. No obstante, los procesos identitarios yacen sujetos a variadas y complejas interacciones sociales. Por este motivo, sus experiencias la desconciertan, pues le ocasionan placeres y desgracias. Esta condición ambivalente se podría definir como la condición de extranjero. En palabras de Aínsa (2012), la condición de extranjero "no es una condición *per se*, son los demás los que nos hacen extranjeros, porque no se nace extranjero se llega a serlo" (p. 73). Ser extranjero es un estado o una condición que ocasionan los ciudadanos nativos. Por descarte, si se ha nacido en el territorio se es considerado nativo, mientras si se ha nacido por fuera del territorio se es considerado extranjero. En otras palabras, la extranjería está determinada por los límites y las fronteras de un territorio y las valoraciones culturales e históricas de una comunidad.

Algunos sujetos migrantes anhelan la ruptura de los muros invisibles que yacen en el entorno social al cual llegan y suelen tener el propósito de ingresar a la cultura, a sus pertenencias identitarias, de la mejor forma posible para sentir que forman parte de las costumbres y hábitos del contexto. Por tanto, según Aínsa (2012), el migrante desea superar "el distingo entre dentro y fuera, nacional e internacional, nosotros y los otros, con una visión capaz de expresar la plasticidad cultural y el carácter dialógico del mundo contemporáneo" (p. 76).

Para Lucía, el ingreso a la nueva cultura no parece suceder con tanta dificultad, por lo menos en los campos laboral y social. En primer lugar, porque ella privilegia claramente el lugar de destino mientras desasimila algunas de las pertenencias adquiridas (de su lugar de origen o durante su vida fuera de los Estados Unidos). En este punto, su posición es contundente. Lucía se excluye de su identidad latinoamericana, al respecto enuncia expresiones como "los latinoamericanos y su complejo identitario" (García Robayo, 2017: p. 74). En estas palabras, Lucía demuestra que no se considera latinoamericana ni migrante, su postura ante su pasado es excluyente y distante.

Al respecto, el narrador de la novela dice: "Cuando los niños le preguntan de dónde es ella, Lucía dice: 'De acá, de nuestra casa'. Y ellos examinan el entorno, como buscando alguna singularidad. Pero su casa es prácticamente igual a todas las casas de la cuadra" (p. 47). En la respuesta imprecisa, se observa el arraigo territorial y geográfico que Lucía siente por su presente, por el sitio en el cual está viviendo.

En contraste, Lucía asigna un valor negativo a los lugares foráneos (entre ellos, algunos en los cuales ha vivido). Un ejemplo de ello se percibe cuando pregunta a su madre por unos parientes que viven en México y esta afirma que todo sigue igual. Al escuchar esta respuesta, Lucía sentencia: "Y eso, a todas luces, es un oxímoron. Viven en México. Y México es la familia paterna, o sea: un cuadro de tíos burgueses pero nacos, de abuelos apocados pero autoritarios, de primos y primas reventados" (p. 63).

La respuesta permite señalar algunos aspectos relevantes sobre las valoraciones identitarias que tiene Lucía de sus familiares. Sus palabras involucran características que, según ella, son parte de una identidad arribista, ordinaria, tradicionalista y explotada. Lucía entiende ese grupo familiar como una comunidad extraña y absurda que no cumple con su perspectiva sobre el *deber ser*. Los tíos, abuelos y primos no encajan en aquello que Zygmunt Bauman (2001) denomina "mapa cognitivo, moral o estético del mundo" (p. 27) de una persona. En el mapa de Lucía, las pertenencias identitarias que pueden validarse socialmente son otras.

Por este motivo, las relaciones que tiene con su familia no son sinceras. Para soportar su entorno familiar, debe asumir una personalidad dócil y distinta a la que desearía mostrar. Ella se esfuerza por no mostrar a su familia aquello que verdaderamente piensa: una sensación de cansancio (García Robayo, 2017: p. 66). Esta fatiga está supeditada por las acciones de los familiares que viven en México y las de sus padres, los cuales viven en los Estados Unidos. Por ejemplo, por un lado, Lucía no comprende que sus padres viajen con una sirvienta, pues lo considera "una situación tercermundista" (p. 11). Como es evidente, la idea del tercer mundo le parece menesterosa y molesta. Por otro lado, no logra asimilar las particularidades identitarias de la personalidad de Cindy:

> Cindy nació en Estados Unidos, pero tiene padres cubanos. No usa uniforme. Tiene bucles castaños, auto propio, caderas anchas y redondas. Y un marido celoso, según contó alguna vez sin que nadie le preguntara. Cindy es una de esas chicas que se acerca mucho a las personas para hablarles, como si todo se tratara de un secreto. Y le gusta tocar: «¿Quieres que te haga un masaje en los pies, Lucy?», te cae de la nada, y antes de que puedas contestarle ya te ha sacado los zapatos y tiene los pulgares hundidos en las plantas de tus pies, generándote una mezcla de placer y repugnancia. Lucía no le da espacio para que se acerque, y aun así no consigue controlarla demasiado. (pp. 11-12)

En esencia, rasgos como la confianza inmediata, la cercanía corporal y el contacto indeseado hacen que Lucía la configure a Cindy como un ser indeseado y repulsivo. Esto lleva a reflexionar sobre las lógicas y contradicciones identitarias. Mientras aborrece algunos aspectos tradicionales de los parientes que viven en México, ella misma se configura como un ser tradicionalista que prefiere el modo distante en que los amos (sus padres) se relacionan con sus sirvientes. Al respecto, el narrador expresa lo siguiente:

> generan ambientes familiares promiscuos donde la sirvienta pasa a ser un pariente, una tía hacendosa, alguien que se sienta en la mesa a almorzar con los patrones, pero después va y lava los platos. Y sirve el café. Y vuelve y lava las tazas. Su abuela bogotana no admitía eso, le parecía terrible la confusión de roles. Por razones distintas ―aunque quizá no tanto―, Lucía piensa lo mismo. Tener que fingir todo el tiempo que Cindy no es lo que es la estresa y la agota. Así que la trata como siempre trató al servicio: con respeto y distancia. (p. 63)

El servicio o los sirvientes son para ella la otredad social y económica. Sus rasgos identitarios no deben mezclarse o confundirse con los suyos. Esta "confusión de roles" debe evitarse o suprimirse, pues los papeles sociales ya han sido dispuestos. Esta idea es suficiente para ser concluyente en sus relaciones con Cindy. El narrador continúa afirmando: "Cindy la odia. O eso piensa ella, aunque su mamá le dice que está equivocada: 'No le has dado la oportunidad de conocerte'. Y Lucía: 'Claro que no'" (p. 12).

En esencia, aunque Lucía y sus padres vivan en el mismo país, y Cindy sea una ciudadana estadounidense, las diferentes pertenencias que cada uno de ellos posee se tornan invalidadas y no aceptadas por Lucía. Estas pertenencias se ven conectadas por una característica común y negativa: ser latinoamericano. En otras palabras, para ella, tener patrones de conducta característicos de la cultura latinoamericana es ser parte de un tercer mundo confuso, conservador y carente de instrucción y refinamiento.

En segundo lugar, el sentimiento de cercanía con el espacio de New Haven no implica que el arraigo identitario de Lucía sea satisfactorio y congruente. Si bien, ella considera que vive en un lugar mejor que en cualquier país latinoamericano, encuentra que sus pertenencias personales y las pertenencias sociales de los habitantes de la ciudad no disfrutan de sincronía. En lugar de sentirse parte de una ciudad, miembro de una comunidad, Lucía "se siente rodeada de extraños" (p. 64).

La anterior cita demuestra que valorar positivamente un espacio no siempre determina sentirse bien en el mismo. En este sentido, las incongruencias identitarias basadas en los modos de ser y estar configuran gran parte de la identidad de Lucía. Por una parte, ella se

encuentra a gusto en un lugar como New Haven del cual no desea irse, pues considera afortunados sus espacios, su calidad de vida y el desarrollo de su profesión. Mientras que, por otra parte, sus ciudadanos le parecen seres desconocidos y raros que ella no logra entender, en general porque son personas que prefieren mantenerse aisladas y comunicarse solo cuando es estrictamente necesario. Sin embargo, cuando Pablo manifiesta su deseo de regresar a Colombia, ella declara: “Yo no quiero volver” (García, 2017: p. 111).

Todo parece indicar que las experiencias personales de Lucía no han sido las mejores, pero la tranquilidad social, económica y la posibilidad de alejarse de sus conciudadanos para estar en soledad es suficiente para desear la permanencia en esta ciudad. De acuerdo con lo anterior, Álvarez-Benavides (2020) expresa que

> el simple hecho de migrar implica un reto y es, por tanto, un proceso de toma de conciencia del propio yo y un intento de mejorar una condición de vida previa. Inmigrar es un proceso de subjetivación en sí mismo. (p. 105)

Por otra parte, para Lucía, la migración no está supeditada a la idea de establecer relaciones sociales frecuentes y duraderas con las demás personas. Sus intereses están mediados por la singular manera en que configura sus pertenencias sociales. Estar en una sociedad no requiere de socialización con los otros, en tanto busca el aislamiento social y la tranquilidad personal. Su identidad está más dispuesta a la soledad que a la sociabilidad. Este aspecto es aún más evidente en las consideraciones que tiene sobre la patria.

En el texto *Identidad*, Zygmunt Bauman (2005) plantea que, en muchas ocasiones, la idea de identidad es asociada categóricamente con la de "identidad nacional". Las comunidades o los grupos humanos asumen que los rasgos identitarios de una persona están ligados, por sangre y chovinismo, a los rasgos identitarios de patria y nación. Todo símbolo patriótico debe representar e identificar, *per se*, a todos los miembros de un país. Y es precisamente este pensamiento chovinista, el que Lucía critica y debate constantemente con su esposo. En una discusión con Pablo, ella expresa lo siguiente:

> —La verdad es que me parece cursi.
>
> —Porque a ti todo lo que tenga que ver con la idea de patria te parece cursi.
>
> —Obvio.
>
> —¿Obvio?
>
> —La sola mención de la palabra me pone los pelos de punta. ¿Qué es esa mierda? ¿Quién nace con la bandera tatuada en la nuca? (García Robayo, 2017: p. 113)

Las dos opiniones centrales sobre la identificación inherente con la idea de patria son negativas, cada una se configura de forma diferente. En la primera, Lucía afirma que la patria es cursi, allí deja entrever un cuestionamiento a la idea romántica de la patria. Para ella, no existe un valor sentimental lógico y claro, como lo expresa en seguida en la pregunta final del fragmento: "¿Quién nace con la bandera tatuada en la nuca?". Esta pregunta posee una estrecha relación con la siguiente hipótesis de Bauman (2005):

> La identidad nacional concienzudamente construida por el Estado y sus organismos ("gobiernos en la sombra" o "gobiernos en el exilio", en el caso de las aspirantes a naciones,

> "naciones *in spe*"; que sólo piden a gritos un Estado propio) tiene por objetivo el derecho de monopolio para trazar el límite entre el "nosotros" y el "ellos". (p. 53)

El pensamiento sensiblero de patria que critica Lucía alude a las ideas masificadas que respaldan a la patria por encima de la individualidad de los ciudadanos, idea que yace representada en el concepto de nacionalismo. El Estado edifica una "identidad nacional" en que todos sus miembros deben ser parte de una misma nación, lo que se traduce en compartir y defender sus límites geográficos, históricos, ideológicos, culturales y políticos. Sin embargo, cuando se estudian estos límites es fácil concluir que son al mismo tiempo incluyentes y excluyentes. Antropólogos y sociólogos (Gellner, 1988; Hobsbawm, 1992; Anderson, 1993) han determinado que la idea de nacionalismo surge de una necesidad de control, unificación y exclusión-inclusión. Esto lleva a pensar en la nación como espacio homogéneo, donde todos sus ciudadanos son iguales de pensamiento, palabra y acción. Por consiguiente, quienes acepten las leyes y las normas de esta construcción social pueden vivir en ella, en tanto quienes las critiquen o desconozcan deben aceptar las represalias, las cuales pueden llevar al estigma social, al encarcelamiento o al exilio.

En la segunda parte de la cita, Lucía asevera que la patria es una "mierda". Al respecto, se precisa que la palabra "mierda" contiene una representación simbólica y semántica completamente peyorativa.

En base a las palabras de Lucía, y por correlación, se podría otorgar estas acepciones a su definición de patria. En sus concepciones sociales, la patria no yace arraigada a sus rasgos identitarios. En el contexto de la novela, esto ocurre porque ella habitó en varios países y no

logró adquirir cimientos identitarios sólidos de alguno de esos lugares. Al respecto, al tratar los procesos identitarios de Lucía, el narrador afirma que a ella “la trasplantaron como un árbol, varias veces, sin darle tiempo de enraizarse” (García Robayo, 2017: p. 46).

3.1.5. Lucía y la escritura como mecanismo de representación identitaria

Escribir puede convertirse en una manera de representar simbólicamente un estado de ánimo, una percepción del mundo, una lectura de la realidad. Aunque esta representación es ficcional o aparentemente realista, permite observar rasgos identitarios de los personajes e incluso de los autores, pues, como expresa Sartre (1967), "Indudablemente, la obra escrita es un hecho social y el escritor, antes de tomar la pluma, debe estar profundamente convencido" (p. 23). Es posible, entonces, determinar las pertenencias en las palabras que se producen. Este es el caso de Lucía, quien escribe una columna para la revista *Elle*. Según el narrador:

> La columna era una mezcla de frivolidades femeninas con un poco de teoría de género, lo cual aplacaba su conciencia comprometida —temerosa— con la mirada de sus colegas de Yale, quienes de todas formas no debían leer ese tipo de revistas. (García Robayo, 2017: p. 56)

El compromiso intelectual de Lucía estaba mediado por las experiencias personales, las "trivialidades femeninas" y las lectoras comunes (no académicas, como las colegas de Yale). En este sentido, sus pertenencias sociales, intelectuales y familiares interactúan con la

finalidad de lograr columnas de opinión inteligibles para cualquier público, sobre todo el público femenino. No escribía para convencer el espacio académico o para mostrar un pensamiento científico en sus palabras, pretendía expresar libremente las opiniones que tenía acerca de temas como las relaciones maritales y, por ejemplo, la maternidad. Sobre esto, el narrador enuncia: “las cosas que decía se relacionaban muy remotamente con lo que había leído. Simplemente quería decirlas y esa le pareció una buena oportunidad. Así de egoísta era, pensó para sí y se aclaró la garganta” (García Robayo, 2017: p. 110).

No obstante, poner en evidencia situaciones empíricas familiares y decirlas de manera directa y, en ocasiones, beligerantes produjo efectos negativos en su relación con Pablo, su esposo. Las consideraciones identitarias que ella tenía y que manifestó en sus escritos desdibujaban a Pablo como esposo y como hombre, atacaban algunos de sus rasgos sociales, intelectuales y maritales. En una de sus columnas expresa: "Hay cosas que elijo bien: las carteras, los duraznos; y otras que elijo mal: los maridos" (p.56). Por este tipo de afirmaciones públicas el narrador establece que, como estrategias de manipulación y empatía social femenina, sus columnas “se relacionaban muy remotamente con lo que había leído. Simplemente quería decirlas y esa le pareció una buena oportunidad” (p. 110).

Además, es indispensable reconocer que Lucía se configura como una pensadora que al comprometerse con sus congéneres enuncia de manera directa los problemas sociales sin el uso de expresiones simbólicas o mensajes colaterales. Por este motivo, se presentaban discusiones entre ella y Pablo, pues según ella, él solo escribía una de esas novelas latinoamericanas que se “escudan en ―dibujó comillas en el aire― ‘la sugerencia estética’ para esquivar la intención política” (p. 110).

Con esto, es posible establecer que Lucía siente una pertenencia superior de intelectualidad sobre su esposo, en el ámbito académico, escritural y de reconocimiento social. Constantemente opaca la capacidad, la voluntad y el intelecto de Pablo y critica su inhabilidad para narrar una realidad y presentarla sin velos. En una de las discusiones, ella reclama a Pablo: "Yo me pregunto: si la intención es política, ¿por qué no hacerla explícita?, ¿por qué fingir que te caíste en ella accidentalmente, como en una alcantarilla destapada?" (p. 110).

En estos aspectos identitarios, es importante ultimar que el personaje reflexiona sobre sus acciones como escritora y como columnista. En la medida en que redacta y publica sus columnas y su relación marital es más problemática, ella entiende que la soledad es un modo de solventar y soportar los problemas que la aquejan. En esencia, escribe para denunciar aquello que considera injusto y desigual frente al género masculino mientras se encuentra inconforme con su propia vida y se convierte en una esposa arbitraria y en una madre sobreprotectora. Por consiguiente, en una de las instancias autorreflexivas, el narrador concluye: "Así de egoísta era, pensó para sí y se aclaró la garganta" (p. 110).

En definitiva, los aspectos sociales y personales de Lucía están supeditados por una identidad más individual que social. Durante la estadía en los Estados Unidos, el personaje se configura como una persona que rompe esquemas o estereotipos comunes, en los cuales el extranjero pretende ser y hacer parte de la sociedad de destino. Así mismo, Lucía funda su identidad en tomar distancia frente a intereses comunes y en vivir las mismas experiencias que el resto de los habitantes de New Haven. Esto lo hace sin dejar de lado su compromiso con las mujeres

de su tiempo. Lucía es una extranjera que, al sentirse incómoda en un espacio, no evade su responsabilidad social. Como intelectual comprometida, en palabras de Naidorf (2010), "renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa" (p. 3). Esta renuncia a la pasividad crítica le ocasiona conflictos personales y familiares que terminan por perjudicar su cotidianidad.

3.1.6. Pablo: el migrante que desea regresar a su lugar de origen

No todas las experiencias migratorias se desarrollan placenteramente. En ocasiones, quien sale de su lugar de origen con la idea de mejorar su calidad de vida, después de llegar a su nuevo destino, no encuentra relaciones identitarias sólidas. Por esta razón, surge el deseo de regresar al país. Este es el caso de Pablo, el personaje central masculino de la novela de García Robayo.

Pablo migra, específicamente, por intereses educativos. Su propósito es viajar a los Estados Unidos para prepararse académicamente, es decir, realizar estudios profesionales de maestría y lograr un nivel educativo que su familia no había logrado. En este sentido, toda su familia estaría orgullosa. Por este motivo, al llegar a su nuevo destino, Pablo se gradúa de la maestría en Educación en la Universidad Estatal de Southern Connecticut. Después de esto, consigue un puesto como docente en un colegio de la ciudad, conoce a Lucía y con ella tiene dos hijos.

Al tener en cuenta estos datos, se pensaría que Pablo ha logrado sus metas profesionales, laborales y familiares. Sin embargo, a lo largo de la novela, se hace evidente que algunos de sus rasgos identitarios no son empáticos con el país de destino. No es claro si, al inicio de su estadía, Pablo se siente identificado con la nueva cultura, pues en la novela no se describen o narran acciones al respecto. No obstante, puede reconocerse que, en los tres ambientes descritos, su filiación identitaria va desvirtuándose en tanto interactúa socialmente. Sobre esto, se considera que "una identidad particular dependerá del contexto social" (Sen, 2007, p. 52). En este caso, la desvirtualización podría considerarse exclusión social, sin embargo, los factores pueden ser diversos y, en ocasiones, imprevistos.

En este sentido, es relevante afirmar que la exclusión social no solo se da por factores externos, es decir, no depende únicamente de la exclusión que la otredad o los ciudadanos nativos realicen sobre un extranjero en sus espacios o acciones cotidianas, también puede surgir cuando el sujeto se autoexcluye porque no se siente identificado con el nuevo contexto en aspectos esenciales o trascendentales para él.

Sin duda, Pablo es un sujeto que con el transcurrir de los años se autoexcluye cada vez más del contexto social. En primer lugar, porque le incomoda su realidad social y, en segundo lugar, porque empieza a sentir entrañamiento por su lugar de origen: Colombia. En ambos casos, el deseo final es el mismo: retornar a sus orígenes.

Desde las primeras páginas de la novela, el narrador presenta a Pablo como un personaje crítico por lo que sucede en los Estados Unidos, desinteresado por su trabajo y deprimido por su realidad personal y familiar. En el primer aspecto, el narrador expresa:

> El caso es que a él le tocaba lidiar con la vacuidad de Elisa, sus quejas constantes sobre Estados Unidos —la ignorancia, la obesidad, el consumo, las armas—, con las que Pablo coincidiría (de hecho, debió haber sido él quien diera pie a la primera conversación) si no viniesen de una rubia tensa y limitada, con tan pocos argumentos como grasa en el culo. (García Robayo, 2017: p. 24)

Cada uno de los cuatro factores que son criticados por Elisa y validados por Pablo obedecen a puntos centrales de la cultura estadounidense: nivel educativo, salubridad ciudadana, tendencias sociales masivas y el riesgo armamentista. Si bien los problemas mencionados son similares a los que ocurren en la sociedad colombiana y, por tanto, son conocidos para Pablo, estos se tornan insoportables.

Asimismo, aparecen otros aspectos que lo hacen sentir extraviado y desolado. En uno de los paseos que realiza por el centro de la ciudad, Pablo reflexiona sobre su importancia en la sociedad y se da cuenta de que, como ciudadano, es un ser casi invisible. En otras palabras, considera que sus rasgos identitarios, su aspecto, su manera de vestir y su color de piel no llamarían la atención de las demás personas. Por eso, el narrador indica que Pablo

> podía echarse a llorar ahí mismo y nadie se voltearía a mirarlo. Podía no llegar esa noche a su casa y Lucía no lo notaría, hasta que tuviera la necesidad de hacerle un reproche a alguien. Sus hijos tardarían más. O a lo mejor se acostumbrarían a su ausencia antes de reparar en ella; se trasladarían por la casa esquivando el espacio que ya no ocuparía su cuerpo, pero que aún

> tendría volumen. Era probable que su invisibilidad también les estorbara. (García Robayo, 2017: p. 30)

Esta cita demuestra el estado emocional de Pablo. Tanto en lo social como en lo personal empieza a identificar que su vida se torna indiferente para los demás, incluyendo su propia familia. La identificación lo lleva a sentirse excluido y a no reconocerse como miembro de la sociedad en la que se encuentra, lo cual deteriora su identidad como sujeto de una comunidad. Si la identidad empieza a resquebrajarse, la estabilidad emocional y social también lo hacen, ya que, en palabras de Guibernau (2017),

> la identidad confiere a la vida un propósito y un significado, aumenta la autoestima, define quienes somos, cómo y por qué debemos comportarnos de unas maneras normativamente especificadas, y, según Peggy Thoits, también define el abatimiento y la angustia. (p. 32)

Así, el comportamiento laboral y personal de Pablo empieza a cambiar y a llevarlo al estado de desasosiego e impaciencia en el que se encuentra. En el ámbito laboral su identidad como profesor se difumina en la medida en que pierde todo interés en su labor como docente. El personaje considera que sus estudiantes son apáticos al conocimiento y ya no siente empatía por ellos. El narrador afirma lo siguiente:

> Sus alumnos tenían la facultad de vaciarlo de criterio. De hacerle perder el entusiasmo por absolutamente todo. Y de convertir su mundo en un abismo. Ya ni siquiera debía mediar algún intercambio, le pasaba sólo con entrar a la clase y verse frente a esa masa blanda de

> adolescentes que le costaba individualizar; todos los días tenía que adivinar de quiénes eran esas caras sepultadas bajo el acné. (García Robayo, 2017: pp. 30-31)

Igualmente, su identidad con la institución educativa a la que pertenece es casi nula. Su relación con el director del colegio, Ómar, era de completa intolerancia. Pablo sentía aversión por todo lo que representaba Ómar, un nativo, de padres guatemaltecos, que privilegia las costumbres de la cultura estadounidense por encima de la latinoamericana:

> El tipo es un idiota. Hijo de hispanos, pero gringo hasta la médula. Cuadrado, mojigato, obtuso. Jamás podría construir algún tipo de complicidad con él, por lo que, seguramente, la reunión de hoy termine muy mal. Pablo cuelga el teléfono con una pesadez horrorosa, pensando que debe quitarse la bata, afeitarse, ponerse una camisa. (p. 133)

Del mismo modo, su repudio al trabajo también estaba determinado por factores económicos. En comparación con otros colegios, sobre todo los privados, su salario y su prestigio era mucho menor. Algunos de sus colegas ganaban más que él, por ejemplo, Gonzalo, "que también era profesor de Filosofía, pero en una secundaria privada y elitista donde cobraba tres veces más que él" (p. 74).

Esta circunstancia es incomprensible si se tiene en cuenta que a Pablo no le interesa su trabajo. No obstante, el rasgo económico dentro de las pertenencias identitarias de Pablo influye en su estado de ánimo, pues, socialmente, existe una estrecha relación entre el reconocimiento social y el salario recibido por una labor realizada. Desde la actividad

ejercida, un sujeto se representa frente a sí mismo y frente al tejido social en el que se encuentra inmerso. Al respecto, Vásquez (1996) sostiene:

> Mediante el ejercicio cotidiano del trabajo, aquél [el sujeto] participa en nuevas maneras de hacer las cosas, de relacionarse y de organizarse, originando con ello formas de identificarse, por una parte, en relación con la actividad que realiza y, por la otra, con aquellos con quienes comparte su lugar en la producción y en la sociedad a la que pertenecen. (p. 42)

En otras palabras, sin un buen salario y sin trabajar en una institución reconocida socialmente, un sujeto puede sentir que no pertenece o no se identifica con su lugar de trabajo. En instancias sociales cotidianas, este se reconoce inferior cuando se compara con quienes comparte su actividad. Podría afirmarse que, en ciertos momentos, su estatus social viene determinado por su salario, la actividad que realiza y el lugar donde la realiza.

Finalmente, la identidad familiar de Pablo es conflictiva. En esencia, porque constantemente está en discordia con su pareja, principalmente, desde que empezó a escribir una novela sobre una problemática social en Colombia. En Pablo, la escritura se convierte en un detonante de su pérdida de identidad nacional y social en los Estados Unidos y un proceso de entrañamiento de su lugar de origen.

3.1.7. La escritura como pertenencia subjetiva del yo extranjero

Es posible asumir que para Pablo la escritura es una manera de acercarse a sus orígenes, de mantener viva y activa una relación con la realidad social de sus orígenes. Escribe para evitar

la frustración de su identidad en tierras foráneas. En otras palabras, por medio de la ficcionalización se ofrece a sí mismo la posibilidad de mantenerse unido a un "nosotros" que yace geográficamente distante, mientras siente la desdicha de estar inmerso en una sociedad en donde se considera un sujeto de la "otredad", un extranjero.

La unión con su lugar de origen surge de los recuerdos y anhelos que Pablo posee y que desea plasmar en la novela que escribe. Su memoria le proporciona lo necesario para establecer lazos identitarios por medio de la escritura, los cuales, se fundamentan en opinión de Giraldo (2008) en "la necesidad de negarse a olvidar y salvarse de la peste del olvido, de la gravedad de la desmemoria" (p.31). No escribir es dejar que el olvido borre los recuerdos que tiene de Colombia.

Además, esa misma memoria lo conduce a sentir que la escritura puede ser un lugar de enunciación crítica de los problemas de su país. La escritura se convierte en el espacio donde la memoria asume una postura analítica del pasado, de las experiencias vividas. Podría hablarse, por tanto, de lo que para Todorov (2000) es la memoria ejemplar, es decir, donde las vivencias del pasado "pueden ser evaluadas con ayuda de los criterios universales y racionales que sostienen el diálogo entre personas" (p. 22). La finalidad es que, a través de la escritura, se observe el pasado y se establezcan relaciones comparativas entre lo bueno y lo malo que permitan determinar las injusticias y evitar que estas sean repetidas en el presente.

Mientras Lucía denuncia en sus columnas los problemas de género y maternidad que tienen las mujeres de su tiempo, Pablo se interesa por denunciar los problemas ecológicos y

medioambientales de una región colombiana. La protección de la naturaleza es relevante en su escritura:

> Pablo ya llevaba cerca de un año escribiendo una novela sobre una isla colombiana donde había vivido parte de su infancia, y se la había pasado juntando bibliografía sobre un canal de agua artificial que atravesaba el lugar y cuya construcción había hecho que la fauna de esa isla se extinguiera (García Robayo, 2017: p. 14).

Así, el uso de la lengua escrita se convierte en una manera de huir del contexto en el cual se encuentra y se siente extraviado y, al mismo tiempo, es un modo de sentirse unido al espacio que extraña física y socialmente. Por eso, en ocasiones siente que tiene una doble personalidad: la primera se muestra como una personalidad desinteresada, apática y depresiva, y se evidencia cuando se relaciona con habitantes y familiares que están en Estados Unidos. La segunda personalidad, activa y motivada, aparece cuando Pablo piensa y escribe la novela. Al respecto, el narrador asegura que él mismo se cuestiona sobre este hecho: "Pablo hace silencio. A veces le parece que es otro el que habla por su boca. Ese otro, también, es el que escribe" (p. 54).

En el caso de Pablo, la escritura surge, entonces, como un método personal para llevar a cabo la ficcionalización de una realidad lejana y añorada. Escribir es un proceso de construcción identitaria, geográfica y emocional. Se trata, en palabras de Aínsa (2012)

> de la construcción de un pasado común que se invoca como fondo inalterable, aunque en realidad sea el resultado de una reconstrucción en gran parte ideal, donde se integran

> creencias reajustadas con elementos reales, pero también con símbolos y elementos imaginarios (p. 113).

De este modo, Pablo se distingue como un extranjero que no logró asimilar y adaptarse a las características culturales de su nuevo país. Si bien lleva casi 20 años en Estados Unidos, sus rasgos identitarios colombianos no se fragmentaron o difuminaron; por el contrario, el tiempo reforzó el sentimiento de patria, aunque tuviera claro que el suyo era un país conflictivo y caótico. En un encuentro con una estudiante se da el siguiente diálogo:

> — ¿Novela sobre qué, profe? — ladeó la cara en un semiperfil que intentaba ser intrigante.
>
> Pablo repasó temas en la mente: Sobre la supervivencia.
>
> Sobre la patria lejana.
>
> Sobre la angustia de estar consumiéndose en ese edificio apestado de *minorities.* (García Robayo, 2017: p. 43)

El edificio nombrado, en la cita, es el centro educativo donde Pablo trabaja. Allí la mayoría de sus colegas y administrativos son hijos de migrantes que tuvieron la oportunidad de brindar educación a sus hijos. Ellos son, en palabras de Pablo, una de las minorías que habitan en la ciudad y que él considera carente de buen gusto: "Casi todos los profesores de la secundaria son de ascendencia latina: hijos de técnicos, plomeros, sirvientas, cajeras de supermercado. Haber accedido a la educación, a diferencia de sus padres, no los hace menos rústicos, sino todo lo contrario" (p. 140).

Esto lleva a pensar que, durante su estancia en el extranjero, Pablo no se ha afianzado, no se ha fijado al nuevo territorio. Se convierte en el extranjero que, según Santamaría, (1994), "si bien, por una parte, ocupa una posición de miembro, por otra, está como fuera o enfrente" (p. 65). Él es un miembro en varios de los campos sociales, pero un miembro pasivo, inactivo y apático. Es el extranjero que habita en la tensión entre el permanecer y el irse, entre el desconcierto y la añoranza.

Sin embargo, este desconcierto identitario no es fácil de resolver. Él mismo postula la necesidad de realizar cambios en su vida para estar en el sitio anhelado, pero estos cambios también tendrían consecuencias, para él y para su familia, especialmente en sus hijos. Por eso, mientras imagina lo que sería abandonarlo todo y regresar a su país, lo aqueja la desesperanza. Así, sobre Pablo, el narrador afirma:

> Mañana, piensa, su vida podría ser otra.
>
> Y se ríe, porque sabe que ya no puede cambiar de vida. Sólo puede huir. ¿Se arrepentiría? Seguro, pero de un modo que no le serviría a nadie. No con un cheque o una herencia. Sólo el llanto inútil. El tiempo perdido. (García Robayo, 2017: p. 144)

Amartya Sen (2007) explica que "no todas las identidades necesariamente tienen una importancia duradera" (p. 52). Quien emigra deja atrás aspectos de su vida que con el tiempo olvida. Las nuevas circunstancias transforman rasgos identitarios que parecían inamovibles y sólidos. Las nuevas experiencias producen nuevas visiones del mundo. No obstante, algunas de ellas permanecen ocultas y solo han estado a la espera de salir a flote, de manifestarse. Así, Pablo empieza a notar que el recuerdo de su lugar de origen cada vez es

más fuerte y que, poco a poco, aumenta la melancolía de volver a sentir la experiencia del lugar conocido. Sobre esto, el narrador expresa que a Pablo le asiste "el recuerdo engolosinado de algo que nunca vivió. Se vio en ese balconcito diminuto con su hermana, mirando el fondo del paisaje, escuchando esa salsa vieja que a ella le gustaba" (García Robayo, 2017: p. 72).

Pablo extraña la selva de Colombia y también su mar Caribe. Es un extranjero que no se siente superior o inferior a aquellos compatriotas que se quedaron en su país y que viven otro tipo de dificultades o problemas sociales, como el hambre, la pobreza, el abandono estatal y la violencia. Recordaba esta situación y sentía empatía identitaria con estas personas, con su insufrible realidad social. Con relación a esto, el narrador señala lo que piensa Pablo sobre las personas que lo rodean:

> Gente gastada y desgastada, perros flacos atragantándose con espinas de pescado y turistas de tercera, como las holandesas, que no paraban de atribuirle a ese paisaje pobre y primitivo la categoría de 'pintoresco'. Negros pobres haciendo morisquetas: 'pintoresco'. Al fondo el mar Caribe, cristalino y prometedor. La verdad era que a Pablo le costaba hacerse una opinión propia sobre ese lugar — ¿su lugar? —; también le costaba sentir lástima por sus moradores. Quizá porque no se sentía tan distinto a ellos, ni más ni menos afortunado que ellos. (García Robayo, 2017: p. 125)

Por consiguiente, para Pablo escribir sobre estos temas implicaba sentir confusión y demostrar empatía y nostalgia por la calidad de vida de muchas personas en Colombia. De

todos modos, escribe para imaginarse más cerca de su país, para denunciar el lamentable estado de sus gentes y para no sentirse desconsiderado e insensible ante estas situaciones.

En cierto modo, escribir es una actividad de movimiento. El escritor, como en el caso de Pablo, ficcionaliza una realidad para imaginar que se moviliza hacia ella, que se encuentra más cerca de las personas que estima y extraña. Él es un extranjero que ha logrado una posición en el país en el que vive, pero algunas de sus pertenencias, como la geográfica y la urbana, le son tan entrañables que lo suspenden del espacio-tiempo en que se encuentra mientras desea el lugar de origen, el lejano espacio caótico y ruidoso de su cultura.

Finalmente, cabe destacar que la obra de García Robayo forma parte de lo que Fernando Aínsa denomina "literatura transfronteriza", es decir esa literatura que difumina las fronteras para ponerlas en un diálogo inacabado, ya que "multiplica escenarios y puntos de vista desasida de la nación unívoca de identidad y de patria, incluso proyectando una mirada extranjera sobre el propio solar nativo" (Aínsa, 2012: p. 68). En las páginas de *Tiempo muerto* se confrontan los espacios propios y ajenos para alcanzar una reflexión sobre la relación identitaria entre los personajes y sus contextos, tanto en el nativo como en el foráneo.

Las formas de asimilar un nuevo territorio y sus aspectos culturales son variables y, en ocasiones, contradictorias, porque los rasgos identitarios se consolidan, se mezclan o se difuminan cuando se llevan a cabo interacciones sociales. Así, en la cotidianidad es cuando "las personas construyen la comunidad de una manera simbólica y la convierten en un referente de su identidad" (Guibernau, 2017: p. 52). Por esto, aunque Lucía y Pablo hayan migrado a una misma ciudad, ambos se enfrentan a realidades inmanejables desde distintas

visiones y constructos sociales. Aunque ambos sean colombianos, aunque compartan algunas pertenencias identitarias, su estadía demuestra que no existe un determinismo para pensar en lo que es ser y sentirse extranjero. La identidad interactúa con la extranjería y consolida la personalidad del migrante, una personalidad que gira en círculos interminables entre el pasado, la incertidumbre y la cotidianidad.

3.2. El deseo y la desesperanza de migrar en *Hasta que pase un huracán* de Margarita García Robayo

En la cultura colombiana, desde los años 80, se ha establecido la idea de viajar, vivir y trabajar en los Estados Unidos para alcanzar el *sueño americano*. Se trata de un cambio de territorio con el propósito de mejorar la calidad de vida económica y social de las personas que migran y de sus familiares. Este pensamiento sugiere que en tierra norteamericana los salarios y el bienestar social superan considerablemente a los de Colombia. Esto quiere decir que el sueño americano incluye, al mismo tiempo, la desazón y el escepticismo frente a la realidad del lugar de origen y la idealización del lugar de destino. Al respecto, Perucci y Wyson (2003) exponen en qué consisten algunos fundamentos de este sueño:

> El Sueño Americano se funda sobre la creencia de que los orígenes de una clase humilde no son destino. Está basado en la fe de que la sociedad americana ofrece oportunidades iguales e ilimitadas de movilidad ascendente para aquellos que abrazan una ética de trabajo fuerte, independientemente de sus orígenes de clase. (pp. 41-42)

Para los latinoamericanos que desean migrar, este sueño se relaciona directamente con la identidad territorial que tienen los sujetos con sus espacios, es decir, cada persona mantiene lazos particulares con su territorio a partir de intereses, deseos y desavenencias. Por este motivo, el territorio es entendido como "el espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicas" (Giménez, 2001: p. 6).

Apropiarse, en este caso, no significa apoderarse del espacio sino sentir la identidad enlazada con la cultura, como constructo cultural o performación. Así, pues, no se asume que el sujeto que nace en un territorio adquiere de manera esencialista los rasgos identitarios de su entorno. Por el contrario, las interacciones familiares y sociales incidirán en la construcción identitaria, en otras palabras, las valoraciones que el sujeto realice sobre ellas forjarán la identidad o el rechazo sobre aspectos propios de su contexto. Por consiguiente, dadas las interacciones que el sujeto haya tenido durante su experiencia vital, este podría experimentar aversión hacia aspectos fundamentales de su contexto y simultáneamente sentir atracción, deseo (incluso idealización) por los rasgos de otra cultura.

Es indispensable aclarar que para un estadounidense el *sueño americano* presenta otras connotaciones. Los ciudadanos nativos "normalmente lo visualizan como algo que incluye confort y seguridad económica (un ingreso seguro y por arriba del promedio), altos niveles de educación (para ellos y sus hijos), un trabajo remunerado, poseer una vivienda y libertad personal" (Perucci y Wyson, 2003, pp: 41-42). Si bien estos anhelos pueden ser los mismos que posee un extranjero, ser nativo y poseer la nacionalidad estadounidense proporciona mejores posibilidades y condiciones laborales, legales y sociales. Desde antes de migrar (y

al hacerlo), el sujeto migrante identifica que no tiene todos los beneficios, que no es considerado parte esencial de la sociedad y, por tanto, debe adaptarse. Al respecto, Amin Maalouf (1999) sostiene que la adaptación es compleja y que en ella el migrante se encuentra con aspectos sociales que le muestran cómo se da, en la realidad, el proceso de aculturación:

> El sueño secreto de la mayoría de los migrantes es imitar a sus anfitriones, cosa que algunos consiguen. Pero la mayoría no. Al no tener el acento correcto, ni el tono adecuado en la piel, ni el nombre y apellido ni los papeles que necesitarían, su estratagema queda pronto al descubierto. (p. 24)

No obstante, las circunstancias mencionadas parecen no ser relevantes para la persona que migra, puesto que, con el propósito de salir de su lugar de origen y de sus circunstancias sociales, esta asume los escenarios de vida que sean necesarios. En congruencia con la idea anterior, se migra para abandonar una cultura que se considera adversa, retrógrada, atrasada y enviciada. Sin embargo, el proceso migratorio no siempre es fácil, pues para ello se debe contar con las condiciones necesarias para que el país de destino abra sus puertas y permita que un migrante haga parte activa y legal de su sociedad.

En la novela *Hasta que pase un huracán* (2015), de Margarita García Robayo, el narrador y personaje central de la obra es una joven azafata que desde su infancia ha tenido el deseo de migrar, de salir de Colombia: “a los siete años ya sabía que me iba a ir. No sabía cuándo ni a dónde. A mí me preguntaban: ¡qué quieres ser cuando grande! Y yo decía: extranjera” (p. 7).

Para ella, la realidad social en la que habita es insoportable, caótica, indeseada. Por esta razón, no ha logrado identificarse con los campos personal, profesional y social de su ciudad: Cartagena de Indias. Estos tres factores configuran una sensación de incompatibilidad de la azafata con algunas de las prácticas y experiencias sociales de la ciudad. A su vez, tales percepciones motivan la idealización de los Estados Unidos como destino paradisiaco.

En otras palabras, las pertenencias locales de la joven se difuminan en la medida en que se incomoda con acciones, costumbres, estilos de vida de su ciudad. En consecuencia, esto da paso a la construcción de nuevas pertenencias, las cuales se vinculan positivamente con lo foráneo y la idea del *sueño americano.* Esta incomodidad es el motivo de su alejamiento identitario de los habitantes de su propio contexto, lo que implica la pérdida de su identificación social, pues como expresa Guibernau (2017): "La pertenencia implica algún tipo de compromiso recíproco entre el individuo y el grupo" (p. 46). Ella prefiere distanciarse personal y socialmente de su comunidad para no establecer ningún vínculo.

En contraste con lo anterior, Blázquez (2009) sostiene que "todos sentimos satisfacción al formar parte de un grupo de personas con las que nos unen determinados rasgos, valores o experiencias comunes" (p. 104). Sin embargo, es posible que ocurra lo contrario y que existan sujetos que no se identifiquen con aspectos de su contexto, como sucede con la protagonista. Sobre esto, el personaje afirma: "Yo no era como ellos, yo me di cuenta muy rápido de dónde estaba" (García Robayo, 2015: p. 7). Así mismo, esta mirada se acentúa con las percepciones (comparaciones y opiniones) que la joven realiza sobre el pasado y el presente de la vida de su grupo familiar, de su barrio y de su ciudad. Las valoraciones sobre esos tres actores inciden en el surgimiento del deseo migratorio.

3.2.1. El núcleo familiar como grupo indeseado

El sentido de identidad de un sujeto empieza a forjarse desde su relación con los miembros de su núcleo familiar. En la medida en que se va desarrollando el uso de la razón, este pone en funcionamiento sus sentidos para asimilar las acciones y los hábitos de sus familiares. Así, la persona por medio de la comparación y asimilación descarta, acepta o transforma los rasgos identitarios que son parte de su entorno para luego asimilarlos o abandonarlos.

En el caso de la protagonista de la novela, los rasgos de sus padres son relevantes para llevarla a tomar la decisión de migrar fuera del país. Para ella, el conjunto de sus motivaciones y deseos personales están situados en el extranjero, específicamente en los Estados Unidos y no en las pertenencias de sus progenitores. Se encuentra en desacuerdo con la manera en que, por ejemplo, su padre asume su realidad social y la lleva a cabo:

> Mi papá era un señor bastante inútil: se la pasaba todo el día tratando de resolver cosas insignificantes que a él le parecían importantísimas para que el mundo siguiera su curso; cosas como hacer rendir más el par de taxis que teníamos y vigilar que los choferes no le estuvieran robando. Pero siempre le robaban. (García Robayo, 2015: p. 8)

La azafata no se identifica con las actividades de su padre y las maneras en que las desempeña. La inutilidad que menciona la cita, además de aludir a la incapacidad como negociante, refiere también a la falta de proyecciones y la incompetencia para entender la realidad circundante. Por eso, afirma lo siguiente: “Mi papá echaba y contrataba choferes

cada día de por medio, y eso le servía, uno: para sentirse poderoso; dos: para no pensar en nada más.” (p. 8).

Del mismo modo, las opiniones que la azafata presenta sobre su madre tienden a ser negativas y llenas de inconformidad. Tales opiniones no tienen que ver con el campo laboral sino con el campo familiar y materno. El personaje considera a su madre como una persona sin proyectos e intereses importantes, pues sus actividades diarias estaban mediadas por el chisme, la conmiseración y la vulgaridad:

> Mi mamá se paraba de la cama y alzaba el teléfono, llamaba a mi tía, o a mi tío, o a mi otra tía: y gritaba y lloraba y les deseaba la muerte —a ellos y a su maldita madre, que era la misma suya, mi abuela—; a veces también llamaba a mi abuela: y gritaba y lloraba y le deseaba la muerte —a ella y a su maldita descendencia—. (p. 8)

De este modo, ambos padres son apreciados como sujetos que no se transforman. Sus rasgos identitarios parecen ser los mismos y no tienen variaciones que permitan cambiar y mejorar su realidad, sobre todo la realidad económica y social. Asimismo, según la azafata, sus padres tenían dos problemas insoportables: 1) se acostumbraron a un estilo de vida de clase media en donde el dinero solo alcanzaba para los gastos del día a día; 2) frente a este estilo de vida, ellos prefieren evadir la realidad y fingir que eran una familia adinerada. Sobre esto la narradora-protagonista declara:

> Su fórmula era la misma que la de mi papá: no dejar baches de tiempo muerto que les hicieran mirar alrededor y darse cuenta de dónde estaban: en un departamento chiquito en un barrio de medio pelo, al que lo atravesaba un caño y varias busetas. (p. 8)

En esencia, la azafata relaciona la economía de sus padres con sus rasgos identitarios, critica ese vínculo y no se siente identificada con ellos. Su malestar radica en la situación económica, la cual es infructuosa e insuficiente para cambiar de estrato social, de lugar de residencia y de reconocimiento social. Este malestar se acentúa con el paso del tiempo, pues, a pesar de que han pasado los años, las condiciones de sus padres permanecen iguales:

> Llamé a la casa de mis papás, me pareció que hacía años no sabía de ellos. En cuanto mi mamá empezó a hablar, me di cuenta de que todo seguía igual: ella estaba de pelea con una de mis tías, porque mi tía era una manipuladora a la que le gustaba sonsacar a mi abuela. Y yo: ¡sonsacar de qué! Y ella: ¡de qué va a ser! Mi papá había contratado un nuevo chofer, porque el anterior le había robado (p. 34)

A partir de esta inmovilización socio-económica, la azafata empieza a construir su *sueño americano*. Comienza, entonces, a edificar e idear un futuro distinto para ella**.** Dejar atrás a su familia significa dejar atrás la pobreza y todo lo que ello implica. Se trata de alcanzar un nivel económico que brinde las condiciones sociales deseadas. Aunque su familia no se percibía pobre, ella lo consideraba así, y ser pobre "era exactamente igual que no serlo. No había de qué preocuparse" (p. 17). Este factor social es tan indispensable para ella que no establece ninguna pertenencia identitaria con su hogar, lo cual conduce a aceptar que, al pensar o rememorar su familia, la azafata no se incluye como parte de un "nosotros".

Con base a estas consideraciones, se concluye que la azafata no asimila y no acepta las pertenencias identitarias de sus padres. Asume que para mejorar su vida es indispensable unirse a otro espacio, en el cual se asuman y se establezcan otro tipo de rasgos identitarios, rasgos que permitan alcanzar las expectativas anheladas.

En el caso de la azafata esta pertenencia está arraigada a la otredad, a lo foráneo. Ella no se considera parte del "nosotros" familiar. Por el contrario, sus pertenencias interactúan con el deseo de abandonar su núcleo familiar, sus hábitos y su contexto, y arribar a un espacio ideal. La percepción que posee de su casa es negativa y de desaprobación personal, pues no la ha imaginado como el lugar soñado. Para ella, en palabras de Bachelard (2000), no es el "espacio vital", ni el "rincón del mundo", (p. 28), es decir, no es el territorio donde ella quisiera sembrar sus raíces. Por este motivo, también desea salir del barrio en donde viven sus padres, de la modorra de sus calles y de la tosquedad de sus habitantes, pues es un espacio con problemas de salubridad, sonoridad, ordinariez y desorganización territorial.

3.2.2. El barrio como territorio del caos identitario

Si bien Bachelard (2000) afirma que "la casa es nuestro rincón del mundo, (…) nuestro primer universo" (p. 28), es posible agregar que este espacio está circundado por uno más amplio que lo determina y configura: el barrio. Es difícil que las experiencias personales, surgidas en la casa, no interactúen con aquellas que se dan cotidianamente afuera de esta. El

“dentro de la casa” y el “fuera de la casa” posibilitan la construcción de los rasgos identitarios de un sujeto.

Para Aguado y Portal (1991), “la identidad, pensada desde la experiencia, se estructura sobre la pregunta ¿quién soy?, y ¿quién soy frente al otro?” (p. 31). Aunque de la segunda pregunta se infiere que la identidad se construye por medio de las interacciones sociales de un sujeto, es importante resaltar el valor identitario de un lugar. Por eso, podría plantearse otra pregunta en relación con las experiencias vitales: ¿quién soy frente al otro en un espacio específico? De este modo, se pueden establecer relaciones identitarias de un sujeto con su territorio.

Las primeras impresiones que posee la azafata sobre el barrio se establecen a través de comparaciones. En su opinión, el problema radicaba en la inseguridad, el abandono y la pobreza de los barrios que quedaban junto a la ciénaga, mientras que otros barrios, en donde vivían las personas adineradas, estaban junto al mar y no se inundaban ni apestaban en invierno. Esto quiere decir que el aspecto socioeconómico se asocia con un factor relevante en la calidad de vida y, por tanto, influye en la percepción que la protagonista crea sobre los territorios (García Robayo, 2015):

> Llovía siempre, todos los días llovía. Eso era malo para la tierra porque se erosionaba; malo para el mar, porque se picaba; malo para la televisión, porque se perdía la señal. Quedaba la radio. La radio decía que la ciudad atravesaba una situación trágica: no en la zona moderna, donde vivían los ricos, sino en los barrios que bordeaban la Ciénaga de la Virgen que, como estaba llena de porquerías, se desbordaba. Y las casas enclenques se hundían en el fango. (p. 14)

De este modo, el espacio incide en la configuración de la realidad y de la identidad. Cada lugar es un espacio simbólico que posee estructuras sociales y patrones propios de conducta que intervienen en la construcción social de los rasgos identitarios de una comunidad. Por este motivo, la respuesta a la pregunta "quién soy frente al otro en un espacio específico" está supeditada a las interacciones humanas del sujeto con su entorno. Si las pertenencias individuales son reflejadas y aceptadas en la cotidianidad de distintos grupos, el sujeto empieza a edificar un sentimiento de pertenencia y colectividad con la comunidad.

No obstante, como veremos más adelante, en la novela de García Robayo también existen sujetos que no aceptan o no se sienten representados por las pertenencias de su comunidad y, por esto, disponen sus expectativas y añoranzas hacia otros espacios. Esto sucede, según Guibernau (2017), porque "el desengaño y la insatisfacción continuos respecto las expectativas pueden hacer que los individuos busquen fuentes alternativas de identidad colectiva que satisfagan sus necesidades más imperiosas" (p. 41).

En este orden de ideas, la azafata identifica la difícil situación de su barrio y otros espacios de la ciudad, y no proyecta cambios en ellos. Para el personaje, factores políticos, como la corrupción; gubernamentales, como el abandono del Estado; y sociales como vivir con una comunidad acostumbrada a tener una baja calidad de vida, son indicadores claros de que la situación no mejorará en el futuro. Por esto, cuando se imagina viviendo en el barrio y casada con uno de sus habitantes visualiza lo siguiente:

> Pero lo que hice fue prender un cigarrillo y, sin dejar de mirarlo, imaginar mi vida con él. Así: Llueve. Salgo del aeropuerto rumbo a un apartamento chiquito en un barrio alejado, con vista a una ciénaga podrida. Tengo bolsas plásticas en la cartera para envolverme los pies a la bajada de bus, así los tacones no se me empatan de barro cuando camine hasta el edificio. Rumbo al edificio me tropiezo con niñitos gritones chapoteando en las veredas; me ensordece el vallenato que sale de las casas bajas y chiquitas y de luz amarillenta. Huele a frito, huele a ron, huele a ciénaga podrida, huele a pobre. (p. 35)

Es evidente que ella ha marcado una frontera simbólica entre su realidad y lo deseado. Ella no siente identificación con la ciénaga, con la tierra, con el ruido en la calle, con la música que se escucha, con la comida y, de nuevo, con la pobreza. En suma, los factores mencionados la distancian de sentir arraigo por su territorio.

Algunos de esos aspectos son parte de la cultura caribeña y, por consiguiente, son cotidianos y de gran valor identitario, por ejemplo: el vallenato y el ron. Al respecto, el antropólogo colombiano José Antonio Figueroa (2009) afirmaba que "no hay mejor expresión cultural del carácter mestizo y tri-étnico de la sociedad colombiana, que la pretendidamente representada en el vallenato" (p. 91). Aunque este género musical se asuma como pieza clave de la identidad caribeña, para la azafata solo es un género ruidoso y estridente.

Así, para la protagonista, no existe un deseo de permanecer e interactuar con los miembros de su comunidad. La comunidad se presenta como el "lugar no deseado" dentro de una ciudad que divide claramente a sus ciudadanos de acuerdo con su estrato social. En este "lugar no deseado" ella no comparte rasgos relevantes con la identidad colectiva de su contexto, pues

su deseo es dejar de ser parte de un "nosotros", para ser incluida en un grupo foráneo: "ellos". Como se puede observar este tipo de identidad colectiva es, al mismo tiempo, incluyente y excluyente; pues como expresa Hobsbawm (1996), "las identidades colectivas se definen negativamente; es decir, contra otros. «Nosotros» nos reconocemos como «nosotros» porque somos diferentes a «ellos»" (p. 117). Ella se incluye como parte de los "otros", mientras se excluye del "nosotros", es decir rechaza ser incluida dentro de los miembros de su contexto. Su identidad colectiva no se vincula con su comunidad, sino con un grupo foráneo que habita fuera del país y que ella desconoce.

Esta especie de paradoja inclusión-exclusión está ligada al factor económico. Estar acá o allá, ser parte de un "nosotros" o de un "otros" depende únicamente de ser pobre. Esto lleva a que la protagonista afirme que el problema no es la ciudad sino su estado económico (García Robayo, 2015): "si yo fuera rica no me querría ir, los ricos pueden vivir bien en cualquier parte; no me importaría el calor ni la arena oscura ni las lentejas insulsas que hace mi mamá" (p. 23). Por ende, el espacio y el nivel económico se asumen simbólica y socialmente como factores que influyen en los rasgos identitarios de la azafata: ser pobre es ser parte de un "lugar no deseado". Para salir de esa condición, se debe cruzar el mar y dejar atrás aquellos rasgos identitarios que se relacionen con la pobreza.

3.2.3. La ciudad y el mar: la frontera entre el estar acá y el desear allá

El mar es la línea fronteriza que separa a la azafata del *sueño americano*. Ella reconoce en él un símbolo de sus anhelos, cruzarlo implica cumplir el sueño de salir de Cartagena (Colombia). Sabe que en el momento en que cruce el mar, se convertirá en una extranjera. Por eso, lo primero que la narradora cuenta es: "Lo bueno y lo malo de vivir frente al mar es exactamente lo mismo: que el mundo se acaba en el horizonte, o sea que el mundo nunca se acaba" (García Robayo, 2015: p. 7). Para ella el mundo, sobre todo el mundo deseado, inicia al otro lado del mar, donde se encuentra el territorio que ella ha elegido como objeto de deseo: los Estados Unidos. Con este país la azafata ha proyectado sus vínculos identitarios y, por eso, lo ha erigido como el territorio deseado. Al respecto, Monserrat Guibernau (2017) enuncia que

> los individuos contemporáneos son libres para elegir dentro de un posible abanico de grupos, pero no entre todos los grupos o comunidades existentes, ya que muchos establecen condiciones específicas para la pertenencia, como un umbral bien definido y una serie de barreras a la pertenencia, que solo un restringido número de personas puede cruzar. (p. 45)

No obstante, alcanzar el territorio deseado no es un propósito sencillo, pues se deben cumplir requisitos migratorios establecidos por el lugar de destino. El sueño americano incluye condiciones específicas que se requieren para ingresar a los Estados Unidos. En la novela, se trata de una migración legal y no un ingreso ilegal: la azafata desea vivir y trabajar sin temor a ser deportada. En este sentido, ella hace parte de una minoría de colombianos que intenta migrar legalmente. Sobre este aspecto, Luz Díaz (2007) expresa:

> Los Estados Unidos son, hoy sin lugar a dudas, el primer y más importante lugar de destino de los colombianos en el exterior y se asume que la migración ilegal en los Estados Unidos es de tres indocumentados por cada persona viviendo con documentos regulares. (p. 11)

Sin embargo, la migración legal posee requisitos que son difíciles de alcanzar para la azafata. Recibir la visa deseada, Visa de Inmigrante, incluye cumplir parámetros laborales, profesionales y sociales que ella no posee, ya que su finalidad para viajar a los Estados Unidos no está supeditada por negocios. No se trata de realizar estudios o intercambios escolares, no encierra problemas o riesgos a su vida que ameriten solicitar exilio y, finalmente, tampoco desea realizar trabajos domésticos y afines. No anhela convertirse en una extranjera de "bajo perfil" social.

De acuerdo con lo anterior, la migración legal de la azafata conlleva una permanencia configurada sobre las pertenencias que ella busca abandonar y otras que desea alcanzar. En esencia, su deseo de migrar no sólo implica cambiar de espacio geográfico, también busca el propósito de cambiar y mejorar hábitos, experiencias culturales. Así, para ella el estilo de vida estadounidense es mejor que el colombiano, siempre y cuando las actividades cotidianas que realice posean un estatus y reconocimiento social.

Por este motivo, la azafata intenta alcanzar su visado de inmigrante por otros medios y procura adquirir la ciudadanía para instalarse definitivamente en los Estados Unidos. Para esto, idea convertirse en azafata y proyecta quedar embarazada para que su hijo nazca en ese país.

En una conversación, su hermano es quien le sugiere el trabajo indicado para lograr su deseo: "Mi hermano me dijo que me hiciera azafata, que me daban la visa automáticamente y tenía más chances de irme, al menos por temporadas" (García Robayo, 2015: p. 26). En seguida, entiende que, si su meta es llegar a los Estados Unidos, debe pretender este destino:

> Mi primer vuelo fue a Miami. Era la ruta internacional más transitada en la ciudad, y también era la más peleada: yo competí y gané. Quería ir a Miami porque se compraba batato y hacía buen clima y porque los hombres no eran gringos (p. 31).

En esta cita, se encuentran tres aspectos relevantes: 1) las demás azafatas también deseaban viajar a los Estados Unidos[19], principalmente a Miami; 2) para la azafata, ser mujer le serviría como estrategia para quedarse en el país y alcanzar el visado de inmigrante; 3) la relación identitaria con el clima y la ciudad es importante para migrar. El primer aspecto reitera la idea de que la población colombiana asume el territorio estadounidense como un destino primordial.

Ahora bien, existe otra forma en la cual la azafata encuentra la posibilidad de alcanzar la ciudadanía estadounidense. Esta se refiere a una situación más particular y personal. Durante sus viajes, conoce en Miami a Johnny, un migrante cubano, casado con una ecuatoriana-

[19] En los análisis realizados por el DANE (2023), se destaca que entre el 2005 y el 2020 "el 56% de los emigrantes desde Colombia tiene como destino Estados Unidos (22%), Ecuador (20%) y España (14%)". Como puede observarse, más de la mitad de los migrantes colombianos emigran a los Estados Unidos.

estadounidense. Él le comenta cómo hace un amigo para que algunas mujeres logren la ciudadanía:

> se trae a las señoras a que paran acá, hace como que es un tío, o un primo, y las tiene en su casa los últimos tres meses de embarazo, porque después ya no las dejan viajar. Les consigue un médico amigo para que las vea en ese tiempo y después las lleva al hospital a que paran. Y ahí desaparece para que no lo vinculen. ¡Y cuál es la gracia!, le pregunté. ¡Cuál va a ser/, dijo Johnny: que el muchachito te nace gringo y ahí mismo te dan la nacionalidad. (García Robayo, 2015: pp. 43-44)

Así, entonces, intenta embarazarse del capitán de una de las aeronaves de la empresa donde labora. El capitán es un hombre casado que posee dos elementos atractivos para ella. Opina negativamente sobre algunos aspectos identitarios de la cultura latinoamericana y posee cierto nivel adquisitivo:

> La estética latinoamericana es la estética del cliché, me dijo el hombre en medio de la cena, después de que le contara la historia de mi hermano, la boda con cámaras en las mesas y lucecitas blancas y perfumes en el baño y el "Baby boy". Me pareció un comentario inteligente y pensé que a mi futuro niño no le vendría mal: uno, un buen equipo de neuronas, y dos, tolerancia a las alturas. Esa noche nos quedamos en su casa, un apartamento en El Laguito que miraba la bahía desde una ventana panorámica. Era bellísimo, pero seguía estando acá. (García, 2015: p. 48)

No obstante, para ella el capitán deja de ser una opción aceptable: su apartamento "seguía estando acá", en Colombia; y, además, con el paso del tiempo descubre que él no puede

dejarla embarazada: “Hace años, dijo el capitán, me hice la vasectomía por razones médicas. ¡Razones médicas! Me sentí traicionada, tomada por estúpida. El capitán me miró perplejo. Me vestí y me fui” (p. 49).

Por otra parte, el tercer aspecto que acentúa el interés de migrar tiene que ver con los problemas que tiene la ciudad para afrontar los fenómenos climáticos. Esto contribuye negativamente en la calidad de vida anhelada. Al respecto, se denigra sobre los servicios del acueducto y del alcantarillado de los barrios pobres de Cartagena, pues las consecuencias de las lluvias son recurrentes:

> Y volvió a llover: en un pueblo cercano al río Magdalena se ahogaron hasta los perros. En un caserío cercano a la Ciénaga de la Virgen se murieron cuatros niños y una maestra: se quedaron atrapados en un centro de asistencia del Bienestar Familiar al que se llevó la corriente (…). La lluvia fue mala también para mi familia, porque el caño que quedaba cerca de la casa se desbordó, las aceras se pusieron verdes y el aire hediondo. Mi papá perdió un taxi, se le llenó de agua hasta el motor y lo declararon chatarra. (García , 2015: p. 17)

Como se observa, la tranquilidad y la vida de algunos ciudadanos se ve perjudicada por la lluvia. No obstante, este problema es causado por el abandono y la corrupción gubernamental. Sobre ello, se afirma que durante varias décadas se ha hablado de evitar estos desastres por medio de la construcción de un sistema de alcantarillado denominado Emisario Submarino, pero los dineros dispuestos han sido hurtados por gobernantes y administrativos locales. Por esto, se ha optado por otorgar la construcción de este sistema a una empresa extranjera, descartando rotundamente lo local:

> En la radio volvieron a hablar del Emisario Submarino: una empresa holandesa lo iba a empezar a construir. El gobierno nacional licitó la obra entre empresas extranjeras, porque las de acá ya se habían robado la plata tres veces. Pero los holandeses no robaban. (p. 49)

Esta percepción configura una identidad colectiva frente a los problemas sociales de la ciudad y a la manera como se corrigen. No se ambiciona solucionar el origen del problema si no se busca una solución alternativa que imposibilite la manifestación de los hábitos ilícitos de la cultura nativa. Y, como el problema también afecta a la protagonista, su recurso es semejante a la decisión del gobierno de turno: buscar la solución en el extranjero. En el extranjero, ella encontraba lugares como Los Ángeles, en donde "llovía mucho, pero allá nadie se ahogaba: mucho menos los perros, que los vestían como niños con sus capuchas impermeables" (p. 60). De este modo, el imaginario de la sociedad de destino a la cual se desea migrar se configura como un espacio planeado y seguro. Sin embargo, pese a los esfuerzos realizados, el mar y no poseer la *green card* impiden alcanzar el *sueño americano*.

Así, tras los eventos mencionados, la frustración de la azafata también se intensifica cuando acaba la relación con Johnny y deja de tener sus beneficios económicos en Miami. La esperanza de formalizar su relación amorosa se disuelve completamente cuando él desaparece de su vida y evita cualquier tipo de comunicación con ella. En definitiva, plantear una relación tampoco proporciona los medios necesarios para salir de Colombia con la idea de ser extranjera. La no-extranjería produce en ella la sensación de una identidad irresuelta y a la deriva.

En definitiva, ella debe quedarse en un lugar con el cual no desea tener rasgos identitarios. Igualmente, no logra alcanzar el espacio anhelado y, de esta manera, ser partícipe de la identidad añorada. Monserrat Guibernau (2017) asevera que "la identidad confiere a la vida un propósito y un significado, aumenta la autoestima, define quienes somos, cómo y por qué debemos comportarnos de unas maneras normativamente especificadas" (p. 32). En consecuencia, al no alcanzar el *sueño americano*, la inestabilidad identitaria de la azafata confiere a su vida un sinsentido de su realidad y una baja autoestima, las cuales se evidencian en el final de la novela, cuando la protagonista decide quedarse en Colombia y vivir en una choza frente al mar. Este lugar se convierte en el espacio limítrofe desde donde la azafata evita vínculos directos con la sociedad indeseada y, al mismo tiempo, observa el mar que le recuerda su deseo de migrar y que es el muro líquido que le prohíbe alcanzar el territorio deseado. Es entonces que la azafata permanece en un sinsentido identitario, pues no se siente de "acá" ni de un "nosotros", pero tampoco hace parte de un "allá" ni de un "ellos".

3.2.4. La inmovilidad de la pobreza en la globalización

En ambos contextos (nativo y extranjero), la protagonista decide las pertenencias identitarias que acepta o que excluye, pero también, en ambos contextos debe sufrir las consecuencias de sus decisiones. En este sentido, la movilidad no determina el alcance de su sueño en el extranjero, pues en ello intervienen diversos medios necesarios para lograr su objetivo. Moverse de un territorio a otro implica tener recursos profesionales, sociales y económicos para llevar a cabo un proceso de aculturación. Pertenecer o no a una clase social

económicamente pudiente determina que el migrante se mueva con más o menos tranquilidad y, posiblemente, seguridad.

Cuando hablamos de movilidad, lo hacemos desde la concepción de Zygmunt Bauman (1999), es decir, hacemos referencia a la capacidad de transitar entre los distintos espacios, físicos o digitales, y a la posibilidad de tener el capital necesario para moverse o circular por cualquiera de los espacios locales y globales. Por consiguiente, para el sociólogo polaco,

> la movilidad se ha convertido en el factor estratificador más poderoso y codiciado de todos (…). Se puede distinguir una sociedad de otra por la escala de estratificación. La escala que ocupan "los de arriba" y "los de abajo" en la sociedad de consumo es la del grado de movilidad, de libertad para elegir el lugar que ocupan" (1999. p.114).

Para la azafata, las dificultades del hogar empiezan cuando reconoce que la movilidad de su familia no va más allá de los espacios propios del barrio y de la ciudad. La familia no posee el capital necesario para ser parte de "los de arriba", de los que viven cerca del mar o, en el mejor de los casos, en el extranjero. Por este motivo, ella es expedita cuando afirma: "Yo no era como ellos, yo me di cuenta muy rápido de dónde estaba y a los siete años ya sabía que me iba a ir" (García, 2015: p. 9). En este contexto, irse es buscar un modo de dejar de estar con "los de abajo", con aquellos que padecen las inclemencias climáticas, la corrupción social y el abandono del Estado. Podría interpretarse todo esto como una crítica al capitalismo y al propio sueño americano. La carrera ascensional se hace a costa (como tantas veces) de abandonar a los que quieres o de dedicarles mucho menos tiempo del que precisan.

En otras palabras, para ella, su única salida es “intentar escalar y redimirse” (p. 7). Sin embargo, su estatus social solo le posibilita conocer el contexto del sueño americano, pero no ser parte de él. Mientras permanece en los Estados Unidos, no puede moverse libremente el tiempo que desea, pues no cuenta con una visa que dé esa licencia. Su estadía es esporádica, su labor como azafata es puntual y efímera. En este sentido, el concepto de movilidad de Bauman permite comprender que ella en realidad no cuenta con la libertad necesaria para alcanzar a ser una extranjera en Miami. Bauman (1999) entiende la movilidad como la

> libre elección de residencia, viajes, conocimiento del mundo; por el contrario, cuando se habla de miedos aparecen conceptos como confinamiento, falta de cambio, verse excluido de lugares en los que otros ingresan fácilmente para explorarlos y disfrutarlos (p. 156).

Las características relacionadas con el miedo parecen describir las experiencias vividas por la azafata en tierras foráneas. Se establece, entonces, un fenómeno de inmovilidad determinado por la coerción social y la carencia de recursos económicos.

Sin embargo, estos rasgos sociales de inmovilidad también acaecen en la sociedad colombiana. Para la protagonista son un problema que relaciona con la identidad de conciudadanos y familiares que la rodean. En el territorio de su familia, de su barrio, de su ciudad, ella se dispone como un ser inmovilizado por el ordenamiento territorial y su división de clases. Vivir junto a la ciénaga, en un barrio popular que se inunda cuando llueve, en una ciudad en que sus gobernantes roban el dinero del erario y con un padre “inútil” y conformista, y una madre mediocre, parece configurar a la azafata como una mujer pobre. Y

para ella, la pobreza se muestra como un pésimo adjetivo, pues es sinónimo de inmovilidad en una sociedad vertiginosa y globalizada.

Por ende, ser pobre podría asumirse como un rasgo identitario que cohíbe las probabilidades sociales de una persona dentro de lo que Bauman (1999) denomina los procesos globalizadores, en los cuales las interacciones y los movimientos sociales se enmarcan en fenómenos claramente antagónicos y, al mismo tiempo, excluyentes e incluyentes: "la redistribución de privilegios y despojos, riqueza y pobreza, recursos y desposesión, poder e impotencia, libertad y restricción" (p. 94).

De este modo, la azafata sufre por la asimilación o desasimilación de las pertenencias identitarias que yacen en cada una de las dos culturas y que se relacionan con las divisiones territoriales. En su lugar de origen, ella es quien segrega; al salir del país, ella es la segregada identitariamente. Si bien es cierto que puede elegir los rasgos identitarios con los cuales quiere sentirse integrada, la elección posee limitaciones y reducciones sociales. Además de estar, de cierta manera, "inmovilizada", también podría decirse que su identidad es coartada por las desigualdades sociales, dado que ella y sus padres no pertenecen a la élite cartagenera o colombiana. Sus posibilidades migratorias son deficientes y restringidas.

En este punto, otro ejemplo de búsqueda del sueño americano se evidencia en el hermano de la azafata, un hombre que desde su juventud tenía claro que solo podría migrar del país gracias a su figura corporal (2015): "Mi hermano también sabía que se iba a ir y tomó las decisiones que más le convenían en ese sentido: dejó el bachillerato y se dedicó, rigurosamente, a levantar pesas en el gimnasio y gringas en la playa" (p. 9). Así mismo,

después de migrar y vivir en los Estados Unidos, él se acomoda a la realidad de los migrantes pobres y sin preparación profesional. Al respecto, la narradora-azafata cuenta lo siguiente: "Mi hermano trabajaba de chofer de un camión de reparto. ¡Reparto de qué! De frutas, verduras, productos de granja local. *Eat local, stay local,* decía en el bolsillo de su camisa gris" (p. 60).

Se plantea, en definitiva, la degradación del sueño americano y de los rasgos identitarios que los personajes (la azafata y su hermano) se habían imaginado de la vida en Estados Unidos. De modo que para ellos las diferencias entre los dos países con relación a la pobreza y a la calidad de vida no son sustanciales. Podría afirmarse, en términos de hipótesis, que, en el caso del hermano de la azafata, su realidad ha mejorado en vista de que allá el salario para un conductor de camión de reparto es más alto que en Colombia. Sin embargo, su empleo se asemeja a aquel que tenían los trabajadores que estaban a cargo de su padre, lo cual indica que el estatus social que tiene ese oficio no es el esperado por él como migrante y no difiere significativamente del reconocimiento de ese empleo en su lugar de origen (Colombia).

Por otra parte, la protagonista de la novela de García Robayo expresa una realidad adversa. Ella se presenta como una mujer que asocia el sueño americano con el escape de una pobreza endémica que ha permanecido arraigada a la cultura de su ciudad, una ciudad descuidada y dividida según el nivel económico de sus habitantes. Allí, la azafata se siente a la deriva:

> Yo odiaba mi ciudad porque era bellísima y también feísima, y yo estaba en el medio. El medio era el peor lugar para estar: casi nadie salía del medio, en el medio vivía la gente

> insalvable; allí no se era tan pobre como para resignarse a ser pobre para siempre, entonces la vida se gastaba en el intento de escalar y redimirse (García Robayo, 2015: p. 7)

Por consiguiente, ella no puede escapar del rasgo identitario del que se siente menos identificada y del cual desea escapar: la pobreza (y sus distintas manifestaciones). En primer lugar, porque ser pobre convierte el sueño americano en algo imposible para ella y, en segundo lugar, porque este "sueño" pierde toda su idealización cuando observa cómo es la vida de su hermano y la de ella misma en Estados Unidos. Se establece que, a diferencia de los personajes de *Tiempo muerto*, la novela analizada en el subtítulo anterior, la azafata es parte de un contexto marginado por factores económicos y territoriales.

Estos dos factores influyen decisivamente en su construcción identitaria y en las acciones que puede realizar en su territorio y en el exterior. Si se tiene en cuenta el desarrollo de la novela, se puede afirmar que la protagonista se reconoce como mujer pobre, estigma con el cual vivirá. Posiblemente, este sea el motivo que la lleve a resignarse a vivir de este lado del mar y no más allá del horizonte.

No obstante, es posible que la resignación y autopercepción radique en las atribuciones que la azafata le otorga al territorio propio y al foráneo. La denigración de su contexto y la idealización del espacio desconocido inciden en la tergiversación de la realidad y, por tanto, en la posibilidad de asimilar y adaptarse a unos rasgos identitarios. Al respecto, Amartya Sen (2007) expresa que

> las atribuciones vehementes pueden incorporar dos distorsiones distintas, aunque interrelacionadas: una descripción errónea de las personas que pertenecen a una categoría dada y la obstinación en que las características descritas erróneamente son los únicos rasgos relevantes de la identidad de esas personas. (p. 30)

Así mismo, la percepción de la azafata, sobre todo de las atribuciones al territorio estadounidense, se han tergiversado posiblemente por la información que presentan los medios de comunicación y, en ciertas ocasiones, el cine y la televisión. Ella se ha formado un constructo social idealizado sobre la vida fuera del país, un constructo que no se parece a la realidad extranjera y termina por impedir que pueda adaptarse. Al ver cómo es la realidad para los extranjeros que ella conoce, siente que tampoco está interesada en algunos rasgos identitarios de esa sociedad, rasgos relacionados con la calidad de vida. Por ejemplo, sobre Los Ángeles afirma:

> Los Ángeles era un *bluff*. No se llegaba a ninguna parte caminando. Ni sola. Me la pasaba sentada en el porche, pensando que nunca me iría definitivamente a ninguna parte, que estaba condenada a salir y volver y salir y volver, y eso era lo mismo que no haberse ido nunca. No, era peor. (García Robayo, 2015: p. 61)

De entrada, su comentario describe una ciudad confusa cuya apariencia no representa lo que realmente es la movilidad. Su crítica demuestra que las consideraciones positivas e imaginadas no son certeras y que, por tanto, tampoco se siente a gusto con esa realidad. Por consiguiente, ella se encuentra en la disyuntiva identitaria entre el ser y el estar, pues desearía no ser colombiana, pero tampoco quiere estar en ciudades como Miami y Los Ángeles.

En ambos casos, sus experiencias no han sido las deseadas. Los rasgos identitarios que ella privilegia no son los pretendidos en ninguno de estos territorios. En esencia, las afirmaciones contundentes que planteaba en su infancia se empiezan a difuminar cuando se moviliza y evidencia que las identidades culturales son diversas y, principalmente, parecen depender del poder adquisitivo de una persona. En definitiva, la esperanza y las expectativas de vivir el sueño americano se complican cuando la realidad y la movilidad de un extranjero asalariado se muestran muy semejantes a las realidades rechazadas en su país.

En consecuencia, el deseo de migrar del país se transforma en desesperanza. No se logra el paraíso anhelado. La realidad demuestra que las fronteras van más allá de lo geográfico, pues en las fronteras identitarias también se hallan las posibilidades de alcanzar o no una meta. Ian Chambers (1994) afirma que tanto los migrantes como los exiliados "cruzan fronteras, rompen límites del pensamiento y de la experiencia" (p. 15). No obstante, el viaje del migrante no termina cuando alcanza el lugar de destino, el espacio deseado. En el viaje, importa el movimiento de cambiar de territorio, pero también es transcendental la asimilación y la adaptación identitaria en el nuevo territorio, con sus hábitos, costumbres e historia. Quien no asimila la cultura de destino o no se adapta a ella, puede seguir atado a su pasado, es decir, a la identidad histórica y colectiva de su país.

3.3. La migración: salir del país para alejarse de sus violencias en *Volver al oscuro valle* de Santiago Gamboa

En *Palabras nómadas*, Fernando Aínsa (2012) afirma que el viaje puede entenderse "como metáfora y síntesis de empezar desde cero" (p. 86). Se trata de alejarse de aquello que ha causado en un ser humano una o varias heridas imborrables. Viajar es fugarse, es migrar en busca de la tranquilidad y, quizá, del olvido.

El sujeto migrante inicia un viaje para intentar dejar en el olvido aquellas experiencias que lo hacen temer y, en ocasiones, odiar su lugar de origen. En este caso, viajar se convierte en una manera de alejarse de las personas que son parte del pasado y que han infringido las características propias del respeto por la integridad y paz del otro. Así, en la novela *Volver al oscuro valle* (2017), del escritor Santiago Gamboa, se analizará cómo los procesos identitarios se ven influenciados por la violencia y cómo la migración se convierte en una manera de cambiar una realidad mordaz, colérica y traumática.

3.3.1. El odio y la venganza como rasgos identitarios

La migración, en muchos casos, puede estar relacionada con la violencia, con actos que son realizados por medio de agresiones físicas, verbales y psicológicas. Estas acciones no sólo suelen darse en situaciones sociales generales o masivas, también pueden coexistir en momentos y espacios privados, es decir, en el seno más personal de las relaciones humanas: la familia y los seres queridos. En otras palabras, la violencia puede ocurrir en manos de aquellos que deberían proteger y salvaguardar la integridad de una persona.

En Colombia, la violencia ha permeado a la sociedad de distintas formas. La violencia intrafamiliar, por ejemplo, ha sido una de las más relevantes e históricas del país. Según Medicina Legal (Sierra *et al*, 2006), este tipo de violencia "hace referencia al abuso de poder sobre los miembros más débiles [que están al cuidado de personas cercanas], por eso afecta principalmente a los niños y niñas, a las mujeres, ancianos y ancianas y a quienes tienen alguna forma de discapacidad" (p 81). De este modo, y desde hace muchos años, la familia se constituye en uno de los grupos sociales más peligrosos para el respeto por los derechos humanos de los más vulnerables.

Al respecto, solo desde el 2006 hasta el 2015 (Acosta, 2016) se han registrado casi 125.000 actos de violencia contra niños, niñas y adolescentes (p. 202). Se estima, entonces, que los casos pueden ser más numerosos, pues no todas las víctimas denuncian a sus victimarios por temor a las represalias personales y familiares. Por este motivo, muchos actos de violencia intrafamiliar no pueden tratarse o, por lo menos, disminuir en las víctimas el impacto y las consecuencias.

Cuando se piensa en las circunstancias que influyen o motivan estos actos, se pueden establecer diversas razones. En la novela de Gamboa, la violencia intrafamiliar gira en torno a dos personajes centrales: Manuela Beltrán y su madre. En el caso de Manuela, el sufrimiento la lleva a cambiar de ciudad y de país; en el caso de la madre, este la dirige hacia la muerte. En consecuencia, para ambas, el odio y la venganza se convierten en rasgos identitarios invariables.

Tradicionalmente, se establece la familia como un núcleo positivo y significativo de las experiencias humanas. En ella, los menores de edad empiezan a construir una percepción y una visión de mundo. En la familia, como lo explica Amin Maalouf (1999),

> el aprendizaje se inicia muy pronto, ya en la primera infancia. Voluntariamente o no, los suyos lo modelan, lo conforman, le inculcan creencias de la familia, ritos, actitudes, convenciones, y la lengua materna, claro está, y además temores, aspiraciones, prejuicios, rencores, junto a sentimientos tanto de pertenencia como de no pertenencia. (p. 10)

Así, la percepción de lo que se ha vivido y la visión de lo que puede ser el futuro dentro del núcleo familiar llevan a los personajes a tomar decisiones que van formando su carácter y su personalidad. Por tanto, un sujeto aprende de las vivencias placenteras y de las experiencias horribles y lacerantes de su entorno.

La historia de Manuela Beltrán se acerca más al último aspecto mencionado, es decir, su vida está marcada por el dolor, siempre infringido por personas cercanas a su núcleo familiar. Desde sus primeros años, fue abandonada por su papá y solo quedó a merced de su mamá. En palabras de Manuela, la historia familiar inicia así:

> Después de que mi papá se fue de la casa y nos abandonó, allá en Cali, y de que mi mamá llorara un rato por su vida y por su hija, pero sobre todo por no haber hecho nada para retenerlo, en fin, después de eso, cansada de esperar, asustada y muy sola, mi mamá se alzó de hombros y salió a la calle con una especie de aviso de neón encima de la frente que decía "Hembra disponible", o si preferís, "Se busca macho con urgencia" (Gamboa, 2017: p. 24)

La cita evoca el contexto familiar en el cual está inmersa la protagonista. Allí, se marcan algunos rasgos identitarios de su madre, los cuales determinarán la vida de Manuela. En primer lugar, la madre se convierte en madre soltera y, en segundo lugar, decide buscar, a cualquier precio, los medios necesarios para que ella y su hija puedan sobrevivir. El Mapa Mundial de la Familia (*Word Family Map*, 2015) presenta el siguiente panorama sobre las madres solteras:

> Centro y Sudamérica es el hogar de las tasas más elevadas del mundo de natalidad sin matrimonio, seguido por el Norte de Europa y Europa Occidental. En Sudamérica, más de la mitad de los niños nacen de madres solteras, y Colombia registra los niveles más altos (84 por ciento). (p. 4)

Se estima, entonces, que esta es una situación recurrente en la sociedad colombiana. No obstante, el apoyo del Estado a este tipo de situaciones es casi irrelevante y las madres solteras deben buscar los recursos propios en circunstancias complejas y desfavorables. Este es el caso de la mamá de Manuela quien, luego de ser abandonada, decide la búsqueda de otro compañero sentimental en quien pueda hallar el apoyo económico que requieren ella y su hija.

De acuerdo con lo anterior, aparece un personaje que tiene una influencia determinante en la manera en que Manuela asimila algunos de los rasgos identitarios de la sociedad colombiana: Freddy Otálora. Él se convierte en el padrastro de Manuela, es decir, en el compañero sentimental de su madre. Aunque las acciones de este sujeto no refieren a los

comportamientos de la sociedad colombiana en general, Manuela las comprende como actos generalizados que incitan decisiones relevantes en su vida, tales como cambiar de ciudad, migrar del país y asumir la muerte como la única venganza merecida.

Rojas (2003) expresa que "la construcción de la identidad se da en un proceso dialógico donde distintas relaciones sociales le dan fuerza o lo debilitan" (p. 67). Al respecto, cabe señalar que las consecuencias de estas relaciones pueden ser positivas o negativas. En otras palabras, los fenómenos dialógicos pueden llevar a un ser humano a construir rasgos identitarios de placer y gusto o, por el contrario, de odio y displacer.

En lo relacionado con la vida de Manuela, estos fenómenos han sido generalmente negativos y, por tanto, la han llevado a sentir odio o aberración por algunas de las personas de su núcleo familiar o fraternal: en primer lugar, por Otálora; en segundo lugar, por su madre y, finalmente, por la poeta Araceli Cielo.

En este sentido, sus malas experiencias están supeditadas a un espacio cercano, pero inseguro para ella. Esto se debe a que la formación de la identidad implica, también, relaciones de poder y control que ejercen unos contra otros. Para Hall y Du Gay (2003), dentro de una sociedad, las construcciones identitarias "emergen en el juego de modalidades específicas de poder y, por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida" (p. 18). En consecuencia, el espacio en el que habita Manuela está mediado por relaciones abusivas de poder que incidirán en su configuración identitaria.

Para Manuela, convivir con Freddy Otálora en un espacio tan íntimo como su propio hogar se convirtió en una experiencia traumática y definitiva para su construcción identitaria territorial y familiar:

> Unos dos meses después de que Freddy llegara a vivir con nosotras a la casa, mamá llamó a decir que volvía tarde y me dijo que le calentara la comida. Yo le obedecí, pero el tipo se pasó la comida bebiendo aguardiente y cuando acabó fue hasta la puerta y le echó llave, y se me acercó y me dijo, vamos a tener una fiestica privada vos y yo, así me dijo, y ahí mismo me agarró a la fuerza y me bajó los calzones, los cucos de niña, doctor, porque yo tenía los doce años apenas cumplidos, y me dijo que no gritara, que íbamos a hacer algo que era muy normal entre personas que viven juntas, y que si gritaba le iba a tocar apretarme muy duro la garganta, que ya me tenía agarrada con la mano. (Gamboa, 2017: p. 115)

Desde este hecho, los rasgos identitarios de Manuela empiezan a cambiar, pues su realidad sufre transformaciones radicales. La violación a la que se ve sometida comienza a variar las percepciones que tiene de su vida. En este sentido, el factor social es determinante, ya que influye negativamente sobre ella, principalmente, porque el machismo adscrito a las relaciones familiares y sociales la afectan.

Para Giraldo (1972), el machismo "consiste básicamente en el énfasis o exageración de las características masculinas y la creencia en la superioridad del hombre" (p. 295). En otras

palabras, bajo esta premisa, el hombre es considerado un ser con mayor estatus de poder frente a otros géneros[20].

Este imaginario se refleja, de manera relevante, en los actos de violación que comete Freddy Otálora contra Manuela. En su relación de abuso de poder se consolida también una ideología machista que suele justificar la superioridad por motivos económicos y físicos o por vínculos familiares. Así, el personaje machista considera que estos motivos le otorgan derechos sobre el cuerpo y la vida de una mujer. Por ejemplo, antes, durante y después de la violación, Otálora expresa que proporcionar recursos económicos para Manuela y su madre le permite tomar decisiones sobre ellas.

Esta idea viene acompañada del uso excesivo de la fuerza, de insultos e improperios hacia ellas y de constantes amenazas a su integridad. Se demuestra, por tanto, que la agresividad es una característica del pensamiento machista. Se agrede a la mujer porque se la considera un ser inferior y sin derechos. En una sociedad como la representada en la novela, las interacciones sociales parecen ignorar o desatender este tipo de acciones, pues la víctima prefiere asumir en soledad y en silencio las consecuencias de estos actos. Esto puede significar que ser víctima implica asumir la tenencia de unos rasgos identitarios inferiores en valor e importancia social con respecto a los rasgos propios del victimario, lo cual conlleva afirmar que, en palabras de Miguel Lorente (2009), "la violencia de género nace de la construcción de las identidades de hombres y mujeres a partir de referencias distintas basadas

[20] Según el DANE (2020), en Colombia existe "un imaginario social misógino y machista, con estereotipos y roles de género tan arraigados que justifican como naturales muchos actos de violencia y discriminación, que minan la autonomía física de las mujeres desde edades tempranas (p. 152).

en la desigualdad, y del reconocimiento o rechazo social según se ajusten o aparten del modelo establecido" (p. 1).

Desde esa perspectiva, mientras el hombre es identificado como un sujeto de control y poder, la mujer se percibe como un ser débil que debe ser controlado. Por este motivo, dentro del pensamiento machista se considera que, en palabras de Giraldo, (1972) "cada hombre trata de mostrarle a los demás que él es "el más macho", el más masculino, el más fuerte, el más poderoso físicamente (p. 298).

No obstante, este pensamiento también se muestra avalado y permitido cuando las mujeres prefieren callar o negar este tipo de problemas. Se trata de algo contrario a la sororidad y que, sin duda, estimula y afianza las agresiones en contra de las mujeres. De este modo, cuando la víctima no cuenta con el respaldo del mismo género, las condiciones sociales se mantienen y se reivindican a tal punto que dentro del mismo núcleo familiar el miedo o la apatía por el dolor ajeno se convierten en parte sustancial de la cotidianidad. Al respecto, se podría decir que el sentimiento de odio de Manuela no se atribuye solo hacia su victimario, sino también hacia su madre, pues ella permitió que esta agresión sucediera:

> Y lo peor fue que el tipo no me violó una sino seis veces, y yo no pude decir nada porque amenazó con matarme a mí y matarla a ella. Yo no abrí la boca, pero al menos una de las veces, seguro, mi mamá se dio cuenta y no hizo nada. En lugar de proteger a su hija se quedó callada y fue cómplice. (Gamboa, 2017: p. 117)

En este sentido, la mamá también menosprecia a Manuela. La asume como un sujeto que debe entregar su integridad a un hombre, si este es quien proporciona los recursos necesarios para vivir dignamente. En otras palabras, ella debe realizar "sacrificios" para mantener el bienestar de la familia. Tales agresiones suponen un impacto negativo, generalmente perdurable, en la víctima.

En consecuencia, las consideraciones identitarias que Manuela tiene de sí misma son negativas y permanentes. Después de muchos años de haber sido violada y de vivir fuera de Colombia, ella afirma de manera contundente (Gamboa, 2017): "Quedé rasgada de por vida, con el cuerpo sucio y quebrado" (p. 117). En este sentido, se evidencia que la violencia

> produce un grado de afectación personal que incide directamente en la autorreferencia práctica de la persona, no por el dolor personal, sino por la asociación con el sentimiento de estar indefensa frente a la voluntad de otra persona hasta el "arrebato sensible de la realidad". (p. 24)

Se demuestra que la visión de mundo de Manuela ha cambiado de manera concluyente. Sus pertenencias familiares se difuminan cuando su cuerpo es transgredido. Lo mismo sucede con algunos de sus rasgos identitarios como odiar-querer, culpar-perdonar y permanecer-huir. Estas dicotomías están aliadas a su contexto de origen y la desazón aumenta cuando un segundo acto de agresión de género afecta su vida.

Después de desplazarse a Bogotá y comenzar los estudios en la universidad, Manuela recibe una llamada de un abogado, quien le informa que su madre ha sido agredida físicamente y

que debe regresar, de inmediato, a Cali. De nuevo, el agresor había sido Freddy Otálora. La protagonista le relata al cónsul:

> Ahí la agarraron entre los dos y luego entró Freddy, borracho, trabado, con los ojos rojos de haber bebido quién sabe ya cuántos días seguidos, y entonces le dijo a los tipos, sosténganla bocarriba, que se quede quietecita, y cuando estaba así sacó el frasco de ácido y se lo regó en la cara, la cabeza y el pecho, y asustados por los gritos salieron corriendo. (Gamboa, 2017: p. 114)

Sin duda, la crueldad de los actos narrados afianza las consideraciones identitarias que posee Manuela en contra de Otálora y por sinécdoque en contra de la ciudad. Para ella, las acciones realizadas por Otálora reafirman no sólo su odio hacia el victimario sino también hacia los habitantes de la ciudad. Asume o siente que todo lo ocurrido está determinado por los rasgos identitarios violentos e impunes que suceden en su lugar de origen. Las condiciones sociales parecen estar dispuestas para que mujeres, como ella y su madre, tengan que padecer actos de violencia cometidos por personas que se asumen superiores a otras e intocables por la ley.

Se establece, por consiguiente, que ella ha perdido el sentido de identidad por su comunidad, por el grupo social en el cual convive. Este sentido es relevante para llevar a cabo interacciones sociales que permitan el bienestar y la inclusión social, pues, como expresa Amartya Sen (2007), “el sentido de identidad puede contribuir en gran medida a la firmeza y la calidez de nuestras relaciones con otros, como los vecinos, los miembros de la misma comunidad, los conciudadanos o los creyentes de una misma religión” (p. 24).

Sin embargo, cuando se padecen experiencias dolorosas e imborrables en un lugar determinado, se consolidan sentimientos disfóricos. Por este motivo, Manuela siente rencor hacia su mamá, odio hacia Otálora y abandono de los demás ciudadanos de Cali y del Estado. Desde esta visión de la sociedad, Manuela adquiere un comportamiento desdeñable hacía su propio territorio y todo aquello que, de una u otra manera, se identifique con las violencias sufridas. Esta forma de actuar desencadena una mirada radical, inalterable y controlada por el rencor: el personaje decide no perdonar a su madre y despreciar a Otálora, pues ambos fueron culpables de lo sucedido.

De acuerdo con lo anterior, Manuela entiende que se encuentra en medio de una sociedad permisiva y temerosa que no sabe (o no le interesa) proteger a sus mujeres, sin importar la edad que ellas tengan. Por una parte, como madre de familia y cónyuge, la mamá de Manuela no cuenta con la protección del Estado, pues cuando ella decide abandonar a Otálora y denunciarlo ante la policía, debe escapar y ocultarse:

> Estuvo una semana escondida donde una amiga del trabajo hasta que vieron a Freddy rondando en moto por la cuadra y haciéndole preguntas a la gente. Entonces esa misma noche, casi de madrugada, se voló para la casa de otra amiga, y después a donde una tercera. Esa última la convenció de ir a la policía a poner un denuncio, y yo creo que ese fue el gran error, porque los policías allá son lo más peligroso que hay. (Gamboa, 2017: p. 114)

Se trata, por consiguiente, de un abandono estatal que termina por perjudicar la integridad de la mamá de Manuela y de favorecer, indirectamente, los actos ilegales e inhumanos del agresor[21].

Este contexto es parte fundamental de la vida de Manuela. Su realidad se desarrolla en medio de actos de violencia contra ella y su madre, quien muere a causa de la agresión con ácido realizada por su compañero sentimental. Para Manuela, su cultura está determinada por el uso de la violencia, la cual se aferra contra ella de un modo brutal y horroroso. Por este motivo, además de sentir rencor y odio, entiende que debe salir de la ciudad. Una ciudad donde las experiencias se tiñen de sangre y se maduran con sufrimiento.

3.3.2. La violencia como influencia identitaria

En la novela de Gamboa, la violencia está presente en casi todos los personajes y asume distintas máscaras. En este sentido, se podría plantear, desde los postulados de Johan Galtung, la idea de una violencia cultural que ha permeado las esferas sociales y se ha instaurado desde la legitimación cotidiana:

[21] Es importante comentar que esta no es una conducta aislada, si se tiene en cuenta que, de acuerdo con el Observatorio de Seguridad de Cali (2018), Colombia es uno de los países que presenta mayores casos de violencia de género (…) y al interior del país, el Valle del Cauca fue la segunda región en 2021 con mayores casos después de Antioquia. (p. 3). En este estudio del observatorio se identificaron 71 casos de feminicidios entre el 2015 y 2018, de los cuales 16 fueron ocasionados por agresiones con sustancias químicas (p. 11). En la mayoría de los casos, las condiciones de violencia en las cuales se llevaron a cabo estas agresiones están relacionadas con el consumo de sustancias alcohólicas y problemas intrafamiliares.

> Por violencia cultural nos referimos a aquellos aspectos de la cultura, la esfera simbólica de nuestra existencia —materializado en la religión y la ideología, en el lenguaje y el arte, en la ciencia empírica y la ciencia formal (la lógica, las matemáticas) — que puede ser utilizada para justificar o legitimar la violencia directa o la violencia estructural. (Galtung, 2003: p. 7)

Se trata, entonces, de una legitimación de las acciones violentas y de sus reacciones. Se justifica el actuar con base a consideraciones particulares o personales, en donde los ciudadanos toman la ley por sus propias manos, es decir, ellos son quienes deciden el castigo que debe pagar una persona ante aquello que pueda considerarse una afrenta o violación a sus derechos.

La novela retrata una sociedad que asume la violencia como un *modus operandi* para la convivencia. No solo se demuestra la violencia recurrente en Colombia, sino también por fuera de sus límites. Por tanto, es importante destacar que la mutua influencia entre la identidad y la violencia acontece en territorios foráneos y no solo en Colombia. Sin discriminación alguna, los actos de violencia ocurren en cualquier contexto y de distintas maneras, pues están relacionados con los rasgos identitarios y los comportamientos de los individuos.

En este sentido, el propósito vital de cada persona se asocia a sus ideologías y visiones del mundo. Se actúa, en otras palabras, según el modo de asumir, entender y proyectar la realidad

social. Las pertenencias son relevantes pues ellas direccionan las decisiones y las acciones humanas.

Al respecto, se ha analizado la situación de Manuela Beltrán y su madre en Colombia. Adicionalmente, aparecen otros espacios en los cuales habitan personajes vulnerados que entienden la violencia como un mecanismo legítimo de sobrevivencia. Entre ellos, se distingue Carlos Melinger, "Tertuliano", un argentino que vive en España y posee pensamientos conservadores y radicales, generalmente contradictorios, frente a la violencia, la identidad y la migración; Manuela, quien también sufre de agresiones cuando está por fuera de su país; y el cónsul (narrador), quien sale del país debido a los problemas sociales que lo aquejan.

En el caso de Tertuliano, sus pertenencias están arraigadas a una ideología y una violación que sufrió durante los años que vivió en Alemania. En ambos casos, su pensamiento parece direccionado por el modo en que asume las identidades propias y ajenas. Tras su llegada a Alemania, se unió a los *skinhead* y participó en algunas "luchas" en contra de grupos extranjeros como, por ejemplo, los árabes (Gamboa, 2017):

> Sólo una vez fui a amedrentar a un grupo de árabes que vendía droga. Por ahí repartí un par de piñazos y no niego que lo disfruté, pero no me quedé hasta el final. Me sirvió para entender cómo funcionaba el mecanismo del odio y hasta qué punto era importante en la vida y en la militancia. (p. 153)

Después de este tipo de acciones, se unió a la Sociedad Vieja Escuela de Berlín, la cual también buscaba deshacerse de las comunidades extranjeras, quienes atacaban indiscriminadamente mezquitas y otros centros de reunión islámicos con el propósito de desaparecer las sectas salafistas. Aunque estas estrategias significaran agredir, herir y asesinar a personas inocentes, Tertuliano consideraba que el propósito tenía coherencia:

> Yo ya había entendido algo y es que el mundo no podía seguir por el mismo camino. Entendeme, no soy un nazi. El hecho de que apruebe ciertas cosas no me convierte ni en asesino ni en defensor del genocidio. (p. 154)

Al leer la cita, se confirman las contradicciones propias de Tertuliano. Este se muestra como defensor y propulsor del bienestar social, pero no está dispuesto a aceptar que el bien común sea para todos. Sus rasgos identitarios son, al mismo tiempo, inclusivos y excluyentes; esto en base en los pensamientos sociales con los cuales está de acuerdo. Su empatía con los grupos que tienden a la segregación racial y religiosa es innegable. Además, al buscar y pertenecer a comunidades radicales, demuestra que siente familiaridad por ellos y por sus ideales. Aunque afirma no comprender su radicalismo, es claro que siente empatía con sus acciones. Así, de acuerdo con Guibernau (2017), se podría afirmar que Tertuliano siente pertenencia por estos grupos, puesto que

> la pertenencia conlleva una cierta familiaridad. Evoca la idea de estar y sentirse "en casa", es decir, en el seno de un entorno en el que el individuo es reconocido como "uno de los nuestros", como alguien que "importa" y que tiene identidad. (p. 46)

Se puede afirmar que este personaje construye estereotipos y los generaliza en contra de todos los miembros de una comunidad. Para Tertuliano, al parecer, todos los africanos y asiáticos constituyen un grupo humano con rasgos identitarios con tendencias agresivas, invasoras, que deben analizarse, temerse y combatirse. Los identifica como la otredad que Europa debe reprimir a como dé lugar:

> El que se siente muy cómodo está jodido, porque los que vienen de Arabia y de África y del Indostán se los van a tragar, ¿me entendés? ¡Nos la van a meter a todos por el orto y sin cremita! (Gamboa, 2017: p. 155)

No obstante, otro aspecto contradictorio es que el propio Tertuliano es extranjero, es decir, él es un no-europeo que por lógica territorial puede ser considerado parte de la otredad. Es cierto que no es africano ni asiático, pero esto no implica que sea un ciudadano español o alemán.

Por consiguiente, en este caso, las consideraciones identitarias parecen asumirse más allá de las relaciones directas con un territorio o una nación. Para el personaje argentino, no es necesario haber nacido en un espacio geográfico específico para considerarse nativo de esa región. Esta idea se aleja de algunos planteamientos del siglo XVIII y del XIX en donde se exponía una relación estrecha entre nación-identidad. Para Hoyos (2000), muchos de los planteamientos estatales de estos siglos entendían que

> el concepto de nación forma parte del campo de las creencias y no de las ideas; campo en el que la imprecisión conceptual es prácticamente una necesidad ontológica. Esto explicaría la

> imposibilidad de establecer una definición precisa y concreta del hecho nacional y la necesidad de recurrir a percepciones subjetivas: la identidad nacional como una creencia colectiva de los individuos que componen la nación. (p. 64)

Por consiguiente, se validaba que un rasgo identitario relevante estuviera relacionado con un territorio. El ciudadano debía aceptar la identidad propia del lugar de origen. Por otra parte, quien no fuera nativo era considerado un extranjero y esto implicaba que no podría asumir los rasgos identitarios de ese lugar. En esencia, los miembros nacidos en un mismo territorio debían asumir una identidad nacional homogénea, generalmente instaurada, por medio de leyes y normas, por el Estado-nación.

No obstante, la modernidad ha desvanecido estos límites homogéneos y ha mostrado que la identidad posee características heterogéneas. Por un lado, los miembros de una comunidad hacen parte de microcomunidades (religiosas, musicales, escolares, etc.) con rasgos identitarios particulares y no generalizables. Por otro lado, dadas las movilizaciones territoriales (forzadas o no), los rasgos identitarios se han "mezclado" considerablemente.

Lo anterior se plantea desde la premisa que concibe la identidad como un atributo que se desarrolla dentro de un constructo social. En otras palabras, una persona no nace con una identidad prefijada por el territorio donde ha nacido, sino que construye la identidad según las interacciones, el pensamiento simbólico y el conocimiento histórico de la comunidad a la cual pertenece, lo que guarda relación con la noción de libertinaje identitario de Bernat Castany. Por este motivo, como expresa Barker (2003)

> el hecho de que las identidades sean cuestiones de cultura y no de naturaleza no significa que podamos desechar sin más esas identidades étnicas o sexuales en las que nos ha insertado la aculturación y adoptar otras nuevas, pues, si bien las identidades son construcciones sociales, nos constituyen mediante las imposiciones del poder y las identificaciones de la psique. (p. 277)

Desde este planteamiento, se puede considerar que, si bien conceptualizar sobre la identidad es una tarea inagotable, pues se fundamenta en la complejidad de las relaciones humanas, existen sujetos que desean imponer una visión única, estándar u homogénea de una identidad en un contexto específico. Este sería el caso de Tertuliano, quien además de expresar y defender una visión particular de la identidad "europea" en la cual se incluye, también desea excluir a las comunidades asiáticas, de manera radical y despectiva, del continente americano. Sobre esto, Tertuliano afirma:

> América es el reino de nuestros abuelos y vamos a limpiarlo de escorias y demás plagas. Hablo, por desgracia, de seres humanos. Los violentos, los conspiradores, los drogados y los amnésicos de la religión, sobre todo si son fanáticos musulmanes o judíos, pero también cristianos. ¡Fuera de nuestra república!
>
> No digo que haya que matarlos, no, eso de Hitler hoy se vería mal; basta con que empaquen sus cosas y se vayan; los unos a sus catedrales de odio, los otros a rezar en cuclillas a sus desiertos o a sus sinagogas ensangrentadas. Me da igual. Y los amarillos que salgan de nuestro aire, se laven las manos por última vez y vuelvan a sus arrozales transgénicos y a sus selvas de esmog y a sus ríos contaminados. (Gamboa, 2017: p. 98)

Esta cita presenta la visión identitaria que tiene Tertuliano de los extranjeros y, sobre todo, las acciones que deberían tomarse en su contra. Por una parte, considera que es necesario realizar una "limpieza" social que expulse a cualquier judío, cristiano y musulmán que pueda ser considerado un fanático religioso. Se demuestra, por tanto, el alejamiento identitario que asume frente a ciertas religiones y sus miembros. De base, es posible determinar que para él la religión está relacionada con el fanatismo ideológico. Además, se expresa de manera despectiva sobre los lugares sagrados para las religiones nombradas, por ejemplo, las catedrales y las sinagogas.

Con esta postura, es evidente un sectarismo generalizado y agresivo que tiende a usar la violencia como recurso de "limpieza" o exclusión social. Así, se ataca indiscriminadamente a cualquier miembro de una comunidad solo por ser parte de la misma o por tener alguna relación con ella. Sobre esto, Amartya Sen (2006) explica que

> las lentes neblinosas del singularismo sectario, que atribuían a cada cual una sola identidad, hicieron que personas de procedencias bien diversas fueran vistas como gentes vinculadas a la religión o, más exactamente, al etnicismo religioso (ser un no-practicante de una religión heredada no otorgaba a nadie ningún tipo de inmunidad que le protegiera de tales ataques) (párr. 7)

En esencia, las palabras del personaje argentino consolidan directa e indirectamente una percepción sesgada y violenta frente a los rasgos identitarios propios de las culturas y personas nombradas. La generalización desconoce a aquellos habitantes de estas regiones y religiones que se ven afectados sin ser parte de algún grupo o comunidad fanática o

considerada ilegal. Se les agrede sin tener en cuenta su realidad social y, sobre todo, aquellos rasgos identitarios que no están relacionados con el uso de la violencia como estrategia "pacificadora" y de control.

Esta visión unidimensional es aquella que posee y valida Tertuliano. Una visión sectarista que legitima el uso de la violencia como recurso de exclusión. Por eso, en una de sus charlas con el cónsul, en la cual cuenta quién es y qué piensa de la vida, Tertuliano aclara de dónde sustenta el uso de la violencia como artilugio para atacar la violencia:

> Las palabras de mis maestros decían: "Debes proteger tu tierra, incluso con más violencia".
> Y algo más: "Sigue a tu padre, pero no de la mano, pues él no podrá dártela".
> Y una última: "Tú sabrás cuándo hacerlo, cuándo llega la hora de volver". (Gamboa, 2017: p. 283)

Para él, defender su historia, su territorio, sus antepasados y su identidad debe ser un acto que use cualquier tipo de medios y que, además, no se interese por diferenciar entre justos y pecadores, inocentes y culpables. Tertuliano representa a quienes defienden y sustentan la idea de una identidad singular y unificada que debe protegerse y mantenerse. En la novela, Tertuliano cuenta que se ha convertido en orador y líder de un grupo fundamentalista que motiva y promueve sus ideales de "limpieza" y "unificación", lo cual lo sitúa como una voz que ilustra y dirige la realidad de otras personas. Por esto, se convierte en un personaje social, relevante para la expansión y consolidación de opiniones excluyentes y peligrosas.

Se podría afirmar, finalmente, que Tertuliano es parte de aquello que Sen (2007) denomina "filiación singular". Para el pensador indio, este tipo de sujetos asumen que el territorio y la filiación ideológica poseen una relación inamovible e innata, es decir, que nacer en un espacio geográfico conlleva poseer rasgos identitarios singulares y homogéneos y, por tanto, las acciones de un grupo deben ser entendidas como comportamientos aceptados y exaltados por todos sus miembros.

De este modo, por medio de los estereotipos, las identidades se convierten en objetivos o blancos de interés para quienes idealizan una visión de mundo con características, atributos y roles singulares. Tertuliano es parte del fanatismo que critica y que desea extinguir de cualquier forma. La estrechez y el radicalismo de su pensamiento lo sitúan en el mismo razonamiento de aquellos que considera sus enemigos y en el mismo espacio de los violentos.

Finalmente, la búsqueda o la esperanza de un mejor futuro por fuera del país no siempre es una meta alcanzable. Los migrantes salen de sus territorios con la esperanza de hallar un lugar que permita mejorar su calidad de vida. No obstante, al salir, algunos de ellos dejan de ser parte de una comunidad conocida y en la cual, de cierto modo, se consideran iguales a sus conciudadanos para luego convertirse en seres indeseados, percibidos como invasores y bárbaros.

En esencia, las percepciones que tienen los nativos acerca de los extranjeros están supeditadas a un determinismo violento, es decir, se asume que todo migrante trae consigo la manifestación natural de acciones violentas y que estas son puestas en marcha cuando llegan al lugar de destino. Por este motivo, Amin Maalouf (1999) expresa que

> por comodidad, englobamos bajo el mismo término a las gentes más distintas, y por comodidad también les atribuimos crímenes, acciones colectivas, opiniones colectivas: “los serbios han hecho una matanza”…“, "los ingleses han saqueado”..“, "los árabes se niegan”..". (p. 29)

En coherencia con lo anterior, en la obra del escritor colombiano las consideraciones que tienen algunos europeos y norteamericanos sobre los rasgos identitarios de los extranjeros latinoamericanos, africanos y asiáticos influyen decididamente en sus opiniones racistas, clasistas, segregadoras y, generalmente, estereotipadas. Estas posturas se dan en contra de los personajes centrales y de otros migrantes que aparecen en la novela.

3.3.3. La configuración de la identidad: antes y después del Tratado de paz

En la novela de Santiago Gamboa, el país de origen de los personajes principales es Colombia, un país que en el 2016 firmó un Tratado de paz con el grupo guerrillero más antiguo de su territorio: las FARC. Este evento es importante porque los personajes han migrado del país antes de la firma del tratado y deciden regresar, unos días, para vengarse de Freddy Otálora, justo después de que el Gobierno y el grupo armado lograran un acuerdo. De este modo, en la novela se plantea un antes y un después que configura las características identitarias del país y, por supuesto, de sus ciudadanos.

Las referencias de Colombia antes del Tratado de paz describen un panorama donde la violencia y la anomia social motivan los problemas nacionales. El narrador-cónsul y los personajes centrales describen un país con graves eventos sociales que, en cierta medida, se sitúa como uno de los países más peligrosos del mundo. En consecuencia, se puede plantear que en Colombia se instauró, de manera inconsciente, lo que Habermas (1998) denomina un "Estado de Derecho sin democracia", en el cual

> no puede excluirse una capitulación de los principios del Estado de derecho frente a la abrumadora complejidad social. Pero si esto se produjese, cambiarían nuestros conceptos de derecho y democracia, experimentaría también un cambio radical la autocomprensión normativa de los ciudadanos. (p. 146)

En este sentido, cuando las relaciones políticas y sociales entre el Estado y los ciudadanos sufren rupturas dialógicas, la democracia se tergiversa y cada una de las partes parece actuar de manera aislada. Se yergue una sociedad que carece de comunicación y que posibilita la libertad subjetiva de la acción. En otras palabras, para garantizar la interacción democrática entre el Estado y la sociedad se deben respetar y acatar las normas que pretenden organizar y controlar las relaciones personales y comunitarias. Si una de las partes radicaliza sus posturas y sus acciones, se rompe la comunicación y empieza a surgir una anomia social. Para esto, Habermas (1998) afirma que

> hay que invertir la relación entre centro y periferia: en mi modelo son las formas de comunicación de una sociedad civil, que surge de esferas de la vida privada que se mantienen intactas, es decir, son los flujos de comunicación de un espacio público activo que se halle

> inserto en una cultura política liberal los que soportan la carga de la expectativa normativa. (p. 153)

Las normativas del Estado toman validez en la medida en que se sustenten y consoliden en las actividades cotidianas y particulares de sus ciudadanos. Cuando esto no ocurre, los desacuerdos pueden ocasionar conflictos y enfrentamientos sociales. Esto es, precisamente, aquello que ha ocurrido en Colombia desde sus orígenes como nación. Los desacuerdos y el radicalismo político llevaron a la sociedad civil a tomar las armas y enfrentarse a los gobiernos Lo anterior se ejemplifica en la época de La Violencia y el posterior conflicto armado interno. Este último es el marco social en el cual se narra la novela de Santiago Gamboa.

El narrador hace varias alusiones a las consecuencias de este enfrentamiento entre el Estado, los grupos armados al margen de la ley y los cárteles de la droga. Una de ellas muestra un panorama general de lo que fue el país (y sus consecuencias) antes de la firma del Tratado de paz en el 2016:

> el país había dejado de ser lo que había sido durante medio siglo: un patio de fusilamiento de 1.178.000 km² de superficie, cuyos ríos y lagunas se habían convertido en depósitos de cadáveres y en el que ya se estaban exhumando, poco a poco, los millones de huesos enterrados debajo de la verde capa vegetal; esos que transformaron al país, por décadas, en la más hermosa y floreada fosa común de América Latina. (Gamboa, 2017: p. 369)

Se vislumbra, de esta manera, una percepción dantesca del país durante la segunda mitad del siglo XX. Esta percepción general ofrece algunos de los motivos por los cuales miles de colombianos decidieron huir del país, migrando para Estados Unidos o para Europa. Así mismo, ese contexto social representado en la novela desencadenó, en los personajes migrantes, el alejamiento de ciertos rasgos identitarios de la sociedad colombiana.

En varias oportunidades, los personajes expresan su distanciamiento del país hasta el punto de producirse una desplantación identitaria que percibe, de manera estereotipada, a la sociedad colombiana como un solo ser violento e irremediable. Cuando Manuela empieza a pensar que debe emigrar del país, expresa: "Renuncié a ser feliz a cambio de un poco de tranquilidad. Pasé horas mirando en pantalla el mapa del mundo, repitiendo nombres de ciudades lejanas, observando fronteras y países. ¿En qué lugar podré estar a salvo?" (Gamboa, 2017: p. 251).

Sin duda, como explica Sen (2007), "la concepción de la identidad influye, de modos muy diversos, sobre nuestros pensamientos y nuestras acciones" (p. 10). Para Manuela, sentirse identificada con lo que hacen algunos de sus conciudadanos es imposible y por eso busca la solución por fuera del territorio. En cierto modo, el personaje piensa que estar fuera del país le permitiría pensar o asumir que no posee rasgos identitarios que mantengan una relación con los actos de violencia que ella ha sufrido y con la violencia generalizada que mantiene al país. Así, pues, cuando aborda el avión que la llevaría a España, ella deja entrever el odio y la generalización de este odio hacia lo que dejará atrás:

> En el aeropuerto di algunas vueltas, nerviosa. Facturé las maletas y me dirigí a la zona internacional. En ese punto había gente emocionada, haciéndose fotos. Familias despidiendo a sus hijos. Yo en cambio estaba sola, pero mi fuerza emergía de no tener nada. Pasé en medio de esa multitud en lágrimas y volví a sentirme fuerte, como si fuera el primer ser vivo que se levanta y camina después de una gran conflagración.
>
> ¡Váyanse todos a la mierda!, pensé.
>
> Traficantes, violadores, asesinos, ladrones … Quédense con su puto dios falso y con su país de sangre y mierda.
>
> Yo me largo para siempre. (Gamboa, 2017: p. 259)

En sus palabras demuestra la separación que desea establecer con su lugar de origen. Su soledad la asimila como una característica y una circunstancia positivas que le permiten no sentirse integrada a un "ellos", a esos que son familiares que se despiden en el aeropuerto, a esos que trafican, violan, asesinan y roban. Además, la cita establece una distancia frente a la pertenencia religiosa del país. Esta situación es relevante si se tiene en cuenta que la sociedad colombiana posee una estrecha relación con algunas religiones, especialmente con la católica[22].

Del mismo modo, ella identifica otros factores que influyen en su desarraigo identitario: la inseguridad y la segregación. En ambos casos, estos se distinguen como problemas sociales que también se han registrado en el país de manera histórica y se resaltan en el siglo XX.

[22] En el proyecto denominado *Encuesta Nacional sobre Diversidad Religiosa* (Beltrán y Larotta, 2020) los resultados demostraron que más del 50% de la población colombiana está suscrita a la religión católica, pues de cada 10 personas encuestadas 6 afirmaron ser de esta religión; el resto estaba en otras religiones o se consideraban no creyentes.

Tanto la inseguridad como la desigualdad se derivan de los conflictos internos armados y de los problemas sociales acontecidos en las zonas urbanas.

Para Manuela, la inseguridad es un problema que ha vivido de manera personal y que ha observado en la sociedad colombiana, principalmente en la ciudad de Bogotá. En lo relacionado con lo personal, ya se ha mostrado y analizado que en su núcleo familiar nunca estuvo ni se sintió segura y por eso prefirió ingresar en un internado y luego se desplazó desde Cali hacia Bogotá. Por este motivo, en el momento en que ella debe regresar a Cali para visitar a su mamá, quien se encuentra hospitalizada por las agresiones de Freddy Otálora, sentencia: "Al otro día viajé a Cali, y al llegar al aeropuerto me volvió esa sensación de fragilidad, de estar en peligro. Era la ciudad de mi infancia, claro, pero también de mis dolores" (p. 179).

Es importante precisar que estos dolores son ocasionados principalmente por su agresor. Por tanto, las circunstancias, lugares y recuerdos que tiene sobre Otálora son los aspectos que la llevan a considerar insegura la ciudad de Cali: "Entendí que mientras ese *man* estuviera vivo no podría volver a Cali. Me robó también mi ciudad, y pensé: si algún día lo veo y puedo, lo mato. Es un juramento" (p. 180). Aunque como ya se ha referido en unos de los subtítulos anteriores, también se hace alusión a la inseguridad que produce la policía cuando se la requiere para apoyar y solucionar un problema o para cuidar a un ciudadano que se encuentra en peligro.

En el ámbito social, la inseguridad se ha establecido como un aspecto cultural y como parte de la identidad bogotana. Esto quiere decir que la sociedad entiende o asume que estar y

sentirse inseguro en la ciudad es parte de los rasgos identitarios. Los habitantes se identifican como miembros de una comunidad peligrosa. Al llegar a la capital del país, la arrendataria de la habitación donde Manuela reside le presenta un panorama de aquello que, según ella, pasa en la ciudad:

> niña, usted no es de acá y le voy a decir algo, de la Javeriana hacia el sur sólo puede ir de día, tempranito; porque si la coge la tarde por allá la atracan, le roban el celular, la emburundangan y se la llevan a una casa de prostitución o le venden los órganos, no se deje coger el día lejos ni de vainas, y yo le hacía caso, aterrorizada, sólo de la universidad a la biblioteca y vuelta a la casa. Otro día me dijo que si salía de noche, la misma policía me iba a atracar, que violaban en las patrullas y le sacaban a uno las córneas para vendérselas a los extranjeros. Algo debió pasarle a la viejita porque la ciudad sí era peligrosa pero tampoco tanto. (Gamboa, 2017: p. 121)

Como nueva habitante, Manuela escucha y se acopla a las particularidades de los hábitos capitalinos. Se trata de un pensamiento o una necesidad contradictoria y represiva, pues para estar segura en la ciudad no debe permanecer mucho tiempo en las calles de la ciudad. Su seguridad depende de resguardarse y de evitar contacto con otros habitantes. En estas circunstancias, es evidente que ella debe renunciar, de cierto modo, a su libertad, lo cual pone de manifiesto que el malestar y los problemas generales yacen por encima de su bienestar personal. Así, en palabras de Guibernau (2017), ella debe transformar su identidad, pues "la influencia de una identidad colectiva recién adquirida anima al individuo a renunciar a un grado sustancial de su libertad personal a cambio de la seguridad y el calor asociados a la pertenencia al grupo". (p. 14)

En otras palabras, la seguridad y la pertenencia al grupo de habitantes de la ciudad es incompleta y paradójica: para sentirse seguro ha de saber que la ciudad es insegura. Este pensamiento, dispuesto por la arrendataria, no siempre se muestra congruente con la realidad y, además, es marginal. En ocasiones, los imaginarios y las opiniones que se poseen de una realidad social están sujetas a la construcción histórica de estereotipos infundados por una comunidad que configura y segrega a una otredad con características delictivas, ilegales y peligrosas. Al respecto, Manuela presenta al cónsul la siguiente perspectiva personal de la vida en el centro de Bogotá:

> Allá veía a gente con pancartas exigiéndole cosas al gobierno o protestando por algo, pero también estaban los habitantes del centro, los indigentes y los desechables (así les dicen, imagínese, doctor), gente muy viva rebuscándose, y también turistas y vendedores ambulantes, y cacos y raponeros, esos a los que la señora Tránsito les tenía tanto miedo, aunque debo decir que nunca me robaron ni vi de cerca que robaran a nadie, lo que tampoco quiere decir nada, pues todo el mundo sabe que Bogotá es una ciudad peligrosa. (Gamboa, 2017: p. 176)

Con esta cita, se puede construir otra imagen de la realidad de la ciudad. Se establecen variantes sociales y se rompen aquellos estereotipos que homogeneizan a un grupo de personas a partir de sus rasgos identitarios, los cuales están mediados por el trabajo que se desempeña, estilo de vida y recursos económicos. En este sentido, las impresiones de Manuela se transforman. El hecho de visitar el centro de la ciudad le permite ampliar su percepción de esta desde lo que observa y vivencia y no solo desde lo que escucha.

En Manuela se manifiesta un sentimiento de solidaridad por aquellos que son excluidos o discriminados por sus circunstancias sociales. Ella se identifica más con el grupo social excluido que con aquellos que se sienten superiores y tienden a excluir a otros según las pertenencias que valoran como positivas, tanto en lo moral como en lo social. En este marco, desde una reflexión crítica, tiene la capacidad de reconocer al otro y de tomar sus propias decisiones. Para Guibernau (2017).

> el acto de elegir conlleva una decisión personal y un compromiso personal de ser reconocido por los demás miembros del grupo. Fomenta un sentimiento de pertenencia que surge en el individuo al construir activamente su propia identidad y definirse mediante su identificación con el grupo. (p. 40)

En suma, Manuela asume una decisión que no la identifica con quienes ven y expresan una ciudad completamente violenta y peligrosa a causa de algunos habitantes de la calle. No desea ser reconocida dentro del grupo social cuyas pertenencias radican en la segregación y discriminación social. Como sujeto edifica su percepción personal según observaciones e interacciones sociales que no la han afectado. Sin embargo, esto no implica negar que en la ciudad existe el fenómeno de la inseguridad.

En definitiva, el contexto de la novela, antes de la firma del Tratado de paz, está enmarcado por algunos problemas sociales que han distinguido la historia del país, sobre todo durante los últimos cien años: la violencia, la inseguridad y, en general, el conflicto armado. Los personajes habitan en un ambiente donde la tranquilidad y la violencia son parte de la vida

cotidiana. En el caso de Manuela, las circunstancias han sido más adversas e implacables, particularmente en su ciudad natal: Cali. De modo que las situaciones la llevan a construir sentimientos de odio sobre todo el país, un país con un enfrentamiento armado que ha dejado cientos de heridos y muertos y ciudades con altos niveles de criminalidad e inseguridad que usan la violencia como una alternativa justificable y frecuente. Esto ha ocasionado que miles de colombianos prefieran buscar un mejor futuro fuera de su territorio.

En suma, el contexto delictivo tiene índices alarmantes que producen temor y zozobra en la población colombiana, y esto se refleja en las consideraciones que algunos de los personajes de la novela de Gamboa presentan y defienden acerca de la realidad del país antes del Tratado de paz. Ahora bien, es importante estudiar la configuración del país después de la firma del tratado y, de este modo, determinar variaciones en el imaginario y en las identidades que dichos personajes tienen de su lugar de origen.

3.3.4. Después de la firma del Tratado de paz

La firma del Tratado de paz en el 2016 entre el gobierno y las FARC ha sido uno de los hechos más importantes y controvertidos de la historia de Colombia, este evento es registrado en la novela que se está analizado. Inicialmente, antes de la firma, el Gobierno realizó un plebiscito que pretendía legitimar y aprobar el acuerdo, los resultados mostraron una división contundente en la opinión pública. Según la Registraduría Nacional de Colombia (2016), el

voto por el "No" al tratado alcanzó 6.430.170 votos (50,22 %) frente a los 6.371.911 sufragios del Sí (49,77 %). (p. 1)[23]

En la obra, el narrador presenta un panorama que demuestra la tensión que había en el país durante aquella época, una tensión enmarcada por la polarización política y el desconocimiento de los aspectos centrales del Tratado de paz. Los ciudadanos asumían con esperanza la construcción de un nuevo país, mientras otros veían que los resultados no eran significativos.

Con esta realidad, los personajes principales (igual que cientos de compatriotas) regresan a Colombia para vivir en la "nueva" nación. No obstante, para Manuela y el narrador la consigna es clara y radical: regresaron al país, pero migrarán tan pronto sea posible. En el caso de Manuela, ella lo expresa de la siguiente manera: "No se me olvida que vine a arreglar un asunto y no de vacaciones. Cuando esto acabe me largo y no vuelvo más a este país inmundo" (Gamboa, 2017: p. 391). La visión del narrador sobre lo que sucede en el país, específicamente en Bogotá, después del Tratado de paz, es más apocalíptica y determinista:

> Por todos lados se respiraba este extraño huracán de bondad, aunque si uno abría bien los ojos en la calle, en ciertas esquinas de la ciudad, volvía a encontrar las miradas torvas de

[23] Con estos resultados, el proceso quedó en vilo y su aplicación complicó los intereses del Gobierno nacional, puesto que, como aclara Rodríguez Pinzón (2017), "el resultado tenía carácter vinculante y este sorpresivo golpe al gobierno dejó a la deriva la negociación durante unos días mientras se implementaba una salida que evitara el naufragio del proceso" (p. 179). De este modo, el Gobierno asumió un nuevo camino de legitimación y determinó negociar con los partidos y líderes opositores para modificar algunos artículos del acuerdo. El 24 de noviembre del 2016, las partes implicadas conciertan el documento llamado el "Acuerdo del Teatro Colón"; el 29 y 30 del mismo mes, el Senado de Colombia y la Cámara de Representantes aprueban definitivamente el Tratado de paz.

> siempre y la sensación de que en cualquier momento y sin previo aviso se podría desencadenar el horror. Bogotá siempre fue así y en eso era el mejor reflejo del país: en su capacidad para la indiferencia y en ocasiones la crueldad. Aunque esta permaneciera oculta por la alegría y el deseo de redención. (Gamboa, 2017: p. 400)

Es cierto que, por un lado, el país empieza a mostrar una nueva imagen en el ámbito internacional que configura a Colombia como un destino prometedor. Turistas e inversores extranjeros confían en la estabilidad y el progreso económico de un país que intenta afianzarse como un destino seguro y confiable:

> efectivamente, el gobierno y la guerrilla lograron firmar un acuerdo que había convertido a Colombia en el país de moda. Todos querían venir a Bogotá y pasearse por la plaza de Bolívar con un amigo o una novia colombianos, leer autores locales, saborear la comida típica y aprender a bailar sus ritmos (...). Las empresas japonesas, coreanas y rusas abrieron sucursales en varias ciudades y se disparó la venta internacional de las nuevas telenovelas centradas en el perdón y la reconciliación. (p. 354)

Por otro lado, las dos últimas citas también demuestran la ambigüedad de la realidad colombiana. Mientras en el exterior se edifica una imagen favorable, la violencia continuaba agobiando a la sociedad civil colombiana. Acerca de esto, el narrador usa una metáfora sencilla y pertinente sobre aquello que encuentra al regresar: “en Colombia, no todo era color de rosa” (p. 356).

Con base en este contexto, los personajes presentan un alejamiento frente a la identidad colectiva de ese grupo de colombianos que luego de migrar deciden regresar al país y retomar sus vidas en su lugar de origen. La valoración comparativa entre lo que es su vida en el exterior y la posibilidad de habitar en Colombia se balancea favorablemente hacia la emigración definitiva. Con esto, sienten más arraigo con los rasgos identitarios de la cultura española, pues este es el país que les abrió sus límites. Para González Varas (2020), la identidad cultural se entiende

> históricamente a través de múltiples aspectos en los que se plasma su cultura, como la lengua, instrumento de comunicación entre los miembros de una comunidad, las relaciones sociales, ritos y ceremonias propias, o los comportamientos colectivos, esto es, los sistemas de valores y creencias. (p. 43)

Los personajes se han integrado y han estimado favorablemente los valores identitarios de la cultura española, aunque esto no significa que hayan aceptado todos los rasgos de esta cultura foránea. Para ellos, regresar es encontrarse y ser partícipes de la anomía y la apatía social. Sobre esto, Amartya Sen (2017) señala características sobre las razones que movilizan a una persona a cambiar de territorio:

> Antes de ser inmigrante, se es emigrante, antes de llegar a un país se ha tenido que abandonar otro, y los sentimientos de una persona hacia la tierra que abandona no son nunca simples. Si se va, es porque hay cosas que rechaza: la represión, la inseguridad, la pobreza, la falta de horizontes. (p. 46)

Manuela y el narrador-cónsul han huido del país por las acciones violentas que los afectaron directa o indirectamente. En la novela, estas acciones siguen siendo parte de la realidad del país, o, por lo menos de las dos ciudades en que se desarrolla la historia: Santiago de Cali y Bogotá. Por eso, cuando está a punto de viajar al país, el cónsul reflexiona y cuestiona la decisión de regresar: "Pensé en la idea del regreso y me pregunté si era realmente posible. ¿Es posible regresar? ¿Regresa a dónde? ¿A dónde volvemos realmente?" (Gamboa, 2017: p. 369).

Las preguntas que se plantea el narrador son fundamentales para entender el valor de la identidad en las decisiones que toma un migrante. Sus preocupaciones no solo están motivadas por el aspecto físico y geográfico del viaje sino también por las condiciones emocionales y sociales en las cuales se encuentra quien regresa, además de aquellas que son propias del territorio. En otras palabras, las preguntas son pertinentes para concretar los motivos que llevaron a los personajes principales a migrar para alejarse de las violencias del país.

Para abordar las dos primeras preguntas, es oportuno abordar la siguiente reflexión de Olga Molano (2007) sobre aquello que implica tener y validar una identidad cultural: "La identidad cultural no existe sin la memoria, sin la capacidad de reconocer el pasado, sin elementos simbólicos o referentes que le son propios y que ayudan a construir el futuro" (p. 74). Cuando se analizan las opiniones de los dos personajes referenciados en este capítulo, es notorio que la displicencia y el odio por su lugar de origen están supeditados por el pasado que rememoran y, en consecuencia, las pertenencias asentadas en su identidad.

Desde este punto de vista, Molano (2007) afirma que "la identidad supone un reconocimiento y apropiación de la memoria histórica del pasado. Un pasado que puede ser reconstruido o reinventado, pero que es conocido y apropiado por todos" (p. 48). En la novela de Gamboa, los personajes entienden los rasgos identitarios relacionados con la violencia como factores imposibles de reconstruir o reinventar. Para ellos, los referentes de la cultura colombiana no son aceptados ni validados y por eso determinan que migrar es la mejor alternativa para encontrar un mejor futuro. Están en desacuerdo con una identidad cultural que tiene normalizada la agresión, el poco respeto por el otro y la apatía social como parte integral de la cotidianidad.

No obstante, aunque los personajes toman la decisión de migrar en base a la memoria histórica del país y en sus propias experiencias con la violencia, es paradójico que regresen unos días solo a realizar un acto de suma violencia: asesinar a un hombre. Esta paradoja podría entenderse desde el reconocimiento y relevancia de la identidad construida durante sus años vividos en Colombia. En otras palabras, aunque hayan migrado y vivido en un país europeo, aún poseen rasgos identitarios relacionados con la venganza y la violencia extrema. En ellos, yace un arraigo identitario que parece entender la violencia como un modo de venganza y el asesinato como una estrategia para alcanzar la paz interior o para borrar el pasado.

Al respecto, Amin Maalouf (1999) sentencia: "el mundo está lleno de comunidades heridas, que aún hoy sufren persecuciones o que guardan el recuerdo de antiguos padecimientos, y que sueñan con obtener venganza" (p. 20). De este modo, las heridas y las cicatrices de los personajes de la novela son detonantes para validar los mismos mecanismos punitivos que

usan aquellos a quienes consideran violentos y victimarios. La venganza en contra de Freddy Otálora es descrita por un noticiero nacional de la siguiente manera (Gamboa, 2017): “Estaba en todas las noticias de apertura: el hallazgo de Freddy Otálora abandonado en una vieja casona campestre, vivo y con horribles amputaciones y la cara deshecha por el ácido” (p. 278). Sin duda, una venganza a todas luces distinguida por el odio acérrimo y la crueldad extrema.

4. Desplazamiento forzado e identidad

En un artículo titulado "Recomenzar vidas, redefinir identidades", Flor Edilma Osorio (2009) expresa que "la identidad marca la relación que los actores establecen con los recursos compartidos" (p. 176). Esto implica que las interacciones humanas son las que llevan a los sujetos a determinar sus relaciones simbólicas, históricas y culturales con su entorno. En consecuencia, estos basan sus vínculos con el espacio a partir de las pertenencias identitarias que poseen y que han construido desde la individualidad o desde la colectividad en el transcurso de sus vidas.

En este sentido, existen factores sociales que establecen filiaciones entre un individuo y su espacio conocido que influyen decididamente en la percepción: un espacio que inicialmente era visto como un espacio sin arraigo y sinsentido pasa a ser resignificado por un sujeto. De este modo, un territorio adquiere un valor simbólico, material y colectivo tan consistente que salir del mismo se asume como una pérdida irrecuperable. Al respecto, Ocampo (2014) expresa:

> La relación que establece el sujeto con el espacio, al encontrarse connotada de sentido, permite la ubicación de sí mismo en el tiempo, como un proceso histórico a través del cual se guía la vida y se constituyen la identidad, la definición del sí mismo y la pertenencia. (p. 24)

Salir de un territorio en el cual se ha construido una vida y una identidad significa para un sujeto abandonar, al mismo tiempo, su pasado histórico y su realidad presente, aquello que conoce y que sabe. Por ello, cuando esta salida ocurre como consecuencia de acciones violentas, agresiones personales y riesgo contra la vida, la situación se torna más dolorosa e insegura. Ya no solo se hace referencia al abandono de un espacio, también se empieza a concretar la idea del desplazamiento forzado.

En Colombia, el desplazamiento forzado ha existido desde los procesos de conquista y colonización de la nación hasta la actualidad. No obstante, "a pesar de ser un hecho ampliamente reconocido, se convirtió en una problemática generalizada en Colombia a finales del siglo XX y a comienzos del siglo XXI" (CNMH, 2015: p. 35). Así, entonces, estos desplazamientos surgieron del conflicto armado que ha sufrido el país desde los años 70, cuando se terminó el periodo denominado Frente Nacional (1958-1974) y los grupos al margen de la ley se organizaron para enfrentarse al Estado y sus Fuerzas Armadas. En otras palabras, en Colombia el desplazado es una víctima del conflicto armado, del abandono estatal y de la indiferencia social. Al respecto, el CNMH (2015) sintetiza este fenómeno de la siguiente manera:

> los casi seis millones y medio de colombianos que han sido desplazados forzosamente de sus lugares de origen lo han sido por causa del conflicto armado, obligados a huir de sus tierras en medio del fuego cruzado, las amenazas y las retaliaciones de los actores armados. (p. 17)

De esta manera, el uso de la violencia contra la sociedad civil menos favorecida ha sido una constante en la cotidianidad rural del país. Este problema produce dos efectos negativos: cuando los grupos armados usan las armas como mecanismo de control, el campesino debe dejar atrás un territorio conocido para movilizarse hacia otro que es, generalmente, adverso e ignoto. Se huye para salvar la vida en circunstancias imprevistas, miserables e inhumanas y, en consecuencia, sin ningún tipo de planificación que proyecte calidad de vida, progreso y bienestar para todos aquellos que son desplazados en el nuevo lugar.

Del mismo modo, ocurre cuando un terrateniente pretende el dominio de un territorio que no le pertenece. Con el propósito de apoderarse de la tierra, este se sirve del uso de la fuerza por medio de la amenaza, la intimidación, la tortura y el asesinato para lograr su cometido. El terrateniente entiende que su poder local le permite contar con el apoyo de un Estado parcializado, sobornado y manipulado políticamente en el momento en que debe hacer cumplir las leyes. Por ejemplo, después de las luchas bipartidistas de mitad del siglo XX, latifundistas, políticos y militares se apoderaron de terrenos ajenos cuyos dueños eran, especialmente, campesinos pobres y humildes. Sobre este aspecto, el CNMH (2015) plantea:

> A partir de estos fenómenos surgieron nuevas capas de comerciantes, ganaderos, algodoneros y cafeteros, entre otros, conocidos como "aprovechadores" que se consolidaron como una clase comerciante-terrateniente gracias a los negocios turbios que se dieron durante la violencia bipartidista. (p. 43)

Estas prácticas de violencia y control fueron implementadas en muchas regiones del país. Los pequeños propietarios tuvieron que salir de sus *hábitats* para salvaguardar su existencia, pues no contaban con el apoyo del Estado ni con el resto de la sociedad civil, la cual también estaba controlada por quienes ostentaban el poder económico, político y militar. En otras palabras, el éxodo de miles de campesinos en toda la nación

> forma parte de una estrategia criminal financiada y patrocinada por poderosos agentes económicos, legales e ilegales, en un ambiente propicio para la reproducción de prácticas ilegales como la corrupción sistémica y la captura y cooptación institucional del Estado. (CNMH, 2015: p. 133)

Habitantes de zonas rurales que no contaban con los recursos para defender su patrimonio yacían a la deriva de las decisiones y arbitrariedades de una minoría empoderada y adinerada o de los grupos armados ilegales. La tierra no era de quienes la habían adquirido legalmente sino de aquellos que, por medio de la violencia y del sometimiento, se apoderaban de ella.

En este contexto, se estudian dos novelas contemporáneas de la literatura colombiana con el propósito de analizar los motivos que llevan a un grupo de personas a sufrir un desplazamiento forzado. En ambos casos, el destierro viene acompañado por la pobreza, la exclusión social y la muerte, los cuales parecen reconfigurar su identidad y modificar rasgos identitarios culturales, históricos y sociales. Los personajes de *Rebelión de los oficios inútiles*

(2014) y *Río muerto* (2020) huyen de la violencia endémica que los ha sometido durante décadas y los ha llevado a vivir en la incertidumbre, el temor y el sufrimiento .

4.1. El destierro en *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira

4.1.1 La identidad colectiva de los desplazados

En la novela *Rebelión de los oficios inútiles* (2014), del escritor colombiano Daniel Ferreira, estos factores se muestran como determinantes para analizar la identidad individual y colectiva desde el fenómeno del desplazamiento y su conexión vital con el territorio. Los sujetos que hacen parte de una misma comunidad encuentran que sus pertenencias con relación al territorio, a la historia y a la calidad de vida son heterogéneas y contrarias.

Se produce, entonces, un desacuerdo inquebrantable entre dos grupos humanos que buscan el poder y el control de la tierra, especialmente de un lote donde se construye un conjunto residencial llamado Club Kiwanis. Así, por un lado, están los miembros del Sindicato de Oficios Varios, quienes son campesinos y obreros, liderados por Ana Larrota; y, por el otro lado, la Sociedad de Hierro, cuyos miembros son los comerciantes del pueblo y el terrateniente Simón Alemán. De este modo, la tierra se convierte en el motivo por el cual la clase con el dominio económico, gubernamental y legal pretende desterrar a quienes han perdido la tierra, una tierra necesaria para no morir de hambre y para lograr una vida digna.

En Colombia, el campesinado ha sido una de las comunidades más abandonadas por el Estado y perjudicadas por la violencia. Quienes habitan en zonas rurales se ven expuestos a problemáticas sociales que ponen en riesgo el bienestar y la vida, lo cual conlleva el éxodo como única salida.

Desde el siglo pasado, el número de desplazamientos individuales o masivos ha aumentado considerablemente. Pequeñas o grandes comunidades de personas de bajos recursos han salido de sus tierras porque a ellas han llegado terratenientes y hacendados que irrumpen su habitual estilo de vida con propósitos de control y poder. Así, la cotidianidad del campo es quebrantada cuando "el territorio es objeto de disputa entre varios protagonistas y las medidas de intimidación y de terror comienzan a volverse rutinarias" (Pécaut, 2013: p. 11). En consecuencia, la muerte y el escarmiento público aparecen como estrategias de dominación.

Este hecho ha sido parte de la realidad colombiana desde el nacimiento de la república (1819) y se acentuó debido a dádivas otorgadas a los militares que lucharon por la Independencia. Así mismo, por causas nacionales, el gobierno de la época cedió, de manera autoritaria, cientos de hectáreas en todo el territorio nacional. Al respecto, el CNMH, en el libro *Tierras y conflictos rurales* (2016), señala que:

> Desde la conformación de la República hasta 1905 se expidió una serie de leyes y decretos reglamentarios que buscaban destinar las tierras de dominio estatal a diversos fines, entre

> estos: indemnizar o compensar a los militares de la guerra de la Independencia y a los veteranos de las guerras internas del siglo XIX. (p. 35)

Muchas de estas hectáreas eran habitadas por campesinos que vivían de la agronomía y en algunas ocasiones de la ganadería. De este modo, con la adjudicación de baldíos a exmilitares, cientos de familias rurales perdieron el terreno y tuvieron que resguardarse en sitios desolados e incultivables o huir a los pueblos más cercanos. Si bien el gobierno intentó proteger a algunos minifundistas con, por ejemplo, la Ley 61 de 1874 y la Ley 48 de 1882 que pretendía entregar títulos de propiedad a pequeños campesinos, en ambos casos el poder económico y el control político de los latifundistas fue superior a las normas gubernamentales. De igual forma, algunos terratenientes aprovecharon el caos nacional que dejaban los conflictos civiles internos y se apoderaron, por medio de la violencia, de territorios vecinales fructíferos o con buenas fuentes hídricas. Al respecto, Fernández (2012) expresa:

> los grandes terratenientes fueron más exitosos en la apropiación de los terrenos que los pequeños colonos, ya fueran tierras baldías o zonas previamente ocupadas por colonos, debido a la influencia política que tenían en las regiones y la posibilidad de asumir los costos del proceso. Mientras que la nueva legislación buscaba proteger a los pequeños campesinos y colonos, los grandes terratenientes aprovecharon la oportunidad para hacer una expropiación de *facto* de los terrenos. (p. 120)

En la novela de Ferreira, este deseo por la tierra y esa violencia contra el habitante del campo tiene sus inicios cuando se dio por finalizada la Guerra de los Mil Días (1902). En la obra, el periodista Joaquín Borja, director e investigador del periódico local *La gallina política prensa-libre,* encontró que muchos de los terratenientes de la región poseían "titularidad dudosa sobre esos terrenos" (Ferreira, 2014: p. 105). Dentro del grupo de terratenientes que se había apoderado violentamente de los terrenos, estaba el "coronel de la guerra del novecientos", José María Alemán, padre del señor Simón Alemán, quien es dueño del proyecto Club Kiwanis. Sobre esto, el narrador presenta una opinión que ofrece una mirada panorámica del suceso. Al hacer referencia a los terratenientes, explica que estos fueron

> hombres que fueron indultados e indemnizados de la guerra civil con la tierra de otros, tierras que pertenecieron a pioneros que abandonaban la casa paterna para enfrentarse a los insectos, al pian y al vómito negro, y que terminarían por quedarse sin propiedades, (Ferreira, 2014: p. 205)

Este hecho histórico es el primer argumento que sostiene Ana Larrota tras ser interrogada en el juicio, precedido por las autoridades del pueblo, en defensa del campesinado que ha sido desplazado de sus tierras y que se ha tomado las instalaciones del proyecto Kiwanis. Ella asevera:

> El terreno, como el señor fiscal lo llama, es un barbecho de rico, un lote de engorde, una parte ínfima de una tierra que fue arrebatada a nuestros ancestros. Yo tuve la iniciativa de hacérselo

> ver a todos los sectores que viven a la intemperie y padecen hambre y frío, y decidimos tomarlo en común acuerdo con el Sindicato de Oficios Varios. (Ferreira, 2014: p. 174)

En esta cita, se vislumbran algunos aspectos relevantes de la construcción identitaria y biopolítica de los campesinos y, al mismo tiempo, de los terratenientes. Desde que se llevó a cabo la apropiación violenta de los terrenos hasta las palabras de Larrota han pasado aproximadamente 70 años. La identidad histórica de Larrota y de su grupo han sido determinadas por la pérdida de sus terrenos, por el desplazamiento hacia un lugar desconocido y por la baja condición social que esto les ha ocasionado[24]. Llevar más de medio siglo viviendo fuera de sus propios terrenos y en condiciones inferiores y deplorables, los ha llevado a aceptar su realidad y a determinar que lograr un cambio es una tarea desmesurada. Del mismo modo ocurre con los "dueños" ilegales de la tierra, pues para ellos esta les pertenece debido a que han mantenido su dominio durante varias décadas.

Dichas consideraciones y acciones influyen decididamente en las autopercepciones y valoraciones que se adjudican los dos grupos implicados. El conjunto de usurpadores de la tierra se asume como superior con respecto de aquellos que son despojados y desplazados, es decir, se identifica como poseedor de rasgos identitarios (sociales, económicos, bélicos y culturales) superiores que los autopercibe como merecedores naturales de mejores condiciones de vida. Sus pertenencias, relacionadas con el linaje, la condición social, el nivel

[24] Seguramente, se podrían incluir y analizar los efectos del uso de la violencia, pero en la novela no aparecen descritos este tipo de eventos opresores.

educativo o la capacidad adquisitiva, los convence de su preeminencia y del derecho a poseer la tierra.

En el caso de los campesinos, los efectos identitarios son adversos. Para ellos, la pobreza, la desigualdad social, la vulnerabilidad de sus derechos y la marginación social son asumidas como rasgos propios de una identidad social inferior. Se trata de una postura identitaria que asume una realidad histórica como un suceso, generalmente, inevitable, en el cual existen unos que tienen el dominio sobre la tierra y la mayoría de sus habitantes, y otros que desde su cuna poseen una supuesta posición de dominados y reprimidos.

En esencia, para que este tipo de razonamiento suceda, es importante entender que las dos partes del fenómeno identitario aceptan, de cierta manera, su rol social. Por este motivo, quienes ostentan el poder observan, nominan e interiorizan a los otros como la "clase inferior", es decir, aquellos que deben ser "exiliados a las zonas más bajas, fuera de los límites de la sociedad, fuera de esa asamblea en la que se pueden reivindicar dichas identidades (y, por tanto, el derecho a legitimar un lugar en la totalidad)" (Bauman, 2005: p. 87).

Se infiere, entonces, que para la "clase superior", los sujetos que pertenecen a la denominada "clase inferior" no tienen derechos como ciudadanos nativos, pues no son considerados parte de la sociedad, deben vivir en la periferia y, finalmente, su identidad como seres iguales no puede ser reivindicada, lo que implica tener una eterna posición de inferioridad. En este tema, el mismo Bauman (2005) señala que a los miembros de esta clase sometida

> se les ha vedado el acceso a la elección de identidad, gente a la que no se da ni voz ni voto para decidir sus preferencias y que, al final, cargan con el lastre de identidades que otros les imponen y obligan a acatar; identidades de las que se resienten pero de las que no se les permite despojarse y que no consiguen quitarse de encima. Identidades que estereotipan, que humillan, que deshumanizan, que estigmatizan. (p. 73)

Esto implica que las interacciones humanas llevan a un sujeto a determinar sus consideraciones y relaciones simbólicas, históricas y culturales con su entorno. Los sujetos basan sus relaciones con el espacio a partir de las pertenencias identitarias que poseen y que han construido desde la individualidad o desde la colectividad en el transcurso de sus vidas. Así, cuando algunos de los miembros del grupo de terratenientes y comerciantes adinerados del pueblo se refieren a la otredad desde el punto de vista sociopolítico, la enmarcan en una ideología particular y peligrosa. En una reunión que sostienen para idear la manera de deshacerse de los campesinos y obreros, varios de los que se consideran "superiores" expresan:

> —Son gente guaricha, señor Alemán, gente de temer —dice el vocero de la comitiva. —Chusmeros peligrosos —agrega el de la ventana.
>
> —Gente maluca —recalca la mujer.
>
> —También hay miembros del movimiento guerrillero infiltrados en esa invasión, y nosotros no vamos a permitir que un grupo de facinerosos venga a instaurar aquí, en nuestro pueblo,

> una sociedad comunista y atea —acota el líder ronco, y se seca la frente empapada de nuevo sudor.
>
> —¡Queremos ayudarle a expulsar a esa chusma de su propiedad! (Ferreira, 2014: pp. 154-155)

Esta información es presentada a modo de referencias sociales y políticas. Quienes hablan asumen que las palabras usadas describen objetivamente a los miembros de la Sociedad de los Oficios Varios. En cierta medida, los identifican como seres ordinarios y vulgares en su forma de actuar, hablar y vestir; como hombres y mujeres con malas intenciones que defienden el comunismo, ya que hacen parte de un grupo social que pretende la igualdad social y que va en contra de que exista la propiedad privada. Finalmente, son vistos como miembros de un grupo armado ilegal que no respeta ni acata las leyes del Estado. Estas consideraciones excluyen los derechos de los miembros del Sindicato de los Oficios Varios y postulan a este grupo como una comunidad de bárbaros, desadaptados y antisociales que debe ser expulsada de la región.

Se consolida, por consiguiente, un imaginario colectivo sobre los otros en base a prejuicios identitarios relacionados con sus pertenencias ideológicas, sus rasgos personales y condiciones de vida. Se pretende excluir al grupo mencionado porque dichas características se muestran contrarias a las validadas y defendidas por los partidarios de la Sociedad de Hierro. Se postula en esencia una consigna excluyente: “quien no piensa como nosotros, está contra nosotros”.

Del mismo modo sucede con las opiniones de los oprimidos: los "inferiores" también asumen una posición contundente frente a los "superiores". Para los miembros del Sindicato, las ideas de la Sociedad de Hierro son incorrectas, pues no poseen los argumentos y las evidencias legales para que ellas sean aceptadas y válidas. En el discurso de su líder, Ana Larrota, se evidencia una mirada autocrítica frente a su colectividad y crítica frente a sus opresores históricos. Larrota identifica, por una parte, las deficiencias y carencias políticas y militares de su grupo y, por otra parte, las necesidades y derechos que le han sido coartados por quienes tienen el poder y el control de las tierras. En esta medida, ella entiende que su grupo ha aceptado una identidad histórica y política de hombres subalternos y dóciles que no luchaban por sus derechos y reconoce que ha llegado el momento de hacerlo:

> Tal vez no tengamos la dimensión política ni la madurez de lucha para exigir los cambios que toda la sociedad requiere, pero damos un primer paso y buscamos esto: un cobro popular por una deuda atrasada, un cambio en el gobierno local, un pedazo de tierra que usaremos como vivienda; y buscamos la solidaridad entre nuestros conciudadanos. (Ferreira, 2014: p. 157)

Estas palabras representan percepciones sobre el pasado y el presente de Larrota y su grupo. Al mismo tiempo, refieren el futuro que desean tener. La voz de la lideresa se sostiene en evidencias, presentes en escrituras públicas y periódicos antiguos, que afirman que la tierra

> había sido usurpada a sus colonos y pioneros para otorgarla a veteranos de la guerra del novecientos, que los latifundios crecieron a fuego y sangre, que los hacendados de esta región se las habían apañado siempre en buen grado con dos virtudes nacionales llamadas: explotación y expropiación (Ferreira, 2014: p. 203)

Desde este reconocimiento, Larrota y su grupo entienden que la lucha se postula como el único mecanismo para cambiar su realidad y producir cambios favorables a sus condiciones vitales. Por eso, estiman que la huelga y la invasión a los terrenos del Club Kiwanis es un derecho que les corresponde y que deben llevar hasta las últimas consecuencias.

Al aferrarse a esta lucha, el Sindicato de Oficios Varios configura otros rasgos que dejan de identificarse con el pasado histórico de la situación oprimida e inequitativa de sus derechos. La pugna de este grupo y la disposición identitaria de tales rasgos se producen porque "el desengaño y la insatisfacción continuos respecto a las expectativas pueden hacer que los individuos busquen fuentes alternativas de identidad colectiva que satisfagan sus necesidades más imperiosas" (Guibernau, 2017: p. 41).

En otras palabras, si bien el discurso es proferido por un solo personaje (Ana Larrota), su voz representa la nueva mirada identitaria de una colectividad que toma las armas, sus propias armas, para recuperar algo de sus tierras y de su dignidad; una colectividad que se enfrenta a los opresores y a sus excluyentes pertenencias identitarias. En este sentido, la huelga se convierte en un espacio de lucha histórica y social y, en consecuencia, es pertinente

analizarla, en la novela de Daniel Ferreira, como un ejercicio identitario colectivo y político a través del cual interactúan las individualidades y los rasgos identitarios de una comunidad y sus grupos.

4.1.2. La huelga como ejercicio de identidad colectiva y política

En el contexto de una huelga, la identidad colectiva se presenta como un conjunto de identidades individuales que comparten rasgos, en cierta manera, homogéneos. Varios sujetos identifican que sus pertenencias identitarias interactúan afablemente porque comparten rasgos en común y buscan un mismo objetivo. En el caso de los miembros del Sindicato de Oficios Varios, aquellas singularidades se transforman en una sola idea, un único propósito y una misma esperanza: defender sus derechos con el interés de mejorar su calidad de vida. Es decir, podría afirmarse que ocurre una transición del 'yo' al 'nosotros', una transición que "acentúa la dimensión política de ciertas formas de identidad colectiva asociadas a un sentimiento de pertenencia" (Guibernau, 2017: p. 48).

Así, entonces, ser parte de una huelga implica aceptar, validar y participar de una misma identificación social. No se trata de una condición radicalmente idéntica y uniforme sino del establecimiento y reconocimiento de criterios, gustos, intereses, ideas o sentimientos similares con relación a un horizonte. Por consiguiente, la empatía y la solidaridad toman un rol importante en las pretensiones del grupo. Por este motivo, según las reflexiones de Guibernau (2017)

> la construcción de una identidad colectiva tiene el potencial de transformar un grupo en un actor político. Cuando esto ocurre, es probable que se aúnen esfuerzos para fortalecer un sentimiento de solidaridad e identidad compartida entre los miembros del grupo. (p. 58)

En la novela, la transformación sucede como consecuencia de la pérdida de tierras, del desplazamiento, de la defensa de los derechos y del anhelo de tener una sociedad más igualitaria. Tras abordar lo anterior en el acápite precedente, en las siguientes páginas interesa analizar cómo, durante el desarrollo de la huelga, se manifiesta la identidad colectiva y política del Sindicato de Oficios Varios y de la Sociedad de Hierro.

En el siguiente fragmento de la novela, se tiene una mirada general de los motivos y condiciones que llevaron al sindicato a establecer una huelga, tomándose los terrenos del Club:

> —La justificación es la deuda de seis meses de salarios contraída por el señor Alemán y los salarios que le dejó de pagar la alcaldía a los trabajadores de Obras Públicas. Esta justificación también amerita una explicación histórica: la toma de ese terreno se hizo para modificar la posesión material de la tierra sobre un territorio en disputa. Antes de ser titulada esa montaña a un terrateniente de apellido Alemán, perteneció a los pioneros que abrieron estas breñas. Y antes, había sido de los nativos, que la defendieron por siglos del invasor, hasta ser exterminados. Nuestros antepasados fueron expulsados, por las armas, de esos terrenos hace

> décadas. La otra explicación es de sentido común: la tierra no es del dueño sino del que la necesita. (Ferreira, 2014: p. 165)

En estas palabras de Ana Larrota, los motivos tienen causas históricas relacionadas con la tierra expropiada a los campesinos y causas actuales relacionadas con los derechos de los obreros y demás trabajadores de oficios varios del pueblo. Ambas motivaciones se vinculan con las condiciones socio-económicas de los afectados. De ahí que la solución inicial fuera interrumpir sus labores para manifestar sus desacuerdos e inconformidades y, de este modo, buscar la reivindicación de sus derechos sobre la tierra y como trabajadores. Mientras se organizaban como grupo, encontraban afectaciones históricas similares que habían sido el resultado de perder sus tierras, de tener que desplazarse y de resguardarse en un espacio diferente y en condiciones asociadas a la miseria, la explotación laboral y el desamparo estatal. Larrota describe estas condiciones:

> Los hombres y mujeres que aquí llaman "invasores" ocupan hoy y reclaman como propia esa ínfima porción de tierra por una sencilla razón: porque les pertenece. Sé también que a esos hombres y mujeres que el resto de ciudadanos llama con menosprecio “los destechados” se les desprecia, porque nada vale el que nada tiene. Sé de ellos, y sé de su dolor, conozco sus cicatrices y enfermedades, sé de sus vidas porque los vi crecer en la pobreza y he visto su necesidad diaria, y creo que los conozco tanto como a mí misma que... (Ferreira, 2014: p. 170)

Con la huelga, los miembros de la Sociedad de Oficios Varios intentan romper las estructuras sociales tradicionales e históricas de su región. La idea de cambiar su realidad impera frente al miedo y el temor que han tenido durante muchos años. Un miedo y un temor que ha mantenido en paz la cotidianidad de sus habitantes, pero que ha evadido una realidad diferenciada entre dominantes y dominados, poderosos y débiles, ricos y pobres. Mientras unos ostentan una vida colmada de lujos, placeres y derechos, otros sufren un destino con limitaciones económicas, sociales y políticas. Al respecto, Amartya Sen (2007) reflexiona sobre por qué en ocasiones la paz impera en regiones donde la desigualdad social es evidente y funesta:

> Por supuesto, la privación puede llevar a que se desafíen las leyes y los reglamentos establecidos; sin embargo, no necesariamente debe darles a las personas la iniciativa, el coraje y la capacidad real de hacer algo muy violento. Más aun, la privación puede estar acompañada no sólo de debilidad económica, sino también de impotencia política. Un desdichado muerto de hambre puede ser demasiado frágil y estar demasiado abatido como para luchar y combatir, y hasta para protestar y gritar. Por tanto, no es sorprendente que con mucha frecuencia el sufrimiento intenso y generalizado y la miseria hayan estado acompañados de una paz y un silencio inusuales. (p. 192)

Para la lideresa sindical y sus compañeros, es momento de combatir la injusticia, aunque esto conduzca a la pérdida de la paz y el silencio acostumbrado, y ponga en riesgo la vida de algunos miembros del grupo. Se enfrentan, por consiguiente, a los hábitos de una comunidad impasible y apática frente a las injusticias y arbitrariedades sociales. Por este motivo, la

huelga se presenta como una posibilidad de dar a conocer las problemáticas ignoradas que han padecido muchos ciudadanos. En este sentido, el menosprecio induce a los grupos excluidos a asumir posturas más radicales, ya que "un sentimiento de abuso, degradación y humillación tiene mayor capacidad aun para movilizar a las personas hacia la rebelión y la revuelta" (Sen, 2007: p. 194).

Larrota muestra los rasgos identitarios que comparte con sus camaradas, rasgos derivados del menosprecio que ella y su grupo han sentido de quienes poseen la tierra y el poder, de quienes piensan desde la superioridad que "nada vale el que nada tiene". No obstante, las valoraciones negativas que les son impuestas y que los configuran "portadores" de una identidad inferior son las mismas que impulsan la lucha por las transformaciones sociales. Así, después de que los miembros del sindicato convivieran mucho tiempo aceptando esas valoraciones negativas, llega el momento en que una voz es capaz de impulsar, unificar y movilizar a otras identidades individuales en favor de un beneficio comunal. En este sentido, la transformación que desafía el *statu quo ante bellum* sin temer a las consecuencias de la lucha

> anima al individuo a renunciar a un grado sustancial de su libertad personal a cambio de la seguridad y el calor asociados a la pertenencia al grupo. En este contexto, el hecho de compartir una identidad colectiva conlleva un fuerte contenido emocional que a menudo resulta decisivo en la transformación de un grupo en un actor político —dotado de varios grados de poder que varían según los casos— capaz de desafiar, contradecir, transformar o apoyar el *statu quo.* (Guibernau, 2017: p. 14)

Esta situación de unidad identitaria produce en los huelguistas el deseo de actuar, de llevar a cabo acciones decisivas que demuestren su valía y la seriedad de sus anhelos. Ya no son un grupo descoordinado y fraccionado que reclama con palabras una transformación en cada una de sus realidades. En cabeza de Ana Larrota, los miembros del sindicato se han convertido en una fuerza unificada que se autoidentifica bajo los mismos y propios preceptos de orden social y político. Para Guibernau (2017), esto acontece porque "la identidad del individuo se ve sustituida paulatinamente por la 'identidad primordial' del colectivo, que ahora se convierte en la fuente principal de su nueva autoidentidad" (p. 14).

Se podría afirmar, entonces, que los sindicalistas poseen, comparten y defienden una identidad primordial que incluye preceptos legales que no son aceptados por la Sociedad de Hierro ni los representantes de la Ley. Por tanto, para la lideresa sindical, la huelga se establece porque es necesario asumir una posición crítica y práctica frente a la injusticia que acontece con sus derechos en la vida cotidiana. En otras palabras, la huelga es la manifestación social de una identidad primordial, de sus rasgos y sus posturas. Durante el juicio, el representante del Estado pregunta a Larrota: "¿Conocía usted los preceptos legales y el decreto que convierten el paro y la agremiación y la protesta en delito de rebelión y asonada bajo el Estado de Sitio?", y ella responde:

> —Lo conozco. Pero una multitud de hombres y mujeres que no tienen cómo pagar una pieza para pasar la noche ni tan siquiera un pocillo de aguapanela para alimentar a sus hijos no

> puede acatar una ley injusta. Yo sé que esta es una verdadera democracia que se rige por decretos. Yo sé que está prohibido el paro y la huelga, pero también sé que ellos no tenían dónde vivir. (Ferreira, 2014: pp. 174-175)

La respuesta de Larrota representa a todos los miembros del sindicato, a sus necesidades y a sus pretensiones. En las dos últimas citas se constata el reconocimiento sobre las virtudes, los riesgos de la huelga y la invasión de los terrenos del Club Kiwanis. Las virtudes ya han sido expuestas y están sintetizadas en las palabras de la lideresa. Los riesgos se concretan durante el desenlace de la historia.

Por un lado, Ana Larrota es asesinada en prisión después de ser sentenciada a permanecer allí varios años. El asesinato lo cometió otra prisionera llamada Martina Hinojosa a quien "compraron desde afuera, en las visitas del domingo, con efectivo. El que pagó es del ejército" (p. 66).

Por otro lado, la huelga y la invasión fueron disueltas en circunstancias violentas. Esto permite pensar en las concepciones que poseen los miembros de la Sociedad de Hierro sobre la aplicación de la ley por medios legales. La sociedad no creyó en métodos legales para terminar la huelga y, especialmente, para lograr que los invasores se retirarán de los terrenos del señor Alemán. En este aspecto, es preciso recordar que el periódico "La gallina política" y Ana Larrota ya habían demostrado con documentos oficiales que estos terrenos habían sido

expropiados ilegalmente, usando las armas y la violencia, por los antepasados del actual "dueño".

Se infiere entonces que, aunque los miembros de la Sociedad de Hierro se consideren "ciudadanos de bien" que respetan la ley, sus integrantes prefieren enfrentarse a sus adversarios usando estrategias propias contrarias al bien de la convivencia comunitaria:

> si el ejército no está dispuesto a hacer nada para defendernos a nosotros, los ciudadanos de bien que contribuimos y pagamos impuestos, si no hacen nada para expulsar a los vándalos de esa tierra que invadieron ilegalmente, entonces los ciudadanos de bien tomaremos justicia por nuestra propia mano. (Ferreira, 2014: p. 161)

Desde esta concepción de justicia, ellos usan la violencia en contra de los miembros del sindicato para lograr sus propósitos. Acuden a la intimidación para amedrentar y manipulan las acciones para construir un imaginario social negativo de sus rivales. Esto lo organizan y lo llevan a cabo para deshacerse de aquellos que consideran invasores, inferiores y extraños. En otras palabras, la solución más idónea que encuentran es expulsarlos del territorio y dispersarlos, pues de este modo se desestabilizan las relaciones interpersonales y la empatía identitaria que se han forjado entre ellos. Para Ana Ibáñez (2008), esto ocurre porque

> la expulsión de la población como estrategia de guerra busca asimismo impedir los movimientos de resistencia civil, debilitar las redes sociales e intimidar a la población, para

así ejercer un mayor control. Los ataques a la población debilitan el apoyo a los grupos oponentes e impiden los levantamientos civiles. (p. 18)

Expulsar a una identidad colectiva es deshacer el espacio comunitario donde las identidades se resignifican de forma cohesiva. Para ser una fuerza mayor que pueda luchar contra quienes ostentan el poder y controlan un territorio, es necesario unificar, de la mejor manera posible, los rasgos identitarios singulares que cada miembro posee. Estos últimos determinan que los propósitos y las percepciones particulares se sostengan en un bienestar común, bienestar que puede describirse con una clara ambición: cambiar la realidad para que esta sea más igualitaria. En este caso, podría asumirse a los campesinos como aquellos grupos de hombres insurrectos analizados por Erick Hobsbawm en su obra *Rebeldes primitivos* (1983). Para el pensador británico, el rebelde se levanta ante las desigualdades sociales con una ambición sencilla y profunda en sus ideales: "que los hombres reciban un trato de justicia, no un mundo nuevo y con visos de perfección" (p. 15).

Lo anterior representa un aspecto que la Sociedad de Hierro pretende evitar. Para sus miembros, la realidad debe permanecer tal y como está, sin cambios ni variaciones, sobre todo en los ámbitos sociales y políticos. La estructura social que condiciona las relaciones sociales en el pueblo y que manipula la aplicación de las normas gubernamentales tradicionales debe conservarse. Para la Sociedad de Hierro, la justicia tampoco es perfecta, pero dado que este grupo es quien la controla y la opera, esta es aceptada. Según la novela, la Sociedad estaba conformada por "abogados, médicos y hasta un sacerdote, todos adscritos (…) al Club de Leones" (Ferreira, 2014: p. 160); es decir, estas personas podrían considerarse

la clase más alta de la sociedad o como ellos mismos se describen: “los hombres más prestantes (…) [del] municipio” (p. 160).

En estas condiciones, la identidad puede pensarse desde las posiciones sociales en que cada grupo se encuentra. El ejercicio de su libertad está supeditado al nivel socio-económico desde donde los ciudadanos se identifican con las condiciones de unos o de otros. Al respecto, Jorge Palacio (2003) expresa que

> la identidad en su dimensión cultural está tan ligada a las semejanzas que hay en su interior como a las diferencias que tiene con los otros grupos. Ella se construye por esa apropiación de lugares, personas, situaciones, cosas, valores, formas de vida y costumbres que hacen que unos modos ver y vivir la vida sean similares para unos y diferentes para otros. (p. 37)

De alguna manera, podría concluirse que la identidad está supeditada a factores sociales y económicos, los cuales determinan la calidad de vida, el reconocimiento y la aceptación de la comunidad. En suma, mientras que la lucha del Sindicato de Oficios Varios ocurre porque carece de estos beneficios, la Sociedad de Hierro defiende el *statu quo*. No obstante, también podría afirmarse que la calidad de vida, el reconocimiento histórico y la aceptación social construyen rasgos identitarios singulares que subyacen a los rasgos identitarios colectivos. En este sentido, no se nace con rasgos identitarios definidos, en la medida en que se crece y se establecen relaciones sociales con ciertas características, el individuo va sintiendo que

hace parte (o que debe hacer parte) de cierto grupo social. Esto conlleva elegir la pertenencia a un grupo y, al mismo tiempo, la exclusión de otro. Sobre este aspecto, Palacio (2003) señala:

> Es claro, pues, que siempre se es el otro de alguien. Siempre la identidad remite a un afuera, a un antes y a un los "otros" (…) Así, debemos entender que la Identidad cultural se configura morfodinámica, es decir que depende tanto de la identidad individual como de la colectiva. (p. 40)

En este sentido, debe tenerse en cuenta que los sujetos valoran las circunstancias en base a sus propias consideraciones, necesidades e intereses y, por el contrario, cuestionan, excluyen o tratan de aislar las ideas y acciones que no consideren convenientes o afines a sus pertenencias identitarias. Al respecto, Guibernau (2017), expresa que

> el equilibrio entre las ventajas y las desventajas derivadas de la pertenencia a un grupo repercute en la valoración que el individuo hace de su pertenencia a un grupo específico, en términos de una experiencia positiva y gratificante o bien de una limitación que apenas puede ofrecer incentivos. (p. 41)

Por este motivo, en la novela, los actuales dueños de las tierras buscan organizarse y defender lo que ellos consideran que les pertenece, aunque los documentos legales no logren avalar

este derecho. Aquello que inicialmente parecía estar dentro de los estamentos legales, con el tiempo se descubre que es errado, pues las tierras pertenecen a familias campesinas.

Se postula, por consiguiente, una valoración subjetiva y autoritaria frente a los hechos, las evidencias y la realidad. Esta valoración pone en evidencia los rasgos identitarios de la Sociedad de Hierro, pues quienes se presentan como "ciudadanos de bien" no están dispuestos a reconocer la legitimidad de las escrituras adscritas legalmente en nombre de algunos campesinos de la región. En definitiva, aunque los miembros de la Sociedad consideren el actuar de su grupo como "legítima defensa de los hijos colombianos" (p. 160), la ley contradice la veracidad de sus afirmaciones. Así, ellos se identifican con la ley, siempre y cuando esta se incline o actúe en favor de sus intereses.

En suma, la huelga como ejercicio figurado de una identidad colectiva se encuentra representada en dos grupos con diferentes rasgos identitarios y percepciones sociales. Por un lado, esta deja ver que las acciones, opiniones y concepciones de los "ciudadanos más prestantes" del municipio parecen sujetas a una idea de justicia que se encuentra arraigada a una identidad violenta. Para ellos, la justicia debería proteger solo a una identidad, a aquella que converja con las costumbres y el orden social establecido. De lo contrario, es necesario asumir una postura agresiva y vehemente que abogue por aquellos valores que propenden por la defensa de "la Propiedad, la Familia y la Tradición" (p. 279). Así, la conminación y la coerción se presentan como tácticas ilegales para controlar y deshacer la huelga. Además, se

manifiestan como una demostración contundente de poder frente a los miembros del sindicato. Con relación a esto, Amartya Sen (2006) establece que

> se fomenta la violencia cuando se cultiva el sentimiento de que tenemos una identidad supuestamente única, inevitable —con frecuencia beligerante—, que aparentemente nos exige mucho (a veces, cosas muy desagradables). La imposición de una identidad supuestamente única es a menudo un compo-nente básico del "arte marcial"; de fomentar el enfrentamiento sectario. (p. 11)

Desde esta perspectiva, los miembros de la Sociedad han cultivado un sentimiento de identidad única para defender lo que consideran sus derechos. Por este motivo, han usado acciones beligerantes como una estratagema para imponer su estatus y condición social. En ellos, la violencia no solo surge como un mecanismo de defensa, esta aparece también como un instrumento de ataque. De modo que los miembros de la Sociedad defienden un ideal económico y territorial, y agreden a sus contrincantes con armamento mortal, pues para ellos el fin justifica los medios: el objetivo es deshacer completamente la huelga y los medios están fundamentados en la tortura, las masacres, la desaparición y el asesinato.

En este orden de ideas, las primeras veinte páginas de la novela ofrecen una descripción de la tortura de veinte hombres y mujeres del sindicato llevada a cabo por algunos comandantes de las fuerzas del Estado. Los victimarios afirmaban que estos ciudadanos eran miembros y espías de la guerrilla que se habían infiltrado entre los huelguistas para realizar acciones

ilegales y subversivas en contra de personal de las Fuerzas Armadas de Colombia y de los establecimientos públicos del municipio. No obstante, esto también se desestima con las publicaciones de los dos miembros del periódico "La gallina política". Cuando los huelguistas dejan el pueblo, el fotógrafo Giovanni Orozco y el director y periodista Joaquín Borja observan lo siguiente:

> descubrimos que eran los mismos comerciantes quienes salían a disparar contra las vidrieras de la alcaldía y de sus propios almacenes, otros comerciantes salían a pinchar las ruedas de sus propios carros, a romper la cristalería de las tiendas que quedaron enteras, y a dañar lo que la turba había dejado intacto. (Ferreira, 2014: p. 190)

Se reitera con esto el uso de la fuerza extrema como mecanismo de justicia. En este caso el ataque se dirige a dañar la imagen pública de los sindicalistas. Si se afecta su imagen, se logra cultivar una visión desfavorable de la identidad colectiva de sus miembros. De este modo, aquellos que están en medio del conflicto, sin favorecer o sin asumir una postura clara, empiezan a creer que los huelguistas son ciudadanos violentos y reaccionistas, ya que para solucionar un problema acuden a destrozar los bienes ajenos. En este sentido, mientras la colectividad sea percibida como violenta y agresiva, los rasgos identitarios de cada uno de sus miembros serán estigmatizados de la misma manera. Este prejuicio puede, por lo demás, ocasionar lo que Amartya Sen (2006) describe como el belicoso arte de fomentar la violencia, en donde, por medio de hechos y noticias falsas o tergiversadas se despiertan "ciertos instintos básicos que (…) sirven para anular la libertad de pensamiento y la capacidad de un razonamiento sereno" (p. 233). En otras palabras, este tipo de acciones fraudulentas conlleva

dos consecuencias: puede condicionar un punto de vista en favor de quienes han infringido la ley y en contra de quienes no han actuado de este modo, o puede conducir a quienes actúan neutral y pacíficamente a aceptar y usar la violencia como un mecanismo de defensa o de venganza social.

De esta manera, sin ser parte de la Sociedad de Hierro, algunos pobladores pueden identificarse con su causa y, al mismo tiempo, invalidar la huelga y configurar a los huelguistas como rebeldes, guerrilleros y agitadores sociales. Con la instauración de estos prejuicios y estereotipos en la identidad colectiva de estos pobladores, las acciones realizadas en contra de los sindicalistas no serán valoradas como injustas. Parecerá que la causa de las motivaciones de la Sociedad es correcta y que sus miembros han respondido con motivos suficientemente válidos, aunque no legales, a las agresiones de los huelguistas. En esta medida, ocurrirá una filiación identitaria que apoyará la disolución de la huelga y el castigo para quienes han acabado con la "tranquilidad" y las "buenas costumbres" del municipio.

Ahora bien, por otro lado, para el Sindicato de Oficios Varios, el ejercicio de la huelga es una reacción cívica que pretende la defensa de sus derechos más básicos. En su caso, la justicia se torna un concepto lejano y disfuncional. Aunque sus miembros tengan derecho a la huelga[25], esta no es respetada por el gobierno local ni por sus opositores; aunque sean

[25] En Colombia el derecho a la huelga ha presentado irregularidades en su disposiciones legales y aplicaciones sociales, pues, aunque su historia legal empieza con la Ley 78 de 1919, desde entonces ha sido poco acatada, modificada en sus artículos, tergiversada o simplemente evadida por las instancias gubernamentales. Al respecto, es posible profundizar en este tema con los trabajos de Rafael Caicedo sobre el derecho a la huelga; los informes de la Agencia de Información Laboral (AIL); y los libros *El Derecho de*

dueños de la tierra, la ley no se aplica a su favor para devolver sus territorios; aunque, como ciudadanos, tienen derecho a la vida y a la vida digna, tales principios no son respetados ni defendidos. Esto los lleva a no sentirse identificados con las normas establecidas ni con el cumplimiento de las mismas. Sus rasgos identitarios relacionados con la justicia se difuminan, en tanto las personas que representan la ley asumen una posición parcializada que privilegia a la Sociedad de Hierro. Durante el juicio que se desarrolla en contra de la lideresa sindical Ana Larrota, los miembros de la ley se muestran parcializados en contra de los rebeldes y de ella. Contrario a esto, el propio juez afirma que Larrota se encontraría segura en las instalaciones de la cárcel. Al respecto enuncia: "Aquí nadie la va a matar, señora" (Ferreira, 2014: p. 175). Semanas después, el ejército contrata a una convicta para asesinarla.

Los huelguistas son un grupo de personas desplazadas que comprenden que han sido violentados por la sociedad y, especialmente, por aquellos que están en una posición social superior en aspectos económicos, laborales y profesionales. Son sujetos sin tierra, sin trabajo y sin porvenir. Por eso, para ellos, la consolidación de sus carencias y de sus ideales se concreta en la conformación del sindicato. Ser parte de un grupo de personas que luchan por objetivos comunes los transforma en una fuerza más poderosa y visible. Por lo anterior, es preciso señalar que estos forman parte de una identidad primordial que se sustenta en el trabajo mancomunado y en la confianza por el otro. Al respecto, Jorge Palacio afirma que las

Huelga en Colombia (2019), de Iván Daniel Jaramillo Jassir y *¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981* (2009), de Ricardo Sánchez Ángel.

comunidades de desplazados son grupos de personas que comparten una identidad social con problemas sociales y con rasgos identitarios similares. Por este motivo, son personas que

> aunque constitucionalmente existen han perdido su autonomía y capacidad de acción política, es decir, sujetos que se ven obligados a construir una dinámica de vida personal y social basada en las conveniencias de lealtad y protección, no sólo por defenderse de los unos o los otros sino para preservar la vida. (Palacio, 2003: p. 47)

La dinámica de los huelguistas se fundamenta en la camaradería, la unión sindical y tiene como propósito esencial la preservación y mejoría de la calidad de vida. Dado que sus propósitos parecen subvertir el *statu quo*, deben actuar de manera autónoma y, por consiguiente, asumir las repercusiones legales, las cuales no están mediadas por la imparcialidad y la honorabilidad de quienes actúan como juristas. De ahí que, sin pruebas contundentes, la lideresa del sindicato, Ana Larrota, es condenada a prisión. Así mismo, no se investigaron las torturas y desapariciones de algunos miembros del sindicato ni se devolvieron las tierras a los desplazados.

Se presenta, en consecuencia, un contexto donde la impunidad edifica una identidad política de dos grupos que entienden que las leyes no se han dispuesto para ser cumplidas sino para ser manipuladas a conveniencia. La impunidad es uno de los problemas legales y sociales más influyentes y propulsores de la violencia del país. Para los organismos que deben cumplir y hacer cumplir las leyes, la corrupción social está tan arraigada que sus propias vidas corren

un alto riesgo. Por otra parte, estos mismos grupos hacen parte de la corrupción política y social que intentan evitar. El CNMH (2015) ha expresado que en Colombia "persiste la manifiesta impunidad en la que continúan los responsables, principalmente quienes contribuyeron, financiaron y propiciaron la guerra, así como aquellos que se beneficiaron del destierro y el despojo de bienes, tierras y territorios" (p. 29).

Durante los últimos siglos, se han establecido filiaciones ilícitas entre organizaciones del Estado y poderosos terratenientes para adjudicar la apropiación de terrenos. En el marco de esas alianzas, el conflicto armado aparece como un distractor para ocultar tales acciones a la opinión pública. Desde esta perspectiva, cada uno de los miembros de la Sociedad de Oficios Varios asume una identidad política despectiva y desconfiada de las leyes del país. Ellos no se piensan como miembros de una sociedad inclusiva en donde se establezcan relaciones políticas y gubernamentales igualitarias. Por el contrario, han dejado de compartir rasgos identitarios con preceptos normativos y legales y, por consiguiente, han decidido demostrar su distanciamiento con la huelga.

En resumen, los huelguistas configuran una identidad colectiva que tiene en su contra el cumplimiento de la ley, la clase dirigente y poderosa del municipio y, posiblemente, a algunos pobladores civiles. Por este motivo, se muestran y asimilan como una voz unificada y aislada que solo por medio de la huelga es escuchada. Con el desplazamiento, muchos pierden sus derechos como individuos, se les anula su voz como miembros de una

comunidad. En el libro *Tierra en disputa* (2010), el Centro Nacional de Memoria Histórica ha establecido que

> el despojo de tierras y territorios ha supuesto el ejercicio de diferentes modalidades de violencia directa, pero también de acciones legales e institucionales, e incluso de procesos sociales cuyo aprovechamiento se ha constituido en ocasiones en verdaderos dispositivos perversos que conducen a la apropiación forzosa de la tierra por otras manos, distintas a las de sus originarios detentadores, poseedores o propietarios, casi siempre campesinos. (p. 139)

Si se revisa y analiza este panorama histórico, la tierra es el propósito de la lucha entre avaros terratenientes y campesinos sin ningún tipo de poder. El más fuerte, en términos económicos, políticos y violentos, se queda con la tierra. Por estos motivos, para los miembros de la Sociedad de Oficios Varios la huelga es el espacio de unificación social de sus identidades e intereses. Es la actividad colectiva donde "empiezan a desarrollar una identidad mediada por un 'nosotros', que se 'incorpora en medio del estigma', pero también de las posibilidades que ello supone, para actuar de manera conjunta y poder lograr un poder de interlocución como actor social" (Palacios, 2003: p. 47). El bienestar de ese "nosotros" es la condición y la finalidad primordial del ejercicio de la huelga. Esta movilización colectiva es, en realidad, la manifestación social y política de una identidad primordial que insiste en cambiar un entorno adverso y denigrante en donde la tierra que les pertenece es habitada y explotada por otros.

4.2. La violencia cotidiana y la cotidianidad de la violencia en *Río muerto* de Ricardo Silva Romero

El desplazamiento forzoso no solo es un movimiento físico que consiste en cambiar de territorio, en abandonar un espacio geográfico conocido huyendo de alguna circunstancia problemática y violenta. Ser desplazado empieza antes del trasegar corporal, sea este individual, familiar o social. Antes de huir, de renunciar al espacio conocido, el sujeto comienza a comprender que para resguardar su vida y la de sus seres queridos debe poner fin a la permanencia en su lugar de origen. El sujeto debe partir de allí, de lo contrario vivirá entre el miedo y la incertidumbre que producen las constantes amenazas y la represión social de sus enemigos por medio de acciones violentas como la tortura, el asesinato y la desaparición.

En este sentido, la identidad de quienes pierden la comodidad y la seguridad de habitar un espacio conocido se ve agredida y transformada. Quedarse implica identificar y aceptar que los rasgos identitarios relacionados con la libertad, la libre expresión, el territorio y la paz deben comprenderse y asumirse de otra manera. Tales condiciones ocurren en la novela *Río muerto* del escritor bogotano Ricardo Silva Romero. En su obra, los personajes principales (la familia de Salomón e Hipólita) deben enfrentarse o rendirse ante grupos armados que usan la violencia como estrategia de control y poder.

La historia ocurre entre los años 70 y 90, pero su desarrollo es una consecuencia de la violencia endémica que ha golpeado a Colombia desde mitad del siglo XX. En la novela, la violencia bipartidista que comienza en el siglo XX, recrudecida después de la muerte del líder y candidato del partido Liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, se ve reflejada en un contexto donde los seguidores del partido Liberal y del partido Conservador (junto a la Iglesia católica) asumieron posturas radicales mediadas por la agresión, la exclusión y el asesinato a sus oponentes. Con esto, se pretendía la deslegitimación de la ideología contraria y la desaparición de los miembros del partido de la oposición. Los dos grupos pretendían la consolidación e institucionalización nacional, forzada y arbitraria, de una identidad única que les adjudicara todo el poder gubernamental, militar y civil.

En el caso de la novela, estos hechos están representados en los relatos que el narrador ofrece sobre algunos de los antepasados de la población. En este aspecto, se cuenta que los abuelos de los personajes principales llegaron al corregimiento de Belén del Chamí, en Antioquia, huyendo de las agresiones de una Iglesia que privilegiaba y fomentaba los ideales conservadores. Con la intención de habitar en un territorio pacífico, sus parientes se desplazaron de manera forzada porque formaban parte del partido Liberal:

> los abuelos de Salomón y los abuelos de Hipólita y los abuelos de cien más descubrieron, a finales de los cuarenta, este lugar, un triángulo verde entre el verde que va desde el Chocó hasta Antioquia, escapándose como tantos liberales tolimenses y opitas a las brutales torturas lideradas por la Iglesia católica, pero la paz imaginaria de los desterrados y los fugitivos y los desertores les duró veintipico de años nomás. (Silva, 2020: p. 16)

Se empieza a vislumbrar, por tanto, un contexto englobado en una violencia desbordada nacional, en la cual, la vida y seguridad de los ciudadanos dependía de su rol político y del lugar en que se encontraban. En aquella época, los pueblos y las regiones del país se hallaban simbólicamente limitados por las consideraciones políticas y este simbolismo determinaba si una persona y su grupo familiar eran integrados o excluidos del territorio. Así, se piensa la identidad política como un rasgo prioritario y obligatorio de una persona para pertenecer y residir en un territorio. Al respecto, Berger y Luckman (1999) expresan que "la identidad se legitima definitivamente situándola dentro del contexto de un universo simbólico" (p. 128).

En otras palabras, el universo simbólico estaba determinado estrictamente por las filiaciones políticas, ser liberal o conservador era suficiente para desplazar a una persona o, posiblemente, para quitarle la vida. Y este rasgo de crueldad fue heredado por el papá de Hipólita, quien era reconocido en la región como un impasible asesino de militantes conservadores, denominados popularmente como "pájaros". Sobre las características del padre de Hipólita, el narrador afirma: "Su papá, que mató pájaros conservadores como si fueran pájaros, decía que le daban más ganas de matarlos cuando les notaba el miedo —algo adentro de él le susurraba '¿sí ve?: se lo merece'" (Silva, 2020: p. 68). Antes de la realidad vivida por Hipólita y su familia ya existía un ambiente de terror y agresión social donde la vida tenía menos valor que una ideología política; ambiente que es determinante para que los pobladores betlemitas construyan una visión pesimista del mundo, caracterizada por la inminente posibilidad de ser violentados en cualquier instante.

Con estos antecedentes termina la llamada época de la Violencia y ocurre el afianzamiento de los grupos armados ilegales, como las guerrillas de izquierda, especialmente en las zonas más apartadas. En el territorio nacional, la centralización gubernamental se reflejó en el olvido de muchos territorios aislados por parte del Estado, los cuales fueron invadidos y dominados por las guerrillas. De este modo, en los años 70, los pueblos y el campo colombiano empezaron a sufrir el conflicto armado, escenificado por el control imperioso de los distintos frentes guerrilleros y una visión religiosa alejada un poco del dogmatismo católico. En el caso de la novela, mientras la religión evangélica moldeaba el espíritu de los habitantes de la región, la guerrilla instauraba una visión política y social:

> Y fueron los pastores de la Iglesia evangélica quienes les metieron en la cabeza a los belemitas, hartos de curas pájaros, la idea de que en ese delta verde no importaba el partido, ni importaba la raza, ni importaba el origen, sino solamente el espíritu, pero fueron los guerrilleros, que se tomaron el poblado en 1975, los enajenados que les disciplinaron los cuerpos. (Silva, 2020: p. 17)

De esta manera, la novela muestra un modo autoritario, una identidad singular que dispone una manera de pensar y vivir en sociedad. Las normas sociales que debían respetar cada uno de los habitantes no estaban atadas a los preceptos legales sino a las directrices y ordenanzas impuestas por el grupo armado:

> Siguieron quince años de paz patrullada y fiscalizada: persona que saliera a deshoras, persona que se iba al río, al río Chamí, al río Muerto. Vino el imperio implacable e inclemente de la guerrilla, sí —y entonces no hubo alcaldes ni concejales ni agentes de la ley ni enviados del Gobierno: sólo camaradas y pastores en la lucha—. (p. 17)

En esencia, la comunidad estaba sumida en el total control de un grupo armado que juzgaba a los ciudadanos y asumía las penas y castigos bajo sus propias normativas. El Estado solo era una figura imaginaria sin poder ni control sobre el territorio. Por consiguiente, los ciudadanos debían actuar con base en dichas normativas, asumiendo una identidad individual que empatiza con la identidad establecida por el grupo armado. Esto ocurre porque en palabras de Goffman (como se citó en Palacios, 2023): "el individuo es un actor social que interpreta un rol y actúa de acuerdo con lo esperado socialmente, y es estigmatizado si se desvía" (p. 31). En suma, para los habitantes del corregimiento solo existe una manera de convivir y habitar en su territorio y, por tanto, una única posibilidad de identificación social.

Sin embargo, el territorio en el cual se encuentra el corregimiento de Belén del Chamí es deseado por otros grupos armados que también ambicionan el control de la zona y de sus habitantes. Aparece, entonces, el Bloque Fénix como el nuevo pretendiente. Este es un grupo paramilitar que es apoyado por la policía y por el Ejército nacional del estado colombiano. Se trata de un grupo de hombres armados que tampoco se rige por las normas legales y que pretende recuperar el dominio del territorio usando la violencia o cualquier estrategia que sea necesaria y funcional. Quien narra la historia refiere que el poder estuvo a cargo de la guerrilla

> hasta que al Bloque Fénix del desmemoriado comandante Triple Equis le dio por empezar "la reconquista del territorio de la patria": en la cabecera del corregimiento pusieron una valla que decía "No hay imposibles sino falta de güevos" y volvió la guerra. (Silva, 2020: p. 18)

La llegada de este grupo paramilitar trae consigo una nueva perspectiva de ser y estar en el mundo para los habitantes. El cambio de poder viene acompañado de un cambio de ideología que podría entenderse como un paso de la extrema izquierda a la extrema derecha, lo cual lleva en esencia variaciones en los hábitos cotidianos y en las interacciones sociales. En suma, la sociedad civil se ve expuesta y subyugada por el nuevo "modelo" paramilitar, al mismo tiempo que continúa abandonada por el Estado. Belén del Chamí es un pueblo sin identidad estatal que intenta sobrevivir en medio de los enfrentamientos y represalias de dos grupos al margen de la ley, estos últimos defienden, por medio de la coacción, una identidad singular, una visión única de la realidad.

4.2.1 La identidad estatal: el sinsentido identitario

Una de las críticas más constantes y fervientes de la sociedad betlemita contra el Estado colombiano es su histórico abandono y olvido. Esta crítica es expresada por distintos representantes o actores del conflicto a lo largo de la novela. No obstante, Hipólita es quien la declara con más ahínco y claridad: "Hemos vivido aquí humillados, pordebajeados, calaos,

porque ninguno de esos Gobiernos de allá ha querido concedernos el derecho de aparecer en el mapa de Colombia" (Silva, 2020: p. 99).

Para ella y sus coterráneos los rasgos identitarios que se mantenían con la idea de pertenecer a un Estado, de ser protegido e identificado por el mismo, se han difuminado con el paso de los años y con el desamparo. Los pobladores consideran que no son importantes para las instituciones burocráticas y que, por tanto, no sienten filiaciones sociales y políticas con el Gobierno. Al respecto, Gleizer (2012) afirma que

> sólo se puede mantener la identidad de "persona importante" en un ambiente que la confirme. Y para que el significado subjetivo de la propia identidad pueda armonizarse con el significado atribuido por la sociedad, requiere ser ubicado en el marco del universo simbólico. (p. 23)

Quienes se sienten aislados y abandonados asumen que se encuentran en una tierra en donde deben acomodarse a las circunstancias propias de una realidad manipulada y violentada en la cual el bienestar y la vida yacen en manos de quienes tienen las armas. Con esto, no es posible determinar con qué grupo se identifican los pobladores, pues en medio de los actos coercitivos, las decisiones no se toman de manera libre. Se decide por la sobrevivencia, lo cual, en otras palabras, significa obedecer ciegamente los regímenes impuestos por el poder en turno.

Como resultado, algunos habitantes de Belén del Chamí, que inicialmente son víctimas del conflicto, pasan a convertirse en cómplices de las atrocidades y vejámenes de alguno de los bandos. Sobrevivir a una realidad social, intervenida por la violencia, parece ser el motivo por el que los sujetos se acostumbran a vivir en medio de la violencia y, sobre todo, a validar su uso contra los mismos pobladores. Por tanto, el pueblo es cómplice y víctima del conflicto, puesto que teme y hace parte de aquellos rasgos identitarios relacionados con la muerte, la venganza y el odio. Esto lleva a señalar que en la región ya no se vive en comunidad, sino que cada uno (o cada familia) busca únicamente el beneficio personal, aunque este se logre callando o eludiendo un hecho o, directamente, agrediendo o afectando a vecinos y conocidos:

> Por supuesto que el pueblo entero lo sabía todo: el asesinato vil, el entierro injusto, el duelo aplastante. Claro que el único soldado y el único enfermero le habían contado al único policía que el pobre sepulturero les había dado una mano. Claro que los vecinos le habían dicho al pastor que la bruja había estado merodeando por allí. Claro que todos en Belén estaban esperando el paso siguiente para quedarse con todo. (Silva, 2020: p. 50)

En la cita, se observa la participación de diferentes miembros de la sociedad betlemita en la información que terminó con el asesinato de Severo Caicedo, el sepulturero que fue acribillado y lanzado al río por enterrar el cadáver de Salomón Palacios, lo cual era considerado un desacato a la norma del grupo paramilitar expuesta en el primer panfleto entregado a la opinión pública. Dicho panfleto proclamaba: “NO RESPONDEMOS A NINGUNA HORA DE LA MAÑANA NI MUCHO MENOS DE LA NOCHE POR

PERSONAS QUE SE ENCUENTREN COLABORANDO TODAVIA CON GUERRILLEROS APATRIDAS[26]...!!!!!!!!!!" (pp. 18-19).

De este modo, se evidencia la instauración de una sociedad permeada por el temor y la violencia, en la cual sus rasgos identitarios ideológicos se encuentran ligados al grupo dominante y no a las normas legales y a los derechos humanos. Todo esto con el fin de evitar ser blanco de los grupos insurgentes. Así, ante la ausente intervención del Estado en el cumplimiento de los derechos, como por ejemplo el derecho a la sepultura digna, los ciudadanos mantienen una identificación inconexa con sus instituciones de seguridad. Dado que el Estado no posee soberanía sobre todos los rincones del territorio, la identidad nacional y patriótica se limita y, en algunos casos, se percibe nula, especialmente, cuando hay territorio como Belén del Chamí que no aparecen en el mapa de Colombia.

Por consiguiente, es posible inferir que para la comunidad no estar en el mapa es una representación clara del abandono estatal. Para sus miembros, el abandono conduce a pensar en el desinterés que tiene el Estado colombiano en no reconocer a sus pobladores como parte de la nación; en otras palabras, si no hacen parte de un gobierno que los reconoce, no es posible sentirse identificados con la nación y con la patria. En este sentido, Simone Weil (citado por Ibarra-López, 2003) señalaba que "el sentido de pertenencia tal vez sea la necesidad más importante y menos reconocida del ser" (p. 43). Por tanto, la no pertenencia

[26] La cita se incluye en mayúscula sostenida y con el uso de signos de puntuación tal y como aparece en la novela *Río muerto*, de Ricardo Silva.

implica la pérdida de una parte importante del espacio simbólico determinado por todos los aspectos históricos, patrióticos y culturales del país. Para los belemitas, la pérdida se entiende como el problema de quedar a la deriva, es decir, de ser una comunidad apátrida y olvidada en medio de las montañas colombianas.

Dicha desidentificación se profundiza cuando la calidad de vida se ve disminuida debido a factores externos que irrumpen en la cotidianidad y que aumentan el desasosiego y la desidia de los pobladores. En la obra de Ricardo Silva, la población de los personajes principales y otras poblaciones de departamentos como Chocó, Bolívar y Antioquia sufren constantes incursiones violentas de grupos guerrilleros y paramilitares, incursiones que traen consigo matanzas, masacres, torturas, fusilamientos, extorsiones y secuestros. En estas zonas, las poblaciones no cuentan con presencia de las fuerzas militares del Estado y, en algunos casos, estas últimas tienen nexos con bandas criminales, el narcotráfico y los paramilitares.

En relación a este último caso, en *Río muerto*, los nexos entre la Policía, el Ejército nacional y el Bloque Fénix son decisivos en la muerte de Salomón Palacios, la tortura de Hipólita y sus dos hijos, y otros miembros de la comunidad. Desde las primeras escenas de la historia, el grupo paramilitar posee la libertad necesaria para instaurar su ideología, abusar del poder, irrespetar las leyes y doblegar a los pobladores.

En cierta medida, los habitantes de Belén del Chamí no solo padecen el abandono del Estado, sino que, además, reconocen que este es quien permite y contribuye a la violencia que los

oprime, agrede y asesina. Así, cuando se pierde toda pertenencia con la nación empiezan a ocultarse o negarse las verdaderas filiaciones ideológicas, el sujeto oprimido y sublevado entiende que frente el medio social es obligatorio mostrar relaciones identitarias que correspondan o empaticen con las ideaciones de los grupos armados.

Surge, en consecuencia, un sujeto extraviado que deja de reconocer su lugar de origen como el espacio en el cual puede asumirse como miembro de una sociedad democrática e incluyente. Debido al abandono del Estado, su territorio ha dejado de ser el hogar donde se respetan sus derechos y se ha convertido, como lo describe Gleizer (2012), "en el "hogar" de un yo falseado y enajenado donde debe ocultar su propia consciencia para no ir en contra de una fuerza superior y opresora" (p, 25). En otras palabras, no solo ha dejado de identificarse como parte irrelevante de un Estado, también siente que sus rasgos identitarios sobre el territorio, la democracia y la vida misma caen en un sinsentido, pues en cualquier momento sus terrenos pueden ser apropiados por un grupo armado. Sus derechos están sujetos a las consideraciones de los líderes de sus comandantes y su vida está en manos de quienes poseen las armas. En definitiva, las acciones y las interacciones sociales no están determinadas por la idea de justicia establecida por la ley ni por el respeto y la defensa de los derechos humanos. Aquello que un habitante de Belén del Chamí haga o diga le permitirá vivir en el pueblo o lo llevará, inexorablemente, a la muerte o al exilio.

4.2.2. La identidad cultural de la violencia: la muerte como parte de la cotidianidad

En *Río muerto* de Ricardo Silva, la identidad cultural se mezcla profundamente con las acciones coercitivas de los grupos armados y yace representada en el asesinato como estrategia de control. Así, de lo anterior, se acentúan manifestaciones violentas del poder autoritario, estas devienen formas de cotidianidad, de modo que los pobladores terminan por adaptarse a estas violencias.

En este sentido, los miembros de la sociedad han encontrado en el asesinato un punto de encuentro identitario, una realidad común. Su identidad cultural, basada en la violencia y la represión, es la consecuencia de habitar en medio de circunstancias sociales que parecen no valorar ni respetar la vida del otro. Dichas circunstancias surgen porque alguien o algunos arriban a un territorio con el propósito de promover e imponer de manera despótica una identidad singular fundamentada en una única ideología. Al respecto, Hall y Du Gay (1996) afirman que este tipo de identidades opresoras y "unificadoras" surgen, por un lado, gracias a "los discursos y prácticas que intentan 'interpelarnos', hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, a los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de 'decirse'" (p. 20).

Sin duda, estas afirmaciones se ven representadas en la historia del pueblo. Cuando los personajes de la novela narran los hechos del pasado, aparecen los grupos armados ilegales que inicialmente llegaron al territorio con un discurso pacificador y unificador, con miras a

la restauración de una mejor sociedad por medio de la protección y el bienestar. No obstante, después de instalarse, estos grupos empiezan a mostrar un control territorial radical y temerario que se manifiesta en acciones crueles y ejemplarizantes como aquellas que cuenta el narrador cuando rememora los años 70 y la llegada de la guerrilla:

> Hubo un tiempo (...) en el que el Frente 99 organizaba fusilamientos en un muro que una vez fue una fachada —con una puerta y dos ventanas— enfrente de la pensión de don Crescencio Blanco. La gente cabizbaja de Belén iba a mirar, hombres y mujeres y niños y niñas, como asistiendo a una ceremonia, a una quema. (Silva, 2020: p. 65)

Con estas experiencias, los pobladores asimilan el asesinato de un modo tan intrínseco a su cotidianidad que dejan de verlo como algo extraño para convertirlo, inconscientemente, en un hábito social con el cual han aprendido a convivir. Su identidad cultural confluye con los homicidios, las desapariciones, las violaciones y las agresiones que recurrentemente viven los miembros de la comunidad y que son tan recurrentes que, por este motivo, son asimilados como fenómenos consustanciales a la realidad y a su historia.

De estos fenómenos, el asesinato es el más relevante en el destino de los personajes centrales. En la novela los asesinatos ocurren en distintos momentos de la historia de la región y de diferentes formas. Momentos y formas que incluyen a todos los habitantes de Belén del Chamí. En este sentido, se identifican tres tipos de personajes que interactúan con el asesinato

y que serán analizados a continuación: personajes que llevan a cabo el acto delictivo, personajes que viven en medio de los asesinatos y personajes asesinados.

En el primero de estos casos, aparecen quienes se consideran con el derecho de quitar la vida a alguien: los grupos armados, sus comandantes y el capitán de la policía Lizardo Sarria. En ellos, se interioriza una identidad cultural enmarcada por hábitos y acciones que entienden la muerte violenta como parte de la identidad histórica, esto es, parte de su vida y de su cotidianidad. Asesinar es un acto normalizado que se presenta como una manera de socialización y control. Bajo estas consideraciones, verbigracia, el comandante paramilitar considera que tiene la potestad de decidir sobre la vida de otros seres humanos, en este caso, sobre la vida de Hipólita y de sus dos hijos:

> Niños: yo los puedo matar a los tres aquí afuera si es lo que su mamá quiere que haga, pero con que alguno de ustedes dos me ruegue yo no tengo ningún problema en perdonarles la vida —les dijo el comandante acomodándose en la silla. (p. 129)

Con estas palabras, es posible aseverar que la experiencia cultural que ha tenido el comandante le otorga como rasgo identitario la creencia de poseer un poder absoluto sobre otra vida y este se encuentra secundado por su rango militar, el dominio que ejerce en la zona, el grupo que comanda y el conocimiento empírico que ha adquirido sobre asesinar, pues para ser comandante tuvo que demostrar frialdad, crueldad y autoritarismo. En esencia, el comandante se identifica como un ser superior frente a sus comandados y sus víctimas. Esto

denota la configuración radical de una identidad singular e individualizada frente a una ausencia de identidad colectiva. Al no construirse un sentimiento de pertenencia con el territorio y con la comunidad, no se privilegian los diversos rasgos identitarios de los habitantes; por el contrario, el propósito es homogeneizar las pertenencias y las interacciones sociales. El dominio se hace explícito en la uniformidad del pensamiento y de la palabra, pues el establecimiento de una identidad colectiva excluyente, como la que muestra el grupo armado en la novela, tiende a "condicionar el desarrollo de los valores democráticos, de igualdad entre sexos, de derecho a la vida, de libertad de culto e ideológica" (Del Olmo, 2012: p. 88).

En esta medida, su poder y control radican en las disposiciones que tiene sobre las relaciones sociales de los habitantes de la zona. En sus manos yace el *modus operandi* de las interacciones humanas con respecto a aquello que se puede decir o callar, lo que se debe hacer o dejar de hacer y sobre los lugares donde se puede permanecer. En consecuencia, el comandante controla en los pobladores algunos rasgos identitarios significativos para su construcción social y personal: la libertad de opinión, de expresión y de circulación.

De este modo, esas coacciones producen una comunidad limitada en su sentir y en su ser. Esto conlleva la aceptación del uso de la violencia como método de socialización. Así mismo, debido a que no se cuenta con un orden democrático que establezca y defienda los derechos de los pobladores, estos asumen que las interacciones humanas pueden mediarse por medio de acciones intervenidas por algún tipo de violencia. En este sentido, cuando la comunidad

no cree ni valida el poder civil que tiene el agente Sarria, único representante de la Policía Nacional de Colombia, la sociedad "parece resistirse a verse representada y regulada por el Estado como ámbito público de resolución de conflictos, a lo que implica una proclividad para la búsqueda de las soluciones privadas o grupales, frecuentemente violentas, a dichos Conflictos" (González, 1994: p. 3). Sin amparo estatal ni protección policial, las condiciones e interacciones sociales se adecúan a circunstancias determinadas por la justicia privada, el temor ordinario y la desesperanza social.

De esta forma, la convivencia con el asesinato hace que los pobladores asuman tales actos como fenómenos propios de su cultura. Por eso, para personajes como el pastor de la iglesia, la gran mayoría de los feligreses, el secretario municipal, el agente de policía, el enfermero del puesto de salud y los vecinos de Hipólita, las decisiones y acciones del comandante parecen justas y admisibles, pues se realizan para el beneficio y la "tranquilidad" de la comunidad. Por ende, para ellos, aquel poblador que no acate las normas instauradas por el grupo armado debe ser castigado, ya que desestabiliza la cotidianidad de la población.

En este sentido, algunos de ellos parecen asumir y validar la identidad "suprema" del comandante y, por tanto, las acciones que este realiza. Al respecto, durante la ceremonia religiosa, el pastor de la iglesia cuestiona las acciones de Hipólita y, en ningún momento, critica las represalias del comandante paramilitar y su intervención en el asesinato de Salomón Palacios y del sepulturero del cementerio. Por el contrario, el pastor demuestra que se identifica con el uso de la violencia como método punitivo y amenaza a Hipólita con estas

palabras: “Se está ganando que alguien dé la orden de hacerle la vuelta, y que termine torturada y empalada y escupida como la nuera de Maritza” (Silva, 2020: p. 107).

Por consiguiente, ese rasgo identitario de poder absoluto sobre la vida de otra persona no solo es asumido por quien lo posee, también se acrecienta debido al apoyo directo o indirecto de los demás ciudadanos. El comandante Triple Equis ha alcanzado un dominio tan amplio sobre Belén del Chamí que emana como una figura omnipotente poseedora de derechos militares y decisiones sobre la vida y la realidad de sus habitantes. Por eso, el narrador expresa: “en la plaza estaba la guardia del comandante Triple Equis lista a restablecer el orden en el pueblo” (p. 117). En este contexto “restablecer el orden” significa dejar con vida o asesinar cuando se considere justo y necesario, sin que esto implique consecuencias legales.

En el segundo caso, se encuentran los personajes que viven en medio de los asesinatos. Se trata de todos los pobladores de Belén del Chamí y sus aledaños. Dadas las circunstancias y sin importar si apoyan o no al grupo armado opresor, los pobladores residen con el asesinato de familiares y conocidos. Su identidad cultural yace arraigada a una violencia extrema que, en cierto modo, los determina y los pone a interactuar bajo condicionamientos históricos y sociales. Sus rasgos identitarios vienen definidos desde una identidad social e histórica atravesada por aspectos culturales “como la lengua, instrumento de comunicación entre los miembros de una comunidad, las relaciones sociales, ritos y ceremonias propias, o los comportamientos colectivos, esto es, los sistemas de valores y creencias” (González Varas, 2000: 43). En ellos, estos aspectos yacen atravesados por una violencia endémica que ha

perdurado y se ha recrudecido en su territorio desde la época bipartidista como observamos en la cita sobre los fusilamientos de la guerrilla.

La comunidad betlemita ha convivido con el asesinato bien sea como observadora, conocedora y doliente. Durante décadas, ha tenido que habitar un contexto intervenido por la muerte violenta, por la construcción de una identidad donde el conflicto se ha transformado en un fenómeno cultural. Sobre esta condición, Gómez García (2020) afirma que "no hay elementos culturales simples o inconexos, sino que siempre se trata de sistemas, con un grado variable de complejidad organizativa" (p. 2). Debido a esto, la asimilación del asesinato como problema social, como delito legal, por parte de la comunidad, disminuye a tal punto que hablar o ver la muerte de otro ser humano se regulariza en la vida diaria.

Desde sus experiencias y las narrativas de sus antepasados, cada uno de los habitantes ha desempeñado un papel importante en la construcción de una identidad cultural colectiva que asume el asesinato como una expresión cotidiana de la violencia, pues en palabras de Hall y Du Gay (1996): "la identidad de sí mismo es identidad cultural; las pretensiones de diferencia individual dependen de la apreciación del público, la interpretación compartida y las reglas narrativas" (p. 213). Cada poblador que ha narrado, naturalizado o tenido una experiencia con el asesinato ha contribuido a la instauración de una concepción social, de un imaginario identitario violento y colectivo.

En este sentido no hace falta que haya sido testigo directo de un asesinato para contribuir a dicha instauración comunitaria, pues en la sociedad intervienen constructos y sentidos simbólicos e históricos que afianzan y generalizan un imaginario. En consonancia con ello, González Varas (2000) indica que "un rasgo propio de estos elementos de identidad cultural es su carácter inmaterial y anónimo, pues son producto de la colectividad" (p. 43).

Por ejemplo, Hipólita y sus hijos no presentan una reacción desbordada frente al asesinato de Salomón. Por su parte, ella no desea mostrarse desconcertada ni afligida por la muerte de su esposo, como si el asesinato fuera un hecho cotidiano que se debe asumir con dignidad social. Cuando el cuerpo sin vida de Salomón queda tirado frente a la puerta de su casa, sucede lo siguiente:

> Pero entonces apareció su mujer, la enjuta y nítida y canosa antes de tiempo Hipólita Arenas, haciéndose la fuerte desde la puerta de la casa hasta el lodazal de sangre: como si no fuera raro que le desgarraran a tiros al marido allí nomás, como si siguiera siendo la misma muchacha a la que le daba rabia la tristeza. (Silva, 2020: p. 11)

Frente al asesinato, Hipólita se interesa por ocultar las apariencias frente a sus vecinos y frente a todo aquel que haya observado el crimen. Su reacción muestra conocimiento y experiencia frente a este tipo de circunstancias. El cuerpo de la víctima queda en mal estado y en medio de un charco de sangre: "Tenía un tiro en la frente, un tiro en el pecho y un tiro en el hombro: uno por cada huérfano y uno por la viuda" (p. 52).

Sin embargo, la situación más inusual con relación a la asimilación del asesinato, como fenómeno cultural, ocurre cuando Hipólita decide que el mejor castigo y ejemplo para todos los que participaron del asesinato de su esposo es que ella y sus hijos también sean asesinados. De esta forma, después de entender que han quedado desamparados por el pueblo, concluye que su vida ha perdido sentido y que los victimarios son quienes deben brindar una solución radical a sus problemas. Por eso, salen de su casa con el propósito de hacerse matar y con esto "demostrar que en Belén del Chamí no se respetaba ni a las mujeres ni a los niños" (Silva, 2020: p. 61). Con esta idea, se demuestra que la propuesta es inusual, pues en lugar de huir de la muerte, ella la pretende. La identidad de Hipólita sigue validando la muerte violenta como un evento natural, pues continúa aceptando el asesinato como un mecanismo para solucionar un problema, para establecer una interacción social con otras personas.

El asesinato se muestra, en consecuencia, como una actividad dialógica de socialización entre quienes participan de la conversación y de la vida diaria. Para los pobladores, asesinar es un modo cotidiano de defender una opinión y de vivir en sociedad. La relación con la muerte se ha establecido y naturalizado en el contexto social como el producto de una construcción identitaria violenta que hace parte de una realidad común.

El tercero de los casos se trata únicamente de Salomón Palacios. Antes de su muerte, este personaje actúa con total normalidad frente a su propio deceso. Palacios demuestra ser parte

de una identidad colectiva que entiende y asume el asesinato como un destino común y corriente para cualquier ser humano que habitara en Belén del Chamí. Por este motivo, cuando sus verdugos lo están esperando, su reacción es la siguiente:

> No escapó ni pataleó ni lloriqueó ni pidió clemencia. Siguió siendo él como si hubiera entendido que hasta ahí llegaba todo, como si, a pesar del pavor y la vergüenza que le daba morir por de malas y por terco, tuviera claro que el hombre hace bien en estar de acuerdo con su destino. Sirvió su propia muerte. (p. 26)

Salomón es, quizá, el personaje que con más pasividad y naturalidad acepta su destino fatal y el hecho de ser asesinado de manera funesta y cotidiana: baleado por tres hombres frente a su casa, el lugar donde está su familia esperando su llegada. Sin luchar por su vida, asimila el conflicto como un espacio agresivo e inhumano, se entrega a la muerte con la normalidad de quien entiende que la violencia colectiva sobrepasa cualquier esfuerzo individual por evitarla.

Al respecto, la identidad personal que posee Salomón es observada y valorada negativamente por el grupo paramilitar. La identidad "permitida" en el corregimiento debe reproducir aquellas conductas sociales que este grupo establezca como válidas para la interacción social. En otras palabras, quienes poseen el control de la zona, no se interesan por el desarrollo de una identidad personal, diversa y autónoma que permita el desarrollo de

> seres humanos con sus características propias, semejanzas y diferencias, que orientarán, acercarán o alejarán el establecimiento de relaciones conscientes o inconscientes por similitud, concordancia, conveniencia, aproximación y correspondencia de diversas naturalezas o por la complementariedad de sus opuestos. (Ibarra-López, 2023: p. 161)

Si las acciones de Salomón evidencian una identidad que tiende hacia el libre desarrollo de la personalidad, de la opinión pública y de la acción social, su voz debe silenciarse y sus actos deben evitarse. Para el jefe paramilitar, el asesinato es la forma más eficaz de lograr esto último.

En suma, en los tres casos, el asesinato se convierte en un fenómeno cultural que es parte de la sociedad betlemita. Los personajes entienden que cualquiera puede ser víctima o cómplice. En ellos, la identidad conflictiva ha interiorizado el uso de la violencia como un movimiento de socialización y construcción de sentido. Quienes conforman ese contexto interpelan y, al mismo tiempo, proporcionan los medios necesarios para que la muerte violenta se normalice como un fenómeno de la cotidianidad. Asesinar, vivir en medio de asesinatos o ser asesinado se ha transformado en una manera más de ser miembro de una comunidad.

4.2.3. La identidad subjetiva en medio del conflicto armado

Para Marcela Gleizer (2012), "la identidad se conforma (...) en la interrelación entre el mundo social, la subjetividad y el universo simbólico" (p. 23). Esta tríada determina el modo en que

un ser humano se identifica e interactúa con otras personas en un espacio-tiempo concreto. Se trata, entonces, de una dinámica entre lo individual y lo colectivo capaz de construir sentido o dar sentido a una realidad social. De modo que cuando se habla de identidad subjetiva, se hace referencia al posicionamiento singular y personal que hace un sujeto dentro del marco de lo social y de lo simbólico. En otras palabras, el sujeto pone de manifiesto su ser en una realidad tangible e intervenida por aspectos sociales, en los cuales su subjetividad "está en relación con estructuras sociales de plausibilidad y debe tener una base social para su mantenimiento" (p. 23).

En cuanto a Hipólita Arenas y Salomón Palacios, su identidad subjetiva presenta diferentes interpretaciones y posicionamientos identitarios e ideológicos sobre la realidad circundante. Al mismo tiempo, comparten algunas semejanzas. Ambos personajes asumen una identidad subjetiva que va en contra de la identidad colectiva y violenta que ha surgido en el pueblo como consecuencia de las acciones de los grupos armados, principalmente como resultado de la dominación y de los abusos del Bloque Fénix, encabezado por el comandante paramilitar Triple Equis y apoyado por el capitán de policía Lizardo Sarria. Y, a su vez, cada uno de los dos personajes centrales de la novela reacciona de manera distinta ante las implicaciones de vivir en una realidad enmarcada por la amenaza y la muerte violenta.

Por un lado, la identidad subjetiva de Salomón Palacios lo lleva a realizar conductas que están en contra de las normativas y amenazas estipuladas por los actores armados del conflicto. Desde la llegada del grupo paramilitar a la región, Palacios es amenazado de

muerte, ya que es acusado de tener nexos y de colaborar con la guerrilla. Al respecto, el primer motivo por el cual es sentenciado tiene que ver con su cercanía con Eliécer Chaparro, amigo y compadre de Palacios, quien había colaborado con la guerrilla cuando este grupo controlaba la zona:

> estos pistoleros le advirtieron dos veces que la tercera era la última, e incluso el capitán Sarria, el agente de policía que le tenía ganas a su mujer, le dijo "ojo", pero cómo él iba a decirle que no a su compadre Eliécer Chaparro: Eliécer quería dejar Belén hacía rato, porque él sí que les había guardado la espalda a los guerrilleros y era cuestión de tiempo que lo delataran los traidores y los rencorosos (Silva, 2020: p. 19)

A pesar de las advertencias, Palacios decide continuar su amistad con Chaparro, lo que implica desafiar las amenazas subversivas. Esta decisión puede demostrar que para él la amistad es un rasgo identitario relevante en su constructo personal y en su conducta social. Dicho rasgo es reconocido por algunos habitantes del pueblo antes y después de ser asesinado. Por esta razón, cuando el cadáver de Palacio yace insepulto y es arriesgado colaborar con la familia del occiso, el sepulturero asume que lo correcto es sepultar el cuerpo, pues

> Salomón Palacios, el trasteador, el mudo, era primero que todo un hombre bueno —les dijo duro y claro— , y sin embargo ni la gente del Bloque Fénix ni la gente del Frente 99 ni la gente de la policía ni la gente del ejército ni la gente del templo confiaban en él porque

> cometió el error de ser un hombre bueno hasta con los peores hijos de puta. (Silva, 2020: p. 28)

La misma opinión es presentada por el narrador de la novela. Su voz podría entenderse como la expresión del pensamiento colectivo de un pueblo que teme a las represalias del grupo armado y, en esta medida, se manifiesta después de que Salomón ha sido asesinado: "Todo el mundo en las callecitas de Belén del Chamí les dijo lo mismo ese mes: 'Yo siempre quise mucho a su papá ...', 'su papá me ayudó siempre que le pedí que me ayudara...'" (p. 55). Se establece, por consiguiente, que la víctima fue castigada por el grupo armado aun cuando algunos miembros del pueblo lo consideraban un buen hombre y amigo. Eso sucedió porque para el comandante y sus aliados la fidelidad ideológica y el respeto a sus normatividades son los principales rasgos identitarios que cualquier poblador de Belén del Chamí debe acatar obligatoriamente. La bondad de un ser humano no es un rasgo relevante si, directa o indirectamente, se desobedece una orden o se apoya a un grupo armado enemigo. Esto lleva a pensar que en las situaciones en la cuales habita Salomón y los demás pobladores el desarrollo de una identidad subjetiva da como resultado el aislamiento y el señalamiento social.

De este modo, es relevante reconocer que mostrar un pensamiento particular, que vaya en contra de las normas instauradas por el grupo paramilitar, produce condiciones de tensión. Esto sucede porque en contextos controlados por la fuerza extrema y el uso de la violencia, la colectividad pierde valor identitario y social. Así "la construcción de la identidad deja de ser una responsabilidad social para pasar a ser una responsabilidad de cada individuo, donde

las exigencias externas parecen sobrepasar las capacidades individuales para hacerles frente" (Gleizer, 2012: p. 17). Sin notarlo, el mismo Salomón estaba edificando una identidad individual y autoexcluyente, que no era similar a aquella que mostraba el resto de la población y que era exigida por el grupo ilegal. Esta particularidad identitaria lo llevó al señalamiento, luego a ser amenazado y, finalmente, a la muerte. Sus capacidades individuales eran muy inferiores a las capacidades armadas del comandante Triple Equis.

El segundo motivo por el cual el grupo armado decidió asesinar a Salomón está relacionado con su desacato. A pesar del panfleto que introdujeron debajo de la puerta de su casa, él hizo caso omiso de la información que allí se enuncia y desestima los comentarios y advertencias que, en varias oportunidades, algunos habitantes le hicieron directamente. En lo concerniente a esto, el narrador hace una síntesis de lo sucedido:

> Y estos pistoleros le advirtieron dos veces que la tercera era la última, e incluso el capitán Sarria, el agente de policía que le tenía ganas a su mujer, le dijo "ojo", pero cómo él iba a decirle que no a su compadre Eliécer Chaparro. (Silva, 2020: p. 19)

Se establece, por supuesto, una diferencia entre Salomón y los demás habitantes. Mientras que ellos eligen adaptarse a la identidad colectiva que propone el grupo armado para preservar sus vidas, Salomón se mantiene firme en sus convicciones identitarias. De este modo, podría aceptarse que, pese a los problemas que esto le ocasiona, prefiere mostrarse como una persona auténtica frente a todos aquellos que forman parte de su contexto social,

aunque en ese ámbito, la autenticidad no es un rasgo positivo si esta lleva a un sujeto a ir en contra de los pronunciamientos escritos de los grupos armados. En otras palabras, en la sociedad belemita la autenticidad es un rasgo identitario que está supeditado a la identidad colectiva que intenta edificar el grupo paramilitar por medio de la coerción. En general, esto ocurre con cualquier rasgo que se postule o muestre como adverso a los modos de actuar y a la ideología de un grupo armado. Afirmar o actuar en favor de un grupo es, por oposición, ir en contra del grupo oponente.

En este sentido, el sujeto que es auténtico en una sociedad intervenida por un conflicto armado experimenta el inconveniente de ser asumido como cómplice de uno de los actores del conflicto. La autenticidad identitaria del individuo puede ser juzgada negativamente por la sociedad y producir efectos mortales. Por este motivo, la gran mayoría de los ciudadanos que viven en medio del enfrentamiento armado actúan y hablan en favor o en contra de las acciones delictivas en espacios privados y seguros, es decir, quien identifica el riesgo de asumir abiertamente una postura ideológica solo expresa sus ideas en los intersticios que dejan vacíos las instituciones ilegales, espacios dotados de privacidad y confianza, pues allí es donde "el individuo puede tener esperanza de descubrirse o definirse a sí mismo, emancipándose de los roles que le han sido impuestos para alcanzar la 'autenticidad" (Gleizer, 2012: p, 25). Esta autenticidad entre comillas, como la plantea Gleizer, está referida a las acciones y palabras fingidas que un individuo muestra frente a la sociedad civil y frente los grupos armados. En medio de un conflicto armado, es necesario fingir para preservar la vida. En este orden de ideas, el asesinato de Salomón es consecuencia de su autenticidad y

de su bondad en el ámbito social, pues ambos rasgos desafiaban las posturas ideológicas del grupo paramilitar.

Ahora bien, en cuanto a la identidad subjetiva de Hipólita, las circunstancias son otras y, por tanto, sus rasgos identitarios son distintos. Desde el momento en que el grupo armado ilegal amenaza a Salomón, ella le solicita desplazarse del pueblo. Al respecto, el narrador cuenta:

> Hipólita sí le dijo que se largaran de Belén porque a Belén no le debían nada, que dejara la pendejada, que no se les envalentonara a estos matones que van es cortando en pedacitos al que se les plante, y él —más terco que heroico, más trabajador que terco— sin embargo, siguió haciéndoles los trasteos a todos porque qué más se iba a poner a hacer si ese era su trabajo. (Silva, 2020: p. 19)

Por consiguiente, una de las características más relevantes es que Hipólita no se identifica con el modo en que Salomón actúa frente a las amenazas. En tanto él asume con tranquilidad, seguridad y autenticidad las advertencias del grupo guerrillero, ella evalúa la situación y, a partir de la realidad histórica, entiende que en cualquier momento él puede ser asesinado. Hipólita actúa según los requerimientos de quienes controlan la zona y la cotidianidad de los pobladores. En ese marco, comprende que es mejor identificarse con la identidad colectiva que asume la violencia como una manera de socialización que con la identidad subjetiva de Salomón, la cual privilegia la bondad. En este orden de ideas, es preciso concluir que para sobrevivir en Belén del Chamí, la identidad, la realidad social y la preservación de la vida

misma deben basarse en una conducta congruente con la ideología del grupo armado al margen de la ley que domina el territorio.

En definitiva, cuando Hipólita ha llegado a la conclusión de que ante las amenazas recibidas lo más inteligente es proteger a su familia y, en consecuencia, huir del pueblo, se podría pensar que para ella en "la elección de la identidad no sólo está involucrada la razón, sino que tal vez el razonamiento deba tomar nota del contexto social y de la relevancia contingente de estar en una categoría o en otra" (Sen, 2006: p. 55). Por consiguiente, dos de los rasgos identitarios más notorios de Hipólita son el temor, el miedo a que su esposo sea asesinado, y la protección que está representada en mantener a su familia unida y con vida. Así, pues, como ya existen amenazas conocidas por la opinión pública en contra de Salomón, la incertidumbre de la muerte violenta conduce a Hipólita a considerar y expresar que es mejor huir, abandonar el trabajo, la casa y el territorio antes que perder la vida.

No obstante, esta percepción de la realidad se modifica cuando Salomón es asesinado. Los dos rasgos identitarios que habían caracterizado a Hipólita (temor y protección) son relevados, en primera instancia, por el sinsentido y, en segunda instancia, por un rasgo que podría interpretarse como antónimo del temor: la valentía. Estos dos rasgos se convierten en un problema para Hipólita y para sus dos hijos, pues ella pone a su familia completamente en contra del agente de policía y de los miembros del Bloque Fénix. Esto sucede porque como expresa Sciolla (1983) "la identidad como problema surge sólo cuando existe un grado relativamente alto de diferenciación entre la personalidad y el sistema social" (p. 103). En el

caso de Hipólita, sus diferencias con los comandantes que tienen el poder de la zona y que la han dejado viuda son desmesuradas e irremediables. Después de enterrar el cadáver de Salomón y de regresar a casa, Hipólita pierde interés en la realidad que la rodea. A causa del dolor por la muerte de su esposo y de la incertidumbre por el destino que les espera, siente que los hechos de su tragedia no tienen explicación y que su vida ha llegado a un sinsentido.

Con el paso de los días, el sinsentido la lleva a perder toda pertenencia con la comunidad y la vida, a tal punto que concluye que la mejor decisión que puede tomar en beneficio propio es el suicidio. Hipólita identifica a toda la comunidad con los rasgos identitarios del grupo armado que ha asesinado a su esposo y decide que ella y sus hijos deben alejarse de toda interacción social y deben desconfiar de cada uno de los pobladores: "'Desde hoy no vamos a volver a confiar en nadie', les dijo, 'mataron a su papá porque pueden matar a cualquiera'" (Silva, 2020: p. 39). Con esta interpretación de los hechos, ella asume que la identidad colectiva relacionada con el uso de la violencia ha llegado a límites temerarios y que excluirse de la colectividad es la única manera de evitar ser una víctima mortal.

No obstante, la situación se torna más inusual cuando empieza a sentir filiación por la muerte. Así lo hace saber a sus dos hijos: "'yo lo que quiero es morirme' o 'yo ya estoy muy cansada de vivir'" (p. 43). Con estas afirmaciones, el temor como rasgo identitario ha cambiado de perspectiva: cuando Salomón vivía, su temor yacía determinado por un vínculo positivo con la vida y negativo con la muerte. Por eso su deseo era huir del pueblo, de los posibles

agresores. Ahora que él ha muerto, su temor asume un vínculo totalmente inverso en donde se valora positivamente la muerte y se deprecia la vida.

Sin embargo, cuando entiende que no sería capaz de quitarse la vida, pues el suicidio es un pecado castigado por la religión, el sinsentido la lleva a buscar una solución más irracional. En una conversación con Segundo, su hijo menor, ella postula lo siguiente: "¿Y si usted me mata? ―reaccionó por fin Hipólita, como dando, de la nada, con la solución, ya que su hijo quería ayudar―: máteme, Segundo, pégueme un tiro o lo que sea" (p. 44). Este suceso evidencia que para ella el impacto que han tenido los últimos hechos de su vida solo le producen desconocimiento y desconcierto. Es así que en estas circunstancias donde la realidad parece alterarse al punto de ser difícil comprenderla, el temor dirige la razón y se toman decisiones irracionales. A Hipólita, sus propias perturbaciones le producen miedo y este miedo se manifiesta en una única y desmedida solución: pedirle a su hijo menor que le quite la vida.

Para analizar la anterior escena, es importante determinar que la identidad es "una forma de acción del individuo sobre sí mismo, que implica, además de reflexión, un proceso de identificación, una acción sobre el mundo (p. 23). Más allá del tipo de identidad, para valorar el lugar en el mundo, para dar sentido a la existencia, el ser humano enfrenta todo aquello que compone su identidad, experiencias, conocimientos y elementos simbólicos, con el medio social del que hace parte en un tiempo y un espacio determinados. Así, en palabras de Gleizer (2012), la identidad

> sólo puede asumirse subjetivamente cuando se asume también el cuerpo de conocimientos particulares producidos socialmente y objetivados dentro del cual adquiere significado. La identidad es así una forma de acción del individuo sobre sí mismo, que implica, además de reflexión, un proceso de identificación, una acción sobre el mundo. (p. 23)

En este sentido, es importante afirmar que, con la muerte de su esposo, Hipólita se enfrenta a un orden identitario que no corresponde con su identidad subjetiva, por lo menos con aquellos factores ligados a la confianza, la lealtad y a la compañía que ella pensaba que perdurarían durante mucho tiempo. Dichos rasgos, relacionados con la vida en pareja, se desvanecen cuando reconoce que se ha quedado sola y que aquellas proyecciones que ella y su esposo habían realizado son imposibles. Por eso, en medio del dolor, la nostalgia y la desesperanza, Hipólita "se puso a maldecirlo a él, al cuerpo que fue él, por dejarla sola en Belén del Chamí, por romper el pacto que habían hecho de morirse juntos cuando los niños fueran viejos" (p. 15). Esta ruptura con lo añorado implica también un quiebre con su realidad. En su entorno, no encuentra pertenencias que le den sentido a su vida diaria. Por este motivo, ella no parece comprender la magnitud de la petición que le hace a su hijo Segundo. Así, pues, el narrador señala que la solicitud es presentada con tal naturalidad que la solución pareciera ser cotidiana.

En el centro de estas acciones y palabras es posible revalidar que la violencia yace instaurada en el constructo social de quienes la habitan y la sufren. Una conversación entre una madre

de 35 años y su hijo de 8 años, en donde el niño desea consolar a su madre por la muerte del esposo, termina siendo una charla en la cual ella pide que le quite la vida con un arma de fuego. Con su solicitud, Hipólita empieza a demostrar que la cultura a la que pertenece tiene una influencia sustancial en sus decisiones y en las percepciones que construye sobre las interacciones sociales en su región. El universo simbólico que la rodea y del que forma parte interviene, de un modo decisivo, en su comportamiento.

El último ejemplo de que Hipólita ha perdido pertenencia sobre el valor de la vida incluye a sus dos hijos y a los homicidas de su esposo. Después de varias semanas, sin saber qué hacer con su vida y con sus hijos, de doce y ocho años, ella pide perdón por haberlos desamparado durante este tiempo, solicita recoger sus enseres porque abandonarían la casa y, finalmente, les comunica la solución que, según ella, mejoraría sus destinos:

> nunca más va a haber un mes tan triste ni va a pasarnos jamás un tiestazo como este —les dijo cuando estaban a punto de acabarse el desayuno y de pedirle más, y de inmediato, antes de que se les diera por esperanzarse, prefirió agregar— porque ahora en un rato vamos a ir al pueblo a que nos maten. (Silva, 2020: p. 57)

Estas palabras demuestran el desconcierto en el que se encuentra uno de los personajes principales de la novela. Pasa de pedir y desear su muerte, a obligar a sus hijos a que acepten ser asesinados. Al respecto, presenta dos motivos que, según ella, dan validez a esta idea. El primero de ellos es la unión familiar. Desde sus concepciones religiosas, Hipólita sustenta que tan pronto sean asesinados todos los miembros de la familia volverán a estar unidos.

Ante el asombro de sus hijos, según el narrador, ella “les explicaba a sus hijos que iban a estar mejor cuando estuvieran muertos porque iban a reunirse los cuatro otra vez como cuando el pueblo era lo que era: ‘Vamos a estar bien’” (Silva, 2020: p. 59).

Este primer punto demuestra la influencia de la identidad religiosa en el pensamiento del personaje. Hipólita se identifica completamente con la creencia de un lugar especial al que se llega después de la muerte: el paraíso, un lugar para quienes han realizado acciones loables. Se trata de uno de los dogmas más generalizados del pensamiento religioso y que también es parte de la identidad colectiva. Por este motivo es común que el narrador aluda a pobladores que rezan, asisten al culto los sábados y siguen las recomendaciones del pastor. La comunidad fundamenta su actuar moral en los dogmas que profesa y, a partir de esto, se determina quien, gracias a sus acciones, merece llegar al cielo religioso. De este modo, la comunidad parece estar de acuerdo con el razonamiento de Hipólita, quien considera que su familia irá al cielo porque ha realizado actos cristianos. Sobre Hipólita, el narrador expresa:

> Cuando se iba para el parque, a la hora del almuerzo, se ganaba el saludo de los tenderos de paso y los feligreses compungidos y los lancheros del río y los pacientes del centro de salud: no sólo su marido, que hacía trasteos por todo el municipio de Monteverde, sino también ella, que prestaba y fiaba y regalaba y animaba a los clientes, se habían estado ganando el cielo obra por obra. (p. 16)

En suma, la concepción religiosa determina el destino que Hipólita quiere para su familia. Para ella, la muerte se presenta como un espacio de salvación y de unidad. En otras palabras, su identidad subjetiva posee un vínculo muy fuerte con el universo simbólico religioso. Ella está segura que el cielo o paraíso, del cual le han hablado y le han enseñado en los discursos eclesiásticos, es el lugar al que debe desplazarse para evitar la violencia, el miedo y la muerte. En esencia, este tipo de identidad religiosa viene determinada por la ubicación de Hipólita en un mundo social donde la religión es parte fundamental de la cotidianidad, donde la fe es un rasgo identitario relevante para las interacciones sociales, pues como afirman Berger y Luckman (1999) "todas las identificaciones se realizan dentro de horizontes que implican un mundo social específico" (p. 166) donde la subjetividad dialoga con ese mundo particular.

El segundo punto está relacionado con factores sociales. Para Hipólita, hacerse matar es una estrategia para "demostrar que en Belén del Chamí no se respetaba ni a las mujeres ni a los niños" (p. 61). Su propósito es establecer una relación directa entre los rasgos de una identidad colectiva donde la violencia se ha instaurado y los derechos internacionales. Por este motivo, sale con sus hijos de la casa y se dirige al pueblo a desafiar a las figuras de poder que, para ella, son cómplices y victimarios del asesinato de su esposo Salomón Palacios. Entre ellos considera el agente de policía, el pastor de la iglesia pentecostal y el comandante paramilitar.

El conflicto con el agente de policía radica en los actos de corrupción, el abuso de poder que ha cometido el capitán Lizardo Sarria y los nexos que este tiene con el Bloque Fénix, los cuales son relevantes para que al final de la historia la familia de Hipólita tenga que

desplazarse forzosamente del pueblo. Las características particulares del agente están enmarcadas en la deshonestidad y la corrupción, dos rasgos identitarios que van en contra de la identidad propia de la fuerza legal del orden que él representa: la Policía Nacional de Colombia. La finalidad de este cuerpo armado es defender a los civiles y hacer respetar las leyes. Sin embargo, Sarria infringe estas misiones públicas de su labor de tal manera que la opinión en su contra es contundente:

> Nadie quería al agente Sarria. Nadie a kilómetros a la redonda. Ni su propia madre porque le había robado a su padre. Ni la gente que le pedía su ayuda porque sabía que luego había que pagarle (...). Era mejor guardarse el asco (...), Sarria perseguía a las putas y a los viciosos, a los rateros y a los cómplices de los marxistas leninistas, pero los dejaba en libertad si estaban de acuerdo en que él se quedara con todo. (Silva, 2020: p. 75)

Por estas razones, Hipólita decide enfrentarse a él y atacar directamente su imagen pública frente a otros habitantes. Como su propósito es la muerte y, por lo tanto, ha perdido el valor de la vida, ella confronta al capitán sin temer las represalias. En otras palabras, no le teme a las amenazas de muerte porque con base en su identidad religiosa existe una mejor vida después de la muerte. Por consiguiente, cuando se encuentra con él, Hipólita le describe un destino fatal y miserable como consecuencia de sus acciones:

> Si no lo mataba el uno, agregó, seguro que sí lo mataba el otro. Si no lo mataba el papá de la negra que violó allí nomás en el baño del billar que dizque porque andaba de fiesta, el cabrón,

> seguro que sí lo mataba la mamá de los tres muchachos que orinó en la cara porque los descubrió tomándose una botella de trago en el callejón del mercado. (p. 84)

En cuanto a los nexos con el grupo paramilitar, en páginas anteriores se ha establecido que el agente Sarria colabora con el grupo ilegal y obedece las indicaciones del comandante Triple Equis, las cuales incluyen amenazar o asesinar a aquellos habitantes que sigan colaborando a "los vendidos y a las guerrillas y a los comunistas" (p. 134). En otras palabras, la protección a la comunidad no es uno de los rasgos identitarios que Sarria asume como miembro de la Policía. En sus consideraciones personales, es más relevante el bienestar propio que el social y, así mismo, el poder otorgado por el Estado puede ser usado de cualquier manera, aunque esto vaya contra las leyes que él mismo debiera defender y acatar. Este pensamiento se evidencia en la respuesta que ofrece a la arremetida de Hipólita: "Cuídese, perra, que la policía de la patria tampoco tiene por qué cuidarla a usted" (p. 87).

La advertencia que hace Sarria a Hipólita demuestra que la identidad subjetiva del capitán yace atada a la protección y al beneficio únicamente de sí mismo. En él no parecen existir rasgos relacionados con el beneficio colectivo ni con la protección de la comunidad, que son propios de la fuerza armada a la que pertenece. No se identifica con conductas legales y altruistas, lo cual lo pone en una situación contraria frente a Hipólita, pues, como se observó en una de las citas anteriores, ella era considerada una persona dadivosa y diligente. Surgen, por consiguiente, los motivos identitarios que llevan a estos dos personajes a ser antagonistas y enemigos: cada uno privilegia y asume rasgos diferenciados y contrarios desde los cuales edifica su identidad subjetiva.

El enfrentamiento con el pastor Juvenal Becerra tiene como origen las acciones inmorales del representante de la iglesia y sus nexos con los grupos armados ilegales. La identidad religiosa del pastor es expuesta por Hipólita frente a los feligreses que estaban congregados en el templo. Para ella, los discursos proferidos por el líder religioso no son congruentes con las acciones que realiza y con la manera en que justifica los actos delictivos del grupo armado. Durante su sermón sabatino, el pastor le dice a Hipólita que el ser humano debe acostumbrarse al dolor y debe recibir con valentía los sufrimientos que su dios ha destinado para ella (Silva, 2020: p. 98). Sin embargo, al escucharlo Hipólita no siente afinidad religiosa por las explicaciones y fundamentos religiosos ofrecidos por el pastor. Aunque ella demuestra que sigue y acepta los dogmas y las palabras eclesiásticas, en las circunstancias en que se encuentra no comparte las reflexiones que escucha en la iglesia, pues sus rasgos identitarios con relación a la muerte no incluyen la resignación y la mansedumbre. Por este motivo, es atacada y vilipendiada por el pastor y por la mayoría de los feligreses. Esto sucede porque, como expresa Gleizer (2012): "La identidad como problema surge sólo cuando existe un grado relativamente alto de diferenciación entre la personalidad y el sistema social" (p. 24). El carácter de Hipólita y su interpretación de la realidad social la llevan a contradecir las palabras del pastor, las cuales tienden a ser aceptadas por sus feligreses y, por supuesto, a ser valoradas fervientemente como una verdad indiscutible.

Además, para Hipólita las palabras del pastor certifican su alianza con el comandante paramilitar y, por tanto, conducen a validar sus amenazas y sus actos violentos, especialmente

cuando el pastor expresa que nadie debe temer por su vida si no apoya a los comunistas ni a otros grupos armados. Durante el sermón, el eclesiástico enuncia que

> el comandante Triple Equis, que muchas veces había errado como erramos todos y se arrepentía de uno que otro arrebato y era bueno para olvidar sus locuras, había estado pidiéndole consejos al pastor para que hubiera alguito de paz en la región; que no había nada más importante para un ser humano —ni las ideas ni los gustos venían primero— que el hecho de que los hijos se durmieran a tiempo y en paz (Silva, 2020: 96)

Finalmente, la cita exhibe el punto más relevante del conflicto entre Hipólita y el pastor. Las decisiones que determinan quién debe ser asesinado pasan por las manos tanto del comandante paramilitar como del pastor Becerra, pues el primero pide consejo al segundo en este aspecto. De esto es posible inferir que ambos personajes decidieron asesinar a Salomón Palacios. Por consiguiente, si bien es cierto que Hipólita posee una pertenencia arraigada con la religión, esto no repercute en que sienta antipatía con su líder y representante. Para ella, el pastor ha sido un hombre injusto, perverso, homicida y ambicioso que no encarna a un miembro de la identidad religiosa que lidera. Por eso, cuando el mismo pastor le pide que comparta unas palabras para todos los feligreses presentes en el templo, ella exclama:

> a Salomón lo mataron como lo mataron para decirnos a todos que nos quedemos callados, que esto ya no es de los malnacidos de los dueños de antes y las leyes cambiaron, pero también para quedarse con la tierra nuestra porque estos hijos de puta lo único que quieren es todo (...) y que el pastor aquí presente lo único que hizo en estas semanas fue mandarnos

> saludos de Dios y de él porque nadie se ha acomodado mejor al reino de estos asesinos. (pp. 105-106)

La esposa de Salomón expresa con vehemencia lo que, según ella, muchos ciudadanos no se atreven a decir por las razones ya conocidas: los representantes de la iglesia del pueblo se han mostrado identificados con aquellos que, con violencia y armas, obtienen y mantienen el control de la zona. Con estas condiciones, personajes como el pastor han conseguido permanecer al margen de las amenazas y de los actos de violencia que sufren los demás pobladores.

Así, pues, tal y como sucede con el agente de policía, la identidad subjetiva de Hipólita posee rasgos identitarios que no armonizan con los rasgos del pastor Becerra. En su lugar, se podría plantear que sus modos de relacionarse socialmente son distintos en cuanto al carácter y la justicia de sus acciones y palabras. En tanto Hipólita intenta obrar en base a rasgos como la rectitud en el actuar, la verdad en las palabras y la conmiseración social, el pastor es desleal con ciertos dogmas de su iglesia, pues es codicioso, manipulador y, especialmente, está de acuerdo con el uso de la violencia como mecanismo de escarmiento social. Antes de que Hipólita sea retirada del templo, el pastor afirma de manera irónica y amenazante:

> Yo tengo pesar por sus hijos, Hipólita, porque esto que están viendo hoy nunca se les va a olvidar: que un sábado, unas semanas después de que les fusilaran por sapo al papá usted volvió de entre los muertos para ofender al Señor (...). Se está buscando un tiro en la nuca

> (...). Se está ganando que alguien dé la orden de hacerle la vuelta, y que termine torturada y empalada y escupida como la nuera de Maritza (Silva, 2020: p. 107).

El comandante demuestra que está de acuerdo con la instauración de una identidad singular que permee y controle la vida cotidiana de los pobladores. Como él es parte de quienes controlan la zona, dicha identidad singular juega un papel importante en sus intereses personales. En este sentido, la identidad subjetiva del agente Sarria y del pastor Becerra están en conjunción, pues sus propósitos personales son muy similares. En consecuencia, ninguno interviene en las decisiones y acciones del otro, por el contrario, la conjunción de sus identidades subjetivas es necesaria para ambos, pues como expresa Amartya Sen, la instauración de una identidad singular es "útil para el objetivo violento de aquellos que orquestan tales enfrentamientos, es hábilmente cultivada y fomentada por los cabecillas de la persecución y la matanza (p. 233). Tanto Sarria como Becerra son parte de una orquesta que coacciona a cualquier individuo que aparezca como obstáculo que impida la consecución de sus intereses.

Finalmente, cuando se lleva a cabo el asesinato de Salomón, Hipólita no solo pierde filiación social con su entorno social, también lo hace con su entorno privado. Ella considera que ha quedado a la deriva en su entorno familiar: en soledad y desprotegida, ya que había construido su realidad en torno a la existencia del marido. De este modo, para justificar el abandono de sí misma durante varias semanas, explica a sus hijos: "es que yo lo que he sido desde que se murieron todos es la mujer de él" (p. 53).

Hipólita estima que ha perdido el espacio privado, en el cual, como ser humano puede actuar y expresarse de manera más auténtica y libre sobre lo que acontece en el pueblo. En ese espacio privado, como expresa Gleizer (2012), se pueden "manifestar aquellos elementos de la identidad subjetiva que no pueden expresarse en la esfera pública" (p, 27). Dentro de su identidad subjetiva cree que, al mismo tiempo, ha dejado de ser esposa y mujer y que, en consecuencia, perder la vida es un razonamiento lógico y oportuno.

En último lugar, el conflicto definitivo y más lacerante de Hipólita sucede con el comandante del Bloque Fénix, pues él es quien domina la zona y a sus habitantes, incluidos al agente Sarria y al pastor Becerra. En esta relación, la disputa surge entre dos personajes con identidades subjetivas que en esencia son disímiles, pero que, con la muerte de Salomón, se asemejan: en un momento de la historia ambos consideran que tienen derecho sobre la vida de otra persona.

Por un lado, para el comandante paramilitar la vida del otro no posee ningún valor, en tanto solo es cuestión de que él tome la decisión de asesinar o no. Por esto, se convierte en uno de los personajes que, sin duda, ha aceptado y usado históricamente la violencia como medio de socialización e interacción social. Para él, es aceptable emplear cualquier tipo de violencia si esta le permite intimidar y dominar un territorio y a sus habitantes. Por este motivo, no se interesa por evaluar sus acciones y sus métodos con criterios morales, sino únicamente los valora por su practicidad y su propósito. De esta manera, cuando el agente Sarria le recuerda

al comandante que fue él mismo quien asesinó a Salomón Palacios, el comandante responde de manera despótica y despectiva mirando a los hijos de la víctima: “pues yo no me acuerdo cómo es que fue ―reconoció sorprendido, él mismo, ante la noticia―, pero créanme que no fue por nada, pelaos, sino por darles ejemplo hasta a ustedes” (Silva, 2020: p. 136). Con esto, es posible determinar que la identidad subjetiva de Triple Equis está vinculada a la violencia extrema y a los beneficios que él y su grupo puedan obtener al utilizarla.

Así mismo, al contar con el apoyo de sectores como el religioso, representado por el pastor, y el de las fuerzas militares de Estado, representado por Sarria, el comandante asume una postura identitaria de superioridad social y legal. Dentro de la heterogeneidad de la conciencia cultural y las identidades subjetivas en un contexto específico, el uso de la fuerza y la violencia parecen “homogeneizar” las relaciones identitarias de los habitantes en torno al temor y la protección de la vida. La figura del comandante es superior porque afecta la cotidianidad y la realidad de quienes están a su alrededor. Por este motivo, para el comandante es posible tener el control del destino de los pobladores de Belén del Chamí y, especialmente, sentir que sus decisiones son favorables para la comunidad. Por este motivo, cuando Hipólita lo estaba vituperando para que él la asesine, el narrador interviene para expresar lo que dice y piensa el comandante:

> Dijo “esta mujer se va a morir porque yo voy a matarla, pero también porque eso es lo que ella quiere”. Dijo “eso es lo que ella quiere porque ella cree que la noticia va a mandarnos a prisión”, pero que la verdad era que él era el bueno de la historia porque él era el orden y que además las prisiones eran suyas. (p. 138)

Se percibe el imaginario que posee el comandante sobre sí mismo y sobre la sociedad. Entiende, en primer lugar, que ser cabecilla le proporciona el derecho de decidir sobre el destino de un ser vivo y sobre la fortuna de un cadáver, es decir, este se estima con potestad de elegir si desterrar a una persona y a su familia; si enterrar un cadáver, lanzarlo al río o dejarlo tirado en la vía pública como método ejemplarizante. La identidad suprema del comandante abarca el control sobre los vivos y sobre los muertos.

En segundo lugar, él considera que sus acciones no tendrán ninguna repercusión legal, pues han logrado la recuperación del orden social y territorial que antes estaba en manos de la guerrilla. Con este imaginario podría interpretarse que el comandante no solo asume como propio el rasgo identitario de la salvación y la bondad, también presume que la comunidad lo observa y califica como un ser justo y legal. Sin embargo, durante las últimas páginas de la novela, el narrador interviene para contar que el comandante es asesinado, varios años después, en un acto público.

Se hace importante destacar que con este control dictatorial y violento es imposible que los habitantes puedan mostrar y desarrollar una identidad propia y libre de opresiones armadas que les permite ser libres. En medio del conflicto armado, no es posible tener una sociedad que pueda conservar y expresar aquella identidad específica y libre que añora Amin Maalouf en su libro *Identidades asesinas*. Un tipo de sociedad en que sean posibles

> el derecho a residir como ciudadanos de pleno derecho en la tierra de sus padres sin sufrir persecución ni discriminación alguna; el derecho a vivir con dignidad allí donde se encuentren; el derecho a elegir libremente su vida, sus amores, sus creencias, respetando la libertad del prójimo; el derecho a acceder sin obstáculos al saber, a la salud, a una vida digna y honorable. (Maalouf, 1999: pp. 63-64)

La ausencia de ese tipo de sociedad es lo que lleva a Hipólita a rebelarse en contra del autoritarismo y de la violencia del comandante. Rebelarse es un mecanismo que se manifiesta en la valentía de confrontarlo por los delitos cometidos, de demostrarle que ella no se identifica con sus ideales sociales ni teme sus métodos de control y poder. Por eso, cuando puede dirigir la palabra al comandante le grita:

> Usted a mí no me da miedo, (...), porque a mí no me da miedo sino alegría la muerte: si usted nos mata aquí (y yo sé que el que mata a la gente de aquí es usted mismo, usted con sus propias manos, porque luego ni siquiera se acuerda) para ninguno de nosotros va a ser ningún problema porque nosotros no nos vamos de aquí debiéndole nada a nadie. (pp. 128-129)

Hipólita intenta demostrar a su opresor que su postura frente a la muerte violenta es diferente a aquella de los otros pobladores y que, por tanto, no se encuentra en el mismo nivel de sumisión que ellos. Identificarse con la muerte la hace superior y la convierte en una persona posiblemente con el mismo poder que el comandante. En otras palabras, ella asume que le ha otorgado una nueva resignificación a la muerte, lo cual implica una valoración inusual a su vida. Mientras que para los demás pobladores la muerte es un acto indeseable y temerario,

para ella la muerte es el objeto de deseo y una acción que "se convertiría en la prueba de que nadie puede decir la verdad allá en Belén" (p. 61). Hipólita entiende que con su muerte demostrará que el comandante será observado como un ser peligroso y abominable, ya que lo habrá descubierto frente a la opinión pública. Para ella, su acto quedará como un registro histórico de valentía y su figura será vista como la de una mártir de la violencia en la región.

Sin embargo, y para finalizar, hay un hecho crucial para evidenciar que Hipólita ha asumido una postura identitaria semejante o igual, en su crueldad y violencia, a la que ha demostrado el comandante: ella quiere obligar a sus hijos a que se dejen asesinar junto a ella. En el imaginario de esta madre, sus hijos no tienen derecho de disponer sobre su propia vida, pues posiblemente, ella supone que como madre es propietaria del destino de sus hijos. En ese sentido, ella ha considerado que la identidad subjetiva de sus hijos solo posee deberes, y uno de esos deberes es aceptar la determinación de su progenitora. Como adulta y madre ella es la encargada del bienestar de sus hijos. En este sentido, si considera que la muerte les ofrece "el derecho de ser mártires y el derecho de escapar de este infierno" (p, 61) que es el pueblo, ella puede disponer de la vida y del destino de sus descendientes.

En líneas generales, Hipólita y el comandante paramilitar se adjudican el control sobre la existencia de otras personas. Si bien para el comandante su finalidad es deshacerse de sus enemigos y tener control absoluto sobre la zona, para ella su destino es librar a sus hijos de una realidad coactiva y homicida. En resumidas cuentas, ambos se asumen con identidades superioras y ambos aceptan que en el mundo social que les ha tocado vivir la muerte violenta

es una acción eficiente para solucionar sus problemas. Aunque la cosmovisión de los dos personajes esté ligada y representada por realidades, valores y creencias diferentes, estas contradicciones no impiden que la identidad violenta determine su accionar y moldee el significado que le adjudican a la vida y a la muerte.

En conclusión, las identidades subjetivas de Salomón Palacios e Hipólita Arenas comparten rasgos identitarios que se han resignificado después de que él sea asesinado por el grupo paramilitar. Antes de su muerte, ambos compartían una identidad privada que les brindaba las condiciones necesarias para vivir tranquilamente a pesar de las condiciones externas y de la realidad conflictiva del pueblo. Ambos tenían una imagen dadivosa y colaborativa en su comunidad, la cual, si bien era una comunidad que era parte de una identidad colectiva violenta, los respetaba y los observaba como dos conciudadanos neutrales ideológicamente.

Sin embargo, con la muerte de Salomón, las acciones de cada uno de ellos demuestran que las identidades "no son nítidas, sino que son objeto de transformaciones derivadas de su naturaleza intrínsecamente dinámica" (Guibernau, 2017: p. 13). El asesinato de Salomón ha modificado la perspectiva de Hipólita sobre su realidad y los razonamientos que él mismo hacía sobre el deber de un hombre con su familia.

Para él, su muerte es el reconocimiento de un error irremediable. Sus rasgos identitarios relacionados con el apoyo a amigos y conocidos pierden todo valor cuando, después de muerto, se hace patente que ha dejado a su esposa en medio de una cultura patriarcal donde

la mujer es configurada como un ser inferior frente al hombre y donde los demás pobladores le hacen las mismas preguntas a Hipólita: "'¿Cómo ha estado haciendo usted para sobrellevar el miedo, el dolor y la venganza?', '¿cómo ha hecho, comadre, para seguir siendo una mamá y una mujer sola?'" (p. 104). En esta cultura, el comandante y el agente de policía disponen de una mujer como si fuera un objeto de su propiedad. Pregunta el comandante al policía: "Sarria: ¿esta no es la mujer que usted me dijo el otro día que quería quedarse para usted?" (p. 128). Por estos motivos, constantemente el espectro de Salomón pide a Hipólita que lo perdone por dejarla sola, aunque sea demasiado tarde, pues ella no puede escucharlo.

Para ella, verse sin Salomón ha significado sentir pertenencia con la muerte y perder todo arraigo identitario con la vida. Así mismo, ha modificado la percepción que tenía de proteger a su familia y, en consecuencia, ha privilegiado el desplazamiento como una salida prudente, y abandona la idea de "hacerse matar" como táctica de salvación y de ejemplo social. Por ende, le suplica al comandante: "Déjenos ir, hijo de puta, y yo le juro por mi marido que nosotros no volvemos —le dijo Hipólita a Triple Equis en voz baja" (p. 142).

En este aspecto, solo al final de la historia, cuando el comandante decide apiadarse de ellos y echarlos del pueblo, se percibe que ella empieza a revalorizar la vida y la de sus hijos. En esa situación se consolida la relevancia del medio social en las decisiones que se toman con relación a la pertenencia y el arraigo a un territorio. Sus decisiones muestran que "la identidad se construye tanto mediante la pertenencia como mediante la exclusión —como una elección

o como una imposición de los demás— y, en ambos casos, comporta una vinculación emocional a una serie de comunidades y grupos que difiere en intensidad" (p. 14).

En definitiva, la posibilidad de ser asesinada y de que sus hijos queden en poder del grupo paramilitar conduce a Hipólita a desprenderse de la idea de la muerte y de sus ideales ejemplarizantes. En ese momento, reconsidera el vínculo afectivo con sus hijos y comprende que desplazarse es la mejor y la única solución posible para salir de un territorio donde la violencia y la muerte se muestran como fenómenos culturales que son parte de la cotidianidad en Belén del Chamí.

5. El desarraigo y el arraigo en la construcción de la identidad: estudio de cinco novelas colombianas

Regresar al lugar de origen es una cuestión que, posiblemente, siempre se plantean aquellos que han migrado o que han sido desplazados, sin embargo, regresar es una decisión que no es fácil de tomar. En ella, intervienen un cúmulo de recuerdos entrañables e indiferentes, de experiencias alegres y dolorosas, de seres amados u odiados que el sujeto debe examinar con miras a determinar si es mejor permanecer alejado de su residencia natal o llevar a cabo el retorno. De este modo, la elección está ligada a los hechos del pasado y a cómo la memoria los recuerda.

Cuando las causas del traslado se relacionan con la violencia, el anhelo del retorno puede producir en el sujeto el sentimiento de desarraigo, esa sensación de que se ha dejado atrás algo añorado, algo que se extraña y que se anhela volver a ver. Sin duda, este extrañamiento está supeditado a las pertenecías que aún se mantienen con el contexto y con los habitantes del lugar de origen, pertenencias que se adquieren, consciente o inconscientemente, en todos los ámbitos donde se lleven a cabo interacciones humanas. Por este motivo, el retorno puede visualizarse como una experiencia anhelada o como una experiencia tormentosa, pues como afirma Maalouf (1999) "en todos nosotros coinciden pertenencias múltiples que a veces se oponen entre sí y nos obligan a elegir, con el consiguiente desgarro" (p. 5). De esta manera, el desgarro ocurre no solo porque se ha abandonado la residencia natal, también ocurre porque, aunque se valore como el espacio donde se ha nacido y crecido, es innegable que se

tiene temor de regresar a ella y de volver a vivir aquellas experiencias que dejaron heridas físicas y sicológicas.

Es este el contexto en el cual se analizan, a continuación, las cinco novelas que hacen parte del corpus de investigación. En cada una de ellas las experiencias de los personajes colombianos, antes y después de migrar o de ser desplazados forzosamente, los llevan a cuestionarse el retorno a su lugar de origen. La situación social del país y las diversas violencias que han sufrido, conocido u observado en sus entornos locales son determinantes en su voluntad de regresar y en el modo en que valoran sus lazos identitarios familiares, territoriales, sociales y culturales.

5.1. *Tiempo muerto*: el desarraigo y el arraigo frente al lugar de origen

Migrar es una acción que siempre repercute en los procesos identitarios de un sujeto. Alejarse de las costumbres y de los hábitos sociales de un lugar de origen produce confrontaciones en los migrantes con aquellas pertenencias que son propias del lugar de destino. Así, llegar e instalarse en una nueva residencia implica una relación de apropiación o de alejamiento con los rasgos culturales autóctonos. En otras palabras, para los sujetos migrantes "cambiar su lugar de residencia provoca un reacomodo simbólico y cultural en la relación que establecen con el territorio próximo y los vínculos que se entablan con la nueva comunidad en la que habitan" (Quezada, 2007: p. 45).

En relación con lo anterior, tanto el aspecto simbólico como el cultural son determinantes para establecer relaciones raigales con un espacio, sea el nativo o el foráneo. En este sentido, las interacciones sociales y el modo en que estas son asumidas por el migrante determinan el sentimiento de arraigo o desarraigo; de modo que algunos sujetos que migran no sienten ningún tipo de arraigo por el territorio abandonado, mientras que otros, a pesar de la distancia y el tiempo que han pasado fuera de él, no parecen perder lazos con su lugar de origen.

Este es el caso de Lucía y Pablo, personajes principales de la novela *Tiempo muerto* de Margarita García Robayo. Esta pareja de colombianos migra a los Estados Unidos, se relaciona de manera distinta con el nuevo territorio y, por tanto, establece relaciones de atracción y repulsión con el resto de la comunidad. En consecuencia, cada uno de ellos, después de llegar y asentarse en la nueva residencia, valora las condiciones de vida desde una perspectiva singular. Al respecto, es importante aclarar que

> la migración impone al actor, tras establecerse en un nuevo territorio, la necesidad de aprender, contrastar y apreciar otros mundos, que pueden estar más o menos cercanos o lejanos a su universo cultural natal y familiar, pero que por circunstancias de la vida tiene que interactuar en ellos y con ellos. (Quezada, 2007: p. 30)

De esta manera, como actores sociales y como individuos, cada personaje asume una postura diferente frente al contexto de llegada y, al mismo tiempo, con relación al territorio dejado atrás. Dichos posicionamientos surgen a partir de las consideraciones y jerarquizaciones sociales que los personajes poseen frente a ciertos rasgos identitarios. Es decir, el sentimiento

de entrañamiento o de rechazo está supeditado a las valoraciones identitarias y a las imposiciones sociales que cada uno acepta o evade en los ámbitos sociales en los cuales interactúa. Para el caso de la novela, los lazos profesionales y sociales son determinantes en los vínculos raigales de los dos personajes principales.

Para Lucía, el ámbito profesional es afable, pues este posibilita reconocimiento académico y social. Su profesión, docente universitaria y escritora, se desarrolla positivamente y, con esto, recibe satisfacciones que aportan a la edificación de un arraigo relevante con la nueva cultura, aunque esta sea específicamente la cultura académica. El lazo profesional es importante para el arraigo a una nueva cultura, pues cuando el migrante realiza acciones profesionales de su interés y que considera relevantes se empieza a considerar un miembro destacado para esa cultura. Esto quiere decir que la construcción de conocimiento en el lugar de destino y la validación de este, por parte de los sujetos nativos, conllevan arraigos territoriales determinantes para sentirse incluido en una comunidad. En este sentido, el empleo que ella encuentra se manifiesta como una pertenencia favorable para lograr lazos identitarios que la reconocen como un sujeto exitoso en su campo laboral. En definitiva, ella forma parte de un grupo de migrantes que logra el posicionamiento profesional deseado, ya que, en palabras de Quezada (2007), para los migrantes, el ejercicio profesional

> resulta gratificante ya que se sienten conocidos y reconocidos por las comunidades donde se ubican (...), gracias a que, al cabo de los años, han logrado una trayectoria profesional que se ha traducido en satisfacciones personales y cierta tranquilidad que les da el conocimiento del

> campo específico en el que se ubican, con todas las particularidades que éste tiene y que para ellos se han vuelto familiares. (p. 45)

Para Lucía, el resultado de su trabajo demanda el reconocimiento de sus colegas universitarias y de aquellos lectores que aplauden sus reflexiones sobre el rol de la mujer en la sociedad y, especialmente, en la familia. Para ella, sus columnas refieren al espacio donde se siente más arraigada a esa comunidad extranjera, pues allí puede representar la opinión de muchas mujeres y madres, por este motivo afirma: "escribo lo que mis lectoras quieren oír" (García, 2017: p. 56). Y esto se certifica cuando recibe comentarios favorables sobre sus escritos y sus posturas ideológicas feministas. Por ejemplo, el narrador expresa que

> su columna salía en todas las ediciones de Latinoamérica. Un día recibió un mail de una paraguaya que decía pertenecer a la familia de los Ayoreo: «... sus escritos son la constelación donde todas queremos encontrarnos». Y eso la hizo sentirse una especie de emblema de mujeres tercermundistas. (Robayo, 2017: p. 56)

De este modo, Lucía lee y entiende que es bien recibida en la comunidad académica y que sus rasgos intelectuales son exaltados. Además, su arraigo con el lugar de destino se afianza cuando demuestra que se siente conectada al estilo de vida de la ciudad donde habita e igualmente cuando expresa que no siente desarraigo alguno por su patria ni por su territorio de origen. En ella no se produce un sentimiento de entrañamiento por su territorio y por su cultura. En este sentido, es importante señalar que

> el hecho de nacer o habitar en un territorio determinado, no produce automáticamente la construcción de arraigos simbólicos en él, y mucho menos la conformación de una identidad socioterritorial, ya que ésta implica el desarrollo de un sentido de pertenencia, auto y hetero percibido, a partir de compartir el universo simbólico que le es propio, lo que incluye formas y estilos de vida, la construcción cultural del territorio, los usos del espacio, las costumbres y tradiciones, las relaciones sociales y las posesiones materiales, entre otros aspectos. (Quezada, 2007: p. 28)

Lucía no siente arraigo con varios ámbitos sociales de su país de origen ni con sus habitantes. Por eso, cuando Pablo desea llevar a sus dos hijos a que conozcan Colombia, ella no demuestra ningún interés. Por el contrario, se reafirma su desligamiento raigal en las palabras del narrador, cuando expresa que Lucía "se vanagloriaba de no reconocer pertenencias geográficas" (García, 2017: p. 87). Para ella, no existe ninguna conexión raigal con el país latinoamericano, pues este solo lo concibe como un territorio violento donde el desarrollo tecnológico está atrasado y existe carencia de oportunidades profesionales y económicas. En contraste con lo anterior, Lucía posee un lazo geográfico sólido con los Estados Unidos donde considera que la vida es más organizada, y "civilizada", pues como señala el narrador: "Ella necesitaba vivir en un lugar donde la mayoría de cosas estuvieran resueltas por otro: una cadena de otros que, de un modo casi accidental, la incluía" (pp. 110-111).

En suma, ella siente arraigo por el estilo de vida en los Estados Unidos gracias a las relaciones sociales y laborales que ha logrado establecer y que la han llevado a sentirse incluida en la cultura estadounidense, una cultura que, para ella, es superior en su organización social a su cultura de origen y que, además, la ha puesto en un lugar de privilegio intelectual.

Ahora bien, en el caso de Pablo, el arraigo con el nuevo territorio es casi nulo mientras que su desarraigo con relación a su país es intenso. En el primer caso, la nulidad surge desde el instante en que Pablo comienza a tener dudas sobre su estancia en el país norteamericano. En el segundo caso, nunca deja de sentirse extranjero y, sobre todo, de sentir que al dejar su país de origen ha perdido la oportunidad de ser parte de la cultura colombiana, de convivir en ella y de luchar o criticar su realidad social e histórica.

Pablo no logra asimilar los rasgos identitarios de la ciudad a la cual arriba. Para él, el entorno social no llega a convertirse en un aspecto indispensable en su vida. Todo lo contrario, la tranquilidad de los habitantes y el orden de la ciudad son valorados como hechos indeseados con los cuales no logra entablar algún lazo identitario. En sus consideraciones subjetivas, la ciudad que añora es la ciudad desordenada y caótica, en donde la vida corre riesgo y la tranquilidad no hace parte de la cotidianidad. Sobre esto, el narrador cuenta: "Pablo, en cambio, extrañaba el vértigo, la agonía de lo intransitable. Las calles rotas, la brisa virulenta, los peces muertos a la orilla del mar. La supervivencia tortuosa del individuo sobre la especie" (García, 2017: p. 111).

Para él, la relación con su territorio nativo no se desvanece, sino que se condensa en la añoranza y el deseo de regresar. En Estados Unidos no parece encontrar algún elemento o hecho simbólico que lo acerque a su país y a su gente. Esto desencadena el sinsentido que le confiere a su estancia como extranjero. Al no hallar algo con lo cual pueda identificarse, su

desarraigo por el territorio propio aumenta a tal punto que no encuentra una razón para continuar viviendo en la ciudad de New Haven.

En este orden de ideas, si en el nuevo contexto el migrante no encuentra referentes identitarios que permitan establecer lazos raigales, su permanencia lo conducirá a sentirse excluido de la cultura foránea, pues como expresa Quezada (2007): "el actor requiere de algún referente, interno o externo, que le recuerde y actualice el sentido de pertenencia a la comunidad socioterritorial de origen" (p. 30). Por esta razón, para Pablo la ciudad se resignifica como un espacio completamente desconocido y sus habitantes como una comunidad con la cual no comparte rasgos identitarios. Al no sentirse empático con el nuevo ambiente territorial y no encontrar rasgos identitarios similares o iguales a los que yacen en su comunidad de origen, no logra asimilarse o adaptarse como parte de la nueva cultura. De allí que se siente excluido y su deseo de estar en Colombia lo hace cada vez más evidente.

En la obra, Pablo evidencia su deseo de regresar a su país con la escritura de una novela en la que retrata una problemática social y ambiental de Colombia. La historia que él escribe representa el territorio añorado y la incertidumbre que sienten los sujetos al estar lejos de la tierra natal. Además, prefiere destinar tiempo para investigar sobre dicha problemática que interactuar con los ciudadanos de New Haven: en sus últimos 12 meses de estadía en Estados Unidos, dedica la mayor parte del tiempo a indagar en libros y documentos sobre Colombia, lo cual aumenta sus lazos territoriales e identitarios. El narrador sintetiza el anterior evento con las siguientes palabras:

> Pablo ya llevaba cerca de un año escribiendo una novela sobre una isla colombiana donde había vivido parte de su infancia, y se la había pasado juntando bibliografía sobre un canal de agua artificial que atravesaba el lugar y cuya construcción había hecho que la fauna de esa isla se extinguiera. (García, 2017: p. 14)

Esto permite inferir que Pablo no está interesado en ser partícipe de la cultura estadounidense. Sus intereses personales y profesionales están supeditados a la realidad colombiana. Así, se evidencia el fuerte extrañamiento identitario por su tierra, por eso escribe sobre ella y padece la desidia de estar en un lugar distante de su territorio. Esto repercute en su vida como extranjero, en el modo en que se relaciona con los demás habitantes de la ciudad y en la manera en que siente que es percibido por ellos.

Al respecto, por ejemplo, la percepción que tiene de su trabajo como docente de colegio es negativa. Pablo desea ser valorado como escritor y no como profesor; sin embargo, en la historia, la única profesión que alcanza es esta última. De este modo, el lazo profesional con el lugar de residencia no es fuerte ni sólido. Como muchos otros colombianos que viajan a los Estados Unidos y no logran un trabajo donde puedan demostrar sus conocimientos, Pablo siente que el sinsentido de su vida yace determinado por el fracaso laboral y profesional, y esto lo lleva a concluir que regresar a Colombia es una solución necesaria. Quezada (2007) asevera que "es frecuente que se contemple la posibilidad de regresar al lugar de origen en una mejor posición, (...) si no consiguen allá un empleo o desarrollo profesional que satisfaga sus expectativas, o bien si establecen lazos profundos que los mantengan unidos a la gran ciudad" (p. 41). En este personaje, se cumplen las dos características del migrante que no

logra establecer lazos raigales con el nuevo territorio: el personaje no consigue el empleo deseado y no crea lazos profundos con la ciudad ni con sus habitantes. Por consiguiente, el migrante, como en el caso de Pablo, establece fuertes lazos raigales con su país, busca la manera de mostrar que yace sumergido en la desazón de la extranjería y en el anhelo de volver a su lugar de origen.

En otras palabras, Pablo evidencia una valoración muy positiva de sus recuerdos, de la memoria que aún tiene de las experiencias vividas en Colombia. No hay, por tanto, un arraigo a la cultura extranjera que le permita "adaptarse e integrarse a la nueva comunidad, adoptando como propio el universo simbólico cultural característico con lo que éste significa, aun cuando pueden quedar remanentes de su pertenencia anterior" (Quezada, 2007: p. 31). El desarraigo es angustiante para él, puesto que se encuentra en medio de la disyuntiva personal y social: abandonar a su familia, dejar su trabajo y salir de los Estados Unidos para poder estar en Colombia, el lugar que desea. Por esto, cuando le preguntan sobre los temas que trata la novela que está escribiendo, él responde con las siguientes palabras: "Sobre la supervivencia. Sobre la patria lejana" (García, 2017: p. 43). Por esto, cuando se sumerge en la soledad de su casa y enfrenta el aislamiento social que él mismo busca, Pablo reflexiona y concluye que:

> Podría irse ahora mismo.
>
> Tomar un avión y después otro. Un bus y una lancha.

> Internarse en un bosque de bambús. Vivir en una choza al borde de la ciénaga. Mirar los pájaros en el día y el plancton en la noche.
>
> Desaparecer. (pp. 143-144)

En consecuencia, permanecer en el extranjero significa aceptar cambios con los cuales no se identifica y de los cuales quiere alejarse. El desarraigo de Pablo está relacionado con los lazos geográficos y profesionales que mantiene con su territorio nativo. Por tanto, estar por fuera del país en las circunstancias presentadas supone para él la incomprensión de su lugar en el mundo y esto produce el sinsentido que otorga a su estancia en New Haven y a su propia realidad.

En definitiva, para Pablo y Lucía, las relaciones sociales y profesionales los llevan a sentir y tener pertenencias raigales diferentes sobre el lugar de origen y el lugar de destino. Ellos permiten concluir que la posición del migrante, como un extranjero que siente o no entrañamiento por su territorio natal, radica en cómo se dan las interacciones sociales y en el lugar que ocupa el migrante en el nuevo entorno social. El migrante es un nómada que al radicarse en un nuevo territorio debe sentirse parte de la cultura foránea, de sus valores y de su reconocimiento, de lo contrario, se percibirá como un ser disfuncional y excluido de la cotidianidad propia de esa cultura y esto lo llevará a añorar y extrañar su lugar de origen.

5.2. Sin desarraigo por la memoria en *Hasta que pase un huracán* de Margarita García Robayo

No todos los migrantes o aquellos que desean migrar sienten extrañamiento al estar lejos de su territorio. Esto puede ocurrir cuando el deseo de migrar está determinado por la no pertenencia con algunos rasgos identitarios de su lugar de origen y, al mismo tiempo, por una identificación raigal con lo foráneo, identificación que se afianza al llegar al destino anhelado. Por lo anterior, para la azafata, personaje principal de *Hasta que pase un huracán*, los rasgos identitarios familiares y geográficos se difuminan, aún más, cuando logra llegar a Miami.

En su estancia en el extranjero, el personaje no siente arraigo ni extrañamiento por los miembros de su familia, pues los considera mediocres al vivir en unas condiciones socioeconómicas deplorables para ella. Especialmente, cuando ella misma entiende la imposibilidad de que sus padres reconozcan esta condición, pues ellos se encontraban en "baches de tiempo muerto que les hicieran mirar alrededor y darse cuenta de dónde estaban: en un departamento chiquito en un barrio de medio pelo, al que lo atravesaba un caño y varias busetas" (García Robayo, 2015: p. 9). Desde este punto de vista, es evidente que la azafata no posee arraigo con su casa, con el hogar en el cual convivió hasta que inició su vida laboral.

Por consiguiente, para ella la casa no es un territorio donde ha establecido lazos identitarios con sus familiares, pese a que estos últimos sean relevantes para la construcción de su

identidad personal y comunitaria. En este sentido, es posible aseverar que la casa no es un espacio de pertenencias relacionadas con la memoria hogareña, parental y social, lo cual implica que para la azafata su casa no "desempeña una función indispensable de mediación entre el 'yo' y el mundo exterior, entre su interioridad y la exterioridad, entre 'adentro' y 'afuera' (Giménez, 2001: p. 11). Para ella, no es importante reconocer que sus percepciones sociales se han concretado de las acciones, ideas y pensamientos acaecidos en su hogar. Por el contrario, aquellos recuerdos y experiencias que allí ha vivido y edificado no son valorados como positivos e influyentes, dado que solo muestran y demuestran un estrato social que ella desea evitar y del cual desea alejarse.

Por consiguiente, su familia no es percibida como una comunidad ejemplarizante ni portadora de los rasgos sociales y económicos que la azafata considera primordiales. Sus padres no son los referentes ideales en la construcción de sus deseos personales y económicos. Por consiguiente, la azafata representa a quienes no asumen a la familia como un rasgo primordial y relevante en su identidad y, por tanto, no la perciben como "un referente fundamental en la construcción de arraigos territoriales" (Quezada, 2007: p. 10). De este modo, para la azafata, es difícil establecer conexiones identitarias no sólo con su familia sino también con el contexto que la rodea, pues como indica Quezada (2007):

> la construcción de la identidad socioterritorial presenta además ciertas condiciones particulares, ya que el desarrollo del sentido de pertenencia se inicia desde etapas tempranas de la vida y generalmente en el seno familiar, donde recibe el universo simbólico cultural que

después será complementado y resignificado en las relaciones que entable con comunidades socioterritoriales con las que entra en contacto en el transcurso de su vida. p. 29)

La azafata mantiene las mismas consideraciones despectivas con el contexto social local, reflejado en el barrio donde viven sus padres. En primer lugar, no siente desarraigo por su barrio, pues se encuentra en una zona geográfica olvidada por el gobierno local y que yace cerca de una laguna, por lo cual se inunda fácilmente cuando surge algún fenómeno natural. Para ella, el barrio es un lugar que, al estar alejado del mar y no poseer las condiciones necesarias para ser considerado habitable, solo es un territorio insignificante y sin ningún valor identitario. En este punto, puede pensarse en los planteamientos de Aristóteles (citado por Del Acebo, 1996) quien "sostenía que la ubicación topográfica a veces basta, por sí sola, para provocar una revolución o una situación de discordia, como sucede cuando la misma distribución del suelo impide que la ciudad tenga una verdadera unidad" (p. 171). En suma, el problema o la discordia no era vivir en Cartagena, sino vivir en zonas donde la pobreza, el abandono y el caos social eran parte de la cotidianidad.

Sin duda, tanto la visión económica y social de sus padres como la posición topográfica del barrio donde ellos viven son aspectos fundamentales para que la azafata construya valoraciones negativas que la lleven a carecer de sentido de pertenencia con su territorio natal. No existe un arraigo ni un desarraigo que suscite el sentimiento de extrañamiento por su hogar. Para ella, la realidad de sus padres no está ligada a sus deseos y anhelos identitarios. por este motivo, no es posible crear vínculos territoriales desde los cuales se erijan proyecciones de vida y desde donde se mire el pasado con añoranza y nostalgia.

De acuerdo con lo anterior, se puede afirmar que el barrio no se muestra como ese espacio intersubjetivo que "permite cierto anclaje al individuo ante la heterogeneidad presente en las grandes ciudades" (Del Acebo, 1996: p. 167). Para la azafata-narradora se describe como el espacio de una percepción homogénea y desagradable en el cual ella se siente diferente y autoexcluida. Así, desde que tuvo uso de razón, la azafata supo que no quería estar allí, que no se sentía un miembro de la comunidad y que su futuro estaba muy lejos de ese lugar no deseado. Lo que ella recuerda de su contexto social local no le produce extrañamiento ni la conduce a desear el retorno. Son las circunstancias las que la obligan a regresar a Cartagena, pero cuando se encuentra allí, sus filiaciones identitarias continúan enlazadas a la vida en el extranjero.

5.3. La lucha por el territorio: el desarraigo en *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira

La violencia es uno de los factores más influyentes en el destierro de campesinos y habitantes de pequeñas poblaciones en las zonas más alejadas y olvidadas de Colombia. Sufrir desplazamiento forzado implica el alejamiento violento de la tierra y la ruptura de los lazos que un ciudadano ha mantenido con su historia, con sus conciudadanos y con la propia identidad construida a lo largo de su estancia en un lugar. Por esta razón, pensar en el desarraigo es comprender que en aquellos sujetos desterrados se "generan crisis al ser arrancados de dichos espacios a través de acciones violentas y dolorosas que los separan de

su territorio" (Ocampo, 2014: p. 27). Estas crisis tienen que ver con el alejamiento de su lugar de origen, con el cambio de actividad productiva y con la pérdida de lazos familiares, fraternales o comunitarios.

Dichas crisis se generan porque las comunidades desplazadas están estrechamente ligadas al territorio que han habitado, es decir, sus miembros "han consolidado fuertes referentes comunes que cuentan con un conjunto organizado e identificable de 'significados' y, por ende, comparten universos de sentido (cosmovisiones) similares" (Chernick, 2003: p. 101). Aunque para ellos la posibilidad de emigrar significa buscar mejores condiciones en una residencia desconocida, es necesario resaltar que ese hecho tiene como consecuencia el despojo de una cultura local que posee rasgos identitarios históricos conocidos y aceptados que de alguna manera les han permitido ser sujetos activos de la comunidad.

Sin embargo, no siempre los desposeídos están dispuestos a abandonar su territorio y con ello a perderlo todo. En ocasiones, la lucha por los derechos civiles y legales es parte de una posible solución. Luchar es una manera de mantener la dignidad como ciudadanos y el reconocimiento como parte de una sociedad. Por eso, enfrentarse a quienes se han apoderado de la tierra y han controlado la vida en sociedad es una cuestión de identidad raigal, de demostrar que se añora el territorio perdido.

Este es, sin duda, el caso del Sindicato de los oficios varios en la novela *Rebelión de los oficios inútiles* del escritor Daniel Ferreira. Este sindicato está conformado por un grupo de ciudadanos que en cabeza de Ana Larrota pierde sus tierras y queda desamparado en la

pobreza y en el olvido. Específicamente, en lo referente a Ana Larrota, ella es una mujer de avanzada edad que, a lo largo de su vida, ha sufrido el destierro, el despojo y el desarraigo por circunstancias políticas y acciones coercitivas. Sus antepasados perdieron la tierra una y otra vez, bien sea porque el Estado cedió los terrenos arbitrariamente a algunos militares de alto rango o bien porque terratenientes de la zona se apoderaron de las tierras empleando la intimidación y la agresión. Al respecto, la líder del sindicato expresa que la tierra arrebatada "perteneció a [sus] abuelos y a [sus] padres, ¡y que un puñado de terratenientes y oligarcas les quitó con artimañas!" (Ferreira, 2015: p. 80). Por estos motivos, la lucha de Larrota se enfoca en regresar a sus terrenos, en retomar lo que a ella y a otros campesinos les han arrebatado y que consideran esencial para mantener su raigambre con la tierra.

De este modo, su sentimiento de desarraigo es tan fuerte que a pesar del dolor y del sufrimiento aún desea regresar a su territorio, pues en él prevalecen los lazos históricos, el arraigo por su tierra y por su comunidad: tres aspectos fundamentales en su construcción identitaria y en el reconocimiento de ella misma como parte de una sociedad. Larrota es el tipo de ciudadano que privilegia los lazos con su territorio y que, como asevera Del Acebo (1996), "busca —porque lo necesita naturalmente— desarrollarse como tal a través de estructuras raigales" (p. 198).

Según la historia de la novela, la familia de Larrota ha habitado desde hace mucho tiempo la región. En varias ocasiones, en su discurso aparecen referencias temporales y territoriales sobre sus antepasados en la zona, en muchas de ellas alude al destierro, al uso de la violencia en su contra y a las consecuencias de estos hechos. Por ejemplo, cuando se encuentra en la

indagatoria con el juez municipal, Larrota alega lo siguiente: “Nuestros antepasados fueron expulsados, por las armas, de esos terrenos hace décadas” (Ferreira, 2015: p. 165), y más adelante, al explicar por qué ella y los demás miembros del sindicato han invadido un terreno, sentencia: “El terreno, como el señor fiscal lo llama, es un barbecho de rico, un lote de engorde, una parte ínfima de una tierra que fue arrebatada a nuestros ancestros” (p. 175).

Es evidente, por consiguiente, el tiempo en que ella y sus descendientes han establecido lazos con la comunidad y con el territorio. El tiempo habitado en la zona les ha permitido consolidar vínculos sociales y redes de relaciones laborales, productivas y humanas, además de forjar relaciones identitarias con la tierra, con el espacio geográfico. Sin embargo, es cierto que cuando se habla del lazo histórico, el tiempo vivido no siempre determina la solidez del arraigo por un territorio, puesto que

> en la construcción de este lazo la cantidad de tiempo puede o no ser significativa, puesto que siempre está determinada por el peso subjetivo que cada actor le concede: alguien puede pasar la mayor parte de su vida viviendo en un territorio, y no por ello establecer este tipo de arraigo, o viceversa. (Quezada, 2007: p. 13)

No obstante, Larrota y los sindicalistas han creado lazos históricos que no se han roto a pesar del destierro, del alejamiento y del tiempo, por eso han decidido luchar por regresar a sus tierras, por recuperar lo que les pertenece. Para ellos, la identidad con su tierra es tan arraigada que vale la pena poner la vida en riesgo para tratar de recuperar parte de la historia robada y arrebatada, porque en este tipo de lazos “cobra importancia tanto el pasado vivido

ahí, como los antecedentes históricos del lugar al ser asumidos como propios" (Quezada, 2007: p. 13). En esencia, aunque han sido distanciados de la tierra y de las costumbres que allí tenían, para Larrota y otros desterrados el sentido de pertenencia e identidad con la tierra no se ha quebrado. Lo anterior se explica porque según Chernick (2003) los campesinos y desplazados establecen relaciones identitarias muy sólidas con su entorno social y natural:

> Entre los sectores más afectados por la guerra y los procesos de desplazamiento forzado en Colombia se encuentran (...) los campesinos, constituidos por grupos que tienen una dependencia especial de su tierra o un apego particular a la misma. Estos sectores conforman culturas fuertemente arraigadas, territorializadas, con un conjunto de referentes comunes y procesos identitarios afianzados o en vía de reconstrucción, que en muchos casos se ven obstaculizados o truncados por la migración económica, la guerra y el desplazamiento forzado. (p. 103)

Por consiguiente, la pérdida de la tierra es una carencia sustancial en el devenir de esta población. Vivir sin la tierra lleva a los campesinos y habitantes rurales a sentirse extraviados y a resignificar su realidad, pues para ellos es necesario confrontar las configuraciones simbólicas y culturales del lugar de origen con aquellas del sitio al cual deben desplazarse. De este modo, para los personajes sublevados de la novela, las circunstancias sociales varían drásticamente, pues deben desplazarse a lugares donde son percibidos como una clase social analfabeta, peligrosa, pobre y vulgar.

Por este motivo, al arribar a zonas urbanas, los desplazados sufren la explotación laboral y el maltrato social que están representados "en la arbitrariedad, de quienes pueden ostentar mayor poderío o desplegar mayor violencia" (Chernick, 2003: p. 101). La vida cotidiana se transforma negativamente y para sobrevivir, en la mayoría de los casos, quien se desplaza debe asumir dicha reconfiguración social sin la protección del Estado y en condiciones lamentables. Al respecto, la lideresa expresa que los miembros del sindicato tuvieron que realizar una huelga, pues eran hombres y mujeres "sin techo y sin agua" (Ferreira, 2014: p. 205), personas que "viven a la intemperie y padecen hambre y frío" (p. 174).

Con estas características, el arraigo por la tierra incluye, además, de lazos históricos, el extrañamiento de una realidad, posiblemente, menos austera y difícil. En este sentido, cuando Daniel Pécaut analiza la situación de los desplazados por la violencia en Colombia, propone una analogía con las consideraciones que sobre los apátridas de la Segunda Guerra Mundial establece Hannah Arendt para quien la pérdida de la residencia significa "la pérdida de toda la trama social en la cual se ha nacido, y en la cual se ha organizado un espacio particular en el mundo" (Citado por Pécaut, 1999: p. 16). De este modo, quien debe desplazarse lleva consigo el caos del presente, el desconcierto y el temor por el futuro. Más allá de perder bienes materiales, el desplazado siente la ruptura con su memoria y teme por su propia posteridad.

De acuerdo con lo mencionado, el desarraigo también se construye desde las consecuencias de la pobreza y la vulnerabilidad del desplazamiento. Dejar atrás toda propiedad material y una realidad social implica sentir que no se tiene valor alguno. Al respecto, Ana Larrota

afirma: “Sé también que a esos hombres y mujeres que el resto de ciudadanos llama con menosprecio ‘los destechados’ se les desprecia, porque nada vale el que nada tiene” (Ferreira, 2015: p. 170).

No se establece, entonces, el reconocimiento que merecen los desplazados como ciudadanos, sino que, por el contrario, estos son excluidos de la posibilidad de lograr trabajos estables y bien remunerados. Tampoco se les comprende como víctimas del conflicto y, por consiguiente, como “personas lesionadas por los sufrimientos, las humillaciones y los vejámenes de que fueron víctimas” (Naranjo y Hurtado, 2004: p. 306). El destierro demanda efectos negativos sobre las realidades de los desplazados y sobre sus percepciones identitarias donde prima el irrespeto, la denigración y en muchos casos la miseria.

El desarraigo los lleva a añorar el pasado y las condiciones que poseían, aunque estas no fueran las mejores ni se tuvieran los privilegios en ámbitos económicos y de bienestar social. Por eso, para habitantes rurales, como los miembros del Sindicato de oficios varios, la huelga es una manera de escapar de una situación deplorable y aciaga. Esta representa la lucha mancomunada por la tierra y simboliza la esperanza de regresar a tener una vida digna para aquellos que aún poseen el arraigo por su territorio. En medio de la huelga, los desterrados son una voz que al unísono intentan recuperar una realidad que les ha sido violentada. Se pronuncian en conjunto porque comprenden que sus lazos raigales son similares. Al estar unidos, es posible pensar que Ana Larrota y los demás sindicalistas desplazados

> pueden encontrar elementos de autoconocimiento y reconocimiento, que les provean de nuevas identidades desde las cuales articulan orgánicamente sus demandas de estabilización socioeconómica, reconocimiento social, inclusión política, reparación moral y, sobre todo, el reconocimiento como sujetos de pleno derecho, tanto en la comunidad nacional como en la ciudadana. (Naranjo y Hurtado, 2003: p. 284)

A pesar de la lucha y de las pretensiones que en ella se circunscriben, la huelga no es una tarea sencilla ni segura. Aunque el arraigo por la tierra sea inquebrantable, enfrentarse con quienes ostentan el control de la zona y el poder militar para recuperar el territorio es un acto inabordable para los sindicalistas. Por ejemplo, desde las instancias gubernamentales del pueblo se les prohíbe a los huelguistas la posibilidad de recobrar sus tierras, en vista de que, según un decreto "no se le permite, bajo ningún motivo, o causa de fuerza mayor, la intención del retorno" (Ferreira, 2015: p. 21).

Sin embargo, el hecho mismo de no ceder ante las exigencias y arbitrariedades del gobierno municipal y de la represión de los terratenientes de la zona evidencia el interés de los amotinados en "proteger la tierra y poner por encima el arraigo al territorio, lo cual lleva a entender que la resistencia no es un acto contrainsurgente, sino que se desarrolla en la perspectiva de recuperar la identidad" (Bello, 2004: p. 306) y con ello, el interés en recuperar, si es posible, la identidad cultural y natural que los caracteriza como campesinos.

En definitiva, el desarraigo puede llevar a los desplazados a una situación límite en la cual su vida se pone en peligro. Para los sindicalistas la situación de desplazamiento forzado amerita perderlo casi todo. Como ciudadanos, su posición económica y social constituye un

lugar de desigualdad e inferioridad para luchar por los derechos. Sus antagonistas poseen el dominio de la tierra, el poder militar y el beneficio de las entidades gubernamentales.

Ser un desplazado es encontrarse a la deriva en medio de un contexto desconocido, adverso y excluyente, donde las oportunidades son escasas y el clasismo es parte de la cotidianidad, de modo que el dolor que produce el desarraigo puede manifestarse de varias maneras. Para Ana Larrota y sus camaradas, ante tal adversidad, la huelga se torna como una manera viable y determinante de lucha; como desterrados, la resistencia social permite "soñar la posibilidad de reconstruir su proyecto de vida y transformar el miedo en esperanza" (Duque, 2004: p. 234).

En esencia, si bien la huelga es un reto y un riesgo, las posibilidades de volver a sentirse parte de la sociedad y de sus derechos parecen tangibles. Como actores marginados y empobrecidos, el desarraigo constituye un arma moral y humana que posibilita soñar con el retorno al lugar conocido, al espacio donde sus rasgos identitarios no son ignorados o desvalorizados.

5.4. El arraigo en medio del conflicto interno armado en *Río muerto* de Ricardo Silva Romero

El conflicto interno armado es el enfrentamiento violento entre grupos al margen de la ley y el Estado colombiano. No tiene un inicio claro y aceptado unánimemente; sin embargo, se asume que surge desde los años sesenta de la segunda mitad del siglo XX y que en la actualidad sigue en vigencia. Lo que sí es cierto es que, durante el siglo XX, la violencia aumentó sustancialmente en todo el país, principalmente en aquellos lugares donde la presencia de las fuerzas militares del Estado no era suficiente para mantener la seguridad ante grupos ilegales como las guerrillas. En consecuencia, surgieron grupos paramilitares patrocinados por hacendados, terratenientes y apoyados militarmente por la Policía y el Ejército nacional de Colombia.

De este modo, el conflicto se acrecentó, ocasionando que miles de ciudadanos tuvieran que elegir entre huir del lugar o quedarse en medio de un enfrentamiento cruento y constante. Esto significó tomar una decisión que incluía aspectos económicos, sociales e identitarios. Con la llegada de la violencia armada, cada individuo o grupo familiar se debatió entre la disyuntiva de quedarse, y poner su vida en riesgo inminente, o desplazarse, abandonando parte de su historia, de sus costumbres y de su identidad como integrante de una comunidad. Es así que, tales circunstancias, conllevan a las víctimas a tomar una elección determinada por la fuerza del sentimiento de arraigo que se tiene con el territorio y por las consecuencias que trae consigo la decisión.

Lo anterior alude al contexto en el cual se desarrolla la historia de Salomón Palacios e Hipólita Arenas en la novela *Río muerto*, de Ricardo Silva. Los dos personajes son

amenazados por el bloque paramilitar que llega a controlar la zona en donde se encuentra el municipio Belén del Chamí, anteriormente dominado por la guerrilla. Sin embargo, el sentimiento de arraigo lleva a ambos personajes a asimilar estas amenazas de manera distinta debido a las relaciones raigales que tienen por la tierra: Salomón siente arraigo por su tierra y su trabajo, a tal punto que decide permanecer allí a pesar de ser amenazado de muerte; Hipólita no siente arraigo por su tierra, pues no le importa abandonarla ni le turban los lazos que allí ha edificado.

Para analizar estas posturas raigales frente a la situación, es preciso reconocer que el contexto en que se encuentran los personajes posee relaciones sociales e identitarias particulares. Las interacciones humanas están regidas, de cierta manera, por el control y poder de los grupos armados que dominan la zona y que instauran sus propias leyes en la comunidad. Esto quiere decir que se debe aceptar que, como cualquier espacio, el contexto de los personajes posee "los caracteres de un espacio social, vivido e identitario, delimitado en función de una lógica organizativa, cultural o política" (Di Meo, 1998: p. 132). En la región donde habitan los dos personajes, esta lógica se encuentra mediada por las consideraciones ideológicas que defienden los grupos ilegales, especialmente el grupo paramilitar, y la imposición que estos tienen sobre las formas de vida de los habitantes.

En base a esto, se puede ver que la interpretación que hace Salomón de la realidad de su contexto no es acertada, privilegia su arraigo por el espacio y las interacciones sociales que allí acaecen. Para él es impensable salir o huir del pueblo donde es aceptado por la

comunidad, pues lo reconocen como una persona servicial que ayuda a su prójimo sin interesarse por la posición ideológica o por las acciones pretéritas de sus ciudadanos, incluidos aquellos hombres que habían ayudado a la guerrilla. Sin embargo, esto repercute en miramientos y amenazas del grupo paramilitar que defendía con radicalismo una posición ideológica única que solo permitía el apoyo a los miembros y seguidores de su grupo. Al respecto, el sepulturero presenta una radiografía de la realidad de Salomón Palacios al expresar:

> Salomón Palacios, el trasteador, el mudo, era primero que todo un hombre bueno —les dijo duro y claro—, y sin embargo ni la gente del Bloque Fénix ni la gente del Frente 99 ni la gente de la policía ni la gente del ejército ni la gente del templo confiaban en él porque cometió el error de ser un hombre bueno hasta con los peores hijos de puta. (Silva, 2020; 29)

Se evidencia que gracias a la opinión que tienen los pobladores, Salomón construye un fuerte sentimiento de arraigo por el lugar donde se encuentra. Hacer parte de una comunidad que lo describe con valores como la bondad incondicional posibilita la pertenencia comunitaria, es decir, el personaje se siente incluido en una sociedad que lo acoge e incluye con base en sus actos. En este sentido, Salomón encuentra en su comunidad una gratificante experiencia personal y simbólica que lo lleva a poner su vida en riesgo. Esto ocurre porque hay individuos que prefieren ser parte de un grupo social en donde se identifiquen con "algunos de sus valores esenciales y experimenten un sentimiento de identificación con respecto a las personas con quienes se encuentre" (Di Meo, 1998: pp. 132- 133). Sin embargo, como se observa en la cita de la página anterior, es perceptible que el arraigo por la tierra y los hábitos

de Salomón son los motivos que lo conducen a infravalorar las amenazas del grupo paramilitar, amenazas que derivan en su asesinato.

En lo relacionado con Hipólita, la situación raigal con su territorio es diferente. Desde el primer momento en que llegan las amenazas a Salomón, ella demuestra que no siente arraigo por su lugar de origen. Ella defiende la idea de huir del pueblo para evitar consecuencias mortales hacia ella o hacia su familia. Hipólita se desprende con facilidad de sus pertenencias identitarias ligadas a la tierra, a la comunidad y al pasado. Bajo estas consideraciones, afirma: "Yo me pasé toda la vida diciéndole que nos fuéramos de acá, vámonos de aquí mañana, Salomón, vámonos a cualquier sitio que no se parezca a esto" (Silva, 2020; p. 39). Se percibe, en estas palabras, que no existe un lazo geográfico e histórico relevante y positivo con el territorio. Por el contrario, se muestra una mirada pesimista y desesperanzada de una realidad que ha estado intervenida por la violencia, las agresiones y las represiones de grupos armados.

Esta posición se acrecienta cuando su esposo, Salomón, es asesinado por el grupo paramilitar. Cuando Hipólita queda viuda y desamparada, su arraigo territorial y social, podría decirse, es totalmente nulo, puesto que en esas circunstancias su decisión, en primer lugar, es suicidarse y, en segundo lugar, hacer que el grupo paramilitar la asesine junto a sus dos hijos. Para ella, el suicidio o hacerse matar es una forma de desterrarse completamente de la realidad que vive, dado que no solo pierde todo el interés en su territorio, sino que también pierde todo arraigo por la existencia. Esto supone que, en su caso, no percibe ninguna relación

raigal identitaria con su entorno ni se siente parte de la comunidad, pues como asevera Del Acebo (1996) el suicidio "está íntimamente ligado al nivel de integración de los grupos de pertenencia por cuanto el hombre es, ante todo, un ser social" (p. 62). De este modo, al no sentirse ligada a la sociedad belemita y sus interacciones sociales, determinadas por la violencia, ella observa en la muerte una solución contundente para dejar de ser parte de ese lugar. Así mismo, cuando ella declara: "'Desde hoy no vamos a volver a confiar en nadie', les dijo, 'mataron a su papá porque pueden matar a cualquiera'" (p. 39), en sus palabras se visualiza que Hipólita rompe sus lazos históricos y personales con Belén del Chamí y esto sucede, según Del Acebo (1996), cuando ocurre un

> debilitamiento del colectivo social, toda pérdida de "densidad moral" por parte de la sociedad y, en especial, de los grupos sociales en que el individuo está inmerso, [esto] no hace más que debilitar la identidad y equilibrio de este ser que se ve, así, socavado en su más propia esencialidad. (pp. 62-63)

Para Hipólita, el asesinato de su esposo, un hombre bueno socialmente y un padre ejemplar, es consecuencia de una desintegración social donde cada individuo se preocupa por su bienestar y donde el orden público está supeditado por normas y castigos definidos por los grupos armados al margen de la ley. Esto la conduce a reflexionar sobre su realidad y a concluir que ha quedado sola en medio de un contexto donde "no se respeta ni a las mujeres ni a los niños" (Silva, 2020: p. 61).

Finalmente, se analiza la relación raigal de los dos hijos de Hipólita con el pueblo. Durante las acciones en contra de su padre y las acciones temerarias de su madre, ambos están sujetos a las opiniones y decisiones de sus progenitores. Sin embargo, al final de la novela, el narrador plantea dos hechos que determinan el devenir de los dos jóvenes personajes. En primera instancia, el narrador afirma que

> Max trabajaría como un burro y como un negro y saldría bien en cualquier trabajo que se propusiera: tendría quizás un par de hijos y luego un par de hijos más con una mujer un poco menos jodona que la primera y se pasaría la vida pensando que la muerte lo tomaría por sorpresa a los cuarenta y dos años como a su padre y al padre de su padre. (Silva, 2020: pp. 59-60)

Este es el hijo mayor y es quien intenta asumir la protección y bienestar de la familia. Con la muerte de Salomón y los delirios de Hipólita, él debe encargarse de que su familia huya del pueblo y, por tanto, de la muerte. Sin embargo, en la cita se presenta la proyección de un futuro trágico para Max, heredado de las experiencias de su padre. El arraigo que Max tiene con su territorio se relaciona directamente con rasgos históricos ligados a la muerte violenta, es decir, para este personaje su vida será un espejo de la realidad dolorosa y cruenta de su padre, quien, a pesar de sus buenas acciones como ciudadano y como padre de familia, es asesinado en la puerta de su casa. Max asimila el sufrimiento vivido como un sufrimiento propio que lo perseguirá el resto de sus días. En definitiva, el arraigo con su tierra y con su historia, en el sentido hereditario, incluye el dolor, la violencia y la muerte.

Sin embargo, cuando ya están a punto de abandonar el pueblo, el narrador manifiesta que Max y su hermano tuvieron una sensación de melancolía y nostalgia por dejar aquel lugar. Cuando el grupo armado los liberó con la condición de que no regresaran, ellos

> caminaron por la orilla del río a tropezones y agarrados el uno al otro con la tentación de volver, porque no tenían nada más sino ese pueblo y ese templo y esa casa en aquel silencio que da un poco de miedo y un poco de paz, y que han extrañado el resto de la vida. (p. 151)

Estos dos personajes representan el arraigo y el extrañamiento que se puede sentir por un territorio, pese a las situaciones adversas que allí se han experimentado. Quienes son desplazados, sobre todo en circunstancias tan violentas como las referidas, no dejan de sentir el desarraigo producido por la añoranza de su lugar de origen, del cual son expulsados. Por consiguiente, a pesar de las pérdidas humanas, de la vulneración de los derechos y de los traumas que ocasionan el desplazamiento forzado, el arraigo no se difumina ni existe una ruptura completa con los rasgos identitarios e históricos adquiridos en el territorio abandonado.

En suma, los cuatro personajes analizados demuestran que se establecen relaciones subjetivas entre los sujetos y su territorio. Las condiciones particulares y las valoraciones individuales frente a los hechos sociales determinan la asimilación singular y particular de una identidad raigal con el entorno y con sus miembros, sobre todo, cuando dicho entorno está asediado por un conflicto armado, como el caso de la obra de Ricardo Silva, en el cual la vida depende de las consideraciones ideológicas extremistas y subjetivas de algún grupo

armado ilegal.

En este contexto, el sentimiento de arraigo está influenciado por las experiencias vividas y la manera en que la memoria personal e histórica es capaz de asimilar el horror y la desesperanza que ocasionan la violencia y el desplazamiento forzado. En otras palabras, no solo se trata de la huida, del desplazamiento en sí mismo, también es importante tener en cuenta cómo suceden los hechos y cómo son asimilados por cada una de las víctimas. Por ejemplo, en la novela solo tres de los cuatro personajes analizados sobreviven al conflicto armado y son ellos quienes deben enfrentarse a una realidad despiadada. Como en el caso explícito de Max, seguramente, todos los desplazados llevan consigo los traumas y las heridas emocionales y psicológicas que producen la agresión y el atropello. Al respecto, Meertens (2004) manifiesta que desplazarse "va acompañado de una experiencia, subjetiva pero no menos tangible, de desarraigo y pérdida. Desplazarse forzadamente significa, además, romper con el proyecto vital, con una elaboración ―sea esta profunda o rudimentaria― del futuro personal a partir del pasado" (p.198). Las raíces personales, familiares y sociales que han surgido en un territorio son tan diversas que, al abandonar o huir del lugar de origen a causa de la violencia, el desplazado se lleva consigo un conjunto de recuerdos y sentimientos tan complejos que la añoranza y el odio no se convierten en pensamientos contradictorios de su cotidianidad.

5.5. El desarraigo perdido: el lazo territorial y la violencia en *Volver al oscuro vall*e de Santiago Gamboa

En Colombia, la violencia es uno de los factores desencadenantes del desplazamiento y la migración de sus habitantes. Aunque el imaginario colectivo tiene la idea de que la única causa violenta de los movimientos humanos en el país es el conflicto armado interno, lo cierto es que existen otros tipos de violencias, igual de relevantes y permanentes. Al respecto, Rivera (1999) afirma que

> si partimos de la naturaleza del acto o la acción violenta, e incluimos los actores sociales y las víctimas, algunos de los tipos de violencia más significativos o, por lo menos, más frecuentes en Colombia son la violencia cotidiana, la violencia intrafamiliar y la violencia política (p. 81).

Entonces, huir o abandonar el lugar de origen se postula como una posible solución a varios problemas: el enfrentamiento armado, la violencia social y el establecimiento de la anomia social como *un modus operandi*. En consecuencia, quienes abandonan su territorio llevan consigo experiencias y recuerdos de una sociedad conflictiva, en la cual se han sentido temerosos, agredidos o vilipendiados. Por consiguiente, cuando surge el deseo o la necesidad de regresar al país, los sujetos empiezan a comparar y a sopesar las ventajas y desventajas de hacerlo, comienzan a determinar si vale la pena retornar al lugar donde surgieron las heridas.

En ese momento, el arraigo y el desarraigo se tornan factores trascendentales para elegir entre el retorno y el exilio permanente.

En la novela de Santiago Gamboa, los personajes principales son colombianos que han tenido que desplazarse por motivos relacionados con la violencia social y familiar, pero que, después de varios años, deben regresar a sus lugares de origen para que uno de ellos tome venganza de su agresor. Para ellos, el regreso aparece como un acto obligatorio, pero timorato, porque el retorno implica volver al lugar donde fueron víctimas de la violencia. Así, entonces, el sentimiento de arraigo los pone entre la disyuntiva de quedarse en tierras foráneas o regresar al país para enfrentar el pasado que intentaron olvidar cuando se desplazaron. Esto sucede porque, como expresa Monterrubio (2014), "la categoría arraigo se entiende como el modo en que se vincula el hombre con su espacio y tiempo vital, con su semejante próximo y con los principios o valores vigentes en la comunidad en la que habita" (p. 15). De este modo, en la novela, Manuela Beltrán, el narrador y Juana Manrique huyen de sus respectivos lugares porque sus vínculos con los demás familiares y ciudadanos están mediados por el maltrato familiar y el caos social; y son estas mismas circunstancias las que los llevan a no sentir el desarraigo por cada uno de sus territorios.

En primer lugar, Manuela Beltrán huye, inicialmente, de Cali a Bogotá y, posteriormente, a España porque en su ciudad natal ha sido violada por el compañero sentimental de su madre y, además, porque el atacante ha agredido a su madre y le ha causado la muerte. Por estas acciones, el lazo territorial de Beltrán por su ciudad está casi roto a tal punto que en las

ocasiones que decide regresar en lugar de entrañamiento siente desazón e ira: “Entendí que mientras ese *man* estuviera vivo no podría volver a Cali. Me robó también mi ciudad” (p. 180).

Como se observa en la cita, para ella la violación cometida en su contra ha significado la pérdida de su identidad con el territorio y con sus habitantes, es decir, el arraigo se ha convertido en una especie de topofobia, pues cuando se rompe el lazo territorial surge “un sentimiento de rechazo o desagrado por él, elementos que inciden en la conformación identitaria socioterritorial” (Quezada, 2007: p. 13). Si bien, los sujetos establecen vínculos identitarios con su lugar de origen, algunas experiencias de su vida pueden opacar las pertenencias que se han construido con base en las interacciones sociales. En este sentido, en vez de sentir una relación íntima con su espacio natal, el sujeto siente que dicho lugar se convierte en un sitio indeseado, en un espacio reservado para el olvido.

Por estas razones, cuando Manuela se pregunta, después de regresar y de vengarse de su victimario, si volverá de nuevo a Cali, es contundente con su respuesta: “Tal vez nunca” (Gamboa, 2017: p. 258). El sentimiento de extrañamiento es tan insignificante y yace tan lleno de recuerdos dolorosos que cuando ella está saliendo del país se despide con las siguientes palabras: “Traficantes, violadores, asesinos, ladrones ... Quédense con su puto dios falso y con su país de sangre y mierda. Me largo para siempre” (p. 259). En definitiva, para Manuela, el lazo territorial con su país no es superior a las condiciones sociales que tiene en España, las cuales están definidas por una mejor calidad de vida.

En segundo lugar, en las mismas disposiciones se encuentra el sentimiento de arraigo del narrador-personaje con su territorio. Después de vivir durante varios años fuera del país, él siente temor de regresar, específicamente, a Bogotá. Desde las primeras páginas de la novela, este personaje manifiesta que ha dejado el país por su situación social y por la inseguridad en la ciudad. Regresar representa, para él, volver a un lugar desconocido, con el cual no se sentía identificado en su juventud y en donde ahora sería un ser extraño. Tan pronto arriba a la ciudad, el personaje describe su primera impresión con las siguientes palabras: "Toda esa inquietud estaba ahí, en el aire espeso y frío de Bogotá, ese temblor de tierra de baja intensidad del que alguna vez debí alejarme para aspirar a una existencia propia" (Gamboa, 2017: p. 387).

Estas sensaciones conducen a determinar que el narrador ha perdido el lazo territorial y el lazo social con su lugar de origen. Al estar en Bogotá, no siente el entrañamiento por su tierra ni por las relaciones sociales que había establecido en años anteriores. Durante los días de permanencia en la ciudad, no intenta conectarse con algún familiar o algún amigo, pues no asume alguna identidad raigal. Por el contrario, al llegar a la capital colombiana, el personaje percibe que con los años se ha convertido en un huérfano, es decir, en un ser sin progenitores, sin pasado, sin arraigo. Al respecto, mientras camina por los pasillos del aeropuerto, el narrador-personaje expresa que aquellas "baldosas gélidas y grandes ventanales no hacían más que multiplicar el frío y la desolación, esa orfandad que parecía bajar desde las oscuras nubes" (p. 386).

En suma, aunque la narración no muestra directamente cuáles fueron las experiencias dolorosas que el narrador vivió en su lugar de origen, es posible inferir, desde sus afirmaciones, que el pasado le ha dejado una lesión identitaria tan indeleble que no siente desarraigo al pensar en su territorio. De todos modos, este disentimiento parece estar más determinado por las dudas que por las certezas que él posee. El narrador no sabe por qué no se siente identificado con su territorio ni con cualquier otro territorio y tampoco entiende qué significa regresar a un lugar. Por estos motivos, en su discurso, generalmente, cuando reflexiona sobre estos temas, aparecen estas incógnitas: "¿es posible regresar? ¿Regresar a dónde? ¿A dónde volvemos realmente?" (p. 369) y "¿ Volver?, ¿a dónde podría?" (p. 393). En definitiva, la carencia de desarraigo mientras está fuera del país y su carencia de arraigo mientras permanece en Colombia demuestran que el narrador ha dejado de establecer filiaciones identitarias con su territorio y con sus compatriotas.

En tercer lugar, se encuentra el personaje más enigmático de la historia: Juana Manrique. De ella se sabe que es amiga del narrador, que emigró a España hace más de diez años y que lo hizo después de haber perdido a uno de sus hermanos debido a la violencia en la ciudad. En el caso de Manrique, aunque sus padres aún continúan con vida, la muerte de su hermano es motivo suficiente para no sentir desarraigo por su tierra ni para sentirse identificada con los rasgos identitarios de la sociedad bogotana. Por ende, cuando regresa a la ciudad, es muy contundente en sus intereses personales. Durante un diálogo con el narrador, ella sentencia que desea volver a irse del país sin visitar a los miembros de su familia que siguen viviendo en Bogotá: "La verdad, sólo quiero saber dónde está enterrado mi hermano, nada más.

Cuando me digan eso no volveré a verlos nunca" (p. 394). De este modo, es innegable que además de romper sus lazos sociales con su país de origen, ella ha roto sus lazos familiares con las personas que son miembros de su núcleo familiar. Sin estos lazos, se privilegia el presente en un lugar foráneo y se degrada el pasado y todo lo que este representa. Juan Manrique no muestra algún tipo de sentimiento raigal con su tierra, pues para ella la sociedad colombiana, incluyendo sus familiares, hacen parte de un sistema social, del cual desea permanecer excluida. Las formas habituales en que se desarrollan las interacciones sociales en Colombia son, para ella, un fenómeno que no debe rememorarse ni que debe mantenerse como un rasgo propio de su identidad.

En conclusión, en los tres personajes, el arraigo por el territorio se ha determinado "a partir de un cúmulo de vivencias y percepciones que [se] experimenta en relación con las diferentes prácticas que realiza [el sujeto] dentro de ese espacio específico" (Mosquera, 2022: p. 14). En cada uno de ellos, ese espacio específico es el lugar de origen, el territorio donde inician las raíces y la noción de lo social. Sin embargo, aunque las causas hayan sido diferentes, la condición de desplazados por la violencia ha unido a estos personajes en la decisión de regresar a Colombia con el único propósito de cumplir la venganza de Manuela Beltrán. Ellos guardan una fuerte cohesión identitaria que consiste en no sentir pertenencia por su tierra, lo que demuestra, en palabras de Del Acebo (1996) que

> en el grupo migrante es dable observar, simultáneamente, una fuerte cohesión interna en función de que sus miembros se encuentran estrechamente atenidos unos a otros (…). Los

> intereses comunes, además, adoptan la forma de la urgencia momentánea más que en los grupos sedentarios. (p. 89)

Aunque a ellos no los une el desarraigo, si los agrupa el desapego territorial y cultural y el cumplimiento de un mismo propósito. Cuando Manuela identifica a su victimario y sabe que aún sigue con vida en la ciudad de Cali, los demás deciden acompañarla y participar directamente de la venganza que ella planea.

Cuando el deseo de venganza de Manuela se convierte en una urgencia, el grupo asume la necesidad y la obligación de volver al país. En otras palabras, regresan a causa de un sentimiento de venganza y no por un sentimiento de desarraigo, lo cual no deja de mostrar una evidente paradoja. Los tres personajes retornan al país a realizar el mismo tipo de acciones violentas que los había llevado a abandonar su territorio. De este modo, es posible aseverar que, si bien no desean tener rasgos identitarios con la sociedad colombiana, en sus maneras de solucionar un problema yace inmersa la violencia como una mecanismo válido y confiable.

Concluyentemente, en estos personajes, el uso de la violencia se muestra como una solución viable y como parte de un arraigo cultural que se mantiene y se acepta. La aceptación radica en que, en primer lugar, en ningún momento intentan dejar en manos de la ley las acciones sancionatorias que merece el agresor de Manuela, pues siempre expresan que son ellos quienes le proporcionarán el merecido castigo; en segundo lugar, porque después de tomar

venganza no demuestran algún tipo de remordimiento ni de cuestionamiento moral. Para cada uno de los migrantes solo es importante regresar a su vida cotidiana en el extranjero sin sentir ningún lazo raigal con Colombia. Su comportamiento evidencia que, en su perspectiva, algunas formas de vida son válidas cuando el fin justifica los medios.

Conclusiones

En esta investigación, se ha analizado la configuración de la identidad y su relación con el territorio desde los fenómenos de migración, desplazamiento forzado y desarraigo en cinco novelas colombianas: *Hasta que pase un huracán* y *Tiempo muerto,* de Margarita García Robayo; *Volver al oscuro valle,* de Santiago Gamboa; *Rebelión de los oficios inútiles*, de Daniel Ferreira, y *Río muerto,* de Ricardo Silva. Al respecto se presentan, a continuación, las siguientes conclusiones.

Para empezar, el concepto de identidad comprende implicaciones complejas debido a que la construcción identitaria dialoga con elementos relacionados con lo individual y lo colectivo. Si bien la sociología ha logrado aportes relevantes para aproximarse a las características y singularidades de esa correlación, aún quedan aspectos por reflexionar, principalmente, porque la diversidad del estudio de la identidad radica en que cada sujeto interactúa de manera particular y subjetiva en cualquier contexto social y, por tanto, establece distintos lazos identitarios con cada uno de los factores sociales y culturales de su territorio. La construcción identitaria no puede ser claramente delimitada, pues no es un concepto estático; en su lugar, es importante reconocer el dinamismo y la variabilidad de su construcción en la cotidianidad. Por eso, en el mejor de los casos, su estudio debe abordarse desde un contexto determinado y con base en algunos factores comunes y precisos que focalicen el análisis. En este sentido, como corpus de estudio, se toman las cinco novelas colombianas contemporáneas para analizar el concepto de identidad y su relación con los fenómenos anteriormente nombrados. Se asume, por consiguiente, a la novela como un espacio de

representación social donde desde la ficción se muestra, cuestiona o critica una realidad particular en la historia de Colombia, una realidad donde la población ha tenido que surgir en medio de luchas por las libertades civiles, conflictos armados, la desigualdad social, la polarización y la corrupción política.

De este modo, para el análisis fue oportuno realizar un acercamiento a las relaciones que se han establecido entre novela, territorio y violencia en la literatura colombiana. Esto con el fin de ofrecer un panorama que permita comprender la importancia de la creación literaria en las representaciones sociales y en la construcción de imaginarios colectivos que se edifican cuando se discute sobre la influencia de la violencia en la cotidianidad del país. Desde esta perspectiva, se destaca la mirada que tenía el pensador francés Michel Foucault (1996) sobre la literatura. Para él, esta última expresa

> lo que es más difícil de captar, lo más oculto, lo que cuesta más trabajo decir y mostrar, en último término lo más prohibido y lo más escandaloso […] Más que cualquiera otra forma de lenguaje la literatura sigue siendo el discurso de la 'infamia', a ella le corresponde decir lo más indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo desvergonzado. (p. 137)

Por este motivo, el estudio de las novelas seleccionadas se muestra como un aporte académico y social a la comprensión del concepto de identidad y, al mismo tiempo, deja entrever que la literatura sigue contribuyendo en la representación, análisis y reflexión de fenómenos sociales como la migración, el desplazamiento forzado y el desarraigo, los cuales

han sido objeto central de la investigación científica y académica de las últimas décadas. Al respecto, es preciso destacar que aunque los movimientos migratorios y de desplazamiento forzado permiten identificar diferentes motivaciones personales y colectivas y reconocer diferentes métodos para hacerlo, es relevante continuar el estudio de estos temas con el fin de seguir comprendiendo los factores, las decisiones y las consecuencias de quienes se mueven de un lugar a otro; especialmente, si se tiene en cuenta que, por un lado, la violencia, en todas sus manifestaciones, no cesa y, por el otro lado, el flujo de personas que se movilizan es constante y, en ocasiones, va en aumento.

De este modo, el relato de quienes dejan su territorio está colmado de hostilidad, aislamiento y exclusión social desde el momento en que se abandona el lugar de origen hasta que se logra la instauración en una nueva residencia. Abandonar la morada es alejarse de un espacio con categorías y grupos sociales conocidos en donde se ha aprendido a relacionarse o a evadirse, según la necesidad o los intereses perseguidos. Por consiguiente, no se trata de pensar y aceptar que un territorio posee una estructura identitaria fija, que determina completamente la percepción, la opinión y el actuar de un sujeto, sino de reconocer que en las interacciones sociales se establecen nexos heterogéneos de pertenencia entre los miembros de una comunidad, entre los individuos y la nación, entre los habitantes y su territorio.

Cada uno de los fenómenos estudiados en las obras evidencia que la construcción identitaria de los personajes se encuentra influenciada por los nexos territoriales desde dos puntos de

vista: el primero implica el valor histórico y simbólico que una comunidad le asigna; el segundo comprende las interacciones sociales que ocurren en él.

En el primer aspecto, el valor histórico y simbólico viene determinado por la relación que establece un sujeto con factores socioculturales de su territorio. En el caso de los migrantes que aparecen en las novelas *Tiempo muerto* y *Hasta que pase un huracán*, este valor está supeditado a intereses socio-económicos. El migrante se mueve de un lugar a otro con el fin de mejorar su calidad de vida, pues valora negativamente su lugar de origen: no se siente identificado con las circunstancias socioeconómicas de su contexto, marcadas por la pobreza, el caos, la corrupción social y el desinterés estatal; entonces, empieza a desear aquellos espacios foráneos donde la realidad parece más organizada y dispuesta para el progreso financiero.

Con esto, se comprende que existen algunos rasgos culturales, relacionados con la calidad de vida, que son relevantes para los personajes y que estos no hallan en su sistema social originario. Por consiguiente, el estilo de vida, el nivel económico y el abandono del Estado son los principales motivos que los personajes tienen para dejar su territorio. Al comparar y evaluar la cultura y el bienestar personal que perciben en Colombia con la realidad socioeconómica que han escuchado, pero no han experimentado, de países primermundistas favorecen la imagen, en ocasiones idealizada, del territorio foráneo. En este sentido, la identidad se forja a partir de intereses económicos y lazos culturales idealizados que posibiliten la adquisición de bienes o la práctica de actividades reconocidas socialmente. Para

algunos personajes, alcanzar un buen nivel económico en el extranjero implica, en consecuencia, conseguir el reconocimiento social que han deseado.

Lo mismo ocurre con aquellos que migran a causa de la desazón y el temor que ocasiona, directa o indirectamente, la cotidianidad de una cultura violenta. Los personajes de *Volver al oscuro valle* buscan nuevos espacios para continuar su vida, cuando han observado o experimentado actos coercitivos y agresivos en su contra. Al respecto, la anomia social y la inseguridad social que yacen instauradas en el territorio construyen un imaginario colectivo de violencia diaria tan predominante que migrar se vislumbra como una opción válida y necesaria. Los personajes migran porque temen por su bienestar y por su vida. En este sentido, desean alejarse de aquel espacio donde la memoria solo construye y mantiene recuerdos ligados al dolor y a la desesperanza.

Llama la atención que, tras el abandono del país, la mirada de estos personajes sobre el territorio sigue siendo pesimista y nostálgica. La distancia y el tiempo transcurrido fuera del lugar de origen no logran modificar la relación identitaria negativa que los migrantes construyeron con su territorio antes de partir. Después de casi una década en el exterior, estos mantienen una visión y una opinión peyorativa que se consolida en el escepticismo hacia los efectos sociales que tiene la firma del tratado de paz entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC. Para ellos, en el país ha existido una identidad cultural tan aferrada a la violencia que, aunque se haya logrado la firma de este tratado, la realidad social no presenta cambios sobre hábitos como entender, aceptar y vivir la agresión social. En otras palabras,

en la novela la sociedad colombiana no ha modificado sus rasgos identitarios relacionados con el uso de la violencia como mecanismo de socialización. En este sentido, se comprende la nostalgia sentida por los personajes, es decir, este sentimiento no solo surge por saber que yacen lejos de la patria sino porque certifican y aceptan, de manera contundente, que ya no desean regresar a ella, no anhelan vivir en medio de una sociedad que los ha agredido y que no ha hecho nada por defenderlos o resarcir los perjuicios y agravios.

Ahora bien, para quienes han sido desplazados forzosamente por la violencia, la situación es diferente y, posiblemente, más complicada. En las novelas *Rebelión de los oficios inútiles* y *Río muerto*, el movimiento del desplazado es ocasionado por las presiones armadas de los grupos al margen de la ley y, conjuntamente, por el abandono del Estado colombiano. Esto implica que la identidad de los personajes empieza a tener transformaciones culturales que los lleva a romper lazos identitarios ligados a la patria, a la comunidad y al propio territorio.

El desplazado es un sujeto que huye por causas de vida o muerte, esto significa que, en esencia, no realiza el abandono del territorio solamente para mejorar su calidad de vida sino, especialmente, para proteger la integridad de su existencia y la de sus seres queridos. Cuando el conflicto llega, el territorio empieza a ser resignificado: la identidad histórica deja de ser relevante, mientras que el sentido simbólico adquiere un nuevo significado. En este fenómeno, los rasgos identitarios que construye el desplazado con la comunidad dejan de ser determinantes y trascendentes para dar prioridad a los rasgos familiares o individuales, es decir, se difumina el sentimiento de pertenencia a una colectividad, en la cual, desde las

experiencias, se ha construido memoria. En la misma medida, lo simbólico adquiere nuevas interpretaciones, pues las representaciones sociales de convivencia e igualdad social adquieren nuevos sentidos. Como la realidad se ha transformado, el desplazado debe acomodar sus rasgos identitarios a una sociedad que tiende a la homogeneización cultural y simbólica, instaurada y regida por los grupos armados. En consecuencia, el desplazado y sus familiares son víctimas directas de la violencia cultural que, en las novelas analizadas, está representada en el poder y control militar que ejercen grupos armados como los paramilitares y las guerrillas, grupos que usan la violencia extrema como mecanismo y modelo de sometimiento.

En el segundo aspecto, se ha identificado que migrar o el deseo de migrar vienen subordinados por la valoración que hace el sujeto migrante de las interacciones sociales que mantiene en su entorno social y familiar. En el desarrollo de las novelas de García Robayo y Gamboa, la mayoría de los migrantes tienden a no interactuar con los miembros de su comunidad y a evitar el contacto comunicativo con los miembros de su familia. Esto ocurre porque los personajes no se identifican con ellos ni con las labores que realizan ni con el modo en que se relacionan con las personas que los rodean.

Dichas segregaciones ocurren por motivos culturales y económicos, es decir, el migrante se distancia de sus conciudadanos porque construye el imaginario de que al interactuar con ellos mantendrá su mismo nivel social y económico, los cuales considera deplorables. Estas son, precisamente, las circunstancias que desea evitar y que lo conducen, por consiguiente, a

movilizarse hacia un territorio en el extranjero. El propósito de migrar es construir relaciones sociales con personas que el migrante considere de mejor alcurnia y que actúen con base en los hábitos y estándares sociales que él mismo ha determinado como "superiores" socialmente.

Esto permite inferir que el migrante espera que al llegar al espacio deseado será recibido e incluido por los nativos en los distintos espacios sociales y culturales. Sin embargo, en las obras analizadas, la mayoría de los migrantes son excluidos o sufren discriminación por ser extranjeros. Tanto en Estados Unidos como en España, los migrantes son segregados y agredidos por ser nativos de un país del tercer mundo. Estos hechos permiten determinar que, así como el migrante no logra identificarse con los demás miembros de su comunidad, del mismo modo él no es identificado como un semejante o un igual por la comunidad receptora durante su estadía en tierras foráneas.

Lo anterior refiere a un fenómeno de exclusión social que depende de las valoraciones que se tienen de un territorio y no tanto de las personas que lo habitan. La exclusión y la inclusión social, por variables identitarias como la raza, la xenofobia, el nivel económico y la nacionalidad, son fenómenos que trascienden las fronteras geográficas para estar definidas por el prestigio histórico y sociocultural. Para el migrante, el espacio geográfico que busca es deseado porque históricamente se ha considerado y aceptado su supremacía cultural, social, política o económica, esto le lleva a pensar que los habitantes, de ese lugar, por

correlación o implicación, deben ser una estirpe superior a quienes no sean nativos de ese lugar.

Sentado lo anterior, es relevante contemplar que el nivel socioeconómico de un migrante influye considerablemente en que este sea incluido o excluido en el nuevo contexto. Si bien, la nacionalidad podría contribuir a la repulsión o atracción de los demás ciudadanos, factores económicos y familiares pueden permitir una mayor apertura por parte de la comunidad receptora. En las novelas, este hecho ocurre únicamente con uno de los personajes que migra desde Colombia: Lucía, en *Tiempo muerto*. Ella ingresa a los Estados Unidos con un excelente nivel educativo, proviene de una familia con poder adquisitivo y ha vivido en algunas de las principales ciudades de Latinoamérica. En suma, una realidad socioeconómica privilegiada posibilita la integración del sujeto a la colectividad, este privilegio puede incluir cierto reconocimiento social y una mayor acogida profesional en la nueva sociedad.

Ahora bien, para los personajes que deben desplazarse dentro del país como consecuencia del conflicto armado, las interacciones sociales están mediadas por la subordinación a unas instancias de poder, legales o ilegales, que han sido reconocidas históricamente como coercitivas y violentas. De este modo, no solo huyen por estar en medio de las confrontaciones armadas, sino que el reconocimiento de las acciones subversivas que se han realizado en otros espacios y tiempos los conduce a tomar la evasión como una solución. Con esto, se establece que la historia del país influye de un modo contundente en el modo en que se evalúa y se asume una realidad social en un territorio determinado. Es así como la violencia

histórica se entiende como un mecanismo que determina la interacción social y por tanto contribuye, positiva o negativamente, en la construcción identitaria de los habitantes.

De esta manera, la situación produce inestabilidad identitaria en los pobladores. En estas circunstancias, para conservar la vida, los rasgos identitarios que se han edificado desde lazos históricos y sociales deben acomodarse a la realidad actual; una realidad en donde la verdad, la justicia y la vida en comunidad están determinadas por aquel que controla la zona por medio de la violencia. Los miembros de la comunidad entienden que sus interacciones sociales han cambiado debido a la instauración restrictiva de una identidad singular y de una ideología dominante. En suma, los personajes no solo huyen por temor a su vida, también lo hacen porque su realidad se ha tornado en un sinsentido donde ya no pueden elegir, consciente o inconscientemente, aquellos rasgos que privilegia. Para seguir siendo parte de la comunidad deben mostrar o aparentar que se identifican con aquello a lo que realmente le temen. Asumir una identidad particular que incomode o vaya en contra de la identidad colectiva instaurada a la fuerza conlleva el destierro o la muerte.

En términos generales, en las novelas estudiadas, los movimientos humanos entre quienes migran y quienes deben desplazarse obligatoriamente de su lugar de origen poseen causas similares en sus intereses, pero no en sus motivaciones ni en sus condiciones. En ambos casos, interesa cambiar la realidad social, y para esto, salir de la residencia natal es una opción entendible. Sin embargo, para los desplazados, cambiar de residencia es una acción condicionada por la protección y la preservación de la vida, no es solo una decisión mediada

por intereses económicos, pues los personajes que son desplazados yacen acostumbrados a una realidad social con condiciones marcadas por la humildad y la austeridad económica. Además, los cambios de residencia de un desplazado vienen marcados por dos condiciones contraproducentes: la primera indica que los personajes abandonan su territorio dejándolo todo, incluso sus bienes materiales. Esto implica que llegan al nuevo destino totalmente a la intemperie y en condiciones de miseria extrema. La segunda señala que, generalmente, el desplazamiento ocurre en circunstancias tan riesgosas que el desplazado no tiene claridad sobre cuál será su lugar de destino, pues solo está interesado en salvar su vida y la de sus familiares. En contraste, los personajes que desean migrar o que han migrado poseen condiciones menos desfavorables, pues el movimiento territorial no es completamente obligatorio, en los lugares de origen cuentan con un nivel socioeconómico aceptable; además, es común que posean ciertos conocimientos del lugar de destino, conocimientos que son parte de su objeto de deseo.

Con estas características, es preciso afirmar que las filiaciones identitarias de los personajes vienen determinadas por la permanencia o la ruptura de lazos raigales con su lugar de origen. Desde este punto de vista, el recuerdo de las raíces puede llevar al sentimiento de desarraigo al abandonar su territorio o al odio y resentimiento, producido por las experiencias y vivencias violentas que se han tenido. Cuando los personajes están inmersos en una cultura donde las violencias (armada, social y cultural) impiden vivir dignamente, el deterioro social imposibilita sentirse protegido por el Estado o ser incluido afablemente en una colectividad, ellos buscan resguardo en nuevos territorios. Bajo estas consideraciones, los lazos raigales se deterioran y, de este modo, se establecen relaciones meramente subjetivas entre un sujeto

y sus conciudadanos. El "yo" entiende que ha dejado de ser parte de un "nosotros", que es momento de abandonar el territorio o que ha perdido el deseo de regresar a él. La identidad colectiva se desvanece porque, en medio de la cotidianidad, los sujetos sienten que el universo simbólico que les rodea es inseguro, excluyente, adverso o desesperanzador; en esas condiciones, aquello que se espera del futuro es la desazón, la incertidumbre o la muerte.

Así, entonces, generalmente, la historia de los personajes que migran y se desplazan está cargada de dificultades y situaciones lamentables que influyen decisivamente en la propia construcción identitaria. Aspectos relevantes como la ideología, el nivel económico y las causas de la movilización intervienen en los modos de socialización que tienen que ver con la exclusión, la marginalidad y la desigualdad. Salir del territorio conocido se convierte en un viaje a la deriva que puede terminar con éxito o, como en la gran mayoría de los personajes de las novelas analizadas, en un viaje lleno de prejuicios, xenofobia y desolación.

En este sentido, las novelas comprendidas en la presente investigación tienen en común la construcción de un universo ficcional donde los personajes principales comparten un mismo destino: huir de su lugar de origen. En consecuencia, traspasar las fronteras se torna una acción compleja; permanecer en ellas representa diversos desafíos que se acentúan con la ruptura de lazos emocionales, geográficos y familiares. Tales vínculos suelen ser tan arraigados, heterogéneos e indefinidos que analizar la identidad de un sujeto deviene un propósito complejo con aristas ilimitadas.

Por consiguiente, es oportuno dar continuidad a este tipo de estudios, pues de ellos derivan nuevas interpretaciones sobre características, causas y consecuencias implicadas en las identidades de los migrantes. De allí, cabe destacar que la literatura, más allá de su valor estético, es un espacio de representación social: da cuenta de experiencias individuales y colectivas de sujetos que interactúan en nuevos grupos sociales; narra acciones que permiten pensar, reflexionar y cuestionar la realidad. De lo anterior, toman sentido cada una de las palabras de Fernando Aínsa cuando concluye que "nada mejor que la ficción para explicar la realidad".

Referencias

ACOSTA, María. (2016). *Comportamiento de la Violencia Intrafamiliar*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz.

AGUADO, José y PORTAL, María. (1991). "Tiempo, espacio e identidad social". *Alteridades, 1*, (2), 31-41.

AÍNSA, Fernando. (1989). *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Editorial Gredos.

AÍNSA. Fernando. (2012). *Palabras nómadas. Nueva cartografía de la pertenencia*. Madrid: Iberoamericana Libros.

ÁLVAREZ-BENAVIDES, A. (2020). "Migraciones e identidad. Una aproximación desde la teoría de la identidad colectiva y desde la teoría del sujeto". *Estudios de la Paz y el Conflicto, Revista Latinoamericana, 1*(1), 97-115. https://www.lamjol.info/index.php/ReLaPaC/article/view/9518/10892

ANDERSON, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

ARANGO, Manuel. (1985). *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia.* Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

ARCHILA, Mauricio. (1991). *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Cinep.

ARENAS, Jesús. (2003). Inés. En Arbey et al. (Eds.). *Narrativa de las guerras civiles colombianas. Vol. 3: La Guerra de los Mil Días*. Ediciones UIS.

ARIZA, Gilberto. (2014). “Pax, novela del postconflicto”. *La Tercera Orilla*. Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.

ARIZPE, Lourdes. (2007). *Migración y cultura en América Latina y el Caribe.* UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Cuernavaca.

ATEHORTÚA, Arbey., España, Gonzalo., y Palencia, Mario. (2003). *Narrativa de las guerras civiles colombianas. Vol. 3: La Guerra de los Mil Días.* Bucaramanga: Ediciones UIS.

ATEHORTÚA, Adolfo. y Rojas, Diana. (2008). “El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos”. *Historia y Espacio. 4*(31). https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4015471.

BACHELARD, Gastón. (2000). *Poéticas del espacio.* México: Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Zygmunt. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas.* México: Fondo de Cultura Económica.

BAUMAN, Zygmunt. (2001). *La postmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Editorial Akal.

BAUMAN, Zygmunt. (2005). I*dentidad*. Madrid: Editorial Akal.

BARKER, Cris. (2003). *Televisión, globalización e identidades culturales*. Barcelona: Ediciones Paidós.

BELLO, Martha. (2004). “La política para el restablecimiento de la población desplazada. En Martha Nubia Bello” (Ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. 311-330.

BENSO, Silvia. (1975). “La Vorágine: una novela de relatos”. *Thesaurus*. *30*(2), 271-290.

BELTRÁN, William y Larotta, Sonia. (2020). *Diversidad religiosa, valores y participación política en Colombia. Resultados de la Encuesta Nacional sobre Diversidad Religiosa 2019.* Universidad Nacional de Colombia.

BERGER, Peter y LUCKMAN Thomas. (1999). *La construcción social de la identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

BERGMAN, Marcelo. (2021). “Delito y prosperidad: una paradoja latinoamericana”. *Análisis político,* (102). 3-22.

BLÁZQUEZ, Javier. (2003). Derechos humanos, inmigración integración: propuestas y reflexiones críticas desde el ámbito de la filosofía política y jurídica. En J. Zamora (Coord.), *Ciudadanía multiculturalidad e inmigración.* Editorial Verbo Divino. 73-174.

BRIEÑO, Álvarez. (2010). *Migración y seguridad social en América*. Centro Interamericano de Estudios de seguridad Social.

BUENO, Salvador. (1980). “El negro en la novela romántica sentimental «María»”. *Thesaurus. 35*(3), 550-564.

CALDERÓN, Eduardo. (2016). *El cristo de espaldas*. Bogotá: Editora Latinoamericana S.A.

CARRASCO, Salvador. (1999): Indicadores culturales una reflexión. Universidad de Valencia. http://www.uv.es/~carrascs/PDF/indicadoresCult.pdf

CARTAGENA, Catalina. (2016). “Los estudios de la violencia en Colombia antes de la violentología”. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*. *17*(1), 63-88. https://www.redalyc.org/pdf/439/43942944004.pdf

CASTANY PRADO, Bernat. (2016). “El libertinismo identitario en la obra de Fernando Iwasaki”. *Cauce*, 39, 179-194.

Centro de Seguridad y Democracia de Colombia. (2018). *La extorsión en Colombia 2003-2014*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.

CNMH. (2010). *Tierra en disputa*. Bogotá: Taurus.

CNMH. (2013). *Basta ya. Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Taurus.

CNMH. (2015). *Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: Taurus.

CNMH. (2016). *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas.* Bogotá: Taurus.

CNMH. (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1963-2013).* Bogotá: Imprenta Nacional.

CHERNICK, Marc. (2003). “Colombia: ¿La injusticia causa violencia? Las políticas de la democracia, las guerras y el desplazamiento forzado”. *Destierros y desarraigos. Memorias del II Seminario Internacional Desplazamiento: implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humano*s. (pp. 123-158). CODHES.

COBO BORDA, Juan. (1995). *Historia portátil de la poesía colombiana (1880-1995*). Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Comisión Colombiana de Juristas. (2009). Situación de derechos humanos y derecho humanitario en Colombia 2007-2008. https://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/colombia_2007-2008.pdf

COUDASSOT-RAMÍREZ, Sabine. (2018). “Extensión del dominio de la literatura colombiana”. En: *Viajes, exilio y migraciones: una mirada desde la literatura, la cultura y los espacios sociales*. 25-35.

CUARTAS DEIMAN., Valencia Germán., y Zapata Oswaldo. (2012). “Violencia y criminalidad urbana en Colombia (2000-2010): El enfoque económico ortodoxo”. *Perfil De Coyuntura Económica*, (17), 141–*16.*

CURCIO, Antonio. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

DANE (2022). *Reporte estadístico de migración Nº2.* *https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/migracion/2doreporte-migracion.pdf*

DANE (2020). *Mujeres y hombres: brechas de género en Colombia.* https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/genero/publicaciones/mujeres-y-hombre-brechas-de-genero-colombia-informe.pdf

DEL ACEBO, Enrique. (1996). *Sociología del arraigo. Una lectura de la Teoría de la ciudad*. Editorial Claridad. Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico. 77-98.

DEL OLMO, Nuria. (2012). “La construcción de la identidad colectiva entre los jóvenes de una sociedad multicultural”. *Seminario valores educativos y ciudadanos. La interculturalidad en el entorno educativo*. Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico

DÍAZ, Eugenio. (1985). *Manuela*. Bogotá: Círculo de lectores.

DÍAZ, Luz. (2007). "Dinámicas de la migración de colombianos al exterior". *Cuadernos del CES,* (19). pp. 3-17.

DI MEO, Guy. (1998). Géographie sociale et territoires, París: Nathan. Duncan, James S. (1992), "Re-presenting the landscape: problems of reading the intertextual", en: L. Mondada, F. Panese y O. Söderström, Paysage et crise de la lisibilité, Lausanne: Université de Lausanne, Institut de Géographie.

DORFMAN, Ariel. (1970). *Imaginación y violencia en América*. Editorial Universitaria.

DUQUE, Haidy. (2004). "Niños, niñas y jóvenes vinculados a la guerra. Prevención, un desafío urgente". En Martha Nubia Bello (Ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. 233-242.

ESCOBAR, Arturo. (1997). *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana.* Bogotá: Ediciones Fundación Universidad Central.

ESPAÑA, Gonzalo. (2003). "Pequeño mapa de la Guerra de los Mil Días". En Arbey et al. (Eds.). *Narrativa de las guerras civiles colombianas. Vol. 3: La Guerra de los Mil Días.* Ediciones UIS.

FARET, Laurent. (2004). "L'espace des Mexicains aux Etats-Unis: formes et dynamique d'un champ migratoire transnational". En Martine Dauzier (Coord.). *Le Mexique face aux Etats-Unis: Stratégies et changements dans le cadre de l'ALENA*. (pp. 160-184). L'Harmattan

FERNÁNDEZ, Manuel. (2012). "Violencia y derechos de propiedad: El caso de La Violencia en Colombia". *Ensayos sobre Política colombiana, 30*(69), 111-147.

FERREIRA, Daniel. (2014). *Rebelión de los oficios inútiles*. Bogotá: Penguin Random House.

FIGUEROA, José. (2009). *Realismo mágico, vallenato y violencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

FORERO, Gustavo. (2011). "La anomia en las novelas de crímenes en Colombia". *Literatura y lingüística*, (24), 33-59.

FOUCAULT, Michel. (1996). *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Caronte.

GALTUNG, Johan. (2003). *Violencia cultural*. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratuz.

GAMBOA, Santiago. (2018). *Volver al oscuro valle.* Bogotá: Penguin Random House.

GARCÍA, Gabriel. (1978). "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia". 1959. *Eco 33*(205), 104-108.

GARCÍA, Robayo. (2015). *Hasta que pase un huracán.* Bogotá: Laguna editores.

GARCÍA, Robayo. (2017). *Tiempo muerto*. Bogotá: Penguin Random House.

GARÍ BARCELÓ, Bernat. (2015). "De unas desiguales nupcias entre Doña Lira y Don Bongó. Teoría de un arte mestizo a través del ensayo La música en Cuba de Alejo Carpentier". *Cartaphilus*, (13), 70-80.

GARÍ BARCELÓ, Bernat. (2019). "Reconceptualización de la noción transculturación en La música en Cuba de Alejo Carpentier". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, *48*, 485-500.

GARÍ BARCELÓ, Bernat. (2021). “La crisis de los refugiados en Los niños perdidos y Desierto sonoro de Valeria Luiselli”. En Flores Borjabad, Salud Adelaida; Pérez Cabeña, Rosario (coords.), Nuevos retos y perspectivas de la investigación en Literatura, Lingüística y Traducción. Madrid: Dykinson, pp. 350-364.GELLNER, Ernest. (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.

GIMÉNEZ, Gilberto. (2001). “Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas”. *Alteridades, 11,* (22), 5-14.

GIRALDO, Luz. (2008). *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea.* Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

GIRALDO, Octavio. (1972). “El machismo como fenómeno psicocultural”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, *4*, (3), 295-309.

GLEIZER, Marcela. (2012). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

GÓMEZ, Pedro. (15 de marzo, 2020). “La noción de ‘identidad cultural”. *Ensayos de Filosofía*. https://www.ensayos-filosofia.es/archivos/anotacion/la-nocion-de-identidad-cultural

GONZÁLEZ, Ignacio (2020). *Conservación de Bienes Culturales*. Madrid: Ediciones Cátedra.

GONZÁLEZ, Pablo. (2003). *Colombia: Novela y Violencia*. Manizales: Secretaría de Cultura de Caldas.

GRAEME, Hugo y Kwok, Chan. (1990), “Conceptualing and Defining Refugee and torced Migrations in Asia”, en *South east Asian Journal of Social Science, 1,* (19). 19-42

GUERRIERI, Kevin. (2004). *Palabra, poder y nación: la novela moderna en Colombia de 1896 a 1927*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

GUIBERNAU, Monserrat. (2017). *Identidad. Pertenencia, solidaridad y libertad en las sociedades modernas*. Madrid: Editorial Trotta.

GUTIÉRREZ, Rafael. (2000). "Estratificación social, cultura y violencia en Colombia". *Revista de Estudios Sociales*. (7), 0.

GUTIÉRREZ, Rafael. (2004). *Modernismo Supuestos históricos y culturales*. México: Fondo de Cultura Económica.

GUTIÉRREZ, Rafael. (2017). *Ensayos de literatura colombiana.* Santiago de Cali: Ediciones Unaula.

GUZMÁN, Germán., Fals, Orlando. y Umaña, Eduardo. (1962). *La violencia en Colombia. Estudio de un Proceso Social*. (Tomo I). Ediciones Tercer Mundo.

HABERMAS, Jürgen. (1998). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Editorial Trotta.

HALL, Stuart y DU GAY, Paul. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

HALL, Stuart. (1996) "Introducción: ¿Quién necesita 'identidad'? En: *Cuestiones de Identidad.* Buenos Aires: Amorrortu Editores.

HOBSBAWM, Eric. (1983). *Rebeldes Primitivos*. Barcelona: Editorial Ariel.

HOBSBAWM, Eric. (1992). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.

HOBSBAWM, Eric. (1996). “La política de la identidad y la izquierda”. *Debate Feminista*, (14), pp. 86–100. http://www.jstor.org/stable/42624364.

HOBSBAWM, Eric. (1998). *La era del capital. 1848-1875*. Barcelona: Editorial Crítica.

HOBSBAWM, Eric. (2000). “La izquierda y la política de la identidad”. *New Left Review*, 0. 114-125.

HOYOS, Olga. (2000). “La identidad nacional: algunas consideraciones de los aspectos implicados en su construcción psicológica”. *Psicología desde el Caribe*, (5), 56-95.

IBÁÑEZ, Ana. (2008). *El desplazamiento forzoso en Colombia: un camino sin retorno hacia la pobreza*. Bogotá: Universidad de los Andes.

JIMÉNEZ, David. (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

KOFMAN, Andrei. (2006). “La conquista y la literatura latinoamericana”. *La Colmena*. (50), 74-80.

LANZUELA, María. (1992). *La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós*. https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_2_032.pdf

LEÓN, Paola. (2015). *La novela del artista modernista en Colombia*. [Tesis de Pregrado, Pontificia Universidad Javeriana]. Repositorio institucional-Pontificia Universidad Javeriana.

LORENTE, Miguel. (2009). “¡Me alegro de reconocerte! Juventud, identidad y violencia de género”. *Revista de Estudios de Juventud*, (86), 15-28

LOZANO, Fabio. (2005). “Desarraigo e imaginarios religiosos en la construcción de ciudad. El caso Barrancabermeja”. Martha Nubia Bello y Martha Inés Villa (Comps). En: *El desplazamiento en Colombia. Regiones, ciudades y políticas públicas*. pp. 267-300.

MAALOUF, Amin. (1999). *Identidades asesinas.* Madrid: Alianza Editorial.

MARÍN, Jorge. (1999). “Historia y violencia en la Colombia contemporánea”. *Memoria y sociedad*. *3*(6), 157-177.

MARROQUÍN, Lorenzo. y RIVAS, José. (1946). *Pax.* (Tomo I). Bogotá: Prensas de la Biblioteca Nacional.

MARTÍNEZ, Agustín. (2016). “La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio”. *Política y cultura*, (46), 7-31. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422016000200007&lng=es&tlng=es.

MARTÍNEZ, Ardila,. VARGAS, Eunice,. Ramírez-García, Telésforo. (2018). “Inserción laboral de los colombianos profesionales en Estados Unidos”. *Revista Latinoamericana de Población*, *12* (23), 85-108,

MARTÍNEZ, Agustín. (2016). “La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio”. *Política y Cultura*. (46), 7-31.

MEERTENS, Donny. (2004). Género, desplazamiento, derechos. En Martha Nubia Bello (Ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. pp. 197-204.

MEJÍA, Manuel. (1997). “Reflexiones sobre una y múltiples violencias”. En A. Escobar. (Ed.), *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana* (pp. 401-437). Ediciones Fundación Universidad Central.

Ministerio de Relaciones Exteriores. (2005). *Antecedentes históricos y causas de la migración*. https://www.cancilleria.gov.co/colombia/migracion/historia

MOLANO, Alfredo. (2001). *Desterrados Crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Áncora Editores.

MOLANO, Olga. (2007). “Identidad cultural un concepto que evoluciona”. *Opera*, (7), 69–84. https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/opera/article/view/1187

MONTERRUBIO, Anavel. (2014). *Movilidad, arraigo e identidad territorial como factores para el desarrollo humano*. México: Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública.

MOSQUERA, Larry. (2022). Sentimiento de arraigo y pertenencia territorial tras el retorno al territorio después del desplazamiento forzado. La experiencia de personas retornadas a la zona de biodiversidad Madre Tierra en el departamento del Chocó. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Apartadó, Colombia.

NAIDORF, Judith., MARTINETTO, Alejandra., STURNIOLO, Silvina y ARMELLA, Julieta. (2010). “Reflexiones sobre el rol de los intelectuales en América Latina”. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 18 (25).

NARANJO, Gloria y HURTADO, Deicy. (2003). *Destierros y desarraigos. Memorias del II Seminario Internacional Desplazamiento: implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humano*s. (pp. 271-288).

NIÑO, César y CASTILLO, Alberto. (2022). “La transformación de la seguridad en Colombia tras el acuerdo de paz con las FARC-EP”. Revista *Ópera*. (30), 79-98. https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/opera/article/view/7529/12194

Observatorio de Seguridad de Cali. (2018). *Informe homicidios de mujeres*. Santiago de Cali: Alcaldía de Santiago de Cali.

OCAMPO, Miriam. (2014). *Desplazamiento forzado y territorio, reflexiones en torno a la construcción de nuevas territorialidades.* Universidad Externado de Colombia. https://publicaciones.uexternado.edu.co/gpd-desplazamiento-forzado-y-territorio-reflexiones-en-torno-a-la-construccion-de-nuevas-territorialidades-9789587721201.html

ONU. (1948). *Declaración de los Derechos Humanos*. https://www.ohchr.org/sites/default/files/Documents/Publications/ABCannexessp.pdf

OSORIO, Edilma. (2009). *Territorialidades en suspenso. Desplazamiento forzado, identidades y resistencias. Bogotá:* Ediciones Antropos.

OSORIO, Oscar. (2006). “Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva”. *Poligramas*, (25), 85-108.

OSORIO, Oscar. (2008). “El sicario en la novela colombiana”. *Poligramas,* (29), 61-81. https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/xmlui/bitstream/handle/10893/3012/No.29-2008-p.61-81.pdf?sequence=1&isAllowed=y

OSORIO, Oscar. (2018). *Violencia y marginalidad en la Literatura Hispanoamericana*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.

PALACIOS, Eustaquio. (2009). *El alférez real*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

PALACIOS, Jorge; CORREA, Alfredo; DÍAZ, Margarita; JIMÉNEZ, Sandro. (2003). "La búsqueda de la identidad social un punto de partida para comprender las dinámicas del desplazamiento - restablecimiento forzado en Colombia". *Investigación y desarrollo*. *31*(1). 26-55.

PALACIOS, Mario. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

PAREDES, María y TOVAR, Luis. (2009). "Migración internacional y educación: Una aproximación al efecto sobre la Asistencia escolar en Colombia". *Cuadernos de Economía, 28* (51), 175-204.

PÉCAUT, Daniel. (1999). "La pérdida de los derechos, del significado de la experiencia y de la inserción social. A propósito de los desplazados en Colombia". *Estudios políticos. 14*, 13-28

PÉCAUT, Daniel. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Editorial Planeta.

PÉCAUT, Daniel. (2001). *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953.* Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.

PÉCAUT, Daniel. (2012). "Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia". *Desarrollo económico*, *36*(144), 891-930.

PÉCAUT, Daniel. (2013). *La experiencia de la violencia: Los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta Editores.

PERUCCI, Robert. y WYSON, Earl. (2003). *The New Class Society: Goodbye American Dream?* Fourth Edition.

PIZARRO, Eduardo. (1999). “Desplazados: factores de una "cultura de desarraigo”. *Credencial historia*. (119). https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-119/desplazados-factores-de-una-cultura-de-desarraigo

PORRAS, Ernesto. (1976). *Bibliografía de la novela en Colombia: con notas de contenido y crítica de las obras y guías de comentarios sobre los autores*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

QUESADA-MAGOUD, Teresa. (2018). “Introducción”. En: *Viajes, exilio y migraciones: una mirada desde la literatura, la cultura y los espacios sociales*. 13-16.

QUEZADA, Margarita. (2007). *Migración y arraigo en la conformación de identidades socioterritoriales.* XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología.

QUINTANA, Cécile. (2018). “Viaje, exilio y migración: hacia una definición de los términos”. En: *Viajes, exilio y migraciones: una mirada desde la literatura, la cultura y los espacios sociales*. 17-24.

QUINTERO, Luis., IBAGON, Diana. y ÁLVAREZ, Carlos. (2017). “Factores de la violencia intrafamiliar en el género femenino: análisis comparativo en tres ciudades de Colombia”. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, (9), 65-79. https://doi.org/https:/https://doi.org/10.17151/rlef.2017.9.5

RAMA, Ángel. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23a ed.)

Registraduría Nacional del Estado Civil. (2016). *Plebiscito 2 de octubre 2016*. https://elecciones.registraduria.gov.co/pre_plebis_2016/99PL/DPLZZZZZZZZZZZZZZ ZZZ_L1.htm

RESTREPO, Saturnino. (2003). *A flor de tierra*. En Arbey et al. (Eds.). *Narrativa de las guerras civiles colombianas. Vol. 3: La Guerra de los Mil Días. Bucaramanga:* Ediciones UIS.

REYES, Alfonso. (1944). *El deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria.* México: Fondo de Cultura Económica.

RÍOS, J. (2020). *Historia de la violencia en Colombia. 146-2020. Una mirada territorial. Madrid:* Sílex Ediciones.

RIVERA, Diana. (1999). Tendencias de la violencia. *Revista de Salud pública*. 1 (1). 81- 86. http://www.scielo.org.co/pdf/rsap/v1n1/0124-0064-rsap-1-01-00081.pdf

RIVERA, Jerónimo. (2015). *La vorágine*. Bogotá: Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia.

ROCA, Adolfo. y ROMERO, Julio. (2017). "La mortalidad de la Guerra de los Mil Días". *Cuadernos de historia económica y empresarial.* (43). p. 0.

RODRÍGUEZ, Érika. (2017). "El resultado del plebiscito por la paz en Colombia entre la participación y la razón de Estado". *Revista jurídica Universidad Autónoma de Madrid*. (36), 171–184. https://doi.org/10.15366/rjuam2017.36.006

RODRÍGUEZ, Gina. (2 al 5 de octubre, 2013). *Chulavitas, Pájaros y Contrachusmeros. La violencia para- policial como dispositivo antipopular en la Colombia de los 50*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo,

RODRÍGUEZ, Juan. (2015). *El carnero*. Bogotá: Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia.

RODRÍGUEZ, Juan. (1999). "Pájaros, bandoleros y sicarios. Para una historia de la violencia en la narrativa colombiana". *Universitas humanística*, 105-125.

ROJAS, Cristina. (2003). "Género, identidad y conflicto en Colombia". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 9, (*2)*, mayo-agosto, 65-89.

RUEDA, María. (2008). "Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología)". *Revista Iberoamericana*, *84*(223), 345-359.

RUIZ, Mariana. (2004). "Inmigración, diversidad, integración exclusión: conceptos clave para el trabajo con la población inmigrante". *Estudios de juventud*. (66), 11-21.

SAER, Juan. (1997). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Ariel.

SÁNCHEZ, Gonzalo. (2009). *Colombia: violencia y democracia*. Medellín: La Carreta Editores.

SANTA, Eduardo. (1990). "Consideraciones en torno a la novela Pax", *Thesaurus. 45*(2), 441-465.

SANTAMARÍA, Enrique. (1994). "Extranjero", nada menos que una palabra". *Papers*, (43), 63-70.

SARTRE, Jean Paul. (1967). ¿*Qué es la literatura?* Buenos Aires: Editorial Losada.

SCIOLLA, Loredana, (1983). I*dentitá.* Torino: Rosemberg & Sellier.

SEN, Amartya. (3 de septiembre de 2006). *Identidad y violencia: en busca de la naturaleza humana común*. Sin permiso. https://www.sinpermiso.info/textos/identidad-y-violencia-en-busca-de-la-naturaleza-humana-comn

SEN Amartya. (2007). *Violencia e identidad. La ilusión del destino*. Madrid: Katz Editores.

SIERRA, Rosa., Macana, Neidi., Cortés, Claraivett. *(*2006). *Impacto social de la violencia intrafamiliar*. Fundación Ideas para la Paz. https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/49496/Violencia+Intrafamiliar.pdf

SILVA, Ricardo. (2020). *Río muerto.* Bogotá: Penguin Random House.

SIMMEL, Georg. (1977). "Digresión sobre el extranjero". *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*. Madrid: Revista de Occidente, *11*, 716-722.

SOLANO, Vanesa. (2020). "Diálogo de contextos: de la literatura de la Violencia a la literatura de la violencia del narcotráfico". En *Literatura y narcotráfico en Colombia (1994-2011*). Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. https://www.jstor.org/stable/j.ctv31vqp1k.4

SUÁREZ, Gerardo. (1966). *La novela sobre la Violencia en Colombia*. Universidad de California.

SUTCLIFFE, Bob (1995) "El derecho a la inmigración", en Pedro Albite (coord.), *La tierra prometida: del sueño a la pesadilla - racismo e inmigración hoy*. Gakoa.

TODOROV, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Ediciones Paidós.

VALLE, Alex. (2020). "¿Existe un derecho a migrar? Análisis del desarrollo de la migración como un derecho liberal". Francisco Javier Patiño Prieta (Coord.). En: *Todos somos migrantes*. Instituto de Altos Estudios. (pp. 62-77).

VALLEJO, Fernando. (2002). *Rosario tijeras*. Bogotá: Editorial Alfaguara.

VÁSQUEZ, Luis. (1996). “El trabajo en la construcción de la identidad. Los desfibradores de Yucatán”. *Estudios sociológicos*, *14*, (42), 775-797.

WALDE, Erna. (2001). “La novela de sicarios y la violencia en Colombia”. *Iberoamericana, 1*(3), 27-40. https://www.jstor.org/stable/41672670

WILLIAMS, Raymond. (1989). “Los orígenes de la novela colombiana desde *Ingermina* (1844) hasta *Manuela* (1858)”. *Thesaurus*, *44*(3), 580-605.

WILLIAMS, Raymond. (1991). *Novela y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

WORD Family Map. (2015). *Mapa de los cambios en la familia y consecuencias en el bienestar infantil*. https://ifstudies.org/ifs-admin/resources/worldfamilymap-2015-spanish-forweb.pdf

ZULETA, M. (2006). “La violencia en Colombia: avatares de la construcción de un objeto de estudio”. *Nómadas*, (25), 54-69.